

SILENCIO

SHÛSAKU ENDÔ

La aventura de los jesuitas
en el Japón del siglo XVII



Lectulandia

Silencio, que al publicarse por primera vez en el Japón fue motivo de apasionadas controversias, obtuvo el prestigioso Premio Tanizaki, fue considerada la mejor novela del año y en poco tiempo había vendido dos millones de ejemplares, es considerada hoy no sólo la novela más importante de Endo, sino también una pieza fundamental para explicar ciertos caminos emprendidos por la narrativa japonesa de nuestros días. *Silencio* narra con singular vigor el trabajoso intento de los misioneros extranjeros por cristianizar el Japón del siglo XVII, una empresa por la que son perseguidos y torturados y la fuerza de su fe se ve enfrentada a las más duras pruebas que puedan imaginarse. Al hilo de una aventura apasionante, durante la cual los más diversos personajes van cobrando vida y solidez ante los ojos del lector, Endo nos invita a plantearnos algunas de las apasionantes cuestiones que más han preocupado al hombre a lo largo de la historia, y lo hace con tal lucidez, elegancia y aparente facilidad que resulta difícil no convertir la lectura en una cuestión personal.

Lectulandia

Shusaku Endo

Silencio

ePub r1.0

orhi & GONZALEZ 20.10.13

Título original: *Chinmoku*

Shusaku Endo, 1966

Traducción: Jaime Fernández y José Miguel Vara

Retoque de portada: orhi

Digitalizador: orhi

Maquetado ePub: GONZALEZ (r1.0)

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

LA noticia llegó a Roma. Un jesuíta portugués, el padre Cristóbal Ferreira, tras padecer el tormento de la «fosa» en Nagasaki, había apostado. Llevaba de misionero en el Japón treinta y tres años, ocupaba el puesto de provincial y había dirigido y alentado a sacerdotes y fieles.

Dotado de un talento teológico poco común, había evangelizado aun en tiempos de persecución, infiltrándose en la región de Kamigata. Todas sus cartas revelaban a un hombre de temple. Era increíble que, aun en el peor de los casos, hubiera podido traicionar a la iglesia. En los medios eclesiásticos y en la misma Compañía de Jesús fueron muchos los que pensaron que el informe era falso. ¿Una invención de los japoneses y de los herejes de Holanda? Probablemente.

Por supuesto que en Roma estaban al tanto, por las cartas de los misioneros, de las circunstancias difíciles por las que atravesaba el apostolado en el Japón. Todo comenzó en el año 1587; Hideyoshi, gobernador del país, viró el rumbo de la política precedente, e inició la persecución del cristianismo. En la colina Nishi-zaka de Nagasaki veintiséis sacerdotes y fieles fueron crucificados y quemados vivos; luego, en todas las regiones del país innumerables cristianos fueron sacados de sus casas para ser atormentados y asesinados salvajemente. El Shogun^[1] Tokugawa, siguiendo la misma política, decretó en 1614 la expulsión de todos los misioneros cristianos.

Las crónicas de los misioneros cuentan que, en los días seis y siete de octubre de ese mismo año, más de setenta sacerdotes, incluidos los japoneses, previamente concentrados en Kibachi, puerto de Kyūshū, fueron embarcados en cinco juncos con rumbo a Macao y Manila. Emprendían el camino del desierto. Era un día de lluvia. El mar tenía color ceniciento. Azotados por la lluvia, salieron los barcos de la ensenada, rebasaron el promontorio y fueron desapareciendo en el horizonte; pero en realidad, pese al severo edicto de la de expulsión, quedaban ocultos en el Japón treinta y siete misioneros incapaces de abandonar a su rebaño. Ferreira, uno de ellos, continuó informando a sus superiores sobre los cristianos y misioneros que uno tras otro iban siendo apresados y ejecutados. Conservamos en la actualidad una carta suya, enviada al padre visitador, Andrés Palmeiro, fechada en Nagasaki el 22 de marzo de 1632:

«En mi última carta le informé sobre la situación de la cristiandad en este país». Ahora le comunicó lo sucedido desde entonces. Todo podía resumirse en nuevas persecuciones, nuevas represiones, nuevos padecimientos. Comenzaré a partir del año 1629 en que cinco religiosos fueron encarcelados. Único motivo: su fe. Sus nombres: Bartolomé Gutiérrez, Francisco de Jesús y Vicente de San Antonio, de la orden de san Agustín; Antonio Ishida de nuestra compañía; y un franciscano, Gabriel de Santa Madgalena. El magistrado de Nagasaki, Takenaka Uneme, trató de hacerles apostatar. Quería desalentar a los fieles y ridiculizar a nuestra fe y a sus servidores. Pero Uneme comprendió que con meras palabras no torcería la voluntad de los padres. Ideó un método distinto: la tortura del agua hirviendo en el “infierno” de Unzen.

Ordenó que los cinco sacerdotes fuesen trasladados a Unzen, que se les sumergiese en agua hirviendo, pero que no se les diese muerte. Además serían torturadas Beatriz da Costa, esposa de Antonio da Silva, y su hija María por negarse a apostar, tras múltiples requerimientos.

El día tres de diciembre partió el grupo rumbo a Unzen. Las dos mujeres en palanquín y los cinco religiosos a caballo. Al llegar al puerto de Hinomi, a sólo una legua de distancia, los ataron de pies y de manos, les pusieron cepos en los pies y los hicieron subir a una embarcación. Uno tras otro fueron amarrados fuertemente a la borda.

Al atardecer llegaron al puerto de Obama, a los pies del monte Unzen. A la mañana siguiente emprendieron la subida. En el monte los siete fueron recluidos en chozas aisladas. Esposados de pies y de manos, fueron sometidos a una estrecha vigilancia. El destacamento de Uneme era ya numeroso, y sus lugartenientes agregaron además un cuerpo de guardia: todo un despliegue de precauciones. El camino que conducía a la montaña estaba bloqueado por patrullas que prohibían el paso a quien careciese de un salvoconducto de los oficiales.

La tortura comenzó al día siguiente. Fueron conducidos de uno en uno al borde del estanque en ebullición. El agua hervía como un pequeño mar de fuego. Los pusieron en la alternativa: o renegar de Cristo o sufrir en la propia carne los efectos del baño abrasador.

El ambiente frío, helado, del exterior hacía más espantosa la visión del estanque hirviente. Si no fuera por la asistencia invisible de Dios, su sola presencia hubiera producido el desmayo. Pero, fuertes por la gracia divina, todos respondieron que los torturasen, porque no abandonarían la fe que profesaban. Los oficiales los despojaron de sus ropas, los amarraron de pies y de manos con sogas a un poste y, sacando el agua hirviendo en cucharones, la fueron derramando sobre aquellos cuerpos desnudos. Pero no de un golpe. Los cucharones tenían horadado el fondo con muchos agujeros, para que el sufrimiento se prolongase.

Los héroes de Cristo soportaron el espantoso suplicio. Tan sólo María, muy joven

aún, cayó desplomada de tanto dolor. “¡Apostató! ¡Apostató!”, gritaron los oficiales. La recluyeron en una choza, al día siguiente la enviaron de nuevo a Nagasaki. María negó que hubiese apostado, e insistió una y otra vez en que la torturasen con su madre y con los demás. Pero no le hicieron caso.

Los seis restantes permanecieron en la montaña treinta y tres días, durante los cuales Beatriz y los padres Antonio y Francisco fueron torturados con el agua hirviendo seis veces, el padre Vicente cuatro, y los padres Bartolomé y Gabriel dos. Pero ninguno dejó escapar el más leve quejido.

Los más largamente torturados fueron Beatriz y los padres Antonio y Francisco. En especial, Beatriz da Costa que, amenazada y sometida a diversas torturas, mostró en su condición de mujer un valor superior al de cualquier hombre. Por eso, además del suplicio del agua hirviendo, le fueron aplicados nuevos tormentos y, durante largas horas, en pie sobre una pequeña roca, recibió los insultos y las mofas de la gente. Pero cuanto más feroces eran los oficiales menos cedía ella.

Los demás no fueron atormentados con tanta severidad por ser de constitución débil y estar enfermos. El magistrado no deseaba darles muerte, sino hacerles apostatar. Por este motivo había venido al monte un médico para curar heridas.

Uneme comprendió al fin su impotencia. Incluso sus hombres le dijeron que, eran tales la fuerza y el valor de los padres, que todos los manantiales de Unzen se agotarían antes de que cambiasen de sentimientos. Decidió entonces que volviesen de nuevo a Nagasaki. El cinco de enero confinó a Beatriz da Costa en una casa de mala fama y encerró a cinco sacerdotes en una prisión de la ciudad, donde aún continúan. «Éste ha sido el espléndido final de un combate que ha hecho que nuestra fe se propague entre la multitud, los fieles se fortalezcan y las esperanzas del tirano queden desbaratadas».

Ésta era la carta de Ferreira. En Roma no podían imaginarse a este sacerdote caído ante el infiel, apostatando de Dios y de su iglesia, por muchas que hubieran sido las torturas sufridas.

Roma, 1635. Cuatro sacerdotes, reunidos alrededor del padre Rubino, trazaban un plan: tratarían de llegar como fuera hasta las tierras perseguidas del Japón, para realizar en ellas un apostulado oculto. Así lavarían la deshonra que la apostasía de Ferreira había ocasionado a la iglesia.

El proyecto, descabellado a primera vista, no obtuvo en un principio la aprobación de las autoridades eclesiásticas. Comprendían el celo y el espíritu apostólico del grupo, pero no podían seguir autorizando sin más ese envío insistente de sacerdotes a un país infiel, tan erizado de peligros. Sin embargo, tampoco cabía abandonar a los cristianos cada vez más desalentados, privados de sus líderes en un Japón sembrado de la mejor semilla de todo el oriente desde los tiempos de Francisco

Javier. Además, para los europeos de entonces, el hecho de que Ferreira hubiera sido forzado a apostatar en un país insignificante, perdido en el extremo del mundo, representaba no sólo el fracaso de una persona, sino la derrota humillante de las ideas y la fe de toda Europa. Por ello, tras muchas dificultades, el padre Rubino y sus compañeros obtuvieron el permiso de hacerse a la vela.

En Portugal había también tres sacerdotes jóvenes que, por razones distintas, planeaban introducirse en el Japón secretamente. Habían sido discípulos de Ferreira en el antiguo teologado de Campolide. Para Francisco Garpe, Juan de Santa Marta y Sebastián Rodrigo resultaba increíble que Ferreira, su admirado profesor Ferreira, se hubiera doblegado ante el infiel, cuando podía haber conseguido un glorioso martirio.

Y sus sentimientos jóvenes eran el eco unánime de los del clero portugués. Los tres irían al Japón y comprobarían la verdad. Pero, igual que en Italia, los superiores no dieron su asentimiento a la primera. Con todo, vencidos por aquel entusiasmo, aprobaron la peligrosa misión. Era el año 1637.

Los tres jóvenes sacerdotes empezaron a preparar el largo viaje. En aquella época los misioneros portugueses destinados al oriente acostumbraban a embarcar en la flota de Indias, que iba de Lisboa a la India. La partida de la flota era el acontecimiento anual que más conmocionaba a Lisboa.

El Japón, tierra de oriente, que era hasta entonces como decir confín del mundo, se alzaba ante los tres revestido de aureola. Cuando desenrollaban el mapa, podían ver África, y luego la India, dominio de Portugal, y más allá, esparcidas, innumerables islas y países de Asia. Y, al fin, el Japón, en el extremo este dibujado diminuto como una larva. Para llegar a esas tierras tendrían que pasar por Goa, y después surcar mares y mares durante meses. Porque Goa, desde los tiempos de san Francisco Javier, había sido considerada como la base de operaciones para todo el apostolado del oriente.

En los demás seminarios de san Pablo los estudiantes de diversos países de Asia y los sacerdotes de Europa estudiaban todo lo referente a las tierras que iban a misionar. Era allí también donde esperaban seis meses o un año al barco que los conduciría a sus puntos de destino.

Los tres sacerdotes se esforzaron en conocer lo mejor posible la situación del Japón. Afortunadamente había muchas relaciones enviadas por los misioneros portugueses desde los tiempos de Luis Frois. Esos escritos decían cómo el nuevo Shogun, Iemitsu, había desarrollado una política de represión más cruel aún que la de su padre y la de su abuelo. Especialmente en Nagasaki, desde el año 1629, el gobernador Takenaka Uneme infligía a los cristianos los tormentos más inhumanos y atroces, sumergiéndoles en fuentes sulfurosas de agua hirviendo e instándoles a abandonar su fe y a cambiar de religión. Se decía que, a veces un solo día, el número de las víctimas no bajaba de sesenta o setenta. Estas relaciones eran sin duda exactas,

puesto que también el mismo Ferreira había escrito en ese sentido. En cualquier caso, tenían que hacerse a la idea de que si el viaje hasta el Japón iba ser largo y lleno de penalidades, la suerte que les aguardaba allí no sería mejor.

Sebastián Rodrigo, nacido en 1610 en la ciudad minera de Tasco, ingresó en la vida religiosa a los diecisiete años. Juan de Santa Marta y Francisco Garpe habían nacido en Lisboa, eran compañeros de Rodrigo y junto con él habían recibido su formación en el seminario de Campolide. Desde el comienzo de su vida religiosa se habían sentado día a día en los mismos bancos y a todos ellos les quedaba un vivo recuerdo del padre Ferreira, su profesor de teología.

De aquel Ferreira que ahora estaría en algún lugar del Japón. Su rostro dulce, sus ojos azules y puros, ¿conservarían la lozanía de antaño tras las torturas de los japoneses? Rodrigo no podía, por más que quisiera, imaginar aquel rostro marcado para siempre por la huella de la degradación. No podía creer que el maestro Ferreira se hubiera alejado de Dios, que hubiera perdido su bondad de corazón. Rodrigo y sus compañeros deseaban llegar al Japón cuanto antes y cerciorarse de su existencia y de su suerte.

El veinticinco de marzo de 1638 zarpó la flota de Indias, con los tres a bordo, desde el estuario del río Tajo, entre las salvas de cañón del fuerte Belén. Después de recibir la bendición del obispo Juan Dasco, embarcaron en la Santa Isabel, la nave capitana. Las naves salieron del agua amarilla del estuario al mar azul del mediodía. Recostados en cubierta no se cansaban de mirar cabos y montañas dorados de sol, las paredes rojas de las alquerías, las iglesias. Desde sus torres, llegaba hasta cubierta, mecido por el viento, el tañido de adiós de las campanas.

En aquella época la flota de Indias debía dar un gran rodeo por el sur de África. Al tercer día de navegación fueron sorprendidos por una gran tormenta en la costa occidental.

El dos de abril tocaron la isla de Porto Santo, algo después Madeira, y el día seis llegaron a las islas Canarias. Sobre el mar alternaban días de lluvia torrencial y de calma absoluta. Debido a las corrientes, tuvieron que retroceder desde el paralelo tres de latitud norte al paralelo cinco. Al fin avistaron las costas de Guinea.

En tiempo de calma el calor era insoportable. La enfermedad hizo estragos en todas las naves. Entre los viajeros de la Santa Isabel, pasaban de cien los postrados en camastros sobre cubierta. Rodrigo y sus compañeros se unieron a la tripulación para atender a los enfermos, ayudando a sangrarlos.

El veinticinco de julio, fiesta de Santiago, las naves doblaron el Cabo de Buena Esperanza. Pero el mar se desató en tormenta huracanada. Se quebró la vela mayor que cayó sobre cubierta. A Rodrigo y sus compañeros, e incluso a los enfermos, se les pidió colaboración para salvar el resto del velamen. Y, cuando a duras penas habían salvado el peligro, la nave se estrelló con un escollo. Si las otras naves no hubieran

acudido en su auxilio, la Santa Isabel se habría hundido allí mismo. Pasada la tormenta, el viento se calmó de nuevo.

Colgaban lacias las velas del mástil y sólo su sombra intensa y negra se proyectaba sobre los rostros y los cuerpos de los enfermos tirados como cadáveres sobre cubierta. Durante días y días sobrevino la agobiadora calma, sin la menor ondulación. La travesía se prolongaba y llegaron a escasear el agua y los víveres. Por fin el nueve de octubre arribaron a su destino: Goa.

En Goa conocieron más detalladamente la situación del Japón. Había comenzado, en enero, una sublevación de treinta y cinco mil cristianos; tras una lucha encarnizada contra las fuerzas del Bakufu^[2], sostenida sobre todo en Shimabara, todos los rebeldes, mujeres y hombres, viejos y niños, hasta el último, habían sido pasados a cuchillo. Tras la refriega, toda la región había quedado tan asolada que apenas quedaba rastro humano; los cristianos supervivientes eran tenazmente perseguidos. Pero la noticia más desoladora para Rodrigo y sus compañeros fue que el Japón, como consecuencia, había roto sus relaciones comerciales con Portugal y prohibido a los naos portuguesas la entrada en el país.

Los tres padres, hondamente descorazonados, sabiendo que no habría un solo barco portugués que siguiera la ruta al Japón, continuaron hasta Macao. Esta ciudad era el último baluarte de Portugal en el extremo oriente y constituía además una base comercial entre Japón y China. Allí les esperaba el visitador Valignano con una terrible noticia. Les dijo que el trabajo misionero en Japón era una empresa desesperada, y que la iglesia de Macao no pensaba seguir mandando más misioneros a la buena de Dios.

Diez años antes, el padre Valignano había fundado en Macao un seminario apostólico para la formación de misioneros con destino a China y Japón. Y no sólo eso, sino que desde que comenzó la persecución contra la iglesia, toda la administración de la provincia jesuítica del Japón pasaba por sus manos.

Sobre Ferreira, a quien intentarían localizar tras su llegada a Japón, Valignano les proporcionó los siguientes datos: desde 1633 había quedado roto todo contacto con los misioneros ocultos. Unos marineros holandeses, vueltos a Macao desde Nagasaki, contaron que Ferreira había sido apresado y sometido al tormento de la «fosa» en aquella ciudad. La información posterior era confusa y no había modo de comprobarla, ya que el barco holandés se dio a la vela el mismo día en que colgaron a Ferreira sobre la fosa. Lo único que aquí sabían que era Inoue, señor de Chikugo, el nuevo magistrado para asuntos religiosos, había tomado a su cargo el interrogatorio de Ferreira. En cualquier caso, la iglesia de Macao no podía permitir una travesía al Japón en tales condiciones. Éste era el sincero parecer de Valignano.

Hoy día podemos leer algunas de las cartas de Sebastián Rodrigo en el archivo del «Instituto de Investigaciones Históricas de Ultramar»^[3]. Arranca la primera de la

escena que acabamos de relatar, cuando Valignano les informa a él y a sus compañeros sobre la situación del Japón.

CAPÍTULO 1

RELACIÓN DE SEBASTIÁN RODRIGO

LA paz del Señor, Gloria a Cristo. Como le escribía en mi anterior, llegamos a Goa el día nueve de octubre del año pasado, y de allí partimos para Macao a donde llegamos el primero de mayo. El viaje, lleno de penalidades, dejó agotado a nuestro compañero Juan de Santa Marta, los accesos de malaria le causaron frecuentes sufrimientos. En cambio, Francisco Garpe y yo nos encontramos perfectamente en este colegio misionero donde recibimos una cálida acogida.

El único contratiempo fue que el padre Valignano, rector del colegio, que lleva aquí unos diez años, al principio se opuso a nuestro viaje al Japón. En su aposento, que domina todo el puerto, nos dijo:

—Hay que renunciar a la idea de enviar más misioneros al Japón. Para los mercantes portugueses el viaje por mar es extraordinariamente peligroso, y se van a encontrar con más de un obstáculo antes de alcanzar las costas japonesas.

La oposición del padre rector era razonable. Desde 1636 el gobierno japonés, sospechando la complicidad de los portugueses en la insurrección de Shimabara, ha cortado de raíz todo intercambio comercial con ellos. Además, el mar, desde Macao hasta las inmediaciones del Japón, está infestado de fragatas protestantes, inglesas y holandesas, que cañonean nuestros mercantes.

—Sin embargo, padre Valignano, lo que usted dice no concluye en que tenga que fracasar una entrada de incógnito en el país, si es que Dios nos ayuda... —replicó Juan de Santa Marta, enrojecidos los ojos de fiebre—. En esa tierra los cristianos acaban de perder a sus padres, y se sienten solos, como los corderos de un rebaño. Sea como sea, alguien tiene que ir a alentarlos y hacer que ese rescoldo de fe no se extinga.

Valignano escuchaba en silencio. Mucho habría tenido que sufrir, angustiado por su deber como superior por un lado, y la suerte de los pobres cristianos japoneses acorralados por otro. Por eso, guardaba silencio aquel misionero veterano, clavado de codos en la mesa, con la frente entre sus manos.

Desde el aposento se veía a lo lejos el puerto de Macao; sobre el mar, enrojecido de crepúsculo, moteaban los juncos como manchas negras.

—Y hay otra cosa además. Para nosotros es un deber. Tenemos que averiguar cómo sigue nuestro profesor el padre Ferreira.

—Sobre Ferreira no he tenido ulterior información. Las relaciones no dicen de él más que vaguedades. Y el caso es que, para nosotros ahora, ni siquiera hay forma de comprobar si son o no son verdad.

—Entonces, ¿vive?

—Ni siquiera lo sabemos —Valignano dejó escapar un suspiro y levantó la cabeza—. Las cartas que me enviaba regularmente cesaron de pronto en 1633. Hoy día no hay modo de saber si ha muerto por alguna enfermedad, si los infieles lo tienen en prisión, si, como vosotros suponéis, habrá alcanzado la gloria del martirio o si estará vivo y no encuentra modo de enviar noticias.

Ni una sola vez habló Valignano de que Ferreira, como se rumoreaba, se hubiera doblegado ante las torturas. Al igual que nosotros, no quería empañar con esas sospechas la memoria de su antiguo compañero.

—Además... —y ahora parecía hablar consigo mismo— ha aparecido recientemente en el Japón un personaje, que es el azote de los cristianos. Su nombre es Inoue.

Era la primera vez que oíamos ese nombre. Valignano nos dijo que en comparación con Inoue, Takenaka, el anterior gobernador de Nagasaki, y todos los otros que habían asesinado a tantos cristianos, no pasaban de ser tipos brutales e ignorantes.

Tratando de retener en nuestra memoria el nombre de este japonés a quien probablemente acabaríamos encontrando a nuestra llegada al Japón, silabeamos una y otra vez en silencio esos sonidos extraños.

Valignano estaba bastante bien informado respecto a él, gracias a las últimas noticias que habían enviado los cristianos a Kyūshū. Según éstas, Inoue se había convertido desde la rebelión de Shimabara en el cerebro de la persecución y, con una astucia refinada, que en nada recordaba a su predecesor Takenaka, estaba, al parecer, haciendo que apostatasen uno tras otro cristianos que hasta entonces no habían claudicado ante torturas y amenazas.

—Y lo más triste —prosiguió Valignano— es que este hombre fue en tiempos pasados uno de nuestros catecúmenos y hasta llegó a recibir el bautismo.

Quizá, en fecha posterior, pueda volver a contarle algo sobre este personaje... El caso es que, después de todo, hasta este buen padre, prudente como todo superior, se dejó vencer por nuestro entusiasmo —sobre todo el de mi compañero Garpe—, y nos dio al fin permiso para viajar de incógnito al Japón. La suerte estaba echada. Hasta ahora, con tantas dificultades, hemos conseguido llegar hasta este Oriente con la única meta de dar gloria a Dios y evangelizar al Japón. De aquí en adelante nos aguardan probablemente peligros y dificultades ante los cuales nuestro viaje desde

África por el océano Índico es un juego de niños. «Si os persiguen en una ciudad, huid a otra». En mi corazón surgen incesantemente las palabras del Apocalipsis: «Señor Dios, a ti sean dados el honor, el poder y la gloria». Y cuando pienso en estas palabras, todo lo demás me parece insignificante.

Como le escribía anteriormente, Macao está situada en la desembocadura del río Chu-kiang. Es una ciudad construida sobre islotes esparcidos a la entrada de la bahía y, como en todo el oriente, no hay murallas que la cerquen. No se sabe hasta dónde llegan sus límites, y las casas de los chinos se extienden sin fin. No lograría hacerse una idea por más pueblos o ciudades de nuestra patria que se imagine. Se dice que la población es de unos veinte mil habitantes, pero este número no es de fiar. Lo único que puede recordar algo a nuestra patria es el palacio del gobernador, construido en el centro de la ciudad, los edificios comerciales de estilo portugués, y las calles empedradas. Hay también un fuerte con cañones dirigidos hacia la bahía, pero afortunadamente hasta el día de hoy no ha habido que usarlos ni una sola vez.

La mayor parte de los chinos no demuestran interés por nuestra religión. En este punto, el Japón debería haber sido, en frase de san Francisco Javier, «el país de oriente más adaptado al cristianismo». Y, lo que son las ironías del destino, por haber prohibido el gobierno japonés a sus propios barcos la salida al extranjero, todo el comercio de la seda en extremo oriente ha quedado en manos de los mercaderes portugueses de Macao, por lo que el valor total de la exportación va a superar este año los 400.000 serafines frente a los 100.000 del año pasado y de hace dos años.

En esta carta de hoy tengo que darle una noticia maravillosa. Ayer pudimos dar con un japonés. Antes, por lo visto, venían a Macao muchos religiosos y mercaderes japoneses, pero desde que el país se cerró, sus visitas cesaron y los que se habían quedado aquí acabaron retornando a su país. Cuando se lo preguntamos, Valignano mismo nos dijo que en esta ciudad no había japoneses y sólo por pura casualidad nos hemos enterado de que hay un japonés viviendo con los chinos.

Ayer, a pesar de la lluvia, fuimos a la zona china de la ciudad, en busca de algún barco clandestino que fuese al Japón. Y claro está, si uno quiere un barco tiene que contratar capitán y tripulación.

Macao con lluvia... La ciudad, ya de por sí miserable, resulta aún más patética si cabe. Mar y ciudad se ensombrecen, los chinos se encierran en sus casas, que parecen pocilgas, y en las calles, puros barrizales, no se divisa una sombra humana. Cuando me quedo mirando estas calles, no sé para qué, pienso en la vida y me invade la tristeza.

Buscamos a un chino del que teníamos ya referencias y, al exponerle nuestro asunto, nos dijo en seguida que un japonés, residente en Macao, estaba deseando volver al Japón. Al punto, cediendo a nuestro ruego, fue su hijo a llamarle.

¿Cómo describirle al primer japonés que he visto en mi vida? En la habitación

entró tambaleándose un borracho cubierto de harapos. Su nombre, Kichijirô. Su edad, veintiocho o veintinueve años. Por lo que respondió a las breves preguntas que le hicimos, supimos que era pescador, de la región de Hizen, cerca de Nagasaki, y que, antes de la rebelión de Shimabara, fue recogido por una nave portuguesa cuando flotaba a la deriva sobre el mar. Borracho y todo, era un hombre de mirada ladina. Durante nuestra conversación, con frecuencia desviaba la vista.

—¿Eres cristiano?

A la pregunta de Garpe, nuestro hombre se hundió en un repentino mutismo. No podíamos entender por qué le había desagradado la pregunta. Al principio, no daba muestras de locuacidad, pero ante nuestra insistencia, se lanzó a hablar a ráfagas, a contarnos el derrotero que había tomado la persecución en Kyüshü. Por lo visto, nuestro hombre contempló la escena de veinticuatro cristianos condenados al «suitaku» en Kurasaki, una aldea de Hizen, por orden de su daimio^[4]. El «suitaku» consiste en atar a los reos a postes clavados en el mar. La marea sube y el agua les llega hasta los muslos. Los prisioneros se van agotando y tras unos siete días mueren en la más terrible agonía. ¿Pudo imaginar el mismo Nerón una forma de suplicio tan atroz?

A lo largo de la conversación notamos un detalle extraño. Mientras contaba en voz baja aquella escena estremecedora, su rostro se crispó. De pronto apretó fuerte los labios y agitó su mano como para ahuyentar de su memoria un recuerdo espantoso. Entre aquellos veintitantos cristianos condenados al «suitaku» quizá hubiera algún amigo o conocido suyo. Quizá habíamos puesto el dedo en una llaga que nadie debía tocar.

—Entonces, tú eres cristiano, ¿verdad? —le interrogó Garpe—. Seguro que sí... No lo puedes negar.

—No —Kichijirô negó con la cabeza—. No, no lo soy.

—En todo caso, estás rabiando por volver al Japón. Afortunadamente nosotros tenemos dinero para comprar un barco y pagar una tripulación, así que si te decides a venir con nosotros...

Bastaron estas palabras para que los ojos del japonés, de un amarillo turbio por la borrachera, centelleasen de astucia. Seguía en cuclillas en un rincón del cuarto, abrazado a sus rodillas. Y se limitó a mascullar, casi como excusándose, que por favor le permitiésemos volver a su país, que quería ver a sus padres y hermanos que había dejado en el pueblo.

Nosotros íbamos a lo nuestro, y entramos inmediatamente en tratos con aquel ser huidizo. A intervalos se oía en el tugurio el zumbido de una mosca. Tirada en el suelo yacía la botella que acababa de beber. No había opción. Al llegar al Japón no sabremos distinguir la derecha de la izquierda y tendremos que ponernos en contacto con los cristianos, que se encargarán de escondernos y procurarnos lo necesario. Para

este primer paso, tendríamos que servirnos de este hombre.

Kichijirô, abrazado todavía a sus rodillas, de cara a la pared, siguió rumiando un largo rato las condiciones del contrato. Al fin asintió. Para él iba a ser una aventura sumamente peligrosa, pero quizá se resignase a todo, pensando que si dejaba escapar esta oportunidad jamás podría regresar al Japón.

Gracias al padre Valignano, parece que por lo menos podremos echar mano de todo un junco. Y, sin embargo, ¡qué frágiles son los planes de los hombres! Hoy nos han informado de que el barco está medio comido por las termitas. Y como aquí es casi imposible conseguir hierro y pez...

Le escribo las noticias, día a día, con cuentagotas. Esto se ha convertido en un diario sin fechas. Al leerlo tendrá que armarse de paciencia. Hace una semana le decía cómo nuestro junco estaba terriblemente comido por las termitas, pero, gracias a Dios, parece que se ha encontrado un medio de hacer frente a esta dificultad. Provisionalmente reforzaremos con tablas el interior y haremos así la travesía hasta Taiwan. Y si la chapuza sigue aguantando, estamos animados a seguir directamente al Japón. Sólo nos queda pedirle al Señor su protección para que nos coja una galerna en el mar de la China oriental.

Hoy he de comunicarle una noticia triste. Ya sabe usted que Santa Marta, totalmente agotado por tan larga y dolorosa travesía, cayó enfermo con malaria. Estos días ha vuelto a recaer con escalofríos y fiebre alta y sigue en cama, en un cuarto del seminario. Usted que lo conoció antes tan fuerte, no puede imaginarse lo terriblemente demacrado que está. Tiene los ojos enrojecidos y llorosos. Ni pensar en poder llevarle al Japón en estas condiciones. Valignano dice que si no lo dejamos aquí hasta que se restablezca, no puede permitir nuestro viaje.

—Nosotros iremos primero —le suele consolar Garpe— y lo tendremos todo preparado, para que vengas cuando mejores...

¿Le aguantará la vida hasta entonces? ¿O seremos nosotros los que caigamos en manos de los infieles, como tantos otros cristianos? ¿Quién puede adivinarlo?

Una barba espesa le ensombrece el rostro, tiene las mejillas terriblemente descarnadas. Sumido en silencio, Santa Marta se queda con los ojos clavados en la ventana. El sol del crepúsculo, como un vidrio rojo, se va hundiendo en el puerto y en el mar. ¿En qué pensará? Usted que lo conoció durante tantos años podrá comprenderlo. El día que nos hicimos a la vela en el estuario del Tajo, con la bendición del obispo Dasco y de ustedes... El viaje largo, lleno de penalidades... La nao visitada por la sed y enfermedades sin cuento... ¿Por qué soportamos todo esto? ¿Por qué hemos llegado hasta esta ciudad oriental que se diría en ruinas? Raza digna de compasión, nosotros, los sacerdotes, nacidos en este mundo para el servicio del

hombre, sólo para servir... Y sin embargo, no existirá un ser tan miserable y solitario como el sacerdote cuyo servicio se torna imposible. Ahí tiene el caso de Santa Marta. Desde su llegada a Goa, se hizo más honda si cabe su devoción a san Francisco Javier, y visitaba a diario su tumba, pidiéndole que a toda costa le concediese llegar al Japón.

Todos los días oramos para que recobre la salud cuanto antes. Pero su enfermedad no presenta ninguna mejoría. En fin, Dios nuestro Señor sabe llevar a los hombres por el camino que más le conviene, camino que a nuestra pobre inteligencia no le es dado escrutar. Ya sólo quedan dos semanas para nuestra partida. Quizá el Señor, con un milagro de su omnipotencia se digne arreglarlo todo.

La reparación del barco que adquirimos marcha viento en popa. Gracias a las tablas que conseguimos recientemente, la parte comida de termitas ha cambiado totalmente de aspecto. Veinticinco marineros chinos, encontrados gracias a Valignano, nos llevarán hasta las costas japonesas. Están enflaquecidos como enfermos que no hubieran comido en meses, pero esas manos de alambre tienen una fuerza sorprendente. Con sus brazos delgados transportan como si nada las más pesadas cajas de alimentos. Recuerdan exactamente unas tenazas de hierro. Ya sólo queda esperar el viento propicio para hacernos a la vela.

También nuestro japonés, Kichijirô, mezclado con los marineros chinos, ayuda a cargar el barco y a remendar las velas. Nosotros seguimos observando el modo de ser de este hombre del que quizá dependa en el futuro que nuestra suerte vire a derecha o izquierda. Por ahora lo que hemos sacado en claro es que tiene un carácter taimado que nace de su cobardía.

El otro día presenciábamos, por casualidad, la siguiente escena. Mientras estaba bajo la mirada del capataz chino, Kichijirô aparentaba trabajar con toda el alma, pero en cuanto el capataz se daba la media vuelta empezaba a remolonear. Los mismos marineros, que al principio estaban callados, no pudieron aguantar más y empezaron a meterse con él. Esto, en realidad, no tiene mayor importancia. Lo que nos sorprendió es que, con unos cuantos zarandeos y algunos puntapiés en el trasero que le propinaron tres marineros, se puso lívido y, de rodillas sobre la arena, pidió perdón. Pero su gesto nada tenía que ver con la virtud cristiana de la paciencia; era más bien la cobardía de una gallina. Alzó la cara, hundida en la playa, y se puso a gritar algo en japonés; tenía la nariz y los pómulos cubiertos de arena y babeaba una saliva sucia. Nos explicamos ya el porqué de su silencio repentino cuando hablamos con él la primera vez sobre los cristianos del Japón. Quizá mientras iba hablando sintiera un miedo cerval a sus mismas palabras. En fin, gracias a que intervinimos a toda prisa, aquella pelea tan desigual acabó apaciguándose y desde entonces Kichijirô nos obsequia con una sonrisa servil.

—¿De veras que eres japonés? ¿Tú...?

Cuando se lo preguntó Garpe con el tono de disgusto que era de esperar, Kichijirô, sorprendido, afirmó una y otra vez que sí. Garpe se había tomado demasiado al pie de la letra la semblanza del japonés que presentaban tantos misioneros: «un pueblo que no teme ni a la muerte». Es verdad que hay japoneses cuya entereza no se ha doblegado a pesar de cinco días seguidos de tortura, con sus pies en el agua del mar; pero hay también cobardes como Kichijirô. A un ser como éste hemos de confiar nuestra suerte cuando llegemos al Japón. Ha prometido ponernos en contacto con los cristianos para que nos oculten, pero a estas alturas no sé hasta qué punto es de fiar su promesa. De todos modos, no piense que ha decaído nuestra moral. Más bien se siente uno incómodo al pensar que ha puesto su futuro en manos de un individuo como Kichijirô. Claro que, bien pensado, hasta el mismo Cristo se abandonó a sujetos que no eran de fiar. En fin, si en este caso no existe otra solución que confiar en Kichijirô, en él confiaremos.

Sólo hay una cosa que me preocupa: Kichijirô es un tremendo borracho. Por lo visto, después del trabajo, gasta cada día en sake^[5] hasta el último céntimo de la paga que le da el capataz. Sus borracheras resisten toda descripción, y sólo queda pensar que este hombre bebe para olvidar algún recuerdo obsesivo que lleva en el fondo del alma.

Las noches de Macao llegan con el sonido triste y prolongado de las trompetas de los centinelas del fuerte. En este colegio, como en nuestro país, es de regla que, acabada la cena y tras la bendición en la capilla, sacerdotes y hermanos se retiren a sus aposentos cada uno con su vela. Ahora acaban de cruzar el empedrado del patio los criados, treinta en total. Se han apagado las luces de los aposentos de Santa Marta y Garpe. Esto sí que es «*finis terrae*», el fin de la tierra...

Aquí me tiene a la luz de la vela, las manos sobre las rodillas. Inmóvil, saboreo a fondo la sensación de encontrarme en estas tierras lejanas, desconocidas para ustedes, que nunca las verán en su vida. Es una sensación que no le puedo definir, como el palpitar de una herida. Vuelve a mi recuerdo la imagen de aquel mar sin fin, aquel mar pavoroso, los puertos a que arribamos; y mi pecho se siente oprimido hasta el dolor. De veras que encontrarme en esta ciudad oriental, ignorada de todos, me parece un sueño. Y al pensar que no, que no es un sueño, me entran ganas de gritar con todas mis fuerzas que es un milagro. ¿De verdad estoy en Macao? Me pregunto si no estaré soñando y casi no me lo acabo de creer.

Una enorme cucaracha va trepando por la pared. El ruido seco de sus patas sobre el muro rasga el silencio de la noche.

«Id por todo el mundo y proclamad la buena nueva a toda la creación. El que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea, se condenará». Así habló Cristo resucitado cuando se apareció a los discípulos mientras cenaban. Al conjuro de estas palabras, su semblante surge ahora ante mí. ¿Cómo sería su rostro? Como usted sabe bien, los

primeros cristianos se figuraban a Cristo como un pastor. Una capa, una túnica corta; una mano sujetando las patas de una oveja cargada al hombro y la otra en el cayado. La figura de muchos jóvenes que podemos ver con frecuencia en nuestro país. Ése era el rostro humilde de Cristo con el que se encariñaron los primeros cristianos. Luego la cultura ortodoxa fue construyendo un rostro de Cristo más orientalizado, con la nariz afilada, el pelo ensortijado, la barba negra. Más tarde muchos artistas medievales dibujaron un semblante irradiando majestad regia. Para mí, en cambio, su rostro es en esta noche como el de la pintura que se conserva en Borgo San Sepulchro. Aún permanece vivida en mi memoria aquella pintura, que contemplé cuando era estudiante de teología. Cristo, con un pie sobre el sepulcro, tiene en su mano derecha una cruz, mira de frente, y la expresión de su rostro emana fuerza, virilidad y aliento, como cuando en las orillas del lago Tiberíades, dirigiéndose a los apóstoles les ordenó por tres veces: «Apacentad mis ovejas, apacentad mis ovejas, apacentad mis ovejas...». Siento un gran amor por ese rostro; siento una constante atracción por el rostro de Cristo, lo mismo que un hombre se siente atraído por el rostro de la persona amada.

Ya sólo quedan cinco días para nuestra partida. Como el único equipaje que llevamos al Japón es el de nuestro corazón, estamos preparando el corazón a fondo. No quiero seguir escribiendo sobre Santa Marta. Dios, al final, no nos ha concedido el gozo de ver a nuestro pobre compañero recuperado. Pero todo lo que Él hace está bien hecho. Seguro que el Señor le está preparando en secreto una misión que algún día tendrá que realizar.

CAPÍTULO 2

RELACIÓN DE SEBASTIÁN RODRIGO

LA paz del Señor. Gloria a Cristo.

Cómo podría contarle en el limitado espacio de unos pliegos todos los acontecimientos que hemos vivido estos dos meses... Además, en estos momentos ni siquiera sé si mi carta va a llegar a sus manos. Pero siento que no puedo pasar sin escribirle; por otra parte, reconozco mi obligación de hacerlo.

Después de salir de Macao, nuestro barco, durante ocho días, se vio alentado por el buen tiempo. El cielo estaba azul y despejado, las velas hinchadas, satisfechas; multitud de peces voladores saltaban, con destellos de plata, entre las olas. Garpe y yo, cada mañana, en la misa que teníamos sobre cubierta, continuábamos agradeciendo al Señor la feliz travesía. Pero, inesperada, surgió la primera tempestad. Fue la noche del seis de mayo. Comenzó a soplar un fuerte viento sudeste. Los marineros, veinticinco hombres avezados, arriaron las velas e izaron una pequeña en el trinquete. Pero a media noche, con el barco a merced del viento y las olas, no tardó en abrirse una vía de agua en la proa y el junco comenzó a inundarse. Pasamos casi toda la noche taponando el boquete con trapos y achicando el agua.

Con la primera luz gris del alba amainó la tormenta. Todos, extenuados, tumbados entre los fardos de cubierta, contemplábamos las nubes negras preñadas de lluvia deslizándose hacia el este. Se me vino al corazón la imagen de san Francisco Javier, el hombre que, ochenta años antes, por llegar al Japón habría sufrido penalidades mayores que nosotros. Él también, después de una tormenta en la indecisa luz del amanecer, había tenido que ver ese cielo lechoso. Y tras Javier, cuántos misioneros y religiosos, durante decenas de años, bordeando África, dejando atrás la India, habrían surcado estos mares para predicar en el Japón. El obispo De Cerqueira, Valignano, Organtino, Gómez, Pomerio, López Gregorio..., su número sería interminable. Entre ellos hubo muchos que, como Gil de la Matta, zozobraron, teniendo ante sus ojos las costas japonesas. ¿Qué fue lo que les llevó a soportar estos sufrimientos? ¿Qué fue lo que puso en ellos tanta pasión? Ahora lo entiendo. Miraban hipnotizados estas nubes lechosas y esas otras también, las nubes negras que se deslizan hacia el este. ¿Qué pensaban entonces? También lo comprendo ahora.

Junto a los fardos oí la voz quejumbrosa de Kichijirô. Cobarde y haragán, no había echado siquiera una mano a los marineros durante la tormenta, y ahora temblaba pálido como un cadáver. A su alrededor todo estaba salpicado de un vómito blancuzco. Mascullaba sin parar algo en japonés.

Al principio todos lo miramos con desprecio. Su jerga de palabras no hallaba resonancia. Sin embargo, percibí entre sus palabras los sonidos «gratia» y «Santa María». Este tipo, que había hundido su cara en sus propios vómitos, había pronunciado dos veces seguidas las palabras «Santa María».

Crucé una mirada con Garpe. ¿Sería posible que este hombre, que durante la travesía había sido una rémora para todos, tuviese los mismos principios religiosos que nosotros? No, no era posible. No se concibe que la fe haga de un hombre un cobarde.

Alzando la cara sucia de vómito, nos miró con un gesto doloroso. Luego dibujó en su rostro una sonrisa servil. Era la forma de sonreír del que está siempre adulando a alguien. A mí, no tanto, pero a Garpe su risita le pone de mal humor.

Y a Santa Marta, con lo entero que era, seguro que le habría sacado de quicio.

—¡Eh, tú!, vamos a ver... —Garpe alzó la voz— contesta sin rodeos: ¿eres o no eres cristiano?

Kichijirô negó con la cabeza. Los marineros chinos, tumbados entre los fardos, nos miraban con desprecio y curiosidad. Si Kichijirô era cristiano, no comprendían que nos lo estuviese ocultando a nosotros que éramos sacerdotes. Es pura suposición mía, pero quizá este cobarde teme que, al llegar al Japón, se nos vaya a escapar que es cristiano y se enteren los alguaciles... Pero si no es cristiano, ¿por qué pronunció, presa del pánico, las palabras «gratia» y «Santa María»? De todas formas, este hombre me intriga y espero llegar a descifrar su enigma.

Aún no habíamos divisado tierra firme, ni siquiera la silueta de una isla. El cielo tenía un color apagado, sobre el barco caía a veces un sol débil y sin fuerzas. Abatidos por la tristeza, sólo podíamos contemplar el frío mar que nos mostraba su oleaje de blancos colmillos. Pero Dios no nos abandonó.

Un marinero que yacía como muerto en la popa, dio un grito. En el horizonte se dibujaba el vuelo de un pájaro. Vino a posarse sobre las velas desgarradas la noche anterior por la tormenta. Poco después, vimos pequeños troncos que flotaban sobre el agua. Eran indicio de la tierra firme. Pero nuestro gozo se convirtió muy pronto en desasosiego. Porque si esa tierra era el Japón, no debíamos ser descubiertos por ninguna embarcación. Los pescadores correrían a informar a los alguaciles de que habían visto un junco, con extranjeros a bordo, flotando a la deriva.

Hasta el oscurecer, Garpe y yo permanecemos escondidos, acurrucados uno junto al otro como dos perros, entre los fardos de cubierta. Los marineros izaron solamente la vela pequeña en el trinquete, y trataron de dar un rodeo evitando los puntos que

parecían tierra firme.

Medianoche. El junco comenzó a deslizarse con la mayor suavidad. Afortunadamente era noche cerrada. Nadie nos descubriría. La tierra firme, a una media legua, reducía su distancia. Penetramos en una ensenada bordeada de montes empinados. Y entonces pudimos divisar, más allá de la playa, un puñado de casas que parecían aplastadas.

Con Kichijirô y Garpe, salté al mar. Era un lugar poco profundo. Sentimos el contacto del agua fría. ¿Sería esto el Japón o una isla de cualquier otro país? Ninguno lo sabíamos.

Mientras Kichijirô exploraba los alrededores, nosotros permanecemos inmóviles, escondidos en una hondonada de la playa. Oímos pasos en la arena que se acercaban a nuestro escondite. Instintivamente cogimos nuestra ropa empapada y contuvimos el aliento. Una anciana, cubierta con un pañolón, que llevaba un cesto a la espalda, pasó de largo sin advertir nuestra presencia. Los pasos se perdieron a lo lejos. Una vez más cayó el silencio sobre la playa.

—No vuelve. No, no vuelve —dijo Garpe con lágrimas en la voz—. Ese cobarde se ha largado para siempre.

Yo, en cambio, me imaginaba algo mucho peor. No había huido. Como Judas, había ido a denunciarnos; y no tardaría mucho en presentarse acompañado de los guardias. «Y un grupo de soldados vino al lugar con antorchas y con armas», Garpe citó la Escritura en un murmullo. «Cristo supo que había llegado su hora...».

Era natural que en esos momentos recordásemos aquella noche de Getsemaní, cuando Jesús se abandonó totalmente en manos de los hombres. Momentos que se me antojaron interminables, asfixiantes. De verdad, tenía miedo. El sudor corría por mi frente y me inundaba los ojos. Percibía el ruido de los pasos del pelotón de soldados. La luz de las antorchas se acercaba, ardiendo lúgubre en las tinieblas.

Alguien avanzó con una tea. A su luz, se perfiló en rojo y negro la cara fea de un anciano de baja estatura. A su alrededor, nos miraban los ojos perplejos de cinco o seis jóvenes.

—Padre, padre... —murmuró el anciano, su voz bondadosa estaba llena de ternura, mientras se santiguaba.

Ni en sueños hubiéramos imaginado oír aquí esta palabra dicha en nuestra lengua. El anciano, por supuesto, no debía conocer más portugués que ése. Pero se había santiguado, había hecho ante nuestros ojos aquella señal de la cruz que nos unía. Todos ellos eran cristianos. La impresión me daba hasta mareo, pero por fin conseguí alzarme sobre la arena. Por primera vez estaba pisando tierra japonesa. Lo sentí con viva claridad.

Kichijirô, con aquella sonrisa servil, se ocultaba detrás de los otros. Era como una rata dispuesta a salir huyendo al menor ruido. Me mordí los labios de vergüenza. El

Señor en cada momento se había confiado a los hombres, a todos los hombres, porque Él amaba al «hombre», y yo hasta de este pobre hombre, Kichijirô, tenía sospechas...

—Vamos, dense prisa —nos urgió el anciano en un susurro—. No deben ser vistos por los «gentiles».

«Los gentiles»... también conocían esta palabra de nuestra lengua. Sin duda, desde los tiempos de Francisco Javier, los primeros misioneros les habrían enseñado todo este vocabulario. Cuántas dificultades para hundir el arado en esta tierra estéril, abonarla y labrarla con tanto primor. Apuntaban ya los brotes gozosos de la semilla sembrada en otros tiempos. Ahora, Garpe y yo teníamos la gran misión de cuidarlos.

Nos escondieron en su casa, una vivienda de techo bajo. Pared por medio había un establo del que llegaba un vaho maloliente. Pero nos dijeron que allí estábamos en peligro. Como a los paganos les daban por descubrimos trescientas monedas de plata, no podía uno fiarse de nadie ni de nada.

Pero..., ¿cómo había podido Kichijirô encontrar tan deprisa a los cristianos?

A la mañana siguiente, cuando aún estaba oscuro, nos hicieron vestir unos blusones de campesino; y, acompañados de los mozos de la noche anterior, subimos al monte que se alza a espaldas de la aldea. Los cristianos querían ocultarnos en un sitio más seguro, una cabaña de carboneros. La neblina, que ocultaba por completo el bosque y el sendero, se transformó muy pronto en una lluvia menuda.

En la cabaña nos informaron sobre el lugar al que habíamos llegado. Se trataba de Tomogi, una aldea de pescadores, a unas dieciséis leguas de Nagasaki. Tenía cerca de doscientas familias, y casi todos los aldeanos habían recibido el bautismo.

—¿Y ahora...?

—Pues mire, padre —dijo Mokichi, uno de los muchachos que nos habían acompañado, volviéndose hacia su amigo—. Ahora no podemos hacer nada. Si descubren que somos cristianos nos matarán.

Su gozo fue indescriptible cuando les dimos unos pequeños crucifijos que llevábamos al cuello. Los dos se postraron con reverencia, alzando las cruces hasta sus frentes, y repitieron una y otra vez el gesto de adoración. Al parecer, durante muchos años, no habían tenido en sus manos ni un solo crucifijo.

—¿Tenéis algún sacerdote?

Mokichi, apretando todavía en sus manos el crucifijo, negó con la cabeza.

—¿Y hermano?

Esta gente no había visto un hermano y, por supuesto, tampoco un padre, en los últimos seis años. Anteriormente, un sacerdote japonés llamado Miguel Matsuda y el jesuita Mateo de Coros habían continuado en contacto secreto con esta aldea y los pueblos del contorno. Pero ambos murieron agotados en 1633.

—Durante estos seis años, ¿qué ha sido del bautismo y los otros sacerdotes...? —

preguntó Garpe.

Lo que Mokichi y su amigo nos respondieron nos conmovió profundamente. Le ruego a usted no deje de comunicarlo a nuestros superiores. Y no sólo a ellos; quisiéramos que toda Roma lo sepa sin falta. «Otras semillas cayeron en tierra buena y, creciendo y desarrollándose, dieron fruto: unas produjeron treinta, otras sesenta, otras cien». He recordado ahora estas palabras del evangelio de san Marcos. Y es que esta gente, sin sacerdotes ni hermanos, mientras sufrían la persecución de las autoridades, han estado organizando de incógnito toda una red de «cofradías» secretas, clandestinas...

Por ejemplo, la cofradía de Tomogi funcionaba más o menos así: un anciano, elegido entre los cristianos, actúa como sustituto del padre. Me limitaré a escribir lo que me refirió Mokichi. El anciano que anoche salió a recibirnos a la playa es el «jiisama», como ellos dicen, y ocupa el puesto de mayor autoridad. Lleva una vida intachable y administra el bautismo a los niños recién nacidos en la aldea. Viene a continuación el grupo de los llamados «tossama», que enseñan en secreto a los demás fieles las oraciones y la doctrina. Y, finalmente, están los «mideshi», los aldeanos en general, que mantienen viva, en esta situación desesperada, la luz vacilante de la fe.

—No sólo dentro de Tomogi, ¿verdad? —pregunté—. Supongo que esos contactos los tendrán también con gentes de otras aldeas...

Esta vez Mokichi negó con la cabeza. Más tarde me enteré de que en este país, donde se da tanta importancia a los lazos de sangre, los habitantes de una aldea están estrechamente unidos entre sí, lo mismo que si fueran una familia. Y por eso a veces se llevan mal con los de otras aldeas, como si fueran razas distintas.

—Mire usted, padre, yo sólo me fío de mis paisanos. Si los de otras aldeas se enterasen de lo nuestro, podrían denunciarnos a los alguaciles. Hay soplones que hacen cada día una gira completa de aldea en aldea.

Con todo probé a pedir a Mokichi y a su amigo que por favor me buscasen a los cristianos de otros caseríos y aldeas. Había que comunicarles lo antes posible que los padres, crucifijo en alto, habían vuelto de nuevo a esta tierra desolada, a esta tierra que yacía en el abandono.

Desde el día siguiente nuestra vida ha sido como sigue: celebramos misa a medianoche, igual que en la época de las catacumbas; al amanecer, esperamos escondidos a los cristianos que suben al monte para visitarnos. Cada día dos de ellos nos traen un poco de comida. Oímos sus confesiones y les enseñamos la doctrina y las oraciones. Durante el día atrancamos la puerta de la cabaña y evitamos en lo posible cualquier ruido para no ser notados si pasa alguien por aquí. Por supuesto, ni pensar en hacer fuego o cualquier cosa que haga humo. Pensando en lo peor, Mokichi y su amigo nos han cavado un escondite bajo el piso de la cabaña.

Es posible que queden todavía cristianos en las islas y aldeas al oeste de Tomogi.

Pero, estando así las cosas, nosotros no podemos ni salir de la cabaña. Algún día tendré que hallar el modo de ir localizando uno a uno estos rebaños solitarios y abandonados.

CAPÍTULO 3

RELACIÓN DE SEBASTIÁN RODRIGO

EN este país, a partir de junio, comienza la estación de las lluvias. Me han dicho que durante más de un mes llueve y llueve sin parar. En ese período tal vez los guardias aflojen un poco sus pesquisas, y yo aprovecharé para caminar por estos contornos en busca de los cristianos que aún permanecen ocultos. Quiero hacerles saber cuanto antes que no están solos.

Nunca como ahora había pensado qué profundo y lleno de sentido es el trabajo de un sacerdote. Barcos amenazados en la tormenta..., así deben de sentirse ahora los cristianos japoneses. Sin un padre o un hermano que los aliente o anime, quizá estén perdiendo poco a poco las esperanzas y empiecen a vagar entre tinieblas.

Ayer también llovió. El agua arranca a la arboleda que rodea la cabaña un rumor melancólico. A veces los árboles se estremecen y dejan caer sus gotas de lluvia. Entonces, Garpe y yo pegamos la cara a las rendijas de la puerta de tablas y miramos afuera. Y cuando, al fin, vemos que todo ha sido obra del viento, nos ponemos de un humor que tiene mucho de irritación. ¿Cuánto tiempo va a continuar esta clase de vida? Estamos los dos raros, irritables y nerviosos, y al más leve desliz nos crucificamos mutuamente con la mirada. Es el resultado de un día y otro de nervios, tensos como la cuerda de un arco.

Paso a escribirle ahora con más detalle sobre estos cristianos de Tomogi. Son unos pobres campesinos, que a duras penas cultivan boniatos y cebada en una tierra, que no llega ni a tres hectáreas. Ninguno tiene arrozales. Las parcelas, que suben hasta media montaña por la pendiente que da al mar, evocan al vivo el dolor de una existencia trágica. Y, con todo, el gobernador de Nagasaki les ha venido imponiendo unas tasas terribles. Durante mucho tiempo estos campesinos han estado trabajando como verdaderos animales y como animales han ido muriendo. Que nuestra religión se fuera extendiendo entre ellos como agua que todo lo penetra, se debe a esto y sólo a esto: estos hombres han experimentado por primera vez en su vida el calor del corazón humano. Han encontrado a alguien que los trate como a seres humanos. La bondad de los padres les ha tocado el corazón.

Todavía no he visto a todos los cristianos de Tomogi. Porque, para no ser

sorprendidos por los guardias, suben sólo de dos en dos hasta nuestra cabaña, ya bien entrada la noche. Cuando los labios de estos labradores incultos silabeaban en nuestro portugués las palabras: «Deus», «anjo» (ángel), «beato», instintivamente me pongo a sonreír. Al sacramento de la confesión le llaman «conhisan», al cielo «paraíso», al infierno, «inheruno». Pero también nosotros pasamos nuestros apuros, porque sus nombres son difíciles de retener, y además sus caras parecen todas iguales. Confundimos a Ichizô con Seisuke y si la cristiana se llama Omatsu creemos que es Saki.

Le escribí en otra ocasión sobre Mokichi. Ahora voy a contarle algo sobre otros dos cristianos. Ichizô, uno de los hombres que viene de noche a nuestra cabaña, tiene alrededor de cincuenta años y una cara de pocos amigos. Ni durante la misa, ni tampoco después de la misa despega prácticamente los labios. Y lo de su cara, no es que esté realmente enfadado, sino que tiene la cara así. Es muy curioso, y sus ojos cercados de arruguillas, siempre tensos y rasgados, no pierden detalle de nuestros movimientos.

Omatsu, según tengo entendido, es la hermana mayor de Ichizô. Es viuda y hace ya muchos años que perdió a su marido. Son dos las veces que ha venido a escondidas a la cabaña con su sobrina Sen, trayéndonos la comida en una mochila. Como Ichizô, su curiosidad no tiene límites y, cuando Garpe y yo estamos comiendo, se pone con su sobrina a observarnos. Hablando con franqueza, la comida es miserable. Usted no se puede hacer idea. Un poco de agua y unos boniatos asados, que Garpe y yo devoramos más que comemos, mientras las dos mujeres sonríen con cara satisfecha.

Un día Garpe perdió la paciencia:

—Pero, ¿se puede saber qué tiene de raro que comamos...?

Ellas, sin entender lo que decía, seguían riendo y se les formaban pliegues en la cara como si fueran de papel.

Le referiré ahora los pormenores de la cofradía secreta de nuestros cristianos. Ya le hablé sobre los cargos de «jiisama» y «tossama», cómo el «jiisama» se encarga de administrar el sacramento del bautismo, mientras que los «tossama» enseñan a los fieles el catecismo y las oraciones. Los «tossama» tienen además el oficio de consultar el calendario y anunciar todas las festividades anuales de la iglesia. Por lo que nos han dicho, todas las fiestas —la de navidad, el viernes santo, la resurrección— se celebran siguiendo las indicaciones de estos «tossama». Claro está que, al no tener sacerdotes, no pueden oír misa esos días; por eso se limitan a exponer con todo secreto en una de las casas una vieja estampa y a rezar delante de ella. Lllaman a las oraciones por sus nombres latinos, como «paternóster», «avemaría», etc. Además, entre rezo y rezo, se charla de todo con la mayor naturalidad. Y es que nadie sabe cuándo van a irrumpir los guardias, pero en el caso de que lo hicieran, tienen que

tenerlo todo preparado para poder decir que se trataba de una simple reunión.

Después de la rebelión de Shimabara, el señor de estas tierras se ha lanzado a una caza sin cuartel de cristianos ocultos. Los vigilantes tienen a diario su ronda de inspección aldea por aldea, y a veces se te meten en casa cuando menos lo piensas.

Por ejemplo, el año pasado se publicó un bando prohibiendo la construcción de vallas y paredes entre casas contiguas. Así se puede ver lo que pasa en la casa del vecino, y si su comportamiento es sospechoso hay que denunciarlo inmediatamente. A quien revele el escondite de un padre (aquí entramos nosotros) le pagan trescientas monedas de plata. La cantidad por un hermano son doscientas monedas, y al que denuncie a un cristiano le dan cien monedas. Ya se podrá figurar que este dinero es una tentación irresistible para unos labradores que no tienen donde caerse muertos. Por eso, los cristianos apenas se fían de los de otras aldeas. No exageraba cuando le escribí en otra ocasión que Mokichi e Ichizô, y el anciano que estaba con ellos también, tenían todos rostros inexpresivos, casi como máscaras. Y ahora he comprendido claramente el porqué. A esos rostros no debe asomar ni el gozo ni siquiera la tristeza. Y ese vivir años y años guardando un secreto ha acabado por convertir esas caras en algo parecido a máscaras. ¡Dura y triste realidad...! A veces no entiendo por qué Dios habrá dado a estos cristianos semejantes penalidades.

En mi próxima carta le hablaré de nuestras pesquisas en relación con el padre Ferreira, y también de Inoue (¿recuerda?, el hombre a quien Valignano calificaba en Macao de azote del Japón). Por favor, dígame al padre ministro, Lucius de Sanctis, que siempre le recuerdo con afecto y nunca le olvido en mis oraciones.

Hoy ha vuelto a llover. Garpe y yo, tumbados en la paja que nos sirve de lecho, hemos pasado la noche rascándonos. Por el cuello y la espalda nos corretean unos insectos menudos y no hay forma de dormir. Los piojos japoneses por el día están quietos, pero por la noche se movilizan como un ejército que esperase ansioso el fin de la tregua.

Como es natural no hay quien suba por aquí con esta noche de lluvia. Es la ocasión de que descansa no sólo el cuerpo sino también los nervios, a punto de estallar con la tensión de cada día. Mientras llega a mis oídos el rumor de la fronda en el bosque, me he puesto a pensar en el padre Ferreira.

Los labradores de Tomogi no saben nada en absoluto sobre su paradero. Pero es un hecho que estuvo escondido en Nagasaki, a unas dieciséis leguas de aquí, hasta el año 1633, el mismo año en que, como se rompe un hilo, quedó cortada toda comunicación entre él y Valignano. ¿Estará aún vivo? ¿Habrá renegado, como se rumorea, de todo aquello que le hizo arriesgar la vida, arrastrándose como un perro ante los paganos? Y, si estuviera vivo, estará escuchando este gotear deprimente de la lluvia... ¿Dónde estará? ¿Qué sentirá al oírlo?

—Supón por un momento... —le dije a Garpe, que luchaba a brazo partido con

los piojos— suponte que yo consiguiera llegar a Nagasaki. Quizá podría dar con algunos cristianos que hayan conocido a Ferreira.

Garpe dejó de revolverse en la oscuridad y carraspeó dos o tres veces.

—... Y entonces te cogen, y punto final. Este asunto no nos concierne sólo a los dos. Los riesgos alcanzan también a todos estos campesinos que nos esconden. Y en todo caso, no hay que olvidar que en este país somos nosotros el último punto de apoyo de la misión.

Dejé escapar un suspiro. Garpe se incorporó entre la paja, y noté que me estaba mirando fijamente. Repasé en mi memoria uno a uno los rostros de Ichizô y Mokichi, los rostros de todos los jóvenes de la aldea. ¿No podría ir alguien a Nagasaki en vez de nosotros? No, tampoco eso es posible. Entre ellos hay quien carga con el sustento de toda su familia. Una cosa es nuestra vida de sacerdotes sin mujer ni hijos, y otra muy distinta la suya.

—¿Y qué tal si se lo pedimos a Kichijirô?

Garpe se echó a reír por lo bajo. También yo recordé a aquel hombre en el barco, con su cara hundida entre vómitos, aquel Kichijirô cobarde, implorando perdón con las manos juntas a los veinticinco de la tripulación.

—¡Qué estupidez! —dijo mi compañero—. Como que te puedes fiar de él...

Seguimos así largo rato en silencio. Caía sobre el tejado de la cabaña la lluvia exacta, regulada, como la arena de un reloj. Noche y soledad quedaban íntimamente enlazadas.

—A nosotros también... ¿nos cogerán algún día como a Ferreira...?

Garpe volvió a reír.

—Mira, a mí más que eso me preocupan los piojos que me están corriendo por la espalda, ¿sabes?

Desde que llegamos al Japón, Garpe está siempre de buen humor. Quizá con ese buen humor pensaba darse valor a sí mismo y dármelo a mí también. Hablando con franqueza, yo, por mi parte, no creo que nos cojan. El hombre es un tipo curioso. Siempre le queda un rincón en el alma para pensar que los demás allá se las arreglen, pero que el suyo es caso especial y logrará escapar de cualquier peligro. Con la misma sensación de irrealidad con que en un día de lluvia se imagina uno a lo lejos la única colina donde luce pálido el sol, tampoco puedo yo figurarme en absoluto ni el momento ni la escena de mi captura. Esto no es más que una simple cabaña y, sin embargo, me parece que aquí estaremos siempre a salvo. ¿Por qué? No lo sé. Realmente no deja de ser una reacción curiosa...

Después de tres días de lluvia, por fin ha escampado. No cabe duda. Por el resquicio de la puerta se ha filtrado en la cabaña un rayo de luz blanca.

—¿Salimos un rato afuera? —propuse a Garpe, que aceptó con la mejor de sus sonrisas.

Bastó un pequeño empujón a la puerta agarrotada por la humedad, para que de la arboleda llegaran, como el rumor de un manantial, los cantos de los pájaros. Me pareció sentir por vez primera en mi vida lo maravilloso que es estar vivo.

Nos sentamos a un lado de la cabaña y nos quitamos el quimono. En las costuras estaban agazapados los piojos como polvo blanco, y al ir machacándolos uno a uno con una piedra, experimenté un placer indecible. Tal vez los guardias sientan algo parecido cada vez que dan muerte a los cristianos, ¿no le parece?

Todavía flotaba un poco de neblina entre los árboles, y a través de los claros podía divisarse el mar distante y el cielo azul. Unas cuantas casas arracimadas, al parecer la aldea de Tomogi, estaban pegadas como ostras a la playa.

Después de tanto tiempo de encerrona en la cabaña, nos cansamos de matar piojos y nos quedamos contemplando ávidamente el mundo de los seres humanos.

—Todo tan tranquilo, ¿no te parece? —rió Garpe, descubriendo su blanca dentadura con aire de hombre feliz, mientras exponía al sol su torso desnudo en el que brillaba el vello rubio—. Me parece que, después de todo, hemos tenido más miedo de la cuenta. De ahora en adelante vamos a permitirnos alguna que otra vez el placer de un baño de sol.

Día tras día el cielo seguía despejado. Poco a poco nos fuimos volviendo más atrevidos, y ya hasta nos íbamos a pasear por la pendiente del bosquecillo cargado de olor a hojas nuevas y a barro húmedo.

Garpe llamaba a nuestra cabaña de carboneros «el monasterio». Cuando dábamos uno de estos paseos temerarios, solía hacerme reír al decirme:

—Anda, volvamos al convento. Nos espera un pan calentito y una sopa con grasa abundante. Pero de esto ni una palabra a los japoneses, ¿eh?

Recordábamos la vida que pasamos con usted en nuestra casa de San Javier en Lisboa. Por supuesto, aquí no hay ni una botella de vino, ni un filete de vaca. Nuestra comida se reduce a unos boniatos asados y verduras cocidas que nos traen los campesinos. Pero en el fondo de nuestra alma ha echado raíces la convicción de que todo va bien y que Dios vela por nosotros.

Cierto día estábamos charlando como siempre, sentados sobre una piedra que hay entre la choza y el bosquecillo. El sol del crepúsculo se filtraba entre los árboles. Un pájaro enorme, dibujando un arco negro en el cielo, se alejó volando entre las últimas luces de la tarde hacia la colina de enfrente.

—Alguien nos está observando —dijo Garpe de pronto con voz baja y punzante, los ojos fijos en el suelo—. No te muevas. Quieto ahí.

En la colina adonde acababa de volar el pájaro, débilmente iluminada por el sol, dos hombres miraban en nuestra dirección. Era claro que no se trataba de aldeanos de Tomogi, a los que ya conocíamos. Permanecimos rígidos como piedras, con la esperanza de que el sol poniente no hiciera resaltar demasiado nuestras caras.

—Eeeeeh... ¿Quién vaaaa...? —los dos hombres se pusieron a gritar a grandes voces desde la cumbre de la colina.

—Eeeeeh... ¿Quién vaaaa...?

Dudábamos si responder o no, pero el miedo a que nuestra respuesta sirviera para delatarnos, nos obligó a guardar un silencio hermético.

—Bajan por la colina hacia aquí... —dijo Garpe en voz baja, sin moverse de la piedra—. No, no vienen. Se vuelven...

Los veíamos descender por el valle, sus figuras cada vez más diminutas, pero no sabíamos hasta qué punto podían habernos distinguido aquellos dos hombres, de pie en la colina bañada de sol poniente.

Esa noche Ichizô subió al monte acompañado de un «tossama» llamado Magoichi. Cuando les contamos lo ocurrido, los ojos de Ichizô se arquearon, fijos en un punto de la choza. Se levantó en silencio, le propuso algo a Magoichi, y los dos se pusieron a arrancar las tablas del suelo. Una mariposa revoloteaba junto al candil de aceite de pescado.

Cogieron unos azadones que había apoyados en la puerta y comenzaron a cavar en el suelo. En la pared se perfilaban las siluetas de los dos hombres y el movimiento de los azadones. Cavaron un hoyo, suficientemente amplio para que cupiésemos los dos, y pusieron paja en el fondo. Luego lo taparon con las tablas. De ahora en adelante, este hoyo será nuestro escondite en los momentos de peligro.

Desde ese día hemos tomado toda clase de precauciones: nos hemos propuesto no volver a salir de la cabaña, y no encender ni siquiera el candil por las noches.

El episodio que voy a contarle ocurrió cinco días después. Hasta bien entrada la noche, estuvimos bautizando, en secreto, a un niño que nos trajeron Omatsu y dos de los «tossamas». Era la primera vez que administrábamos el bautismo desde nuestra llegada al país. En la cabaña donde no había ni luces ni música, sólo disponíamos, por todo instrumento litúrgico, de una tacita de té, rústica y descascarillada, para el agua bendita. Sin embargo, la ceremonia en aquella pobre cabaña era más bella que la de cualquier catedral. Uno de los hombres vigilaba fuera. Omatsu arrullaba al niño dulcemente. Nunca he sentido un gozo tan grande como cuando oí las preces del bautismo, que Garpe recitaba con voz grave: esa felicidad sólo la pueden gustar los misioneros fuera de su patria. El niño —húmeda la frente del agua bautismal— se puso a hacer pucheros y rompió a llorar. Cabecita menuda, ojos rasgados, una cara que algún día será la de un labriego más, como Ichizô o Mokichi. Y un día, también este niño, igual que sus padres y abuelos, trabajará como un animal en esta tierra angosta y mísera frente a un mar oscuro, y como un animal acabará sus días. Pero Cristo no murió por los elegantes ni por los buenos. Morir por los buenos, por los exquisitos, es cosa fácil; pero morir por los miserables, por los podridos, eso es algo difícil. Lo veía en aquellos momentos con toda claridad.

Después que se marcharon, me hundí extenuado en la paja. Todavía quedaba en la cabaña el tufo a aceite de pescado que habían traído aquellos hombres. Los piojos volvieron a corretear por mis muslos y espaldas. No sé cuánto tiempo llevaría durmiendo. Debió de ser poco porque Garpe, como de costumbre, roncaba plácidamente a pleno pulmón y eso me desveló. Tuve la sensación de que alguien estaba empujando lenta, suavemente la puerta de la cabaña. Se me ocurrió al principio si sería el viento que soplaba remontando el valle y, filtrándose entre los árboles, venía a dar contra la puerta. Me incorporé sobre la paja y, arrastrándome en la oscuridad, apliqué mis dedos a las tablas del suelo bajo las cuales estaba el escondite que Ichizô nos había cavado.

—¡Padre...! ¡Padre...!

No era la contraseña de los labradores de Tomogi. Ellos habían convenido en dar tres golpes suaves en la puerta. Al fin, Garpe se despertó y, sin hacer el menor movimiento, aguzó el oído.

—¡Padre...! —repitió lastimera la voz—. Nosotros... no somos gente sospechosa...

Permanecíamos callados en la oscuridad, conteniendo la respiración. Una celada de este tipo nos la podía tender cualquier guardia por ingenuo que fuese.

—¿No nos cree? Somos de la aldea de Fukazawa, sí... somos campesinos. Hace ya mucho que no vemos a un sacerdote. Queremos confesarnos...

Nuestro silencio pareció convencerles de que nada había que hacer y cesaron los suaves empujones a la puerta. Oímos un rumor de pasos que se alejaban tristemente.

Yo eché mano a la puerta y me dispuse a salir. Perfectamente. Eran guardias y nos habían puesto una trampa...; no me importaba. En mi corazón resonaba con más fuerza otra voz: «Y si fueran cristianos, ¿qué harías?». Yo era un sacerdote, nacido para servir a los hombres, y sería una vergüenza ser infiel a ese servicio sólo porque la carne es flaca...

—No abras —me atajó Garpe con dureza. No seas estúpido.

—Estúpido o lo que quieras..., pero es mi deber.

Abrí la puerta. ¡Con qué azul palidez la luna de esta noche hacía resaltar con su luz plateada la tierra y la arboleda! Había dos hombres, cubiertos de harapos, menesterosos, acurrucados como dos perros. Se volvieron hacia mí.

—Padre, ¿pero es que no se fía de nosotros?

Vi que los pies de uno de ellos estaban cubiertos de sangre. Quizá al trepar por los montes se habría herido con algún tocón. Parecían ambos extenuados, a punto de desplomarse.

No era para menos. Habían hecho todo un camino de veinte leguas, desde las islas Goto hasta aquí, en sólo dos días.

—Ya llevamos algún tiempo por estos montes. Hace cinco días nos escondimos

en aquella colina, y estuvimos mirando hacia aquí.

Y señalaba hacia la colina que se alzaba frente a nuestra cabaña. Eran ellos los que en aquel atardecer nos habían estado observando fijamente.

Les hicimos pasar a la cabaña, y, cuando les dimos los boniatos que nos habían traído Ichizô, se los llevaron a la boca con las dos manos y se pusieron a devorarlos como animales. Estaba claro que en estos días apenas habían probado bocado.

Al cabo de un rato empezamos a hacerles preguntas. ¿Quién pudo darles la pista de nuestro escondite? Esto era lo primero que queríamos saber.

—Nos lo dijo un cristiano de nuestra aldea. Se llama Kichijirô.

—Kichijirô.

—Sí, padre.

Al resplandor de la lámpara de aceite, seguían en cuclillas sin dejar de comer boniatos. A uno de ellos le faltaban casi todos los dientes. Los dos que le quedaban los dejaba al descubierto riendo como un niño. El otro se sentía tenso y rígido delante de los padres extranjeros.

—Pero Kichijirô no puede ser cristiano.

—Sí, padre, sí que lo es.

Era una respuesta un tanto inesperada, aunque a veces nos habíamos figurado que aquel hombre tenía que serlo.

Poco a poco todo fue quedando claro. Kichijirô era cristiano y había apostatado una vez. Ocho años antes, él, junto con su hermana mayor y un hermano más pequeño, fueron denunciados como cristianos por algún resentido contra su familia, y se les sometió a interrogatorio. A sus hermanos se les conminó a pisar una estampa con el rostro del Señor; pero rehusaron. Sólo Kichijirô, a la primera amenaza de los oficiales, gritó que apostataba. Sus hermanos fueron inmediatamente arrojados a una prisión, y él, puesto en libertad; pero no regresó más a la aldea.

El día que los quemaron vivos, alguien vio la cara de este cobarde entre la muchedumbre que rodeaba el lugar de la ejecución. Y dicen que aquella cara enlodada como la de un perro callejero desapareció muy pronto de allí, incapaz de asistir al martirio de sus hermanos.

Nos dieron también otra información que es algo asombroso. En el caserío llamado Odomari, de donde son ellos, los aldeanos consiguieron escapar a la vigilancia de los guardias y aún ahora todos siguen siendo cristianos. Y no sólo en Odomari, sino en todos los caseríos y aldeas vecinas, en Miyahara, Dózaki, Egami, son innumerables los cristianos ocultos, que pasan externamente por budistas, pero en realidad siguen siendo cristianos. Durante largos años habían estado esperando el día en que los padres volviesen de nuevo desde lejanos mares para ayudarles y darles su bendición.

—Padrecito, ya ni oímos misa, ni nos confesamos. Sólo podemos decir las

oraciones —dijo el hombre de los pies ensangrentados.

—Padres, vengan pronto a nuestra aldea, por favor. Hasta los niños aprenden allí las oraciones. Todos están esperando el día de su llegada...

El hombre de tez amarilla, el desdentado, dijo que sí, abriendo una boca que parecía una cueva. La lámpara de aceite ardía con el sonido de vainas secas al chascar. ¿Cómo podríamos negarnos? Hasta hoy habíamos sido demasiado cobardes. Sí, demasiado cobardes si nos comparáramos con estos labriegos japoneses, que habían venido a vernos destrozándose los pies y durmiendo a la intemperie en las montañas.

Alboreaba y el aire frío de aquel amanecer lechoso se colaba de rondón en la cabaña. Por más que les instamos, no se tumbaron en la paja, sino que durmieron sentados, abrazados a sus rodillas. La luz de la mañana comenzó a filtrarse perezosa por las rendijas entre tabla y tabla.

Dos días después, consultamos con los cristianos de Tomogi sobre nuestra ida a Goto. Al fin, decidimos que, mientras Garpe se quedaba aquí, yo iría a Goto a estar con los cristianos durante cinco días. Ellos no le pusieron muy buena cara a este plan. Incluso alguien dijo que podría ser una trampa peligrosa.

Llegó la noche del día convenido... Me vinieron a buscar sigilosamente a la playa de Tomogi. Yo vestía como un campesino japonés. Mokichi y otro hombre me acompañaron hasta la barca que esperaba a la orilla. Sólo se oía el sonido acompasado de los remos en la oscuridad de un mar sin luna. El remero permanecía mudo. Al salir a mar abierto, las olas comenzaron a encrespase.

Sentí un miedo repentino. Me evocó el alma una sospecha. Quizá este hombre, como habían temido los de Tomogi, no fuera más que el hombre de paja para venderme. ¿Por qué no vino el de los pies heridos o el desdentado? El rostro del japonés, inexpresivo como el de un Buda, me llenaba de aprensión. Acurrucado en la proa, temblaba. No era de frío, temblaba de miedo. Pero seguía repitiéndome a mí mismo: «Tengo que ir, tengo que ir...».

El mar se extendía negro e inmenso en la noche, y en el cielo no se divisaba ni siquiera una estrella. Tras dos horas de noche oscura, sentí deslizarse lenta, paralela al bote, la silueta de una isla, negra como el carbón. El hombre me hizo saber, por fin, que aquello era Kabashima, una isla cercana a Goto.

Al llegar a la playa me daba vueltas la cabeza por el mareo, el cansancio y la tensión. Entre los rostros de los tres, pescadores que nos estaban esperando, volví a encontrar, después de tanto tiempo, la sonrisa abyecta y cobarde de Kichijirô. La aldea había apagado sus luces, y en alguna parte aullaba un perro.

El ansia con que aldeanos y pescadores en Goto habían estado esperando a un padre, respondía a lo dicho por el desdentado. En estos momentos no sé por dónde empezar. No tengo tiempo ni para dormir. Los fieles vienen a mi escondite uno tras

otro como si nada les importase que el cristianismo esté prohibido. Administro el bautismo a los niños, oigo las confesiones de los mayores. Aunque emplee todo el día, este reguero humano no se acaba. Son como una caravana que marcha por un desierto y que al fin halla el agua de un oasis. Así es, quieren saciar ávidamente su sed en mí. Llenan hasta abarrotarla una alquería, medio en ruinas, que hace las veces de capilla, y se confiesan poniéndote al lado la boca, de la que emana un olor nauseabundo. Hasta los enfermos llegan hasta aquí arrastrándose.

—Padre, ¿podría oírme...?

—Padre, ¿podría oírme...? Padre...

Y lo más cómico del caso es que, al contrario de lo que pasaba antes, ahora los aldeanos ponen a Kichijirô por las nubes, como si fuera un héroe; y él se pasea de aquí para allá muy ufano. Después de todo, si no fuera por él, yo, sacerdote, no habría podido llegar hasta aquí, así que tiene su fundamento el que se dé tono. Gracias a esto, parece que todos han olvidado su historia pasada e incluso que apostató una vez. Probablemente este borrachín habrá exagerado a los cristianos todo lo de Macao y la larga travesía, y les habrá contado lo de su vuelta al Japón acompañando a los dos padres, como si todo hubiera sido fruto de su esfuerzo.

De todos modos, yo no pienso reprenderle. Me molesta que sea tan parlanchín, pero la verdad es que por medio de él he recibido gracias abundantes. Le aconsejé que se confesase y, dócilmente, hizo una confesión general de toda su vida. Le recomendé tuviera siempre ante los ojos aquellas palabras del Señor: «El que confiese mi nombre ante los hombres, yo le confesaré ante mi Padre, que está en los cielos; pero el que niegue mi nombre ante los hombres, yo también le negaré ante mi Padre, que está en los cielos».

En momentos así, Kichijirô se acurruca como un perro apaleado, golpeándose la cabeza con las manos. Imposible para este hombre, cobarde por naturaleza, eso que llaman valor. «En el fondo eres bueno; pero el modo de curar esa flojera de voluntad y esa cobardía que te hace temblar al menor aprieto, no está en seguir bebiendo sake sino en tener una fe firme». Se lo dije así, sin contemplaciones.

Pero, ¿qué estaban hambreado estos campesinos japoneses? ¿Qué esperaban de mí? Forzados a trabajar como bestias y abocados a una muerte de bestias, estos hombres han hallado por vez primera en nuestra religión la senda recta en que poder deshacerse de los cepos que los aprisionan. Los bonzos budistas estaban con los que los trataban como bestias. Han creído durante largo tiempo que la vida era sólo para resignarse.

Hasta hoy llevo ya treinta bautizados entre niños y adultos. Y no sólo de aquí. Los fieles vienen a escondidas a través de los montes, desde Miyahara, Kazushima, Harazuka. He oído más de cincuenta confesiones. Después de la misa del domingo, ante todos estos cristianos, recité por primera vez en japonés las oraciones en común,

y conversé con ellos. Todos me miraban fijamente con ojos curiosos. Mientras hablaba, se dibujaba una y otra vez en el transfondo de mi mente el rostro de aquel hombre en el sermón de la montaña, la estampa de los que escuchaban hechizados sus palabras, sentados o en cuclillas, abrazados a sus rodillas. ¿Por qué soñaré siempre con tanta pasión en ese rostro? Quizá porque la Escritura no lo describe ni una sola vez, y así, todo queda a merced de mi imaginación. Desde mi niñez, he apretado mil veces ese rostro contra mi pecho, como si fuera el semblante del ser amado. En mis tiempos de estudiante en el seminario, ese rostro maravilloso surgía siempre en mi corazón las noches de insomnio. En fin, dejemos esto a un lado. Comprendo lo peligrosas que son estas reuniones. Más tarde o más temprano, es muy posible que los oficiales lleguen a olfatear nuestros movimientos.

También aquí he seguido sin enterarme del paradero de Ferreira. Hablé con dos ancianos que decían haberle conocido. Por ellos supe que Ferreira había levantado una casa en un lugar de Nagasaki, llamado Shinmachi, para los niños abandonados y los enfermos. Por supuesto, esto era cuando todavía no había arreciado la persecución. Con sólo oír estas palabras, surgió fresco en mi memoria el semblante entrañable de mi antiguo maestro: su espesa barba castaña, sus ojos ligeramente hundidos... Seguro que su mano se posaría sobre el hombro de estos pobres cristianos japoneses, lo mismo que alternaba con nosotros cuando éramos estudiantes...

—¿Y a ese padre...? —les pregunté para sonsacarles— a ese padre, ¿le teníais miedo?

Uno de los ancianos alzó sus ojos y negó enérgicamente con la cabeza. Sus labios temblorosos parecían decir: «No, nunca he visto un hombre tan amable...».

Antes de regresar a Tomogi, aconsejé a estas gentes que formasen una cofradía como la que le mencioné en otra ocasión. Sí, una cofradía como la que organizaron a escondidas los cristianos de Tomogi, cuando carecían de padres. Elegir un «jiisama», formar un grupo de «tossama». En realidad, en las presentes circunstancias, si queremos que la fe se mantenga en los jóvenes, niños y recién nacidos, no queda otra solución que acudir a este medio. Las gentes de este lugar acogieron la idea con interés, pero cuando llegó la hora de elegir «jiisama», comenzaron las trifulcas lo mismo que cuando hay elecciones en Lisboa. Kichijirô, sobre todo, se empeñó erre que erre en que el elegido tenía que ser él.

Otro punto que debo notar es que los campesinos de aquí, igual que los de Tomogi, me han acosado sin tregua, para que les diese crucifijos, medallas y estampas. Cuando les decía que todas esas cosas me las había dejado en el barco, ponían una cara que daba lástima. Tuve que deshacer mi rosario y repartirles las cuentas una por una. No tiene nada de malo que los cristianos japoneses veneren estas cosas, pero a mí me produce un extraño desasosiego. ¿No habrá algo de equivocado

en esa devoción?

Pasados seis días, me pusieron otra vez en el bote con sigilo, y de noche, a golpe de remos, nos lanzamos a cruzar el mar. Se escuchaba monótono el chirrido de las paletas al remar y el chapoteo del agua contra el bote, mientras Kichijirô en la popa canturreaba una canción. Recordé aquel miedo imposible de explicar, que me asaltó de improviso cuando hace cinco días atravesaba el mar en esta misma barca, y esbocé una sonrisa. «Todo marcha maravillosamente», pensé.

Y así era. Desde que llegué al Japón, todo ha marchado mejor de lo que imaginaba. Sin tener que lanzamos a aventuras peligrosas, hemos conseguido encontrar nuevos grupos de cristianos; y hasta el día de hoy los guardias no se han dado cuenta de nuestra existencia. Tengo incluso la impresión de que el padre Valignano en Macao tiene un miedo exagerado a las medidas represivas de los japoneses. Sentía invadirme el pecho una emoción repentina, que era mitad gozo mitad felicidad. Era la emoción gozosa de sentirme útil. Sí, soy útil a los hombres en este rincón del mundo, en este país que usted jamás ha visto.

Quizá fuera la emoción anterior, el caso es que la vuelta no me resultó tan larga como la ida. Cuando sentí un crujido en el bote, como si hubiera tocado fondo en algún sitio, me quedé de una pieza: «Pero, ¿cómo?, ¿estamos ya en Tomogi?».

Me quedé solo en la playa y aguardé escondido a que vinieran Mokichi y compañía. Hasta llegué a pensar si no serían ya inútiles tales precauciones. Y recordaba con sentimiento de satisfacción la noche en que Garpe y yo llegamos a este país.

Unos pasos.

—Padre...

Sin poder contener mi alegría, me incorporé y fui a estrechar su mano cubierta de arena...

—Huya, pronto, huya...

Mokichi hablaba a toda prisa, sin dejar un momento de empujarme.

—Los guardias, en el pueblo...

—¿Los guardias...?

—Sí, padre, los guardias. Algo se han olido...

—¿De nosotros, también?

Mokichi negó rápido con la cabeza. No. Los guardias aún no se habían dado cuenta de que nos tenían escondidos.

Con Kichijirô y Mokichi tirándome de las manos, corrimos en dirección contraria a la aldea. Salimos a los campos y, ocultándonos lo mejor que podíamos entre las espigas de cebada, continuamos hacia el monte donde estaba nuestra cabaña. En esos momentos empezó a llover pausadamente entre la niebla. Comenzaba la estación de las lluvias...

CAPÍTULO 4

RELACIÓN DE SEBASTIÁN RODRIGO

PARECE que, por ahora, me será posible escribirle esta otra relación. Como le decía en mi anterior, al regresar de mi apostolado en Goto, los oficiales estaban realizando unas pesquisas en la aldea. Pero Garpe y yo estamos a salvo, y cada vez que lo pienso, no ceso de dar gracias con todo el corazón.

Por fortuna, antes de que los oficiales japoneses llegasen al lugar, los «tossama» hicieron desaparecer a toda prisa las pinturas devotas, los crucifijos y demás objetos peligrosos. ¡Qué eficaz resultó la cofradía en estos momentos! Todos seguían su trabajo en los campos con caras de inocencia, y el bueno del «jiisama» respondía remolón a las preguntas de los oficiales con una expresión de no saber nada. En eso está el talento de esos campesinos, en pasar por tontos ante el opresor. Después de mucho preguntar y preguntar, los oficiales, agotados, lo dejaron por imposible y se marcharon.

Todo esto nos lo contaron Ichizô y Omatsu mientras reían a carcajadas satisfechos de su triunfo. Allí se podía ver, en aquellas facciones, lo que es la astucia de los oprimidos...

Pero hay algo que aún ahora no acabamos de ver claro: ¿quién pudo denunciar nuestra existencia a los alguaciles? Yo no puedo dudar ni en sueños de los campesinos de Tomogi, pero ellos mismos han comenzado poco a poco a abrigar recelos mutuos. Y me preocupa que vayan a producirse escisiones entre ellos.

No obstante, la aldea, tras mi larga ausencia, es un remanso de paz. A la cabaña llega durante el día el cacareo de las gallinas desde la falda del monte. Y podemos ver allá abajo el valle alfombrado de flores rojas.

Kichijirô, que regresó conmigo, también en Tomogi se ha hecho el personaje más popular. Parece que el muy boceras anda dando vueltas de casa en casa, la mar de glorioso, y exagerando cuando habla de Goto. Va pregonando el gran recibimiento que me hicieron, cómo se los ganó a todos por haberme llevado allá; y en estas ocasiones las gentes de la aldea le dan comida y a veces le invitan sake.

En cierta ocasión vino a nuestra cabaña borracho con dos o tres mozos de la aldea. Pasándose una y otra vez la mano por la cara, que se le había vuelto de un

color rojo negruzco, y hecho un perdonavidas, decía:

—¡Padres! El menda está con ustedes..., y si el menda está con ustedes, nada de tener miedo ¿eh?

Los mozos le contemplaban con cierto respeto, y él, cada vez más en órbita, se puso a cantar. Cuando acabó el canto, volvió a decir:

—Si el menda está con ustedes, nada de tener miedo, ¿eh?

Luego estiró las piernas y cayó dormido como un cerdo. ¿Es un buenazo?, ¿o simplemente un boceras? Vaya, empiezo a sentir que ya ni aborrecerle puedo...

Quisiera contarle algunos pormenores sobre la vida de los japoneses. Me refiero solamente a los campesinos de Tomogi que he visto, a lo que ellos me han contado. Así que no debo concluir que todo el Japón sea igual.

Ante todo, ha de saber usted que la pobreza y la miseria en que viven estos aldeanos sobrepasa con mucho a todo lo que haya podido ver en la región más apartada de Portugal. Aun los más acomodados de entre ellos sólo pueden llevarse a la boca dos veces al año el arroz que come la clase alta japonesa. Su alimento ordinario consiste en boniatos, unos nabos grandes llamados «daikon» y otras hortalizas por el estilo; y su bebida no es más que agua caliente. A veces arrancan raíces de plantas y se las comen. Su manera de sentarse es especial, totalmente distinta de la nuestra. Ponen las rodillas sobre el suelo o el piso, y luego pliegan las piernas sentándose sobre los talones. Para estos japoneses es la postura de descanso; pero hasta que nosotros nos hicimos a ello, las pasamos moradas.

Las viviendas, con tejados cubiertos de paja, son inmundas y huelen que apestan. En Tomogi sólo hay dos caseríos que tengan una vaca y un caballo.

El señor feudal tiene un poder absoluto sobre sus súbditos, incomparablemente mayor que el de cualquier rey en un país cristiano. La contribución anual es terriblemente dura, y se castiga sin piedad al que se descuida en pagarla. La insurrección de Shimabara fue simplemente la rebelión de los campesinos contra el señor feudal, ante los vejámenes intolerables de estos impuestos. Por ejemplo, me contaron que en esta misma aldea de Tomogi, hace ya unos cinco años, la mujer y los hijos de un tal Mozaemon fueron tomados como rehenes y arrojados a la «prisión del agua», simplemente por no haber pagado su impuesto de cinco sacos de arroz. Los campesinos vienen a ser esclavos de los samuráis, y sobre éstos dominan los señores feudales. Los samuráis están provistos de armas y cualquiera que sea su rango, llevan todos una daga y una espada desde los trece o catorce años. El señor feudal tiene poder absoluto sobre los samuráis; puede matar sin escrúpulos al que quiera y confiscar sus propiedades.

Los japoneses llevan siempre descubierta la cabeza en invierno y en verano, y los vestidos que usan no les resguardan del frío. En general se arrancan con pinzas el pelo de la cabeza, quedando totalmente calvos, excepto un largo mechón que se dejan

en la nuca y recogen en forma de moño. Los bonzos se afeitan la cabeza por completo, y, sin ser bonzos, hay otros muchos entre los samuráis y los que se retiran de la vida pública, que también se afeitan la cabeza...

Perdone este cambio brusco. Paso a describirle con la mayor exactitud posible los sucesos del cinco de junio. Quizá lo que le escribo se quedará en un breve informe. Porque en estos momentos no hay modo de saber cuándo nos asaltará el peligro. Ando escasísimo de tiempo para una relación larga y detallada.

El cinco, hacia el mediodía, tuve la sensación de que algo desacostumbrado pasaba allá abajo, en la aldea. A través de la arboleda llegaban hasta nosotros los ladridos interminables de los perros. En días despejados y especialmente silenciosos nada tiene de raro oír en la lejanía el cacareo de las gallinas y el ladrido de los perros; y hasta es una distracción para nosotros, escondidos como estamos en nuestra cabaña. Pero hoy, no sé por qué, me produjo una sensación de inquietud. Un mal presentimiento nos hizo ir hasta el borde este de la arboleda, para cerciorarnos. Desde allí se divisa relativamente bien la aldea, que queda al pie.

Lo primero que vimos fue una polvareda blanca en el camino que lleva a la aldea bordeando el mar. ¿Qué podría ser? Un caballo sin ensillar salió galopando desbocado. Guardaban la salida cinco hombres, que no eran campesinos. Comprendí que estaban bloqueando el paso para que nadie pudiera escapar.

En seguida nos dimos cuenta de que los alguaciles habían venido a registrar la aldea. Dando tropezones, corrimos a la cabaña y, cogiendo todo lo que pudiera delatarnos, lo enterramos en el escondite que nos había cavado Ichizô. Terminada la faena, nos armamos de valor y decidimos salir bosque abajo y observar con más detalle lo que estaba pasando.

De la aldea no llegaba un solo ruido. Sobre ella y sobre el camino caía a plomo el blanco sol del mediodía. Sólo destacaba nítida la sombra de las pobres alquerías proyectándose sobre la calzada. Había cesado hasta el ladrido de los perros que llegaba a nosotros hasta hace unos momentos. La aldea de Tomogi daba la impresión de unas ruinas abandonadas. Y, pese a esa tranquilidad, yo sentía a flor de piel el horror del silencio que envolvía el lugar. Recé con toda mi alma. La oración no es para alcanzar felicidad y buena suerte en este mundo, lo sabía muy bien; pero aun sabiéndolo, me sentía forzado a rezar, para que cuanto antes, sí cuanto antes, huyera de la aldea este silencio espantoso.

Los perros comenzaron de nuevo a ladrar. Los hombres que habían estado bloqueando el acceso a la aldea echaron a correr. Junto con ellos apareció la figura del anciano «jiisama» bien sujeto con cordeles. Desde su caballo un samuray, tocado con un sombrero-quitasol, gritó una orden y todos los hombres formaron en hilera detrás del anciano, y echaron a andar protegiendo la retaguardia. El samuray, blandiendo un látigo, marchaba solo delante, levantando una nube de polvo blanco,

volviendo de vez en cuando la cabeza. La escena sigue aún viva en mi recuerdo: el caballo alzándose sobre sus patas traseras, la espalda del anciano tambaleante, llevado a rastras por aquellos hombres. Y en el blanco mediodía seguían avanzando sus siluetas, como hilera de hormigas por un camino sin fin, hasta irse esfumando, cada vez más diminutas.

Esa noche nos enteramos de los pormenores por medio de Kichijirô, que vino al monte con Mokichi. Los alguaciles se presentaron antes del mediodía. Esta vez los aldeanos no estaban al tanto de sus planes, como la vez anterior. Huían en total confusión, mientras el samuray a caballo galopaba todo el pueblo de un extremo a otro, gritando órdenes a sus hombres.

Aunque sabían que no iban a encontrar en ninguna casa nada que les delatase como cristianos, no se retiraron resignados como la vez anterior.

El samuray hizo reunir a los aldeanos en un lugar y les declaró que si no lo confesaban todo se llevaría a alguien como rehén. Pero nadie dejó escapar una sola palabra.

—Nosotros pagamos sin falta cada año la contribución y, cuando hay obras públicas, bien que ayudamos... —el «jiisama» habló enérgicamente al samuray—. También celebramos nuestros funerales en el templo.

El samuray no respondió palabra. Señaló al «jiisama» con el extremo de su látigo. En un abrir y cerrar de ojos, los guardias que estaban detrás se echaron sobre el anciano y lo ataron a toda prisa.

—¡A ver si aprendéis! Ni quejas ni argumentos que valgan. Hace poco ha habido una denuncia contra el pueblo. Aquí hay gente de esa secta cristiana prohibida. Al que me diga inmediatamente quiénes son esos insolentes, le daré cien piezas de plata. Pero si no confesáis, volveremos dentro de tres días por otro rehén. ¿Qué os parece? Así que a pensarlo...

Los campesinos seguían rígidos, erguidos, en silencio. Todos, hombres, mujeres, niños, en silencio. Durante largo, largo tiempo, permanecieron estos cristianos así, frente a frente con sus enemigos. Ahora que lo pienso debió ser en estos momentos de silencio absoluto cuando desde el monte estuvimos observando fijamente la aldea.

El samuray volvió grupas hacia la entrada de la aldea y se alejó látigo en mano. Detrás del caballo caminaba atado el «jiisama». Caía, se levantaba, volvía a caer, lo llevaban a rastras. Después los guardias lo izaban en vilo y le hacían ponerse en pie.

Así nos contaron lo sucedido el cinco de junio.

—Sí, padre, nosotros no hemos dicho ni una palabra sobre ustedes —dijo Mokichi, con sus manos puestas sobre las rodillas cubiertas por el blusón—. Y si vuelven los oficiales tampoco se nos escapará nada. Pase lo que pase, no los denunciaremos.

¿Qué le hizo hablar así? ¿Sería que asomó a nuestros rostros una sombra, aunque

leve, de terror? ¡Qué vergüenza tan grande...! Y, sin embargo, era muy natural que hasta el mismo Garpe, que en su vida normal por nada del mundo perdía el humor, clavase en Mokichi una mirada de angustia.

—Pero, entonces, os llevarán a todos presos...

—Sí, padre; pero aún así, no diremos nada.

—Eso no puede ser. Lo mejor es que marchemos los dos de este monte —Garpe se volvió ahora a Kichijirô que, muerto de miedo, estaba sentado junto a nosotros—. ¿Qué tal, por ejemplo, si escapáramos a la isla de nuestro amigo?

Al oírlo, un ramalazo de terror cruzó el rostro de Kichijirô, que se hundió en un obstinado silencio. Y es que este cobardón, este hombre de voluntad débil, estaba hecho ahora un mar de confusión, al verse complicado en este asunto por habernos traído hasta aquí. Su pequeño cerebro parecía estar buscando desesperadamente un medio de mantener su reputación como cristiano y sobre todo de escapar de la quema. Rompió a hablar. Destellaban sus ojos ladinos y se frotaba las manos como una mosca las patas. Dijo que muy pronto se extenderían también las pesquisas hasta Goto. De eso no cabía duda. Sería mejor que fuésemos a un lugar más alejado de estos contornos... Esa noche no se llegó a ninguna conclusión, y los dos hombres bajaron del monte a escondidas.

Al día siguiente los aldeanos de Tomogi comenzaron a vacilar. No tengo la menor intención de censurarlo; pero, por lo que Mokichi me refirió, se dividieron en dos bandos: unos decían que debíamos marcharnos a otro sitio, otros insistían en ocultarnos ellos mismos hasta el fin. Parece que incluso alguien dijo que, a fin de cuentas, nosotros habíamos traído la desgracia a la aldea. Sin embargo, fueron Mokichi, Ichizô y Omatsu los que mostraron una fe insospechablemente sólida. Pasase lo que pasase, estaban decididos a defender a los padres.

Esta confusión era precisamente lo que estaban esperando los alguaciles. Fue el ocho de junio. Esta vez no era aquel samuray de aspecto feroz, montado a caballo, sino otro samuray anciano. Se presentó con cuatro o cinco de sus hombres y entre sonrisas aconsejó a todos que sopesasen despacio los pros y los contras de todo aquel asunto. Y prometió reducir los impuestos al que revelase los nombres de los herejes cristianos. Reducir los impuestos... ¡qué fuerte, qué atractiva tuvo que ser la tentación para estos campesinos japoneses! Y, sin embargo, estos campesinos desharrapados vencieron la tentación.

—Vaya, si seguíis empeñados en negarlo todo, yo tendré que creerlos... —dijo el anciano samuray sonriendo, vuelto hacia sus hombres—. Claro, que de todos modos habrá que consultar con los de arriba a ver quién dice aquí la verdad, si vosotros o los que os denuncian... Conforme a lo que resulte, os devolveremos también los rehenes. Elegid tres de entre vosotros y que salgan mañana para Nagasaki. Como no estáis haciendo nada malo no tenéis por qué preocuparos.

En su voz y en sus palabras no había el menor tono de amenaza, pero por eso mismo la gente de la aldea vio en ello una trampa. Esa noche los hombres de Tomogi discutieron largas horas a quiénes enviar a Nagasaki, al palacio del gobernador. Podría suceder que los que acudieran al interrogatorio y quedasen quizá detenidos como rehenes, no pudieran volver con vida. Y ante esto, incluso los «tossama» se echaban para atrás. Hacinados en una oscura alquería, los campesinos se miraban mutuamente las caras y en el secreto de su corazón parecían tener un mismo deseo: poder escapar de esta misión.

El que se eligiera a Kichijirô, se debió a lo siguiente: Kichijirô no era de Tomogi, era forastero. Y, sobre todo, yendo a la raíz, ¿no sería que todos tenían conciencia de que toda esta tragedia era culpa suya? Daba pena ver a este cobarde, forzado a ser la cabeza de turco de la aldea. Perdió por completo el control, rompió a llorar y al final estalló en insultos contra todos. Pero los de la aldea insistieron: «Está el asunto de la familia..., nosotros tenemos mujer e hijos. Como tú no eres del pueblo, los alguaciles no te tratarán tan duramente. Anda, haznos el favor, vete en lugar nuestro...». Se lo suplicaban juntando las manos, y seguro que por pura cobardía fue incapaz de negarse.

—Yo también voy —intervino de pronto Ichizô.

Todos se quedaron cortados al oír estas palabras de un hombre que, de ordinario, tenía fama de taciturno a ultranza. Entonces Mokichi también indicó que quería sumarse al grupo.

Día nueve. Desde la mañana caía una lluvia menuda como neblina. El bosque que había frente a nuestra cabaña perdía sus contornos envuelto en la llovizna. Los tres cristianos subieron por el bosquecillo. Mokichi parecía un poco agitado. Ichizô, como siempre, fruncidas las cejas y el gesto reservado. Detrás de ellos, Kichijirô nos miraba con aire resentido, con los ojos tristes de un perro apaleado por su amo.

—Padre, y si nos mandan pisar el Cristo del «fumie»^[6]... —dijo Mokichi en un susurro, hundida la cabeza como si hablase consigo mismo—. Si no pisamos, no sólo nosotros, todo el pueblo sufrirá el mismo interrogatorio. ¿Qué hacemos entonces, padre?

Sentí que el pecho me iba a estallar de pena y, sin más, le di una respuesta que ustedes probablemente por nada del mundo darían. Cruzaron por mi imaginación las palabras del padre Gabriel, tiempo atrás, en la persecución de Unzen, cuando le pusieron delante el «fumie»: «Prefiero que me corten la pierna antes que pisarlo». Sabía yo muy bien que muchos padres y cristianos japoneses habían sentido lo mismo, al verse frente a la santa imagen puesta ante sus pies. Y, sin embargo, ¿cómo iba a poder exigir eso mismo de estos tres pobres hombres?

—¡Pisadlo, podéis pisarlo! —grité, y al punto comprendí que había dicho algo que, como sacerdote, jamás debió asomar a mis labios. Garpe me dirigió una mirada

de reproche.

Kichijirô seguía con los ojos empañados en lágrimas.

—Padre, ¿por qué nos manda «Deus» tantos sufrimientos? Si nosotros no estamos haciendo nada malo...

Callábamos. También callaban Ichizô y Mokichi con la mirada perdida en el vacío.

Todos a coro, recitamos por ellos una última plegaria. Luego los tres hombres se fueron monte abajo. Garpe y yo no nos cansábamos de seguir con la vista aquellas siluetas que se iban esfumando en la neblina. Ahora que lo pienso, esa fue la última vez que vi a Ichizô y a Mokichi.

Ha pasado mucho tiempo desde el párrafo anterior. Le conté ya cómo los alguaciles cayeron sobre Tomogi, pero he tenido que esperar hasta hoy para saber qué fue de los tres sometidos a interrogatorio en Nagasaki. ¡Lo que rezaríamos para que volvieran sanos y salvos junto con el «jiisama»!... También los cristianos de la aldea, noche tras noche, ofrecían a escondidas sus oraciones por esta intención.

No creo que Dios nos haya enviado esta prueba sólo porque sí. Todo lo que el Señor hace, bien hecho está. Por eso, cuando terminen estos sufrimientos y persecuciones, llegará algún día en que comprendamos por qué Dios los sumó a nuestro destino. Y, sin embargo, si escribo esto, es porque aquellas palabras que Kichijirô murmuró con los ojos en el suelo, la mañana de su partida, se me han vuelto una carga cada vez más pesada en el corazón.

—¿Por qué «Deus» me habrá mandado semejantes sufrimientos? —Y luego, volviendo hacia mí unos ojos resentidos—: Padre, si nosotros no estamos haciendo nada malo...

Lloriqueos de cobarde a los que se hace uno el sordo y se termina..., ¿por qué se me clavarán en el pecho con este dolor de agujas punzantes? ¿Por qué prueba el Señor con torturas y persecuciones a estos japoneses, a estos pobres campesinos? Pero no, Kichijirô quería aludir a algo distinto, algo aún más espantoso: el silencio de Dios. Ya han pasado treinta años desde que comenzó la persecución y, aunque esta tierra negra del Japón estalla de gemidos cristianos y corre la sangre roja de los misioneros y se van derrumbando las torres de las iglesias, Dios tiene delante a las víctimas de este horrible sacrificio inmoladas a él, y aún continúa en silencio. Siento, sin poderlo evitar, que ése es el problema que se oculta en el fondo de las quejas de Kichijirô.

Pero, en fin, ahora me limitaré a referirle la suerte que corrieron después. Los tres cristianos se presentaron en el palacio del gobernador situado en Sakuramachi. Los tuvieron dos días encerrados en una mazmorra a espaldas del palacio, hasta que por fin los oficiales los sometieron a interrogatorio. Por no sé qué razón, el interrogatorio comenzó con unas preguntas de tipo burocrático, que hasta resultaban raras.

—¿Sabéis que el cristianismo es una religión prohibida?

Mokichi asintió con un gesto en representación del grupo.

—Hemos recibido un informe que os denuncia como adictos a esa religión prohibida. ¿Qué decís a eso?

Los tres respondieron que eran budistas convencidos, que seguían la doctrina de los bonzos de Dannadera.

—Si es así, pisad ahora el «fumie» —les presionaron.

A sus pies habían puesto una tabla que tenía incrustada una imagen de la Virgen con el Niño en los brazos. Siguiendo mi consejo, Kichijirô fue el primero en poner su pie sobre el «fumie»; después le siguieron Ichizô y Mokichi. Pero estaban equivocados si creían que con esto se les iba a perdonar. En el rostro de los oficiales allí presentes fue dibujándose lentamente la mueca de una sonrisa. Más que a la pura acción material de pisar la imagen, habían estado atentos al color que tomaban sus rostros al hacerlo.

—¿Creéis que con eso engaños a los de arriba? —dijo uno de los oficiales ya anciano—. Y entonces, por primera vez, los tres cristianos reconocieron en él al viejo samuray que había ido a Tomogi días antes.

—Bien se vio hace un momento que os quedabais sin respiración...

—¡Mentira, nada de eso! —gritó enérgico Mokichi—. Nosotros no somos cristianos.

—Pues entonces a ver si hacéis lo que os voy a decir.

Y les ordenó que escupiesen en la imagen, que dijese que la Virgen María era una prostituta que había vendido su cuerpo a los hombres. Me enteré poco después: el procedimiento era idea de Inoue, el hombre de quien Valignano dijo que era el más peligroso de todos. Él, que tiempo atrás había recibido el bautismo para mejorar de posición, sabía muy bien que estos pobres campesinos cristianos veneraban a la Virgen sobre todas las cosas. La verdad es que, desde que llegué a Tomogi, hasta yo mismo sentía cierta preocupación al ver que a veces los campesinos honraban más a María que a Cristo.

—Qué, ¿no escupes? ¿No puedes decir ni una sola de las palabras que te mandé?

Le obligaban a tener el «fumie» en sus manos y los guardias le azuzaban por la espalda. Ichizô trató frenéticamente de escupir, pero no pudo. También Kichijirô se quedó con la cabeza inclinada sin hacer el menor movimiento.

—¿Qué, en qué quedamos?

Los oficiales seguían apremiando a Mokichi sin descanso, pero lo único que pudieron arrancar de su rostro fueron unas lágrimas calladas y doloridas. Ichizô también se negó con un gesto de cabeza, transido de dolor. Los dos acababan de confesar que eran cristianos. Sólo Kichijirô, acorralado por los alguaciles, vomitó jadeante las palabras blasfemas contra la Madre de Dios.

—¡Escupe! —le conminaron.

Y lanzó sobre el «fumie» el salivazo infamante que nunca se podrá limpiar.

Ichizô y Mokichi, llevan encerrados diez días en la prisión de Sakuramachi. Al renegado Kichijirô lo sacaron de la cárcel al poco tiempo. No hemos vuelto a saber de él. Seguro que se le habrá hecho imposible volver.

Ha comenzado la estación de las lluvias. Día tras día, la llovizna sigue cayendo sin cesar. Por vez primera he comprendido que hay algo de fúnebre en esta llovizna, algo que termina pudriéndolo todo en el haz y en la raíz. La aldea está sola y fría como un cadáver. Todos daban ya por sabida la suerte que les esperaba a los dos. Tiemblan de terror pensando que muy pronto ellos también tendrán que sufrir el mismo interrogatorio, y apenas sale nadie a trabajar las tierras. Más allá de las tierras, ateridas de frío, la negrura del mar...

Día veinte. Los alguaciles, a todo galope, han irrumpido otra vez en el pueblo. Traían un bando: por sentencia de la autoridad, Ichizô y Mokichi, después de ser paseados por las calles de Nagasaki para público escarmiento, serán ajusticiados en esta playa de Tomogi con la pena del «suitaku».

Día veintidós. Los aldeanos seguían con la mirada el acercarse de la comitiva, una sarta de guisantes en la lejanía gris del camino batido por la lluvia. Luego aquellas figuras se fueron agrandando más y más. En medio del grupo, rodeados de guardias, cabalgaban a lomo desnudo Ichizô y Mokichi: las manos atadas, hundida la cabeza. Los aldeanos seguían confinados en sus casas, sin poder salir fuera. Detrás de la comitiva, todo un batallón de curiosos, que se habían ido agregando por los pueblos del recorrido. También desde nuestra cabaña podíamos seguir toda la escena.

Al llegar a la playa, los alguaciles mandaron a sus hombres encender una hoguera. Ichizô y Mokichi estaban empapados de agua y los hicieron entrar en calor. Luego, como gran favor, parece que les dieron una taza de sake. Cuando me lo contaban recordé a aquel soldado que acercó a los labios de Cristo, moribundo, la esponja empapada en vinagre.

Clavaron en la playa dos maderos ensamblados en cruz, allí donde quebraban las olas, y aseguraron a ellos, con sogas, a Ichizô y a Mokichi. Al llegar la noche, con la pleamar, sus cuerpos quedarían sumergidos en agua hasta la barbilla. Además, esos dos hombres no morirían en seguida; tendrían que rendir su último aliento, totalmente agotados de cuerpo y alma, tras haber aguantado dos días, tres días más. Eso es lo que buscaban los alguaciles: meterles por los ojos a los aldeanos de Tomogi y a los demás campesinos lo prolongado de la tortura, para que ya nunca más volviesen a acercarse al cristianismo.

Fue poco después del mediodía cuando ataron a Ichizô y a Mokichi a los maderos. Los alguaciles dejaron a cuatro de guardia y se volvieron en sus caballos. El grupo de mirones que, al principio, se había arracimado en la playa, comenzó a

dispersarse poco a poco, forzado por la lluvia y el frío.

Subió la madera. Las dos figuras seguían inmóviles. Las olas les mojaban el cuerpo, las piernas, de la cintura para abajo... Las olas que se lanzaban contra la playa oscura con un hervor monótono, que se iban retirando después con un hervor monótono...

Al atardecer, Omatsu y su sobrina llevaron la comida a los guardias. Les preguntaron si podrían dar de comer también a los dos crucificados y, obteniendo el permiso, consiguieron acercarse a ellos en una barca.

—¡Mokichi, Mokichi! —llamó a voces Omatsu.

—Aquí estoy —dicen que respondió Mokichi.

Después siguió llamando «¡Ichizô, Ichizô!», pero el anciano ya no podía responder palabra. Sólo un leve movimiento de cabeza, de vez en cuando, daba a entender que aún no estaba muerto.

—Debe ser muy duro, ¿verdad? Tenéis que tener paciencia. Los padres están rezando; nosotros también. Todos estamos rezando. Y estamos seguros que los dos iréis al paraíso.

Omatsu ponía toda su alma en animarles. Trató de meterle en la boca a Mokichi un boniato seco que le había traído, pero él rehusó con la cabeza. Si, después de todo, tenía que morir prefería escapar cuanto antes a semejante tormento.

—Mujer —dijo Mokichi—, anda, dáselo a Ichizô. Yo ya no puedo aguantar más...

Omatsu y su sobrina, sin poder hacer nada, se volvieron llorando a la playa. Y allí en la playa quedaron, acosadas por la lluvia, llorando a gritos.

Llegó la noche. Desde nuestra cabaña en el monte podía también distinguirse la luz rojiza de la hoguera que habían prendido los guardias. Pero los aldeanos de Tomogi, arracimados en la playa, sólo tenían ojos para mirar aquel mar oscuro. El mar y el cielo eran negros como el azabache; los cristianos no sabían dónde quedaban Ichizô y Mokichi. No sabían si aún estaban vivos o si habían muerto ya. Lloraban y rezaban, rezaban en el fondo del alma. Entonces, mezclada al rumor de las olas, escucharon una voz que parecía la de Mokichi. ¿Sería para hacer ver a sus paisanos que su vida aún no se había apagado? ¿Trataba de darse a sí mismo ánimos? Con voz entrecortada se puso a cantar un himno cristiano.

*Vámonos, vámonos ya
al templo del paraíso.
Que paraíso lo llaman,
lo llaman templo espacioso...*

Todos escuchaban en silencio la voz de Mokichi. También los guardias

escuchaban. Y seguía llegando a ráfagas entre el rumor de la lluvia y las olas...

Día veinticuatro. La llovizna ha seguido cayendo todo el día. Y los aldeanos de Tomogi, todavía en grupo, han seguido contemplando desde lejos las estacas de Ichizô y Mokichi. Se extiende la playa desierta, agobiada bajo la lluvia, como un desierto hundido. Hoy ni siquiera han venido los «gentiles» de los alrededores a ver el espectáculo. Al bajar la marea, destacan a lo lejos, erguidas, solitarias, las estacas a las que siguen amarrados los dos hombres. Ya ni se distinguen las estacas de los hombres. Es como si Ichizô y Mokichi, cosidos al madero, hubieran terminado convertidos en maderos. El único indicio de que aún siguen con vida son unos quejidos sombríos que parecen venir de Mokichi.

Los quejidos se cortan de vez en cuando. A Mokichi le faltan ya hasta las fuerzas para animarse cantando como ayer. Los quejidos han cesado. Pasa una hora y vuelven otra vez en alas del viento hasta los aldeanos. Cada vez que llega a sus oídos esa voz, que es como el alarido de un animal salvaje, los campesinos se echan a llorar estremecidos. Por la tarde la madera lo vuelve a cubrir todo poco a poco; el color frío y negro del mar se ha hecho más negro y más frío; las estacas dan la impresión de irse hundiendo en él. A veces las olas empenachadas de espuma blanca, dejan atrás las estacas y van a romper en la arena de la playa. Un pájaro se ha lanzado en vuelo rasante sobre el mar, para ir a perderse a lo lejos. Así ha terminado todo.

Ha sido todo un martirio. Pero, ¡qué martirio, Dios mío! Durante mucho tiempo he soñado y soñado con esos martirios de vidas de santos; los martirios esplendorosos en que, al volver el alma al paraíso, el cielo se llena de un esplendor de gloria y los ángeles hacen sonar sus trompetas. Pero el martirio de estos cristianos japoneses que le acabo de describir, nada tuvo de esplendoroso, fue así de mezquino y cruel... ¡Dios mío!, la lluvia cayendo interminable en el mar sin un solo respiro, y el mar que los mata y se obstina después en un silencio trágico.

Al atardecer, volvieron a aparecer a caballo los alguaciles. A una señal suya, los guardias hicieron un montón de leña húmeda, y comenzaron a quemar los cadáveres de Ichizô y Mokichi, desatados ya de las estacas. Con eso impedían que los cristianos se llevasen los restos de los mártires para venerarlos. Los cadáveres, reducidos a cenizas, serían después arrojados al mar. Se cimbreaban en la brisa las llamas rojinegras de la hoguera. El humo se deslizaba flotando sobre la playa. Los aldeanos, petrificados, se limitaban a seguir con ojos ausentes las volutas de aquel humo. Cuando todo hubo acabado, se fueron retirando a sus hogares, sin levantar para nada la cabeza, arrastrando los pies, lo mismo que si fueran ganado.

Hoy, mientras escribía esta carta, he salido a ratos fuera de la cabaña para contemplar a mis pies el mar, ese mar que bien puedo llamar tumba de estos dos campesinos japoneses que han creído en nosotros. El mar, se extiende sin fin, lúgubre y negro. Y bajo las nubes color ceniza ni siquiera se dibuja la silueta de una isla.

Todo sigue exactamente igual. Claro que ya veo lo que usted me va a decir: que esas muertes de ningún modo son absurdas, que son las piedras que un día se convertirán en cimientos de la iglesia, que el Señor no envía nunca pruebas que no podamos superar, que Ichizô y Mokichi, ahora junto al Señor, han conseguido la felicidad eterna, como tantos mártires japoneses que les precedieron. Yo también, por supuesto, estoy mil veces de acuerdo con todo esto. Pero, entonces, ¿por qué me queda en el alma esta sensación de tristeza?, ¿por qué revive en mi imaginación con un eco de dolor la canción que entonaba Mokichi jadeando, atado a la estaca?

*Vámonos, vámonos ya
al templo del paraíso.
Que paraíso lo llaman,
lo llaman templo espacioso...*

Había oído a los de Tomogi que muchos cristianos, al ser arrastrados al lugar de la ejecución, entonaban este canto. Era una melodía impregnada de cadencias oscuras y tristes. El mundo es para estos japoneses puro valle de lágrimas. Y porque es valle de lágrimas, estos campesinos han venido viviendo con el corazón puesto en el «templo del paraíso». Tiene uno la impresión de que en ese canto han concentrado ellos toda su tristeza.

¿Qué querré yo decir con esto? Ni yo mismo lo sé con certeza. Sólo que hoy mismo, cuando Ichizô y Mokichi gemían, sufrían y morían para dar gloria a Dios, el mar estaba oscuro y mordisqueaba la arena de la playa con un rumor monótono, y yo no he podido aguantar todo eso. Detrás de la calma siniestra de este mar, ese silencio de Dios..., esa sensación de que Dios sigue cruzado de brazos ante los gemidos de los hombres, de que sigue en silencio...

Puede que ésta sea mi última relación. Pues esta mañana nos han avisado de que los alguaciles han juntado una partida numerosa y que mañana, por fin, darán una batida por estos montes. Antes de que comience la batida, tendremos que dejar la cabaña como estaba al principio y borrar toda traza de que hemos estado escondidos aquí. Tras dejar la cabaña esta noche, ¿adónde iremos a parar? Ni Garpe ni yo hemos sido capaces de decidirlo todavía. Estuvimos horas discutiéndolo. ¿Huiríamos juntos?, ¿o sería mejor separarse cada uno por su camino? Al final decidimos separarnos, porque en el caso de que uno de nosotros cayese presa de los infieles, todavía quedaría el otro. ¿Quedar? ¿Sólo quedar? ¿Qué sentido tiene eso? Ni Garpe ni yo bordeamos esa África tórrida, ni cruzamos el índico y llegamos tras mil peripecias desde Macao a este país, sólo para escapar como ahora de un escondite a otro. Tampoco para estarnos acurrucados, sin movernos, en una cabaña de carboneros, escondidos en un monte como ratas, recibiendo cada día un puñado de

comida de estos pobres campesinos, y sin poder siquiera ver a los cristianos. ¿No habremos renunciado en gran parte a nuestros sueños?

De todos modos el que quede todavía un sacerdote en este Japón es como la lámpara de aceite que continúa ardiendo solitaria en el lampadario de las catacumbas. Por lo menos ese sentido tiene. Por eso, Garpe y yo nos hemos jurado que también después de decirnos adiós, trataremos de continuar con vida todo el tiempo posible.

Por eso, suponiendo que en adelante deje de recibir mis relaciones (la verdad es que tengo mis dudas de si habrán llegado a sus manos las que he escrito hasta ahora), no tenga por seguro que los dos estamos muertos. Que tiene que quedar una azada, una por lo menos, aunque sea pequeña, para labrar esta tierra desolada...

No sé hasta dónde llega el mar y dónde empieza la oscuridad de la noche. Tampoco puedo distinguir si hay islas a mi alrededor. Lo único que me hace sentirme en el mar es la respiración violenta del muchacho que rema a mis espaldas, el sonido chirriante de los remos y el batir de las olas en los costados de la barca.

Hace ya una hora que Garpe y yo nos separamos. Nos hicieron subir a dos barcas distintas y partimos de Tomogi. Su barca se fue alejando en dirección a Hirado entre un crujir de remos sin turbar la paz de la noche. No le pude ver en la oscuridad total; tampoco tuvimos tiempo para decirnos adiós.

Cuando me quedé solo, me eché a temblar sin poder controlarme. Mentiría si dijese que no tenía miedo. Por firme que fuese mi fe, era un terror físico el que me asaltaba, algo totalmente ajeno a mi voluntad. Cuando estaba con Garpe, compartíamos entre los dos el miedo, lo mismo que compartíamos el pan; pero desde ahora, perdido en la noche del mar, tendría que cargar yo sólo con todo el frío, con toda la oscuridad... ¿Habrían sentido este estremecimiento todos los misioneros llegados al Japón? ¿Qué les habría sucedido a ellos? Y entonces, sin saber por qué, surgió en mi mente la cara de Kichijirô, aquella cara menuda de rata asustada, cuando, cobarde, escupió al «fumie» en el palacio del gobernador de Nagasaki y salió huyendo. Yo también, si no fuera sacerdote, si fuera un simple fiel, quizá hubiera escapado lo mismo que él. En mi caso, lo que me impulsaba a seguir avanzando en las tinieblas, era mi pundonor como sacerdote, mi sentido del deber.

Le pedí al muchacho de los remos que me diese agua, pero no me respondió. Poco a poco había ido comprendiendo que, desde el martirio, resultábamos para los aldeanos de Tomogi una carga pesada: éramos los extranjeros que les habían acarreado la desgracia. Este mismo muchacho, si de él hubiera dependido, es casi seguro que tampoco habría querido acompañarme. Y mientras me llevaba a la boca los dedos mojados en el agua del mar para humedecer mi lengua reseca, pensaba en el sabor de aquel vinagre que Cristo paladeó en la cruz.

La barca fue virando de rumbo poco a poco. Se oía ahora a la izquierda el batir de las olas contra las rocas. Este rumor de las olas, opaco como tañido de tambor, sentía

haberlo oído en otra ocasión, cuando navegaba como hoy hacia estos parajes. Seguro que el mar se convertía aquí en una profunda ensenada que entraba a bañar las playas de la isla. Pero la isla entera se fundía en una masa negra con las tinieblas de la noche, y no había modo de saber dónde quedaba la aldea.

¡Cuántos misioneros habrían cruzado hasta esta isla en una pequeña barca lo mismo que yo ahora! Pero su situación y la mía eran totalmente distintas. Vivieron en el Japón en una época risueña en que todo, absolutamente todo, iba sobre ruedas. En todas partes se sentían seguros; tenían cristianos que los recibían con los brazos abiertos y casas en que conciliar el sueño a sus anchas. Los señores feudales rivalizaban en otorgarles su protección, no por fe verdadera, sino por las ventajas que traía el comercio, y los misioneros aprovecharon esta oportunidad para aumentar el número de fieles. Sin saber por qué, revivieron de pronto en mi mente aquellas palabras del padre Valignano en Macao: «Entonces solíamos discutir con toda seriedad si nuestra sotana de misioneros debía ser de seda o de algodón...».

Lo recordé de repente y mientras me pasaba la mano por las rodillas me eché a reír enfrentado a la oscuridad. Entiéndame bien, por favor. No es que menospreciase a los misioneros de entonces. Es que, de pronto, se me hacía grotesco que un tipo como yo, en un bote infestado de tarazas, con el blusón harapiento de Mokichi, el campesino de Tomogi, fuera un sacerdote lo mismo que ellos.

El acantilado, intensamente negro, se nos echaba encima. De la playa llegaba un hedor a algas podridas. Cuando el bote empezó a tocar fondo en la arena, el muchacho saltó al agua y, plantado de pies en el mar, se puso a empujar la proa con ambas manos. Yo también salté al banco de arena y, respirando a pleno pulmón aquel aire cargado de salitre, llegué por fin a la playa.

—Gracias —le dije—. La aldea queda aquí encima, ¿verdad?

—Padre..., yo...

No podía ver la expresión de su rostro, pero por la voz comprendí que el muchacho no quería seguir acompañándome. Le hice un gesto con la mano y echó a correr hacia el mar como quien se quita un gran peso de encima. En la oscuridad se oyó el ruido sordo que hizo al saltar al bote.

Mientras escuchaba el chapoteo de los remos que se iban alejando, me puse a pensar en Garpe. ¿Dónde estaría ahora? Eché a andar por la arena húmeda de la playa, hablándome a mí mismo, como la madre que trata de calmar a su niño: «¿A qué viene ese miedo, Sebastián...?». Sabía el camino. Siguiendo en línea recta saldría a la aldea que me había alojado tiempo atrás. Se oía a lo lejos un rumor grave como de gruñidos. Era el ronroneo de un gato. Pero yo, en esos momentos, sólo tenía una idea: por fin podría descansar, por fin podría encontrar comida para calmar el hambre.

Llegué a la entrada de la aldea, y el gruñido sordo del gato se hizo ahora más

claro. El viento traía de las casas un olor nauseabundo que daba arcadas. Era un hedor como a pescado podrido. Cuando puse el pie en la aldea, todas las chozas estaban sumidas en una paz siniestra, pavorosa. Comprendí entonces que yo era allí el único ser humano.

Más que en ruinas, la aldea parecía recién arrasada por una batalla. No había restos humeantes, pero las calles estaban sembradas de tazas y platos rotos, y las casas que merecían ese nombre quedaban abiertas a los cuatro vientos con las puertas destrozadas a golpes. Los gatos merodeaban ronroneando, clavando el diente en lo que podían encontrar en las casas desiertas.

Largo tiempo quedé en pie, inmóvil, en medio de la aldea. Y lo extraño es que entonces no sentía angustia ni miedo. Sólo una voz dentro de mí, una voz sin pasión que me iba repitiendo una y otra vez: ¿Qué ha pasado aquí, Dios mío? ¿Qué ha pasado aquí?

Procurando no hacer ruido, recorrí la aldea de punta a punta. Gatos salvajes, esqueléticos —¿de dónde habrían salido?—, vagaban por todas partes, pasaban indiferentes rozándome los pies, clavaban en mí unos ojos como ascuas, agazapados en el suelo, sin cambiar de postura. Sentí hambre y sed. Penetré en una casa desierta en busca de comida, pero todo lo que pude encontrar fue un poco de agua en un barreño.

El cansancio de todo un día pudo entonces conmigo, y, recostado contra la pared, como un camello, caí profundamente dormido. Entre sueños sentía a los gatos dando vueltas a mi alrededor, los sentía correr cuando descubrían algún arenque podrido. A veces entreabría los ojos y por el hueco que dejaba la puerta destrozada a golpes, asomaba un cielo intensamente negro, sin una sola estrella.

El aire frío de la mañana me produjo un ataque de tos. Blanqueaba el cielo y desde la cabaña en que me encontraba llegaba diluido a mis ojos el perfil de las montañas costeras. Era peligroso continuar aquí indefinidamente. Debía levantarme, salir al camino, alejarme de esta aldea deshabitada. Como en la noche anterior, el camino estaba sembrado de tazas, platos y harapos.

¿Dónde ir? En todo caso, pensé, mejor que ir bordeando el mar, donde me descubrirían enseguida, sería más seguro cruzar monte a través. En algún sitio seguirían viviendo los cristianos a escondidas, como habían vivido en esta aldea hasta un mes antes. Lo mejor que podía hacer era dar con el sitio, enterarme de todo lo que había ocurrido, y pensar según eso lo que debía hacer. Recordé a Garpe, del que me había separado ayer noche: ¿Cuál sería ahora su suerte...?

Recorrí una a una las casas de la aldea y entre los escombros, que no dejaban sitio ni para poner el pie, pude encontrar por fin un poco de arroz reseco. Lo envolví en unos trapos que había tirados en el camino y me encaminé al monte.

Hasta la cumbre de la primera colina, la subida fue por campos escalonados,

embarrándome los pies con el lodo que formaba el rocío. Campos en pleno monte, donde cuidaban con mimo una tierra que apenas tenía fondo, campos cercados de viejas tapias de piedra... Esos campos me hicieron sentir hondamente la pobreza de estos cristianos. Con esa franja de tierra bordeando el mar, no podrían vivir y a la vez pagar los impuestos. Un vaho a estiércol gravitaba sobre los ruines sembrados de cebada y mijo; y en ese aire fétido pululaban enjambres de moscas que se me venían molestas a la cara, volando en círculo a mi alrededor. En el cielo, que al fin empezaba a clarear, los montes que tenía frente a mí perfilaban su silueta de espadas agudas, y en las nubes, también hoy de un blanco sucio, planeaban bandadas de cuervos lanzando al aire roncós graznidos.

Cuando llegué a la cumbre de la colina, me detuve y descansé la mirada en la aldea que quedaba a mis pies. Tejados y tejados de paja apretujados como un puñado de terrones pardos, chozas armadas con barro y maderas. Ni un rastro humano en el camino y en la playa negra. Recostado en un árbol, me quedé contemplando la neblina lechosa que se alzaba del valle. Sólo el mar matinal era bello. El mar, que esmaltaba su lejanía de una sarta de islas diminutas, con aquel centelleo de agujas ante la suave caricia del sol, con las olas, blancas de espuma, mordisqueando en la arena... Pensé que muchos misioneros —empezando por Javier, Cabral, Valignano— habrían ido y venido por estos mares, protegidos por sus cristianos. Javier tuvo que pasar por aquí en su viaje a Hirado. Y aquel hombre de Dios, el padre Torres, superior de la misión del Japón, tuvo que visitar cientos de veces estas islas. Pero ellos en todas partes se sentían hondamente amados por sus cristianos, recibidos como reyes, y tenían iglesias pequeñas, es verdad, pero hermosas y adornadas de flores. No se habían visto forzados como yo a vagar sin rumbo por los montes, de escondrijo en escondrijo. Lo pensaba y, sin saber por qué, me entraban ganas de reír.

También hoy el cielo se estaba nublando; parecía que iba a hacer bochorno. Una bandada de cuervos revoloteaba terca sobre mi cabeza, describiendo un círculo. Eran unos graznidos sombríos, acuciantes... Me detenía, y los graznidos cesaban; echaba a andar y se me venían encima. A veces, uno de ellos se posaba en las ramas de un árbol cercano y se me quedaba mirando, batiendo las alas. En un par de ocasiones llegué a tirarles piedras a los malditos pajarracos.

Era ya cerca del mediodía, cuando tras muchas fatigas llegué a la cresta de un monte. Recordaba el filo de una espada. Elegí un sendero que me permitiera no perder de vista un sólo momento el mar y la costa, y puse mis cinco sentidos en ver si descubría alguna aldea en el mar. Por el cielo encapotado se deslizaban lentas, como naves, nubes preñadas de lluvia. Me senté en la hierba y me puse a comer despacio el arroz seco que había robado en la aldea y unos meloncillos almizcleros que encontré en los campos escalonados. El jugo agrídulce me ayudó un poco a recobrar el ánimo y las fuerzas. Soplaban el viento de un extremo al otro de la pradera. Entorné los ojos.

Entonces, diluido en el viento, sentí un olor a quemado. Me puse en pie.

Eran las cenizas de una hoguera. Alguien había pasado por allí antes que yo, y había prendido fuego a una brazada de ramas. Urgué con los dedos entre las cenizas para buscar un resto de calor.

Por largo tiempo me quedé pensando: ¿volvería a desandar el camino?, ¿seguiría caminando como hasta ahora? Con un solo día, sin encontrar a nadie, vagando por la aldea desierta y los montes pardos, sentía ya debilitadas mis energías. Durante unos instantes luchó en mi corazón el deseo de dar alcance a ese hombre —fuese quien fuese, bastaba que fuera un hombre—, frente al peligro que eso traía consigo; pero al fin cedí a la tentación. Después de todo, ni el mismo Cristo fue capaz de resistirla. Por eso, bajó del monte de los Olivos en busca de compañía...

No me costó mucho adivinar la dirección que había tomado el que encendió la hoguera. Porque sólo había un camino. Seguro que habría seguido la línea de la cumbre en dirección opuesta a la que yo había traído. Levanté mis ojos al cielo. Entre las nubes sucias lucía un sol pálido. Una nueva bandada de cuervos se dejaba bañar en su luz y continuaba atronando el aire con sus graznidos.

Apresuré el paso aguzando los cinco sentidos. La pradera aparecía salteada de encinas, robles y alcanforeros. A veces semejaban figuras humanas. Entonces me detenía azorado. Además los graznidos que me venían acosando eran como un mal presentimiento, algo de mal agüero. Para distraerme, me puse a contar, mientras caminaba, los tipos de árboles que encontraba a mi paso. Desde niño mi pasión había sido la botánica y, por eso, aun aquí en el Japón no iba a ser problema identificar en seguida los árboles que conocía. Los había de esos que Dios reparte por todos los países. Otras especies jamás las había visto hasta hoy.

Por la tarde el cielo se despejó un poco, un cielo que reflejaba su azul, sus nubes blancas y diminutas en los charcos que quedaban en el suelo. Puesto en cuclillas, revolví con la mano aquellas nubes blancas, tratando de refrescar mi cuello sudoroso. Las nubes desaparecieron, y en su lugar surgió el rostro de un hombre, un rostro hundido, cansado... ¿Por qué pensé en esos momentos que no era yo, que era el rostro de un hombre distinto? El rostro de ese crucificado lo habían venido pintando siglos y siglos infinidad de artistas. Ninguno lo había visto cara a cara. Pero esos artistas encerraban todas las plegarias, todos los sueños de los hombres y trasladaron a ese rostro lo que hay de más bello, lo que hay de más puro... Todavía su rostro real debió ganar en nobleza a lo que reflejan las pinturas. Ahora, sin embargo, era un rostro barbudo y sucio, distorsionado por la angustia y el agotamiento, el rostro de un hombre acorralado. Eso es lo que reflejaba el charco. En esos momentos el hombre siente de repente que le ataca la risa, ¿lo sabía usted? De bruces sobre el agua, me puse a torcer los labios, a hacer visajes con los ojos, a poner mil caras absurdas lo mismo que un loco. ¿Por qué haría semejantes estupideces? ¿Por qué...?

De pronto me llegó del bosque el chirrido de una cigarra. Los alrededores estaban silenciosos. El sol se iba debilitando y el cielo se volvió a nublar. Cuando la pradera comenzó a poblarse de sombras, había ya desistido de alcanzar al hombre de la hoguera. «Caminamos por un desierto sin caminos, hambreado el mal y la muerte...», iba arrastrando los pies, tarareando las palabras del salmista conforme brotaban en mi interior. «Levántase el sol, se pone y regresa al lugar de su partida. El viento sopla hacia el sur, luego vira al norte, y da vueltas y más vueltas sin cejar en sus idas y venidas. Todos los ríos van a parar al mar, pero el mar nunca se llena y todo tiene ahora un ritmo triste, indolente... Lo que ya ha pasado volverá a pasar. Lo que ya ha sucedido volverá a suceder...».

Entonces revivió de repente en mi interior aquel bramido del mar, aquel bramido que escuchaba a veces por la noche cuando estaba escondido con Garpe en el monte, aquel sordo batir de tambor con que llegaban las olas en las tinieblas... El mismo rumor toda la noche: rompían contra las rocas y se retiraban, se retiraban y se volvían a romper. Todo tan sin sentido... Y eran esas mismas olas, las que, insensibles, seguían bañando los cuerpos sin vida de Ichizô y Mokichi, las que se los tragaron, las que aún después de muertos seguían extendiéndose sin fin, sin alterar su rostro... Y Dios, Dios también se quedaba en silencio como el mar. También se obstinaba en su silencio.

«¡No! ¡No hay tal cosa!» —negaba con la cabeza—. «Si Dios no existiera, el hombre no podría soportar la monotonía de ese mar, esa frialdad siniestra...».

«Pero si por un imposible... Sólo es un imposible, por supuesto...». —Ahora era otra voz la que retumbaba en un rincón profundo de mi ser—. «Si, por un imposible, Dios no existiera...».

Era una fantasía aterradora. Si Dios no existiera, ¡qué ridículo resultaba todo! Si no existiera, ¡qué drama tan ridículo las vidas de Ichizô y Mokichi, atados a las estacas y bañados por las olas...! ¡Qué ridículo el espejismo que vinieron persiguiendo los misioneros: tres años largos cruzando mares para llegar a este país! Y ahora, ¡qué aventura tan ridícula la mía, vagando por estos montes sin un alma humana...!

Me puse a arrancar hierbas y las masticaba con rabia, tratando de reprimir estos pensamientos que se agolpaban a mis labios como arcadas. El pecado mayor contra Dios era la desesperación, lo sabía muy bien; pero no me explicaba por qué Dios quedaba en silencio. «El Señor salvó a los justos del fuego que cayó sobre el valle de Pentápolis...». Ahora que esta tierra estéril sigue aún humeante, que los árboles dan un fruto que no termina de madurar, bien podía Dios decir algo, una palabra por lo menos, en favor de estos cristianos...

Eché a correr pendiente abajo medio resbalando. Si caminaba despacio, afloraban a mi conciencia, una tras otra, como burbujas, esas imaginaciones desagradables, y el

panorama me daba terror. Si las admitía, toda mi vida hasta hoy, mi vida entera, quedaba destruida de un plumazo.

Sentí una gota menuda en la mejilla. Alcé los ojos al cielo. Eran unos nubarrones negros que se echaban encima, deslizándose lentos, extendiendo sus tentáculos gigantes en un cielo hasta entonces entoldado de gris. Poco a poco las gotas fueron aumentando y pronto se fue corriendo por toda la pradera una cortina de lluvia que recordaba las cuerdas de un arpa. Noté entonces que, a dos pasos de mí, quedaba un bosque negro, frondoso, y corrí a refugiarme en él. Se veían volar bandadas de pájaros como saetas disparadas, en busca también de refugio. La lluvia golpeaba las hojas de las encinas, y de aquí y allá llegaba un ruido como si esparcieran gravilla sobre un tejado. Tenía, pobre de mí, totalmente empapado de lluvia mi blusón de campesino, y las copas de los árboles, entre rociadas de lluvia plateada, se cimbrecaban como algas marinas. Fue entonces, cuando entre el balanceo del ramaje, descubrí en la ladera que quedaba enfrente una cabaña en ruinas, medio hundida. Probablemente la habían construido los aldeanos, cuando venían aquí a cortar leña.

El chaparrón cesó tan de repente como había venido. Se tiñó otra vez la pradera de un blanco pálido; los pájaros empezaron a desperezarse como si despertasen de un sueño. Se oía el ruido de los goterones cayendo de las hojas de las hayas. Enjugándome con la mano las gotas de lluvia que me resbalaban por la frente hasta los ojos, me fui acercando a la cabaña. Cuando puse el pie en ella, llegó a mi nariz un hedor insoportable. Al lado de la entrada se arremolinaban las moscas, que salieron huyendo de un excremento humano todavía reciente.

Ese excremento me hizo ver enseguida que mi predecesor se había tomado aquí un descanso, hacía bastante poco, para seguir después su camino. Siendo sincero, aunque me resultaba irritante que un individuo hubiera cometido semejante ordinariéz precisamente en un sitio como éste, pudo conmigo lo grotesco de la situación y acabé soltando la carcajada. Por lo menos, lo cómico del recuerdo que dejaba, hizo que se atenuasen por completo hasta las mismas prevenciones que abrigaba en mi subconsciente contra el individuo. Y aquel excremento sólido dejaba también probado que no era ningún viejo, sino un hombre sano y rollizo.

Cuando puse el pie dentro de la choza, aún salía humo de una hoguera. Por suerte, quedaban todavía unos pequeños rescoldos y pude secar sin prisas mis ropas empapadas. Tenía la impresión de que, pese a esta pérdida de tiempo, por la prisa que mi compañero se había dado hasta ahora, no iba a ser gran problema darle alcance.

Salí de la cabaña. La pradera y el bosque, que momentos antes habían sido mi refugio, centelleaban de luz dorada, mientras las hojas de los árboles salmodiaban un rumor reseco de arena. Cogí del suelo una rama seca que me sirviera de bastón y eché a andar. Pronto salí a una ladera desde donde podía ver de nuevo a mis pies, perfectamente nítida, la línea de la costa.

El mar, como de costumbre, tenía un fulgor tristón, un brillo de agujas, y mordisqueaba la playa combada como un arco. Parte de la costa era una playa de arena lechosa; la otra parte formaba una caleta de grava negra apelmazada. En la ensenada había algo que parecía un muelle, aunque pequeño, y tres o cuatro barcas de pesca yacían varadas en la playa. Además, al oeste pude divisar claramente una aldea de pescadores rodeada de bosques. Por primera vez esta mañana, tenía ante mis ojos una comunidad humana.

Me senté en la pendiente. Abrazado a mis rodillas, me quedé contemplando fijamente la aldea con la mirada asustadiza de un perro montés. El hombre que dejó la hoguera en la cabaña era fácil que hubiera bajado a esa aldea. Yo también, si me lanzaba cuesta abajo, acabaría llegando hasta allá... Sin embargo, ¿sería o no sería una aldea de cristianos? Tratando de asegurarme me puse a buscar con los ojos una iglesia o una cruz.

El padre Valignano y los demás misioneros de Macao nos lo habían dicho muchas veces. Nada de imaginarnos las iglesias de este país como las de nuestra patria. Aquí los señores feudales habían mandado a los misioneros que utilizasen sin más, como iglesias, las casas y los templos budistas que se habían venido usando hasta entonces. Por eso, parece que entre los campesinos, ha habido bastantes que se han armado un lío en la cabeza pensando que nuestra religión y el budismo predicaban la misma doctrina. El mismo Javier, gracias a un desliz de su intérprete, tropezó al comienzo con el mismo malentendido. Los japoneses que le oían hablar, pensaban que nuestro Dios era el dios-sol en el que ellos llevaban creyendo tanto tiempo.

Por eso, aunque no apareciera ningún edificio con torres, no podía decir que no hubiera iglesia. Quizá hubiera alguna entre aquellas chozas miserables de barro reforzado con palos. Y puede que los pobres cristianos aguardasen hambrientos la visita de un padre que les diera la comunión, que oyese sus confesiones y bautizase a sus niños. En medio de estos páramos de los que habían expulsado a padres y misioneros, ahora, en esta isla y en este atardecer, yo era el único que podía traerles el agua de la vida. Sí, sólo yo, como estaba, abrazado a mis rodillas, con mi blusón hecho un puro barro. «¡Señor, todo lo que has creado es bueno! ¡Qué bellas son tus moradas!».

Sentí una violenta emoción que me subía punzante del fondo del pecho. Apoyado en mi cayado y resbalando una y otra vez por la pendiente, donde todavía se remansaba la lluvia, bajé corriendo camino de mi parroquia... Sí, ésa era la parroquia que Dios me había confiado. Y entonces, de repente, de la otra punta de la aldea rodeada de pinos, se alzó un eco sonoro, algo como el rugido de la tierra, una voz humana que era llanto y alarido a la vez. Quedé inmóvil, de pie, cargando sobre mi cayado. Ante mis ojos se alzaban nítidas una humareda y unas llamas rojinegras...

¿Qué había ocurrido? Lo comprendí instintivamente y, dando media vuelta, trepé

corriendo por la ladera que había bajado resbalando. Entonces, en la ladera de enfrente pude sorprender la figura de un hombre, vestido como yo con un blusón gris de campesino que se alejaba huyendo. El hombre, al verme, se detuvo como sorprendido, y la mueca de sorpresa, de terror de aquel rostro se clavó viva en la mirada.

—¡Padre! —me gritó agitando la mano.

Algo seguía gimoteando, y señalaba con el dedo la aldea en llamas, haciéndome señas de que me escondiera. Corrí pradera arriba, y me oculté tras una roca agazapándome como un animal salvaje, jadeando rítmicamente con respiración fatigosa. Oí ruido de pasos. Desde la roca de enfrente me seguía observando el hombre con aquellos ojos de rata, pequeños y sucios.

Sentí como si me corriera el sudor por la palma de la mano, y, al fijarme, vi que era sangre. Por lo visto, cuando me tiré a tierra en este escondite, debí de golpearme contra algo.

—¡Padre! —aquellos ojos menudos seguían clavados en mí desde las rocas—. ¡Qué alegría verle de nuevo!...

En su rostro hirsuto, se dibujó una sonrisa servil, como si tratase de explorar mi reacción.

—Aquí estamos en peligro..., pero, bueno, yo me encargo de seguir vigilando...

Le miré en silencio a la cara. Kichijirô desvió la mirada como el perro al que riñe su dueño. Arrancaba hierbas, se las llevaba a la boca y se ponía a masticarlas con aquellos dientes amarillos.

—Mire cómo arde. Es terrible...

Seguía monologando a propósito, para que yo le oyese, con la mirada puesta en la aldea allá abajo.

Mientras le miraba, caí por fin en la cuenta de que él era el hombre de la hoguera en los campos aterrizados, el que había dejado sus excrementos en la cabaña. ¿Pero, entonces, por qué andaba vagabundo por los montes lo mismo que yo? Para él, que había pisado el «fumie», ya no había peligro de que le persiguieran los oficiales.

—Padre, ¿a qué ha venido usted a esta isla? Este sitio ya no es seguro... Claro que yo conozco una aldea donde todavía quedan cristianos escondidos.

Me limité a seguir en silencio. Los oficiales estaban cayendo sobre las aldeas por las que él había pasado, una tras otra. La sospecha había nacido en mi cabeza momentos antes: este hombre hacía probablemente de guía de los alguaciles. Sabía yo de antes que los alguaciles forzaban a los apóstatas a hacer de hombres de paja. Y los mismos apóstatas, para paliar su miseria y sus llagas, trataban de arrastrar a su misma suerte a antiguos compañeros, aunque fuera a uno sólo. Es una actitud que se parece mucho a la de los ángeles arrojados del paraíso, que incitan al pecado a los siervos de Dios.

La neblina de la tarde comenzaba a envolver los alrededores. El fuego prendido en la aldea no se limitaba a un sector, se había corrido a los tejados de paja que había alrededor, y las llamas rojinegras culebreaban silenciosas en la niebla como si tuvieran vida. Aquel silencio era horrible. Era como si la aldea y sus moradores aceptasen sin rechistar todas estas desventuras. Quizá se habían acostumbrado a semejantes tragedias durante tanto, tanto tiempo, que ya ni llorar, ni quejarse siquiera podían.

Perder de vista la aldea y seguir caminando, era para mí tan doloroso como arrancar la postilla de una herida que ha comenzado a cicatrizar. «Eres un apocado, un cobarde», me decía una voz en un rincón del alma. Pero oía a la vez otra voz que me animaba no dejarme llevar de sentimentalismos y emociones pasajeras. «Tú y Garpe, sois ahora probablemente los únicos sacerdotes en todo este país. Si tú desapareces, es la iglesia misma la que desaparece del Japón. Tú y Garpe tenéis que seguir vivos, no importa los sufrimientos y humillaciones que tengáis que aguantar».

Se me ocurrió también que esta voz podía ser un pretexto para racionalizar mi propia debilidad. Sin embargo, evoqué de repente en mi interior un caso del que había oído hablar en Macao, el de aquel padre franciscano que no quiso seguir oculto, evitando el martirio, y se presentó en el castillo del señor de Omura. Él mismo se adelantó a dar su nombre, diciendo que era sacerdote. Es cosa de todos conocida lo difícil que resultó después a los demás padres, por culpa de la ofuscación momentánea de ese buen hombre, continuar trabajando escondidos, y las complicaciones que esto trajo a los cristianos. Los padres no están para ser martirizados. Tienen que seguir viviendo, para que no se extinga la llama de la iglesia en estos tiempos de persecución.

Kichijirô me seguía como un perro montés, dejando una distancia por medio. Cuando yo me detenía, también se detenía él.

—No vaya tan deprisa, que no me aguanta el cuerpo... —gritaba detrás de mí, agotado, arrastrando los pies—. Dígame dónde va usted; no sé si lo sabrá, pero en palacio, a un padre lo tasan en trescientas piezas de plata...

—¡Vaya...! O sea que mi precio son trescientas monedas de plata...

Éstas fueron mis primeras palabras a Kichijirô, y mientras las decía asomó a mis labios una sonrisa amarga. Judas había vendido al Señor por treinta piezas de plata. Yo había sido ajustado en diez veces más...

—Es peligroso andar solo...

Parecía sentirse más confiado. Me alcanzó y se puso a caminar a mi lado, mientras tronzaba con una rama la maleza que encontraba al paso. Se oía el gorjeo de los pájaros en la oscuridad del crepúsculo.

—Padre, conozco un sitio donde hay cristianos. Sí llegamos allí estaremos seguros. Así que esta noche dormiremos aquí, ¿eh? Y mañana, en cuanto amanezca,

salimos para allá.

Sin esperar mi respuesta, se puso en cuclillas allí mismo. Se dio maña a coger unas cuantas ramas que no estaban húmedas del rocío y, sacando un pedernal de su mochila, las prendió fuego.

—Usted tendrá hambre...

Había sacado del morral un poco de pescado seco. Para un cuerpo como el mío que, desde la mañana, no había probado más que un poco de arroz seco y un meloncillo, el banquete que Kichijirô desplegabá ante mis ojos era una tentación irresistible. Cuando el fuego comenzó a llamear y el pescado a asarse, se esparció en derredor, un aroma irresistiblemente delicioso.

—Tenga, pruébelo...

Bastó un solo bocado para reconciliarme con Kichijirô. Con un gesto que era mitad satisfacción mitad desprecio, me veía Kichijirô comer, mientras él, como de costumbre, seguía mascando hierbas como si se tratase de tabaco o cosa parecida.

Los alrededores se fueron cerrando en tinieblas. Los montes estaban ateridos y el rocío empezó a calarme hasta el cuerpo. Yo seguía tendido junto al fuego todo lo largo que era, haciéndome el dormido. Kichijirô tendría planeado escabullirse en silencio en cuanto me venciera el sueño. Me vendería, sí, me vendería lo mismo que había vendido a sus compañeros. Y quizá fuera esta noche. ¡Qué tentación tan deslumbrante trescientas piezas de plata para un mendigo como él!... Cerraba los ojos, y cobraba vida tras mis párpados cansados el paisaje del mar y las islas que habían contemplado esta mañana desde la colina y la pradera. El mar con su destello de agujas. Las pequeñas islas esmaltando el azul. Los días en que los misioneros cruzaban en barca aquel mar maravilloso, acompañados de las bendiciones de todos. Cuando las iglesias se engalanaban de flores y los cristianos acudían a ellas con sus ofrendas de arroz y pescado. También aquí en el Japón hubo tiempos en que se construyeron seminarios, en que los estudiantes cantaban en latín lo mismo que nosotros y emocionaban a los señores de estas tierras acompañándose de arpas y órganos. Así lo había dicho el padre Valignano.

—Padre, ¿no está dormido?

Sin responder palabra, los ojos ligeramente entreabiertos, espiaba los movimientos de Kichijirô. Si se escabullía en secreto, sería sin duda para regresar con los oficiales. Atento a mi respiración de dormido, Kichijirô comenzó a moverse muy poco a poco. Contemplé absorto cómo se alejaba, silenciando sus pasos como un animal salvaje. En seguida llegó de los árboles y la maleza el ruido que hacía al orinar. Supuse que se alejaría sin más, pero para sorpresa mía volvió a acomodarse junto al fuego. Suspirando profundamente, metió ramas nuevas entre los leños hechos ceniza, y con las dos manos al amor de la lumbre seguía suspirando y suspirando. El rojo y negro de las llamas hacía resaltar el perfil de este hombre de pómulos

descarnados. Luego, vencido por el cansancio de todo un día, caí profundamente dormido. A veces abría los ojos, y allí seguía Kichijirô, sentado junto al fuego.

Al día siguiente, seguimos caminando entre los rayos implacables del sol. Se levantaba un vaho blanco de la tierra, húmeda todavía de la lluvia de ayer, y más allá de las colinas las nubes brillaban deslumbrantes. Llevaba ya un rato sufriendo de sed y de jaqueca. No sé si Kichijirô lo notaría. De vez en cuando sujetaba contra el suelo con su cayado alguna culebra que cruzaba lenta el camino y se escondía en la maleza. Luego la metía en su mugriento morral.

—Nosotros los campesinos comemos estos bichos largos, como medicina —decía descubriendo su dentadura amarilla en una leve sonrisa.

«¿Por qué no me vendiste anoche por esas trescientas piezas de plata?», me preguntaba yo en mi interior. Y resucitó entonces en mi mente aquel cuadro, el más dramático de toda la Biblia, cuando Cristo en la última cena le dijo a Judas: «Sal, vete y haz lo que tienes que hacer».

Ni aun ahora que soy sacerdote he podido captar bien el sentido de esas palabras. Caminaba con Kichijirô arrastrando los pies entre el vaho que se alzaba del suelo, y seguía dando vueltas en mi interior a esas palabras clave, sin apartarlas de mí. ¿Qué sentiría Cristo al lanzar a la cara del hombre que le iba a vender por treinta piezas de plata, esas palabras: «Sal...»? ¿Las diría con ira y con odio? ¿O serían más bien palabras nacidas del amor? Si eran palabras de ira, Cristo en ese momento estaba negando la salvación a este solo hombre entre todos los hombres del mundo. Judas recibiría de lleno el ramalazo de la ira de Cristo y jamás se salvaría; y el Señor abandonaría a su suerte a un hombre caído para siempre en pecado.

Pero eso no podía ser. Cristo trató de salvar incluso a Judas. De no ser así, no tiene sentido que le hiciera uno de sus discípulos. Y, pese a eso, en este crítico instante en que se había desviado del camino, ¿por qué Cristo no le detuvo? Éste era el punto que jamás logré entender desde mis tiempos de estudiante de teología.

Consulté con varios padres sobre ello. Estoy seguro de haberle hecho la misma pregunta al padre Ferreira. No recuerdo lo que Ferreira me respondería entonces, pero el mismo hecho de no recordarlo indica que no fue nada que disipara mis dudas de un plumazo.

—No eran palabras de ira ni odio. Indicaban simplemente distanciamiento.

—Pero, padre, ¿qué clase de distanciamiento? ¿Un distanciamiento total de Judas? ¿Es que Cristo en ese instante había dejado ya de amar a Judas?

—No, no es eso. Imagínese el caso de un hombre traicionado por su mujer. Todavía continúa amándola. Y, sin embargo, no puede perdonar que su mujer le haya traicionado. Aunque ame a su mujer, tiene su dignidad de marido que se rebela ante semejante conducta... Y la actitud de Cristo frente a Judas debió ser algo así...

Era la respuesta convencional de aquellos padres que yo, joven todavía, no podía

comprender pese a mis esfuerzos. Pero es que ahora tampoco puedo. Que me perdonen la blasfemia, pero ante mis ojos tengo la sensación de que Judas fue un pobre muñeco, una marioneta, llevada de aquí para allá, para dar más realce al drama de la vida y muerte en cruz de Cristo.

«Sal, vete y haz lo que has de hacer». Yo, ahora, no podía decirle esas palabras a Kichijirô, primero porque naturalmente miraba por mi vida, y además porque, como sacerdote, abrigaba el deseo y la esperanza de que no acumulase traición sobre traición.

—El camino es estrecho. Es difícil andar por aquí, ¿verdad?

—¿No hay ningún río?

Me resultaba ya difícil soportar la sed.

Kichijirô me midió con los ojos, dibujando una leve sonrisa.

—¿Quiere agua? Comió demasiado pescado seco...

Lo mismo que ayer, los cuervos planeaban en el cielo, volando en círculo. Alcé los ojos y sentí clavarse en ellos un fogonazo de luz blanca deslumbradora. Me pasaba la lengua por los labios, arrepentido de mi falta de cuidado. Por un poco de pescado seco, había cometido un error que ya no tenía remedio.

Busqué un charco de agua, pero inútil. Aquí y allá cantaban los insectos en la pradera con una algarabía sofocante, y soplaba del mar un viento tibio con olor a tierra húmeda.

—¡Un río! ¿No hay un río por aquí?...

—Ni un regato siquiera. Quédese quieto aquí, por favor.

Sin esperar siquiera mi respuesta, Kichijirô se deslizó pendiente abajo.

Cuando se perdió su silueta entre los peñascos, todo a mi alrededor se tornó de repente silencioso. En las matas los insectos agitaban sus élitros produciendo un rumor seco. Un lagarto subió reptando a una piedra con gesto desconfiado, para desaparecer a toda prisa. Con el sol dándole de lleno, el gesto huidizo del lagarto al observarme, era igual que Kichijirô, que acababa ahora de desaparecer.

Ese hombre... ¿había ido realmente a buscarme agua?, ¿o más bien a delatarme, a decirle a alguien que estaba yo aquí?

Apoyándome en el cayado seguí caminando. La sed se hacía por momentos más inaguantable. Ahora veía claramente que ese hombre me había dado de comer pescado seco con toda la intención. «En seguida, Cristo, que estaba en la cruz, dijo: “Tengo sed”. Había allí una vasija llena de vinagre...». Recordé la escena. «Sujetaron a una rama de hisopo una esponja empapada en vinagre y se la acercaron a la boca». Entonces, en mi imaginación, subió hasta mis labios el sabor a vinagre, sentí náuseas, cerré los ojos.

A lo lejos se oía una voz ronca buscándome.

—¡Padre! ¡Padre!...

Allí llegaba Kichijirô, arrastrando los pies, con una cantimplora de bambú colgándole de la mano.

—Padre, ¿es que huía de mí?

Me miraba tristemente con la comisura de los ojos, como mira un animal.

Le arranqué de las manos la cantimplora que me ofrecía y me la llevé a la boca. Ya no sentía vergüenza, no me quedaba un resto de decencia y bebí con ansia. El agua me resbaló por los brazos y me mojó las rodillas.

—Padre, ¿por qué huía? El padre tampoco se fía de mí...

—No te enfades. Estoy cansado. ¿De todos modos no querrías dejarme ya solo?

—¿Solo? ¿Y dónde va a ir usted? Yo conozco una aldea de cristianos ocultos. Hay una iglesia y un padre.

—¿Un padre?

Instintivamente alcé la voz. Ni siquiera había podido imaginar que aquí en esta isla hubiese otro sacerdote. Miré a Kichijirô con gesto de recelo.

—Sí, padre; y no es japonés. Eso me han dicho...

—Eso no puede ser.

—El padre no se fía de mí —de pie como estaba, se puso a coger hierbas y rezongaba con un hilo de voz—. Nadie, nadie se fía de mí.

—Tú, en cambio, bien sabes mirar por ti mismo. No como Ichizô y Mokichi que se hundieron como piedras en el fondo del mar...

—Mokichi era fuerte. Pero yo sólo tengo la fuerza de un arbolito recién plantado. Y si el retoño es raquítrico, por más que se le abone, crece mal y da mal fruto. Los que son débiles de nacimiento como yo, padre, son como ese retoño.

Por lo visto mis palabras le sonaron a censura despiadada, y se echó para atrás con la mirada de un perro apaleado. La verdad es que, al decirlas, no tenía la menor intención de reprenderle; fueron mis tristes cavilaciones las que me las hicieron susurrar. Como decía Kichijirô, no se puede exigir a todos los hombres que sean santos y héroes. Cuántos de nuestros cristianos, de no haberles tocado nacer en una época de persecución, sin la alternativa de apostatar o perder la vida, hubieran continuado fieles a su fe, sin desfallecer... Eran sólo cristianos corrientes, y pudo con ellos el puro terror físico.

—Por eso, yo... ya no tengo un sitio donde poder ir. Ando errante por estos montes. Como usted me ve, padre...

Un sentimiento de piedad me oprimió el pecho. Cuando le mandé arrodillarse, hizo como yo le ordenaba, y dobló sus rodillas en tierra lo mismo que un borriquillo.

—¿Qué, no quieres confesarte? Anda hazlo también por amor a Ichizô y Mokichi...

Los hombres nacen ya en dos categorías. Los fuertes y los débiles. Los santos y los mediocres. Los héroes y los mandrias. En tiempos de persecución, los fuertes se

dejarán quemar a fuego lento, se dejarán tirar al mar por amor a su fe. Pero los débiles se ven obligados a vagar por los montes, como este Kichijirô... Y tú, ¿a qué categoría perteneces? Si no pesaran sobre mi conciencia mi amor propio y mi deber de sacerdote, yo también habría pisado el «fumie» como Kichijirô...

—Nuestro Señor está crucificado.

—Nuestro Señor está crucificado...

—Y también coronado de espinas...

—Y también coronado de espinas...

Con la simplicidad de un niño que remeda a su madre, iba Kichijirô repitiendo una a una las jaculatorias que yo le sugería. Se veía otra vez reptar a un lagarto entre las rocas blancas. Se oía en el bosque el jadeo de una cigarra. Y el vaho aromático de la hierba llegaba deslizándose entre las piedras blancas. Entonces oí las pisadas de unos cuantos hombres que se acercaban por el sendero que habíamos traído. Salieron de la maleza y se distinguían ya sus siluetas dirigiéndose hacia nosotros a paso ligero.

—¡Padre, perdóneme! —gritó Kichijirô lloriqueando sin alzar las rodillas del suelo—. Yo soy un hombre débil. Yo no puedo ser fuerte como Ichizô y Mokichi...

Los hombres me echaron los brazos encima y me alzaron del suelo. Uno de ellos, con gesto de desprecio, le tiró a Kichijirô un puñado de plata menuda.

Sin decir palabra, me empujaron delante de ellos. Eché a andar entre tropezones, por el camino reseco. Una vez miré hacia atrás, pero el rostro de Kichijirô, el hombre que me había traicionado, se perdía ya en la distancia. Aquel rostro de ojos medrosos, como los de la araña...

CAPÍTULO 5

AUNQUE el día era soleado, la aldea tenía una tonalidad lóbrega y extraña. Mientras lo iban llevando medio a rastras, entre los chamizos y barracas con techos de caña reforzados con lascas, niños y mayores, vestidos de harapos, clavaban en él sus ojos brillantes como los del ganado. «Ésos son cristianos», pensó alucinado, y a pura fuerza logró esbozar una sonrisa; pero ni uno solo se dio por enterado. Hubo un momento en que un niño en cueros dio unos cuantos pasos temblones hacia el grupo. Inmediatamente su madre vino corriendo desde atrás, desgredada y atropellándose, cogió al niño en brazos y se escabulló como un perro. El padre temblaba de pies a cabeza. Tratando de sobreponerse, se fijó en aquel hombre, en la noche que lo llevaron arrastrando del monte de los Olivos al palacio de Caifás.

Fuera ya de la aldea, un sol cegador cayó de nuevo sobre su frente. Se le iba la cabeza y se paró; pero el guardia que tenía a la espalda le seguía llevando a empujones, mascullando algo entre dientes. Haciendo por sonreír, pidió que le dejasen descansar un poco, pero el guardia, siempre con la misma dureza de gesto, se lo negó con la cabeza. Cundía por los campos brillantes de sol un olor a estiércol y cantaba risueña la calandria. Árboles gigantescos proyectaban sobre el camino una sombra deliciosa y su fronda abrigaba un rumor refrescante.

Según se iban adentrando en los campos, el camino se estrechaba poco a poco, en dirección a las montañas. A un lado del camino, en una pequeña hondonada, apareció una cabaña hecha de ramas entrecruzadas. Su sombra negra se recortaba sobre el suelo de arcilla. Sentados en tierra y con las manos siempre atadas, había un grupo de cuatro o cinco hombres y mujeres vestidos de blusones. Comentaban algo entre sí, pero cuando distinguieron al padre entre la comitiva, quedaron boquiabiertos por la sorpresa.

Los guardias lo dejaron junto al grupo y se pusieron a charlar entre risotadas, con la actitud del que ha cumplido ya un servicio. No temían que el grupo se les fugase. Al sentarse el padre en el suelo, los cuatro o cinco hombres y mujeres que le rodeaban, inclinaron reverentes la cabeza.

Él quedó un rato en silencio. Una mosca le revoloteaba alrededor de la cara tratando de lamerle el sudor que corría por su frente. Parecía que sólo prestaba oído,

ensimismado, a aquel zumbido sordo. El sol le daba en la espalda; poco a poco empezó a notar una cierta sensación placentera. Veía claro por una parte que su captura, después de tantas peripecias, era una realidad; pero todo seguía tan indiferente a su alrededor, que le entraban dudas de si no sería pura alucinación. Sin saber por qué, se sorprendía pensando en la palabra «sábado», el día del descanso. Los guardias charlaban como si nada hubiera pasado, y hasta se reían. El sol daba radiante en los matojos de la hondonada y en el ramaje de la cabaña. Ni se le ocurrió entonces pensar que el día de su captura, aquel día que su mente sonámbula había imaginado tanto tiempo, presa del pánico y la ansiedad, había terminado siendo un día así de tranquilo. En esos momentos le invadía un desasosiego indefinible... Llegaba hasta sentir desilusión de no haber terminado en héroe de tragedia, como tantos mártires, como el mismo Cristo...

—Padre —le preguntó el hombre que tenía al lado. No veía por un ojo. Lo tenía completamente blanco. Al hablar accionaba con sus manos atadas— padre, ¿qué le pasó?

Los demás, hombres y mujeres, alzaron a una la cabeza y aguardaban la respuesta del padre con enorme curiosidad, mal disimulada. Estos hombres parecían totalmente ajenos a su suerte, como si fueran bestias sin inteligencia. Cuando el padre les contestó que lo habían cogido en la montaña, parecieron no entender bien, y el tuerto le repitió la pregunta, llevándose seguidamente la mano al oído. Por fin comprendieron:

—¡Ah...!

De todos salió el mismo lamento, algo sin nervio y sin pasión.

—Pero, ¡qué bien lo cuenta el padre...! —la mujer lo decía a voces, como un niño, admirada de su japonés—, pero, ¡qué bien habla...!

Los guardias se contentaban con reír y ni les reñían ni tenían interés en hacerles callar. Más todavía, el tuerto, con la mayor familiaridad del mundo habló a gritos a uno de los guardias y el aludido, sin dejar de reír, se puso a contestarle. El padre preguntó a la mujer en voz baja:

—Esos hombres, ¿para qué nos tienen aquí?

La mujer le dijo que los guardias eran también paisanos del mismo pueblo, y que estaban esperando la llegada del oficial.

—Nosotros somos cristianos, padre... Ellos, no. Ellos son gentiles.

Lo decía con el tono de voz del que no da gran importancia a esas diferencias.

—Coma, padre...

Maniobrando con sus muñecas amarradas sacó de su seno al descubierto dos meloncillos almizcleros y se puso a mordisquear uno, dando el otro al padre. Al irlo masticando, sintió la boca llena de aroma a fruta pasada. Movía sus incisivos como una rata y pensaba que desde su llegada a este país no había dado a estos cristianos

miserables otra cosa que molestias. Ellos le habían conseguido un refugio, el mismo blusón que vestía, le habían dado de comer. Ahora era el momento de darles él algo; pero él nada tenía que dar. Ni una sola cosa. Sólo trabajar por ellos y morir por ellos.

—¿Tu nombre?

—Mónica.

La mujer dijo su nombre de pila un poco avergonzada, como quien enseña su única joya. ¿Quién sería el misionero que dio el nombre a la madre de san Agustín a esta mujer queapestaba a pescado?

—Y aquel hombre, ¿quién es?

—¿Quién? ¿Mozaemón? Ése se llama Juan.

—Y el padre que te bautizó, ¿cómo se llamaba?

—No era un padre. Era el hermano Ishida. Seguro que usted le conocerá muy bien...

El padre negó con la cabeza. Él, en este país, no tenía otro compañero que Garpe.

—¿Que no le conoce usted? —La mujer se le quedó mirando a la cara sin poderlo creer—. ¡Pero si es el hermano que martirizaron en el monte Unzen...!

—Y vosotros, sabiéndolo, ¿seguís todos tan tranquilos? —Por fin dejaba asomar a sus labios el interrogante que llevaba tanto tiempo dentro—. Porque es más que probable que todos nosotros acabemos muriendo como él...

La mujer bajó los ojos y se quedó mirando a una mata que tenía a sus pies. De nuevo la mosca, atraída por el olor a sudor, suyo y de la mujer, volvió a revolotearle alrededor del cuello.

—¡Qué sé yo...! El hermano Ishida nos repetía que si nos vamos así al paraíso, allí tendremos paz y felicidad para siempre. Allí no hay contribución todos los años, ¿verdad? Tanta contribución... Ni hambre, ni miedo de enfermedad. Ni cogerle a uno para trabajar, que a nosotros ya nos han sacado del cuerpo todo el trabajo que podíamos dar. —La mujer suspiró—. Sí, en este mundo no hay más que penas, ¿verdad? Y en el paraíso ya no habrá más penas, ¿no es así, padre?

Estuvo tentado a decirles: «El paraíso que vosotros imagináis no existe»; pero se mordió los labios. Estos buenos campesinos, como los niños en la clase de catecismo, soñaban por lo visto con un cielo que era como este mundo, pero mejor, sin contribuciones agobiantes, ni prestaciones personales. Y nadie tenía el derecho de destruir cruelmente esos sueños.

—Así es —musitó en silencio mientras parpadeaba—, allí ya no nos podrán quitar nada...

Enseguida volvió a preguntar:

—¿No conoces a un padre que se llama Ferreira?

La mujer dijo que no con la cabeza. ¿Sería que como en Tomogi, tampoco aquí había aparecido el padre Ferreira? ¿O quizá que entre los cristianos del Japón el

nombre «Ferreira» se había convertido en una palabra prohibida? Hasta eso llegaban sus imaginaciones.

Se oyó un grito que venía de encima de la hondonada. Al levantar la cabeza vieron al borde de la quebrada a un samuray, acompañado de dos campesinos, regordete y entrado en años, que los miraba riendo. En cuanto vio aquella sonrisa, sin saber por qué, intuyó el padre al momento, que aquel viejo era el mismo que realizó las pesquisas en Tomogi.

—Pero, ¡qué calor...! —El samuray bajaba lentamente por la quebrada sin dejar de abanicarse—. Ahora que viene el calor, eso de trabajar en las tierras debe ser terrible...

Todos, Mónica y Juan y todos los demás, hombres y mujeres, le hicieron una cortés reverencia, dejando caer hasta las rodillas sus muñecas encordadas. El viejo echó una mirada de reojo al padre, que tenía inclinada la cabeza igual que los demás, pero cruzó de largo junto a él, como ignorándole. Al pasar se oyó el roce de los pliegues de su «haori»^[7] y el ambiente se contagió del perfume que impregnaba sus vestidos.

—Estos días no cae ni un chaparrón por la tarde... Y ¡qué polvareda en el camino...! Para un viejo como yo es un tormento llegar hasta aquí.

Se puso en cuclillas con los presos y siguió hablando mientras se abanicaba el cuello una y otra vez:

—Por favor... No le deis estos tragos a un pobre viejo como yo...

La luz del sol achatava aquel rostro sonriente y evocaba en la mente del padre el semblante de Cristo, tan familiar ya para él.

Las moscas... Daban vueltas y más vueltas siempre con el mismo ruido zumbón. Las veía planear sobre el cuello de los cristianos, sobre el viejo, a su alrededor.

—Si estáis detenidos, no es porque el gobierno os tenga mala fe. A ver si me comprendéis. Vosotros pagáis los impuestos puntualmente, y cuando hay que arrimar el hombro os matáis trabajando. ¿Arrestaros por pura mala fe? ¿Por qué?... Nosotros somos los primeros convencidos de que los campesinos sois la médula del país.

El siseo del abanico se fundía con el zumbido de las moscas y la brisa cálida traía de lejos un cacareo de gallinas. El padre —con la mirada en el suelo como todos los demás— dudaba de que aquello llevara camino de interrogatorio. ¿Habrían escuchado muchos misioneros lo mismo que él, antes de la tortura y de la ejecución, esta voz engolada y untuosa? ¿Habría llegado a sus oídos el zumbido de las moscas en medio de esta paz enervante? Temía en cualquier momento un acceso de pánico; pero, cosa extraña, no lo sentía bullir en su interior. Tampoco el menor presentimiento de que el tormento o la muerte estuvieran cercanos. Pensaba en su futuro con la misma sensación de irrealidad del que, en un día de lluvia, se figura a lo lejos una colina soleada.

—Os daré ahora un rato para que lo penséis. Lo pensáis bien y después me dais la respuesta.

Cuando terminó de hablar, la falsa sonrisa del viejo se apagó, y se transparentó en su rostro la misma altivez y codicia que había sorprendido en los comerciantes chinos de Macao.

—Podéis retiraros.

Los guardias saltaron de entre las matas y dieron prisa al grupo. El padre fue a levantarse como los demás, pero el viejo le estaba mirando con el ceño fruncido de un mono. Por vez primera aquellos ojos destellaban odio.

—Tú, no —le dijo estirando su menudencia cuanto podía, con una mano en la empuñadura de la espada—. Tú, quédate.

El padre volvió a sentarse sobre las matas, sonriendo suavemente. Aquel cuerpecillo echado para atrás como el de un gallo, revelaba a las claras el talante del viejo, muy en su papel de que a él no le iba a dejar mal un extranjero delante de los presos.

¡Valiente mono...! —murmuró el padre en su interior—. ¡Mono, más que mono...! ¡Puedes dejar en paz tu espada, que no pienso escapar!

Despidió con la mirada al grupo de cristianos que, siempre con las manos atadas, fueron subiendo por la quebrada hasta perderse de espaldas en el rellano. *Hoc passionis tempore, piis adauge gratiam...*^[8]. Los versículos de la plegaria subían a sus labios resecos con un regusto amargo. Murmuraba en su interior: «Señor, no los sigas probando más... Mira que para ellos va a ser demasiada carga. Hasta hoy han podido venir aguantando. Impuestos, trabajos forzados, toda una vida miserable... Y ¿vas a seguir probándolos más todavía?».

El viejo se había llevado a los labios una cantimplora de bambú y bebía a pequeños sorbos, como una gallina.

—En mi vida he visto a muchos padres. En ocasiones hasta los he interrogado...

En seguida, mientras se mojaba los labios, le preguntó con una voz servil, totalmente distinta del tono anterior:

—¿Entiende usted el japonés?

El sol se había ocultado tras una nube, y al quedar ensombrecida la hondonada, los insectos, hasta entonces callados, dejaron oír su chirrido seco, aquí y allá entre las matas.

—Estos campesinos son unos pobres imbéciles... Pero en fin, padre, de usted depende que queden libres o no...

El padre no sabía a ciencia cierta lo que eso quería decir, pero bastaba verle la cara para intuir que aquel viejo zorro iba a tenderle una trampa.

—Los campesinos son incapaces de pensar por su cuenta, individualmente. Discutirán hasta cansarse, y al fin de cuentas, volverán como se fueron, sin llegar a

un acuerdo. Ya lo verá. Si usted se animara a decirles una sola palabra...

—¿Qué es lo que tengo que decir?

—Que apostaten —el viejo lo decía riendo, haciendo sonar el abanico—. Eso es, que apostaten...

—Y si me niego —replicó el padre muy tranquilo con su mejor sonrisa—, si me niego, usted me matará, ¿verdad?

—No, no... —el viejo puso un gesto compungido—, no pienso hacer nada de eso. Si lo hago, esos campesinos se volverán todavía más testarudos. Eso pasó en Omura y volvió a pasar en Nagasaki. Tipos tercos, estos cristianos...

El viejo suspiró aparatosamente, pero en seguida vio el padre que todo era pura comedia. Hasta sentía cierta satisfacción en mortificar a aquel viejo que parecía un pequeño simio.

—Si usted fuera un padre de verdad, le darían pena esos campesinos...

El padre sintió una sonrisa instintiva en sus labios. ¡Qué infeliz este viejo...! Creía que con una lógica tan infantil iba a derrotarle... Pero olvidaba el padre que este oficial, simple como un niño, se convertía con la misma simplicidad en un energúmeno, si era él el derrotado.

—Qué, ¿qué le parece?

—Pues me parece que basta con castigarme a mí...

Lo dijo encogiéndose de hombros, con el gesto del que toma a broma al adversario. La frente del viejo empezó a encenderse de ira. A lo lejos, el cielo estaba cubierto y llegaba un eco de truenos, sordo y difuso.

—¡Cuánto van a tener que sufrir esos pobres diablos por culpa de usted...!

* * *

Lo encerraron en la cabaña de la hondonada. Por los claros de la pared, hecha de ramas sobre un suelo desnudo, se filtraba el sol en hilillos blancos. Llegaban ahogadas las voces de los guardias que charlaban fuera. ¿Dónde habrían llevado a los aldeanos? Se fueron y no habían vuelto a aparecer. Se sentó en el suelo, e inmóvil, abrazado a sus rodillas, pensaba en Mónica y en el tuerto. Le venía además el recuerdo de los aldeanos de Tomogi: Omatsu, Ichizô, Mokichi y tantos otros... Con un poco más de serenidad, lo menos que podía haber hecho era darles una bendición rápida. Pero no se le había ocurrido y eso probaba lo desquiciado que andaba ya. Sintió haberse olvidado de preguntar al grupo de cristianos, por lo menos en qué mes y día estaban. Desde que llegó a este país, había perdido por completo la noción del tiempo. No llevaba cuenta de los días pasados desde Pascua, y por eso no podía calcular qué santo se celebraba hoy.

Al no tener rosario, se puso a rezar el avemaría y el padrenuestro en latín,

llevando la cuenta con los dedos; pero la oración fluía estéril de sus labios como resbala el agua por los labios de un enfermo con los dientes fuertemente cerrados. Le interesaban más las voces de los guardias que llegaban de fuera de la cabaña. Algo les hacía gracia, porque de vez en cuando se reían a carcajadas.

Sin saber por qué, el padre se imaginaba a los criados al amor del fuego, en el patio. Unos cuantos hombres en la noche de Jerusalén, totalmente despreocupados de la suerte de otro hombre, calentando sus manos al amor de la oscura llamarada. Estos guardias también charlan y se ríen a carcajadas, unas carcajadas que le obligan a uno a pensar: «Ya lo ves... hasta eso llega la apatía del hombre por el hombre...». Pecado, no es lo que se piensa de ordinario, eso de robar, de decir mentiras, no. Pecado es para un hombre cruzar por la vida de otro hombre olvidando las huellas que va dejando en él. Dijo en voz baja: «*Ora pro nobis peccatoribus...*» y siguió rezando con los dedos.

Sintió por vez primera que la plegaria le iba calando el alma. De pronto le dio en los párpados, entornados, un rayo blanco de sol. Un hombre había entrado procurando no hacer ruido. Tenía abierta la puerta de la cabaña y sin hacer un movimiento, observaba el interior con sus pequeños ojos zorrunos. Cuando el padre levantó el rostro, el intruso se eclipsó rápidamente.

—Estará la mar de tranquilo... —gritó otro hombre al guardia que había venido a inspeccionarle.

Después se abrió la puerta. Entró la luz como una catarata de agua tibia, y en la luz se perfiló la silueta de un japonés distinto del viejo samuray de marras. Éste no ceñía espada.

—*Senhor, gracia...*

Le había saludado en portugués. Una pronunciación extraña y trabucada, es verdad, pero portugués al fin y al cabo.

—*Senhor...*

—*Palazerá a Dios nuestro Senhor...*

El padre oía estas palabras medio aturdido por la luz que entraba por la puerta y le daba en los ojos. A veces había alguna incorrección, pero el sentido lo entendía perfectamente.

—Sorprendido, ¿verdad? Pues mire usted, en Nagasaki y en Hirado hay muchos intérpretes como yo. Por lo que me dicen, al padre también se le sigue muy bien en japonés... ¿Sabe usted dónde he aprendido yo su lengua?

Aunque nadie le hacía preguntas, el hombre seguía charlando. Y mientras hablaba, se abanicaba sin descanso, lo mismo que el samuray.

—Gracias a los padres de su país se levantaron seminarios en Arima, en Amakusa, en Omura también. Claro que si he ido al seminario, eso no quiere decir que sea ahora un renegado. Recibir el bautismo sí que lo recibí, pero nunca tuve

intención de llegar a ser hermano, ni cristiano tampoco. Al hijo de un samuray de pueblo, si quiere triunfar en la vida no le queda en los días que vivimos otro camino que las letras...

Aquel hombre insistía con toda su alma en que él no era cristiano. El padre seguía en la penumbra su parloteo, sin cambiar el gesto.

—¿Por qué se queda usted callado? —le increpó el otro en tono de enfado— ustedes los padres, nos han tratado siempre a nosotros, los japoneses, como a imbéciles. Conocí a uno que llamaban Cabral y ése nos despreciaba de una manera especial. Y aunque terminásemos los estudios del seminario no nos dejaba llegar a padres...

Mientras hablaba iba reviviendo su pasado y excitándose por momentos. El padre, que seguía inmóvil, abrazado a sus rodillas, pensó que aquella cólera no era fingida. Recordaba haber oído en Macao a Valignano el caso de Cabral, y Valignano se lamentaba: «Dios sabe cuántos fieles se habrán apartado de los misioneros y de la iglesia por el concepto que Cabral tiene de los japoneses...».

—Yo no pienso igual que Cabral.

—¿De veras? —subrayó el otro riendo por lo bajo—, pues a mí me lo parece...

—¿Por qué?

En la penumbra no podía distinguir las facciones del intérprete. No las distinguía, pero trataba de adivinar el fondo de odio y de ira que transparentaba aquella risa en voz baja. Después de todo, su oficio había sido escuchar en el confesonario, entornados los ojos, las confesiones de los fieles. «Lo que ese hombre quiere borrar de su pasado —pensó el padre abstraído mientras se le quedaba mirando—, no es al padre Cabral, es el hecho de haber recibido una vez el bautismo»...

—¿No prefiere salir fuera? No creo que se le ocurra ya escapar...

—Vaya usted a ver... —replicó el padre sonriendo—. Yo no soy ningún santo. Tengo miedo de la muerte...

El japonés soltó la carcajada:

—No, no, por favor... Si ésa es su filosofía, le agradecería me escuchase un momento con atención. El valor a veces sólo sirve para molestar al prójimo. Nosotros lo llamamos valor ciego. Y la verdad, son muchos los padres que se dejan llevar de ese valor ciego y son un fastidio para el Japón.

—¿O sea que eso es lo que los misioneros han hecho aquí, fastidiar?

—Mire, cuando le meten a uno por los ojos un regalo que no quiere, hablamos nosotros de «cariños que matan»... Pues la religión cristiana se parece a uno de esos cariños que matan. Nosotros ya tenemos nuestra religión. Y no pensamos importar otra del extranjero. También estudié en el seminario eso del «entendimiento» que enseñan ustedes, y mire por dónde, nunca he creído yo que esas teorías vayan a cuajar aquí.

—Por lo visto usted y yo pensamos distinto —dijo el padre muy sereno, bajando la voz—. Claro que si no fuera así, no hubiera cruzado yo tantos mares para presentarme aquí.

Ésta era la primera polémica que tenía con un japonés. Desde los días de Francisco Javier, ¿habrían sido muchos los padres enzarzados en este toma y daca de palabras con los budistas japoneses? Valignano le había prevenido que no debía subestimarlos, que conocían al dedillo la técnica de la controversia.

—Entonces, veamos —siguió el intérprete con el tono del que pasa al ataque, abriendo y cerrando el abanico—. Los cristianos dicen que es Deus y sólo Deus la fuente del amor y la misericordia, la fuente de todo bien y de toda virtud, y que como los budas son todos hombres, no están dotados de esos atributos. ¿Piensa el padre lo mismo?

—Los «hotokes»^[9] igual que nosotros, no pueden escapar a la muerte. En eso se diferencian de Dios Creador.

—El padre, que no conoce el budismo, lo creerá así; pero es seguro, segurísimo, que no todos los budas son meros hombres. Entre los budas, ¿sabe?, los hay de tres clases: «hosshin», «hójin» y «óge». Los budas que llamamos «óge» son los salvadores de la humanidad, y para socorrernos toman ocho encarnaciones distintas, pero los «hosshin» no tienen principio ni fin, y por ser eternamente inmutables, los mismos «sutras» nos describen la eternidad de esos budas como la intercomunicación entre el ser y el no ser. Los padres y los cristianos son los únicos que consideran hombres a todos los budas; nosotros, no.

Lo dijo de un tirón, como si hubiera aprendido la respuesta de memoria. Probablemente los interrogatorios de misioneros que había tenido hasta hoy, se los pasó pensando cómo humillar a su adversario. Por eso se puso a escoger palabras raras que casi ni él mismo entendía. Eso pensaba el padre.

—Vosotros sin embargo defendéis que el universo existe de por sí, y que el mundo no tiene principio ni fin, ¿no es así?

El padre buscaba los puntos débiles del adversario en busca de un contraataque.

—Así es.

—Sin embargo, los seres sin vida no pueden moverse por sí solos, si otro ser no los mueve. ¿Cómo empezaron entonces a existir los «hotokes»? Pase, además, que los «hotokes» tengan un corazón misericordioso, pero ¿cómo se formó este mundo nuestro antes de existir ellos? Nuestro Deus es razón de sí mismo, crea al hombre y da su existencia a todo el universo...

—En ese caso el Deus de los cristianos creó también a los malvados. ¿Es eso lo que quiere decir? Y en ese caso el mal también es obra de Deus.

El intérprete se rió en voz baja, ufano de su triunfo.

—No, no es eso... —el padre negó instintivamente con la cabeza—. Deus creó al

universo para el bien. Y para el bien, concedió al hombre la inteligencia. Pero hay veces que hacemos lo contrario de lo que nuestra inteligencia nos dicta. Eso es lo que llamamos pecado.

El intérprete chascó la lengua en un gesto que quería ser despectivo. Tampoco el padre esperaba haberle convencido con su explicación. El diálogo ya no era diálogo. Se buscaban las vueltas el uno al otro, como quien ensaya una llave para forzar la caída del adversario.

—Vamos, déjese de sofismas. Con los campesinos, las mujeres y los niños, pase; pero a mí esas explicaciones no me engañan. En fin, dejémoslo estar. Le voy a hacer otra pregunta. Si Deus es verdaderamente misericordioso, ¿por qué cree usted que nos manda, antes de entrar en el paraíso, tantos sufrimientos y dificultades?

—¿Tantos sufrimientos? Me parece que está usted en un error. Si el hombre cumpliera al pie de la letra los preceptos de Deus, lo lógico sería poder vivir en paz. Deus no nos exige que muramos de hambre cuando tenemos ganas de comer, o cosas así. En absoluto. Sólo que acudamos a él, nuestro Creador, con nuestra oración. Y cuando la pasión carnal nos agobia, Deus no nos fuerza a alejarnos de las mujeres, nos dice que tengamos una sola y que cumplamos su voluntad.

«Esta vez me ha salido bordada la respuesta», pensó. En la penumbra de la choza notó cómo el intérprete se quedaba unos instantes sin palabra, reducido al silencio.

—Bueno, basta ya. Esto resulta el cuento de nunca acabar —siguió el otro en japonés, con aire malhumorado—. Yo no he venido aquí para estas pláticas.

Cantaba el gallo a lo lejos. Por la puerta entreabierta se filtraba un rayo de luz, y en el rayo de luz pululaban a millones las motas de polvo. El padre quedó absorto mirándolas. El intérprete suspiró largamente:

—Si usted no apostata, ¿sabe?, colgarán a esos campesinos de la fosa...

El padre no comprendió bien lo que el otro quería decir.

—Colgados cabeza abajo en una fosa profunda esos pobres campesinos... Y muchos días así...

—¿Colgados de la fosa?

—Sí, eso es. Si usted no apostatase, claro...

El padre quedó en silencio. Afiló su mirada en la penumbra, tratando de escudriñar si lo que el otro decía iba en serio o era pura exhibición.

—Son órdenes de Inoue nuestro señor. Habrá oído hablar de él, ¿verdad? Es el gobernador. Al padre también le llegará el turno de medirse con él cara a cara en un interrogatorio...

I-no-u-e... La palabra llegó a sus oídos desmarcándose del portugués del intérprete como si tuviera vida y movimiento. Sintió un estremecimiento repentino.

—Hasta ahora han apostatado tras ser interrogados por Inoue —el intérprete parecía estar cantando las loas del magistrado—, el padre Porro, el padre Pedro, el

padre Cassola, el padre Ferreira...

—¿El padre Ferreira?

—¿Le conoce usted?

—No, no le conozco —negó el padre con la cabeza, bruscamente—, debemos ser de congregaciones distintas. No le he oído nombrar, ni le he visto nunca tampoco. Ese padre, ¿vive todavía?

—Ya lo creo que sí. Ha tomado un nombre japonés y tiene en Nagasaki casa y mujer... Está muy bien situado.

Tras los párpados del padre se materializó de repente la ciudad de Nagasaki, una ciudad que nunca había visto. Cosa curiosa, en esa ciudad imaginaria, destellaba un sol de atardecer sobre las callejas enmarañadas y los ventanucos de las casas. Y obligado a vestir el mismo traje que este intérprete, iba caminando por la calle el padre Ferreira. Imposible, eso era imposible. La escena misma era ridícula...

—No lo puedo creer.

El intérprete dejó la cabaña riendo con sorna. La puerta se cerró otra vez y la catarata de luz blanca se desvaneció de repente. Lo mismo que antes, se seguía oyendo el parloteo de los guardias.

—Un tipo listo como el hambre... —les explicaba el intérprete—, pero que siga así y al final caerá.

«Eso de caer va por mí», pensó el padre. Abrazado a sus rodillas, se puso a rumiar en su interior los cuatro nombres que momentos antes le había soltado el intérprete como si declamase un recitado. Al padre Porro y al padre Pedro no los conocía. Lo del padre Cassola seguro que lo había oído en Macao. Creía recordar que se trataba de un padre portugués que entró de incógnito en el Japón vía Manila, colonia española, no vía Macao, como él. Llegado al Japón se perdió todo rastro de él, y por eso creían los jesuitas que poco después de desembarcar habría sufrido un martirio glorioso. Y como fondo a esas tres figuras, el rostro de Ferreira, el hombre al que había estado buscando desde que llegó al Japón. Suponiendo que las palabras del intérprete no fueran mentira también Ferreira, como corría el rumor, había traicionado a la iglesia por obra y gracia de Inoue.

«Si por lo visto, hasta ese hombre ha apostatado, a lo mejor yo tampoco puedo soportar las pruebas que se avecinan...». De repente sintió que le embargaba esa inquietud. Sacudió bruscamente la cabeza, trató de desechar un pensamiento tan desagradable, un pensamiento que le oprimía como una náusea; pero cuanto más intentaba desecharlo más crecía en su interior, sordo a sus deseos. «*Exaudí nos, Pater omnipotens et mittere digneris sanctum angelum tuum qui custodiat, foveat, protegat, visitet atque defendat omnes habitantes...*»^[10]. Recitaba plegarias una tras otra, trataba de distraerse; pero la oración no le calmaba el alma. «Señor, ¿por qué estás en silencio? ¿Por qué estás siempre en silencio?». Así se quedó murmurando...

Al anochecer se abrió la puerta de nuevo. Un guardia le puso delante una escudilla de madera con unos cuantos trozos de calabacín y salió de la choza sin decir palabra. Cuando se lo llevó a la boca, le vino a la nariz un tufo como a sudor. El calabacín llevaría cocido dos o tres días, pero no resistía más el hambre y devoró hasta la cáscara. Mientras comía tuvo a las moscas, pegajosas, alrededor de sus manos. «¿En qué me distingo yo de un perro?» pensaba el padre mientras se lamía los dedos. Tiempo atrás hubo época en que los misioneros eran con frecuencia invitados a comer por los daimios y las familias de samuráis. Valignano le había dicho que entonces los padres no tenían problemas para conseguir vino ni pan, porque los barcos portugueses llegaban regularmente con su rico cargamento a los puertos de Hirado, Yokoseura y Fukuda. Probablemente se sentaban a una mesa limpia, rezaban la bendición y saboreaban su comida sin prisas... Y aquí estaba él ahora, sin ocurrírsele rezar, abalanzado sobre esta bozofia de perros. Cuando rezaba, no era para dar gracias a Dios, era para pedir su ayuda o para airear sus quejas y su resentimiento. Sacerdote como era, se sentía degradado y avergonzado. Sabía más que de sobra que Dios existía para que le alabásemos, no para que gruñéramos contra él. Y sin embargo, seguir alabando a Dios, y sobre todo, alabarle en el día de la prueba, como Job cuando cayó leproso, ¡qué terriblemente duro se le hacía...!

La puerta chirrió de nuevo y apareció el oficial.

—Padre, vámonos ya...

—¿A dónde?

—Al embarcadero.

Cuando se puso en pie, el hambre le hizo sentir un ligero mareo. Fuera de la choza iba oscureciendo y los árboles de la hondonada aparecían tristes, aplanados por el calor bochornoso del día. A su alrededor zumbaban enjambres de mosquitos y llegaba de lejos el croar de las ranas.

Los tres guardias formaron escolta a su alrededor, pero nadie tomó precauciones contra una posible fuga. Hablaban entre sí a gritos y a veces estallaban en carcajadas. Uno salió de la fila y se puso a orinar en un matorral. Se le ocurrió de repente que si daba un empujón a los dos que quedaban, podría escapar. Lo estaba pensando cuando el guardia que le precedía se volvió hacia atrás de repente.

—Padre, era estrecha y oscura la choza, ¿eh? —rió el guardia con cara de hombre de bien—, y ¡qué calor hacía...!

El rostro sonriente de este buen hombre le quitó de repente todos los ánimos para huir. Si él se fugaba, el castigo caería sobre estos campesinos. Intentó sonreír y asintió con la cabeza.

Siguieron adelante por el mismo camino. El padre se quedaba mirando con sus ojos hundidos aquellos árboles gigantescos, descollando en las parcelas donde atronaba el croar de las ranas. Esos árboles los había visto antes. Aleteaban en ellos

pájaros enormes, que dejaban oír sus roncosp graznidos. Aquellas voces se fundían con las de las ranas y se prolongaban en un lúgubre coro sin fin...

Al entrar en la aldea, aquí y allá salía humo blanco de las casas. Estaban echando fuera los mosquitos. Había un hombre de pie, en taparrabos, con un niño en brazos. Cuando vio al padre, se echó a reír como un idiota, a carcajadas. Unas mujeres de mirada triste y recogida los veían pasar sin quitarles ojo de encima.

Pasada la aldea, venían otra vez las tierras. Cuando el camino se hizo cuesta abajo, sintió por fin el padre en su rostro demacrado la caricia de una brisa cargada de salitre. Un corte brusco de terreno le hizo ver la ensenada —aquello tenía nombre de puerto, pero no era más que un atracadero de gravilla negra apisonada—. Había dos barcas solitarias, que habían dejado varadas en la playa. Mientras los guardias las montaban sobre maderos para botarlas al mar, el padre cogía de la arena caracolas de un color rosado y jugaba con ellas en las manos. Eran la primera cosa bella que veía en todo el día. Acercándolas al oído, llegaba del interior de las caracolas un eco difuso. De repente se dejó llevar de un arrebato sombrío. La caracola, con un chasquido sordo, quedó hecha añicos en sus manos.

—Suba ya.

El agua acumulada en el fondo del barco estaba lechosa de barro y fría para sus pies hinchados. Inmóvil, con los pies en el agua, se agarró con ambas manos a la borda y cerró los ojos. Suspiró. Cuando el bote empezó a deslizarse lentamente, se quedó absorto, contemplando con sus ojos hundidos las montañas por donde hasta esta mañana había vagado sin rumbo. En la neblina del crepúsculo, las montañas tenían un tinte negro-azul, y aparecían dilatadas, con la silueta exacta de un seno turgente. Cuando de nuevo dirigió su mirada a la playa, corría hacia ella un hombre con pinta de mendigo. Corría, gritando algo. Sus pies tropezaron en la arena y cayó al suelo. Era el hombre que le había vendido. Cayendo y levantándose, Kichijirô seguía diciendo algo a gritos. A veces sonaba a burla, a veces a llanto, pero el padre no sabía lo que decía. Cosa extraña, no sentía por él odio ni despecho. Le invadía un sentimiento de resignación: más temprano o más tarde, alguna vez lo habrían capturado lo mismo que hoy. Kichijirô pareció al fin comprender que no podría seguirles y se quedó mirándoles de pie, inmóvil como un poste, en el borde donde quebraban las olas. Su silueta fue poco a poco empequeñeciéndose en la neblina de la tarde.

* *

Noche cerrada. Habían atracado en una cala. Él se había quedado dormido y al entreabrir los ojos vio que bajaban del bote los tres guardias que hasta minutos antes le habían acompañado y que en su lugar embarcaban otros tres hombres. Guardias y

hombres charlaban en su jerga local, cargada de consonantes sonoras. Se sentía agotado de cansancio y hasta el esfuerzo por descifrar el japonés que hablaban se le hacía cuesta arriba. Sólo que como en la conversación salían las palabras «Nagasaki», «Omura», etc., pensaba abstraído que a lo mejor el sitio a donde lo llevaban escoltado sería Nagasaki, Omura o un lugar así. Cuando estaba en la cabaña, tenía fuerzas para pedir por la suerte de los que estaban presos como él, por el tuerto, por la mujer que le dio el meloncillo; pero ahora carecía de fuerzas para rezar, no ya por los demás, sino también por sí mismo. Llegaba a sentir la impresión de que le llevasen donde le llevasen, le hiciesen lo que le hiciesen, todo seguiría siendo lo mismo. Cerró los ojos y cayó otra vez dormido. De vez en cuando los volvía a abrir y escuchaba el monótono chirriar de los remos. Era uno solo el que remaba; los otros dos estaban acurrucados en el bote, con el gesto sombrío, en un mutismo total, «Señor, que se haga en todo tu voluntad...», repetía como un sonámbulo. Y, sin embargo, veía que el sentimiento que le embargaba, aunque recordaba a primera vista el deseo de tantos santos de ponerse en manos de la divina providencia, era en el fondo algo muy distinto. «¿Qué va a ser de ti si sigues así? ¿No será que poco a poco estás perdiendo hasta la misma fe...?». La voz le resonaba en la cabeza y el escucharla era ya un tormento.

—¿Dónde vamos? —preguntó con voz ronca al despertar por enésima vez, a los tres guardias del relevo.

Pero ellos continuaron rígidos, como si los paralizase el terror, sin responder una sola palabra.

—¿Dónde vamos? —insistió en alta voz.

—A Yokosenoura —replicó uno en voz baja, como avergonzado.

Yokosenoura... Muchas veces había escuchado ese nombre de labios del padre Valignano. Era un puerto que abrieron los padres Frois y Almeida con el permiso del daimio local, y los barcos portugueses, que hasta entonces habían llegado hasta Fíirado, recalaron desde entonces sólo en ese puerto. Sobre una colina se alzaba la iglesia de la compañía de Jesús y los padres levantaron allí una gran cruz. Era tan grande la cruz, que los misioneros, al avistar el Japón, tras muchas jornadas por mares lejanos, podían verla claramente desde cubierta. Cuentan que el domingo de resurrección, hasta los mismos japoneses subían en peregrinación a la cumbre de la colina con cirios en las manos, entonando cantos. El mismo daimio venía con frecuencia de visita y acabó recibiendo el bautismo.

El padre trató de localizar desde el barco alguna aldea y puerto que pudieran identificarse con Yokosenoura, pero tierra y mar eran un mismo borrón negro, espeso, y no se veía una sola luz. ¿Dónde quedarían la aldea y los caseríos? No lo sabía, pero quizá, aquí también, lo mismo que en Tomogi y en los pueblos de Goto, quedaban cristianos ocultos. ¿Sabrían ellos que ahora, en este bote que iba surcando el mar,

había un padre acurrucado, temblando como un perrillo extraviado? Volvió a preguntar a los guardias dónde quedaba Yokosenoura y tras un momento de indecisión le contestó el que iba a los remos.

—De Yokosenoura no queda ni rastro...

La aldea fue incendiada y todos sus habitantes dispersados. El mar, la tierra... todo yacía en un silencio de muerte. Sólo el sordo chocar de las olas contra el barco. «Y tú, ¿por qué lo dejaste todo de tu mano?» —murmuraba el padre con voz apagada—. «Hasta la aldea que nosotros levantamos por tu causa, ¿la dejaste arder así, sin mover un dedo? Y ¿qué hiciste cuando dispersaron a los vecinos? ¿No les infundiste valor? ¿Te conformaste con guardar silencio, como estas tinieblas que tengo delante? ¿Por qué? Por lo menos enséñame el porqué. Nosotros no somos hombres fuertes como Job, al que hiciste leproso sólo para probarle. Job era un santo, pero estos cristianos, ¿qué son? Hombres pobres y débiles... Y en la tribulación el aguante tiene también un límite. No sigas haciéndonos sufrir más...». Así rezaba. Pero el mar seguía frío y las tinieblas se cerraban en un silencio obstinado. Solamente se oía, eternamente monótono, el ruido sordo de los remos. «¿Será que lo mío no tiene remedio?», pensaba entre escalofríos. Sintió que si la gracia no le daba valor y fuerzas, probablemente no podría seguir aguantando más.

Callaron los remos. Uno de los guardias gritó vuelto hacia el mar:

—¿Quién va?

Los remos estaban parados, pero de otro sitio llegaba otro idéntico chirriar de remos.

—Algún pescador nocturno. Déjale, déjale estar... —dijo en voz baja el más viejo de los que hasta entonces habían permanecido callados.

—Eh, ¿quién va? ¿Qué estás haciendo ahí?

Cesó el golpe de remos del pescador y se oyó su contestación muy a lo lejos. El padre creyó haber oído esa voz en otro sitio. ¿Dónde? no podía recordarlo.

Al amanecer llegaron a Omura. A medida que la brisa iba barriendo la neblina lechosa que los rodeaba, se fueron alzando ante sus ojos cansados las blancas paredes de un castillo, situado en un recodo de la costa, rodeado de bosque. Daba la impresión de estar todavía en obras porque tenía adosado un andamio de maderos. Una bandada de pájaros iba cruzando el bosque. Y como fondo del castillo surgía una hilera de casas apretadas, con techos de paja y caña. Tal era el aspecto que presentaba la primera ciudad japonesa que veía.

Todo a su alrededor tenía ya una claridad indecisa, y entonces pudo advertir por vez primera un detalle: los tres guardias, compañeros de travesía, tenían a sus pies sendos garrotes. Seguro que habían recibido órdenes de que, si el padre mostraba, aunque sólo fuera indicios de querer escapar, lo echasen al mar sin contemplaciones.

En el muelle, se apretujaban los samuráis —con enormes espadas ceñidas a la

cintura de los «kosodes»^[11]— y la turba de mirones. Ya podían cansarse los samuráis de reñirles, que los mirones seguían en la colina que daba a la playa, con una paciencia invicta, unos sentados, otros de pie, esperando a que atracase el bote. Al saltar el padre a tierra se produjo entre ellos un griterío. Después, cuando cruzó por la multitud, escoltado por los samuráis, se encontró el padre con unos cuantos rostros de hombres y mujeres que le contemplaban con una mirada dolorida. Él callaba. Aquellos rostros también callaban. Según iba cruzando por delante, con un movimiento imperceptible de su mano les iba dando la bendición. Y entonces aquellos rostros, azorados, se inclinaban hacia tierra y algunos hasta desviaban la mirada. En tiempos normales, éste sería el momento de depositar en aquellos labios cerrados el pequeño pan de la eucaristía, pero él, ahora, no tenía cáliz, ni vino, ni altar donde celebrar misa.

Al hacerlo montar a pelo en un caballo y atarle las muñecas, de la multitud se alzó un coro de murmullos. A Omura la llamaban ciudad, pero era un conglomerado de casas techadas de paja, y apenas se diferenciaba de las aldeas que había visto hasta entonces. Pero aquí las mujeres —pies desnudos, el pelo suelto a la espalda y el quimono recogido a la cintura—, se quedaban de pie al verle pasar, alineando en el camino las cestas de mariscos, los haces de leña, las hortalizas. Entre la gente que encontraban al paso, los tañedores de vihuela, vestidos de «suikan» y «hakama» (chaquetilla y pantalón abombado), y los bonzos, de túnicas negras, se quedaban mirándole y lo cubrían de insultos. El camino era estrecho y largo, y a veces le pasaban rozando el rostro piedrecillas que le arrojaban los niños. Si no había error en las palabras de Valignano, Omura era el distrito en que los misioneros habían concentrado más sus esfuerzos. De esa ciudad decía el padre Frois en una carta, que tenía muchas iglesias y hasta un seminario y que aun los samuráis y campesinos «oían con entusiasmo nuestras pláticas». Tenían entendido que hasta el mismo daimio acabó hecho un cristiano fervoroso y que se convirtió casi toda su familia. Pero ahora, aunque los niños le siguieran tirando piedras y los bonzos lo cubrieran de insultos y salivazos, los samuráis de escolta ni se molestaban en impedirlo.

La ruta iba bordeando el mar camino de Nagasaki. Pasada una aldea que llaman Suzuda, se encontraron con una alquería cubierta de flores blancas cuyo nombre desconocía. Los samuráis detuvieron sus caballos y ordenaron a uno de los de la escolta que fuera por agua. También al padre le dejaron beber una vez, pero el agua se le escurrió de la boca y sólo sirvió para humedecerle el pecho descarnado.

—Mira, hijo, mira qué corpachón... —decían burlonas las mujeres tirando de la manga a sus pequeños...

Cuando el grupo comenzó a ponerse en marcha, el padre volvió la vista atrás. Sintió tristeza de repente. Quizá no volviera a ver jamás aquellos arbolitos florecidos de blanco... Los samuráis, destocados y secándose el sudor, llevaban todos el pelo

anudado hacia atrás en escobilla y cabalgaban con los muslos al aire. Les seguían cuatro o cinco como escolta de a pie, armados de arco, que charlaban animadamente. El camino blanco serpenteaba por detrás y pudo ver a un mendigo que parecía seguirles apoyado en su cayado. Era Kichijirô. Igual que cuando despedía boquiabierto al bote en la playa, caminaba ahora con el quimono abierto por delante, medio derrengado. Cuando notó que el padre había vuelto la cabeza se escondió atropelladamente detrás de un árbol. Imposible comprender qué motivos tenía este hombre que le había entregado para venir siguiéndole hasta aquí. De repente le vino al padre una corazonada: ¿no sería también Kichijirô el que esta noche, en el mar, venía remando en el otro bote?

* * *

Traqueteando sobre el caballo, sus ojos hundidos miraban al mar con una mirada ausente. El mar tenía un reflejo negro y sombrío. Una isla enorme destacaba su silueta gris en el horizonte. Ignoraba en absoluto si sería la isla por la que había vagado errante hasta el día anterior. Pasado Suzuda fue creciendo poco a poco el número de los que iban y venían por el camino. Traficantes con su mercancía cargada a lomos de vacas, viajeros encapuchados en sombreros de paja, con quimono de viaje y polainas, hombres con capotes de esterilla y enormes sombreros de bambú... Las mujeres —de impermeable y con el capacete que llevan las vendedoras del mercado—, al divisar la comitiva, detenían el paso medrosas, al borde del camino, y se quedaban mirándole fijamente, con el rostro ausente del que de pronto se topa con algo extraño. En las tierras hubo veces que los campesinos tiraron sus azadas y salieron corriendo a toda prisa al camino. Estaba interiormente tan exhausto que la misma indumentaria, los tipos de estos japoneses que tanto le habían interesado antes, ya ni le llamaban la atención. Con los ojos cerrados, con su lengua reseca, no hacía más que musitar una tras otra las plegarias del vía crucis, las que solían rezar en el convento al anochecer. Son plegarias que evocan en el alma uno a uno los sufrimientos de Cristo en la pasión, esos sufrimientos que todo sacerdote y todo fiel cristiano conoce tan bien... Salió aquel hombre del templo y caminaba tambaleándose —un paso, otro paso...—, con la cruz auestas, monte arriba, camino del Gólgota. Y detrás de él, presa de la curiosidad, le iba siguiendo una muchedumbre inmensa. «Mujeres de Jerusalén, no lloréis por mí. Llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos. El día está a punto de llegar...». El padre recordaba esos versículos. Pensó que más de quince siglos antes, aquel hombre había también paladeado en su boca reseca toda la tristeza que él sentía en esos momentos. Se sintió unido a él y notó como una sacudida, como si el corazón se le fuera empapando de una dulzura inexpresable.

«*Pange lingua...*». (Cántale, lengua mía). Sobre el caballo sintió resbalar las lágrimas por sus mejillas. «*Bella premunt hostilia, da robur fer auxilium...*»^[12]. «Pase lo que pase yo no apostataré». Eran ya más de las doce cuando atravesaron la ciudad de Isahaya. Se alzaba allí una mansión señorial ceñida por un foso enorme y una pared con tejadillo. Las casas que se agrupaban a su alrededor tenían techos de paja y caña. Cuando llegaron a una de ellas, unos hombres que ceñían espada, saludaron a los samuráis de la comitiva y les trajeron dos grandes ollas de arroz. Mientras los samuráis comían, bajaron al padre del caballo por vez primera y lo amarraron a un poste como a un perro. Había cerca unos cuantos pordioseros desgüeñados, unos en cuclillas, otros acurrucados en el suelo. Se le quedaron mirando con los ojos fosforescentes de un animal. Ya no tenía ni fuerzas para devolverles una sonrisa. Alguien le puso delante, en un cuenco desdentado, unos granos de mijo hervido. Levantó la cabeza abstraído. Era Kichijirô.

Allí estaba Kichijirô... En cuclillas, al lado de los pordioseros, como un pordiosero más, volviendo la vista hacia él de vez en cuando, como si le espicara. Cuando sus miradas se cruzaban, apartaba el rostro azorado. El padre le miraba a la cara con expresión dura. Cuando le vio en la playa, estaba tan cansado, que no sentía ni ganas de odiar; pero ahora... Imposible, completamente imposible ser amable con este hombre. De repente sentía revivir en el alma, junto con todos los recuerdos que le fermentaban dentro, aquella aridez de garganta, a poco de comer en la pradera aquel pescado seco. ¡Fuera! ¡Haz lo que tienes que hacer...! Cristo mismo lanzó contra Judas el traidor, esas palabras airadas. Mucho tiempo creyó el padre que esas palabras estaban en contradicción con el amor de Cristo; pero ahora, al ver a aquel hombre en cuclillas, que le miraba de vez en cuando con el gesto aprensivo de un perro apaleado, sentía una pasión sombría, cruel, subiéndole a borbotones del cuerpo. «¡Fuera! —estalló en su interior—, ¡vete y haz lo que tienes que hacer!».

Terminados de comer el arroz, los samuráis volvieron a montar en sus caballos. También al padre le izaron sobre el suyo, y el grupo se puso en marcha lentamente. Otra vez volvieron a insultarle los bonzos, y los niños a tirarles piedras. Y los traficantes con sus fardos a lomos de vacas y los viandantes alzando hacia los samuráis una mirada de sorpresa y clavando en él sus ojos. Todo, lo mismo que antes. Volvió atrás la mirada y allí estaba Kichijirô, alejado de la comitiva, apoyado en su bastón, siempre siguiéndole...

«¡Fuera...! —susurró el padre en su interior—. ¡Fuera...!».

CAPÍTULO 6

EL cielo se había encapotado. Se alzaban lentas las nubes hasta la cumbre de Gosendake, y luego se desparramaban cubriendo los campos, una estepa desértica llamada Chizukano. Aquí y allá se arracimaban los matojos como si reptasen, pero el resto era todo tierra negruzca, en una vasta extensión sin límites. Los samuráis cambiaron unas palabras entre sí y dieron orden a la escolta de que hicieran descabalgar al padre. Como llevaba tanto tiempo a horcajadas, con las manos atadas, al poner pie en tierra sintió las corvas doloridas y se quedó acurrucado.

Un samuray sacó una larga pipa y se puso a fumar. Era la primera vez que veía tabaco en el Japón. El samuray echó dos o tres bocanadas de humo, aguzando la boca, e hizo correr la pipa entre sus compañeros. Los soldados de escolta se les quedaban mirando con cara de envidia.

Largo tiempo esperó el grupo, a ratos de pie, a ratos sentado en las rocas, con los ojos puestos en el sur. Algunos iban a hacer sus necesidades al abrigo de los peñascos. Hacia el norte quedaban claros en el cielo, pero al sur comenzaban ya a apelmazarse las nubes del atardecer. El padre de vez en cuando echaba una ojeada al camino que habían andado. Kichijirô tenía que haberse rezagado en algún sitio; no se le veía por ninguna parte. Seguro que a medio camino se cansó de seguir a la comitiva y se había vuelto para atrás.

—¡Ya vienen, ya están ahí...! —gritaron los guardias de escolta señalando al sur con el dedo.

Era un destacamento de samuráis y soldados de a pie, como el que le acompañaba, y se les veía acercarse lentamente desde el sur. El samuray que había estado fumando saltó inmediatamente al caballo y se lanzó a galope tendido a su encuentro. Sin descabalgar intercambiaron saludos y mutuas inclinaciones de cabeza. El padre comprendió que era el sitio convenido para el relevo de escolta.

Terminaron las consultas y el destacamento que había venido escoltándole desde Omura volvió grupas y se perdió poco a poco en la calzada norte, donde todavía brillaba el sol. Rodearon al padre los que habían venido a recogerlo desde Nagasaki y lo hicieron montar otra vez a lomo desnudo.

La cárcel se encontraba en la falda de una colina, entre árboles. Daba la impresión de recién construida, de un almacén de nueva planta, pero por dentro las celdas tenían exactamente tres yardas de longitud, cuatro de anchura y dos desde el suelo al techo. La luz entraba por un ventanuco enrejado y por una ranura del panel de la puerta, por la que apenas si podía pasar una escudilla. Por allí le metían la comida una vez al día. El exterior de la cárcel lo había visto el día que llegó y dos veces más que le llamaron para hacerle un atestado. Habían construido una empalizada de máxima seguridad con hileras de lanzas de bambú enfiladas hacia el interior. Además, fuera de la empalizada se veían las viviendas de los guardias con sus tejadillos de paja achatados.

Cuando lo arrojaron allí, todavía no había ningún otro preso. Lo mismo que en la cabaña de la isla, pasaba el día entero rígido, sentado en la oscuridad, mientras llegaba a sus oídos el parloteo de los guardias. A veces hasta los mismos guardias se ponían a hablarle en plan de matar el aburrimiento. Por ellos supo que estaba en Sotomachi, un barrio de Nagasaki, pero no había modo de saber el lugar de su enclavamiento con respecto al centro de la ciudad. Durante el día se oía un eco lejano de tráfico intenso, de garlopas, de martillar de clavos, y eso le permitía suponer que el suburbio era de nueva urbanización. Por la noche llegaba del bosque el arrullo de las palomas torcaces.

Sin embargo, dentro de la cárcel la paz y el sosiego eran tales que hasta resultaba extraño. La intranquilidad, la angustia de sus días de vagabundo por los montes llegaba a sentir las ya como una historia lejana. No podía siquiera prever lo que sería de él mañana, pero apenas sentía inquietud. Los guardias le dieron cuerda y papel fuerte del país. Con ellos se hizo un rosario y pasaba el día casi entero rezando y musitando versos de la Biblia. Por la noche, acostado de lado como estaba, cerraba los ojos, y escuchando el arrullo de la tórtola en el bosque, iba recreando detrás de sus párpados toda la vida de Cristo, escena a escena. Para él, el rostro de Cristo era el confidente de todos sus sueños e ideales desde que era niño. El rostro de Cristo que predicaba a las multitudes en la cumbre de la montaña, el rostro de Cristo cruzando al oscurecer el lago de Galilea... Ese rostro nunca perdió su belleza, ni siquiera cuando le sometieron a tormento.

Y aquellos ojos suaves, claros, que se clavaban hasta lo más hondo del corazón, se le quedaban mirando fijamente. Un rostro que nada podía mancillar. Un rostro que nada podía humillar. Cuando pensaba en él sentía que la angustia y el miedo se apaciguaban en su interior con el mismo sosiego con que se filtran los rizos de las olas en la arena de la playa.

Eran todos días de paz, como no los había saboreado desde que llegó al Japón. A

veces se preguntaba si esta paz no sería señal de que su muerte no estaba ya lejana. El paso de estos días por su alma eran tan suave y apacible.

Al cabo de nueve días lo sacaron fuera. Como había estado tanto tiempo en la cárcel donde no se filtraba la luz, se le clavaban los rayos del sol en los ojos hundidos como si fueran puñales agudos. Llegaba del bosque como una catarata el ronroneo de las cigarras. Detrás de las garitas de los guardias habían florecido rosas encarnadas. Tenía el pelo y barba crecidos como los de un vagabundo, enjutas las nalgas y los brazos como alfileres; lo notó entonces por primera vez. Pensó si lo llevarían a interrogar, pero lo condujeron a un cuartelillo de guardia y lo metieron en un cuarto entarimado con reja de madera en los cuatro costados. ¿Para qué lo habrían traído aquí? No lo sabía.

El porqué lo supo al día siguiente cuando de pronto la paz quedó rota con las imprecaciones de los guardias. Se oían también las pisadas discordes y precipitadas de algunos hombres y mujeres. Los guardias los acosaban para que cruzasen al patio por el portón de entrada y los iban metiendo a empujones en la celda oscura donde hasta ayer había estado él encerrado.

—Oye tú, si sigues así, te vas a ganar un golpe...

Los guardias alzaban la voz y los presos seguían recalcitantes.

—No seas terco, ¿me oyes? No seas terco...

Siguió un rato el careo entre guardias y presos, pero al final también eso se calmó. De pronto, al anochecer, llegaron desde la celda sus voces recitando a coro una oración: «Padre nuestro, que están en los cielos, santificado sea el tu nombre...». Aquellas voces de hombre y de mujer se alzaban como un surtidor para desvanecerse en la neblina de la tarde. Sobre todo la frase: «Y no nos dejes caer en la tentación...», era de una tristeza indefinida, como un gemido. El padre, con un parpadeo de aquellos ojos hundidos, movía sus labios al unísono con ellos. «Tú siempre has estado callado, pero no, no podrás seguir siempre así...».

Al día siguiente preguntó a los guardias si le permitirían verse con los presos. Porque los estaban obligando bajo estrecha vigilancia a roturar la tierra del corral. Cuando salió al patio, aquellos cinco o seis hombres y mujeres que apenas si podían con la azada, se volvieron hacia él con un gesto de asombro. Identificaba su silueta, recordaba aquellos blusones de harapos descoloridos. Sólo que esos rostros vueltos hacia él... —¿sería por el encierro en la cárcel sin darles el sol?—. Los hombres tenían el pelo y la barba crecidos, las mujeres estaban pálidas como la cera.

—¡Ay, Dios...! —gritó una de las mujeres—. Pero si es el padre... Si no sabíamos nada...

Era la mujer que aquel día había sacado del seno un meloncillo almizclero y se lo había dado. A su lado, el tuerto tenía el aspecto de un pordiosero, pero sonreía bonachonamente descubriendo su dentadura amarillenta e irregular.

Desde aquel día, con permiso de los guardias, iba dos veces al día, por la mañana y al anochecer, al calabozo de los cristianos. Por aquella época todavía eran los guardias gente de buen corazón y sabían que los cristianos no iban a armar ningún alboroto. Como no tenía vino ni pan, la misa no la podía decir, pero sí podía rezar a coro con los cristianos el credo, el padrenuestro y el avemaría y oír sus confesiones.

«No pongas tu esperanza en nobles o príncipes de este mundo, ni tampoco en los hijos de los hombres... Porque éstos no tienen poder para salvarte. Al final fenecen y tienen que volver a la tierra. Los pensamientos de quienes pusieron su confianza en ellos pensando en este día, quedarán todos desvanecidos, pero los que ven en Dios al autor del universo y ponen en él su confianza tendrán una muerte espléndida...». Mientras recitaba en voz baja una a una estas palabras del Antiguo Testamento a los presos, no había uno que tosiera. El grupo entero estaba en tensión, escuchando. Los guardias mismos escuchaban en silencio. Nunca como entonces habían tenido tanto fuego en sus labios esos versos santos. Ni cuando los recitaba para sí, ni cuando los predicaba a los fieles. Esos versos por los que hasta ahora le había venido resbalando la mirada... Sentía esas palabras una a una taladrándole el pecho, con un sentido nuevo, con un peso nuevo...

«Felices vosotros, los que vais a morir por Dios...». El padre les hablaba con calor: «Para vosotros ya no habrá más agonía. El Señor no nos va a dejar siempre solos. Él no hace eso. Habrá unas manos que laven nuestras heridas, que limpien nuestra sangre. El Señor no puede quedar siempre en silencio...».

Al anochecer, el padre administraba a los presos el sacramento de la penitencia. No había confesonario y con el oído aplicado a la ranura por donde les pasaban la comida, escuchaba la confesión en voz baja del penitente. Entretanto los demás se agrupaban en un rincón para molestar lo menos posible. Pensaba el padre que desde los días de Tomogi, sólo en esta cárcel había podido ejercer su ministerio de sacerdote, y su ilusión secreta era que esta vida continuase siempre.

Entre confesión y confesión, usando plumas de gallina de las que había tiradas por el patio iba poco a poco escribiendo sus memorias en el papel que le habían dado los guardias. Ciertamente que no tenía la menor idea de si el manuscrito acabaría en Portugal o no. A lo mejor un cristiano se las arreglaba para pasárselo a uno de los chinos de Nagasaki. Bastaba esa tenue esperanza para hacerle correr la pluma.

Por la noche, sentado en la oscuridad, escuchaba el zureo de las tórtolas arrullándose en el bosque. Y sentía entonces el rostro de Cristo mirándole fijamente. Unos ojos azules, claros, que se fijaban en él compasivos. Un rostro sereno, pero desbordante de seguridad. «Señor, ya no nos dejarás solos, ¿verdad?», susurraba el padre vuelto hacia aquel rostro. Y entonces sentía que le llegaba al oído la respuesta: «A vosotros no os abandonaré». Con un movimiento de cabeza, aguzaba el oído queriendo cerciorarse de la voz... No había voz, era sólo el arrullo de la tórtola.

Tinieblas profundas, espesas... Pero por un instante sintió el padre como si le hubieran lavado el corazón.

Un día el guardia asomó la cara por la puerta tras hacer sonar los cerrojos.

—Ande, cámbiese de traje —le dijo dejando un hatillo de ropa sobre la tarima—. Vamos a ver..., ¿será ropa nueva? Un «jittoku» y ropa interior de algodón. Ahí lo tiene, es suyo.

El guardia le explicó que el «jittoku» era la túnica que vestían los bonzos budistas.

—Muchísimas gracias... —En los pómulos hundidos del padre se dibujó una sonrisa—. De todos modos, quédese usted con ello. Yo no necesito nada.

—¿Que no lo quiere usted? ¿Me dice usted que no lo quiere?...

El guardia lo decía haciendo gestos de niño con la cabeza. Pero los ojos se le iban ansiosos al vestido.

—¡Si se lo han regalado los oficiales de palacio...!

Comparaba el padre la ropa de lino que vestía con este quimono recién cortado y se preguntaba por qué los oficiales le habrían regalado una túnica de bonzo. ¿Podría tomarlo como un detalle de piedad para con los presos por parte de palacio, o habría que ver en ello una estratagema más? No lo sabía. Fuera lo que fuera, quedaba claro que este traje nuevo iniciaba hoy una etapa nueva en sus relaciones con el gobierno.

—Rápido, rápido... —le apremiaba el guardia—; los oficiales de palacio están para llegar...

No se le había ocurrido que el interrogatorio fuera tan inminente. Día tras día había estado imaginando ese cuadro como algo dramático, algo al estilo de Cristo y de Pilatos: muchedumbres que gritan, Pilatos que duda, Cristo en pie cerrado en su silencio. Pero tan sólo una cigarra había arrancado a cantar momentos antes con unos chirridos somnolientos. La tarde era siempre así. También la celda de los cristianos se volvió en un silencio sepulcral.

El guardia le dio agua caliente, se refregó el cuerpo y lentamente fue metiéndose por los brazos la ropa interior de algodón. No era la sensación del que toca una tela comfortable. Al contrario, sentía correr por su piel el escalofrío humillante de haber transigido con palacio, consintiendo en vestir esa ropa.

En el patio había unos cuantos taburetes alineados. Sus sombras se proyectaban oscuras una a una sobre el suelo. Le obligaron a arrodillarse a la japonesa frente al portalón de entrada a la derecha, y tuvo que esperar largo rato, con las manos sobre las rodillas. No estaba acostumbrado a esa postura y el dolor en las piernas le provocaba un sudor grasiento, pero no quería que los oficiales le sorprendieran con cara de mártir. Se ponía a pensar qué expresión tendría Cristo cuando lo azotaban y eso desviaba su atención del dolor que sentía en las rodillas.

Por fin se oyeron pisadas de caballos y séquito de a pie, y todos los guardias a una

se postraron inclinando la cabeza. Unos cuantos samuráis fueron entrando en el patio con paso arrogante y sin dejar de abanicarse. Los samuráis cruzaron por delante de él, charlando entre sí, sin molestarse en dirigirle una sola mirada, y con aire cansado ocuparon sus taburetes respectivos. Se acercaron los guardias con las tazas, siempre profundamente inclinados, y los samuráis saborearon el agua caliente a sorbos lentos.

Tras un rato de descanso, el samuray que estaba más a la derecha dio una voz a los guardias, y el padre fue llevado ante los cinco jueces. Las piernas le fallaban de dolor.

En el árbol que quedaba atrás cantaba como de costumbre una cigarra. Le resbalaba el sudor por la espalda y sentía concentradas en esa espalda, hasta dolerle, todas las miradas curiosas de los presentes. Seguro que en la celda los cristianos no perdían ni una de sus palabras con los oficiales. Veía bien claro por qué Inoue y los oficiales de palacio habían elegido expresamente este lugar para el interrogatorio. Era para presentar a los ojos de los campesinos su estampa de hombre acorralado y vencido. *Gloria Patri et Filio et Spiritu Sancto...* Cerró los ojos hundidos y trató de forzar una sonrisa; pero sintió por el contrario que su rostro tomaba la rigidez de una máscara.

—Inoue nuestro señor, sentiría que el padre esté molesto —se apresuró a subrayar en portugués el samuray de la derecha—. Si no se encuentra bien, díganoslo.

El padre bajó la cabeza, cerrado en su mutismo. Al levantarla, su mirada se fijó en el anciano sentado en el taburete del centro. Se le había quedado mirando y su rostro tenía la curiosidad del niño al que han regalado un juguete raro. Su sonrisa irradiaba bondad.

—Nacionalidad: portuguesa. Nombre: Sebastián Rodrigo. No hay duda de que llegó a nuestro país desde Macao...

El samuray de la derecha puso un gesto conmovido al volver a leer el atestado que ya en dos ocasiones le había hecho el oficial que vino a verle con un intérprete.

—Crea, padre, que se nos parte el corazón al ver su firmeza de propósito: salir a una misión a miles de millas de distancia y llegar aquí al Japón, tras remontar tantas dificultades... Realmente hasta hoy su vida ha tenido que ser muy dura...

Había amabilidad en aquellas palabras, y aquella amabilidad se le filtró en el pecho hasta dolerle.

—Precisamente porque nos hacemos cargo, aunque lo exija nuestro oficio, este interrogatorio es para nosotros muy doloroso...

Ante palabras tan imprevistas, toda la tensión que tenía acumulada, se relajó de repente. «Si no hubiera trabas de nacionalidades y políticas, nos daríamos la mano y podríamos ponernos a charlar como si tal cosa...». Hasta ahí le llevaba el sentimentalismo. Pero sintió en seguida que se ponía en peligro abriéndose a esas emociones.

—Aquí no estamos discutiendo si la religión del padre es en sí misma verdadera o falsa. En España, en Portugal y en tantísimos otros países seguro que la tendrán por verdadera. Si aquí hemos prohibido el cristianismo, es porque después de mucho y mucho pensar, hemos visto que esa doctrina no le ayuda nada al Japón de hoy.

El intérprete había atacado en seguida el fondo del problema en litigio. Y el anciano de orejas grandes que tenía enfrente le seguía mirando desde la altura de su escaño, con ojos compasivos.

—Para nuestro modo de pensar, la verdad es algo universal —replicó el padre devolviendo por fin una sonrisa al anciano—. Aquí el oficial hace un momento se compadecía amablemente de mis penalidades, y me dirigía sentidas palabras de consuelo por las muchas millas de mar cruzadas y meses perdidos hasta llegar a vuestro país. Pero si pensásemos que la verdad no es algo universal, ¿cómo iban a poder tantos misioneros soportar semejantes sinsabores? Si a la verdad la llamamos verdad, es porque trasciende todo país y toda época. Si una doctrina fuera verdad en Portugal y no lo fuera también en el Japón, no la podríamos llamar verdad.

El intérprete, aparte de atascarse de vez en cuando, iba pasando a los otros cuatro las palabras anteriores, con inexpresividad impertérrita, como si fuera un muñeco.

El viejecillo que tenía delante asentía una y otra vez con la cabeza, con gesto de estar totalmente de acuerdo. Y mientras asentía comenzó a frotarse despacio con la mano izquierda la palma de la derecha, como dándose masajes.

—Los padres dicen todos lo mismo... —el intérprete traducía despacio las palabras de otro samuray—, pero mira, hay árboles que dan fruto en un terreno y si los cambias de tierra se secan. Ese árbol que llaman «cristianismo» tendrá hojas, ramaje y flores en el extranjero, pero aquí en el Japón se le secan las hojas y no le nace un brote. Por lo visto el padre no ha pensado que la tierra y el agua son aquí distintas...

—Eso de secarse las hojas y no nacer un brote no es verdad. —El padre se encaró con el samuray alzando la voz—. ¿O se creen que yo no sé nada de nada? En los sitios en que he vivido, en Macao por supuesto, pero en la misma Europa también, estábamos al corriente de las actividades de los misioneros que aquí venían, como si los tuviéramos al alcance de la mano. He oído decir que cuando eran muchos los daimios que permitían misionar, había más de 300.000 cristianos en el Japón...

El viejillo seguía asintiendo frotándose las manos una y otra vez. Los demás oficiales oían las palabras del intérprete con un rictus de tensión en el rostro, pero él parecía el mejor amigo del padre.

—Si no creció la fronda y tampoco brotaron flores, eso fue cuando se dejó de abonar...

La cigarra que cantaba hasta hacía un momento había enmudecido. El sol de la tarde era cada vez más insoportable. Los oficiales guardaban silencio como si no

supieran qué decir. Sentía el padre que en la celda que quedaba a su espalda los cristianos estaban atentos a lo que allí pasaba, y pensó que en la polémica él era el vencedor. Lentamente sintió nacer en el pecho un sentimiento de satisfacción...

—¿A qué viene este querer convencerme? —siguió el padre serenamente, con sus ojos en tierra—. Diga yo lo que diga, ustedes no van a cambiar de opinión, y yo por mi parte no pienso cambiar de actitud.

Mientras hablaba, sintió de repente que se iba emocionando. Cuanto más consciente se iba haciendo de que a su espalda le estaban observando los cristianos, más héroe se sentía.

—De todos modos, diga lo que diga, voy a ser castigado lo mismo.

El intérprete tradujo mecánicamente estas palabras a los samuráis. Su cara era plana, y los rayos del sol la aplastaban más todavía. Por primera vez las manos inquietas del anciano se detuvieron. Sacudió fuerte la cabeza y le miró como se mira a un nieto travieso.

—Eso de castigar a los padres sin ton ni son, no lo hacemos nosotros.

—No creo que sea ésa la idea de Inoue. Inoue me daría tormento inmediatamente. Lo dijo, y los oficiales estallaron en carcajadas como si hubiera dicho un chiste.

—¿Por qué se ríen ustedes?

—Padre, a ese Inoue, señor de Chikugo, lo tiene usted delante de sus ojos...

Estupefacto, se quedó mirando al anciano. Seguía frotándose las manos, mirándole con la simplicidad de un niño. Éste era el chasco mayor de su vida. Al hombre que Valignano llamaba «satanás», que había hecho apostatar a un misionero tras otro, él se lo había venido imaginando con un rostro azulado y astuto... Y ahí estaba sentado delante de él, un hombre comprensivo, bondadoso, acogedor...

Inoue, el señor de Chikugo, le dijo algo al oído, dos o tres palabras, al samuray de al lado y se levantó del asiento con cierta dificultad. Los demás oficiales siguieron detrás y desaparecieron tras el portón por el que había llegado.

Arrancó a cantar la cigarra. La luz de la tarde, centelleante como la mica, proyectaba más fuerte aún la sombra de los taburetes que nadie ocupaba ya. Y entonces, sin saber por qué, sintió el padre que le subía en remolino del pecho algo caliente, que sus párpados se cegaban de lágrimas. Parecido a la emoción que uno siente después de haber hecho una gran hazaña. Y en la celda, sumida hasta ahora en silencio, alguien comenzó a cantar:

*Vámonos, vámonos ya
al templo del paraíso.
Que paraíso lo llaman,
lo llaman templo espacioso...*

El canto continuó largo rato después de haberlo devuelto los guardianes a la habitación entarimada. Por lo menos, él no había hecho vacilar a aquellos cristianos, no había hecho flaquear su fe. Ni había adoptado tampoco una postura abyecta y cobarde. En todo eso pensaba.

* * *

La luz de la luna filtrándose por la rejilla y su silueta cortada en la pared le evocaban al padre el rostro de aquel hombre. Parecía concentrar en él su mirada, una mirada recogida. Era un rostro impreciso, pero el padre probaba a contornearlo, le ponía ojos y boca. «Hoy me he portado como un valiente», le decía con una vanidad infantil.

En el patio se oyó un tableteo de matracas. Como todas las noches, el centinela hacía la ronda de la cárcel.

* * *

Pasaron tres días. Los guardias escogieron entre los cristianos sólo a los hombres y les hicieron cavar tres fosas en el patio. A través de la reja, con el sol dándoles de plano, podía ver al tuerto —se llamaba Juan, seguro...—, y a los demás, dándole a la azada y acarreando la tierra en serones. Por el calor que hacía, Juan llevaba sólo un taparrabos, y la espalda le brillaba de sudor como el acero. Preguntó a los guardias para qué cavaban aquellas fosas y le dijeron que para hacer letrinas. Las fosas eran ya profundas y los cristianos seguían sacando tierra.

En plana faena uno de los cristianos se desplomó de insolación. Los guardias le gritaban, le golpeaban, pero el accidentado seguía acurrucado en el suelo, sin moverse siquiera. Juan y los otros cristianos lo cargaron en brazos y se lo llevaron a la celda.

Por fin, un guardia vino a llamar al padre. El estado de salud del accidentado había empeorado de repente y los cristianos reclamaban su presencia. Fue corriendo a la celda y allí estaba el enfermo en la oscuridad, rodeado de Juan, de Mónica y de los otros, tendido en el suelo, gris como la pizarra.

—Anda, bebe...

Mónica le llevaba a los labios un poco de agua en una taza desconchada, pero sólo conseguía humedecerle un poco la boca sin que el agua pasase a la garganta.

—Lo que debe sufrir el pobre... Así no podrá durar mucho.

Al llegar la noche, la respiración del enfermo se hizo entrecortada. Realmente, para un cuerpo depauperado y sin más alimento diario que unas croquetas de mijo, aquel trabajo de peón era excesivo. El padre se arrodilló y se dispuso a darle la

extremaunción. Al trazar la señal de la cruz, el enfermo por vez primera hinchó el pecho desmesuradamente. Era el final. Los guardias dieron orden a los cristianos de que quemasen el cadáver, pero tanto ellos como el padre, se negaron obstinadamente. Aquello iba contra su religión. Entre los cristianos la costumbre es enterrar a los muertos. Lo enterraron al día siguiente, tal como estaba, en el bosque de detrás de la prisión.

—Hisagoró ha sido un hombre con suerte... —murmuró uno de los cristianos con un dejo de envidia—. Para él ya no hay más sufrimientos, sólo dormir para siempre...

Y los demás, hombres y mujeres, le escuchaban con ojos ausentes...

Por la tarde sentía que se iba desperezando poco a poco aquel aire sofocante, cuando rompió a llover. Esa tarde la lluvia repicaba monótona y lúgubre en el bosque donde habían enterrado al difunto y en el tejado de tablas de la cárcel. Pensaba el padre, abrazado a sus rodillas, hasta cuándo le dejarían los oficiales continuar con la vida que llevaba. No es que en esta cárcel todo vaya sobre ruedas, pero con tal de no alborotar, los guardias hacen la vista gorda. Los cristianos rezan a coro sus oraciones, él puede visitarlos y escribir cartas. ¿Por qué tanta condescendencia, por qué? Hasta le parecía raro.

Por la rejilla del ventanuco podía ver a los guardias dando voces y más voces a un hombre embozado en su capote de paja. Debido al embozo no podía saber quién era, pero estaba seguro de que no pertenecía al grupo de los presos. Algo les suplicaba, pero los guardias se lo negaban con la cabeza y trataban de quitárselo de encima. No parecían hacerle caso. Sin embargo, de pronto:

—Si sigues así de pelma, te ganas un golpe, ¿oyes?

El guardia levantó en alto una estaca y el otro escapó hacia el portón como un perro callejero. Después volvió al patio y allí seguía inmóvil en medio de la lluvia.

Al anochecer volvió a mirar otra vez por la rejilla, y allí seguía el hombre descapote sin el menor desmayo, inmóvil en medio de la lluvia. Los guardias parecían haberse resignado; ya no salían de la garita. Cuando el intruso se volvió hacia él, se encontraron mirada y mirada. Miraba él hacia el padre con gesto amedrantado y reculando dos o tres pasos:

—Padre... —le dijo con una voz que más parecía el aullido de un perro—. Padre, escúcheme, por favor. Tómelo como confesión: escúcheme por favor...

El padre retiró el rostro de la ventana, cerró sus oídos a aquella voz. No podía olvidar el sabor del pescado seco, la sed que entonces le abrasaba la garganta. Aunque tratase de perdonar de corazón a ese hombre, el resentimiento, la ira, no se borraban de su memoria.

—¡Padreee...! ¡Padreee...!

Continuaban las súplicas lastimeras, lo mismo que el niño que se agarra a las faldas de su madre.

—Yo, padre, le he estado engañando todo el tiempo. ¿No me quiere escuchar un rato? Pensando que a lo mejor el padre me despreciaba, le he estado odiando a usted y a los cristianos. He pisado el «fumie», sí, lo he pisado. Mokichi e Ichizô eran fuertes. Yo no tengo esa fuerza...

Los guardias perdieron la paciencia y salieron fuera estaca en mano. Kichijirô seguía gritando mientras escapaba:

—Pero mire, yo tengo mi excusa. También los que pisan el «fumie» tienen su excusa. ¿O es que se cree usted que lo hice por gusto? Estos pies míos me dolían al pisarlo. Sí, me dolían. Dios me hizo cobarde de nacimiento y ahora me manda que imite a los valientes. ¿No es eso absurdo?

Eran verdaderos alaridos que se iban cortando, entrecortando más y más; después sólo una súplica; al final, la súplica se fundió en llanto.

—Padre, un cobarde como yo, ¿qué hace? ¿Qué puede hacer? Si entonces le denuncié, no fue por dinero, fue porque me amenazaron los alguaciles...

—Pero, ¿no te irás de una vez? Oye, largo, fuera —le gritaban los guardias asomando la cabeza por la garita—. Vamos, ya está bien de abusar...

—Padre, escúcheme. He hecho una cosa mala. He hecho algo que no tiene remedio. Guardias, ¡yo soy cristiano! ¡Encerradme en la cárcel...!

El padre cerró los ojos y se puso a recitar el credo. Realmente, sentía cierta satisfacción en abandonar a su suerte a aquel hombre que lloraba a gritos en medio de la lluvia. Aunque Cristo rezase, ¿sería por Judas por quien rezaba, cuando Judas se ahorcó en el «campo de la sangre»? Nada de eso estaba en la Escritura, pero aun suponiendo que estuviera, él, en estos momentos, no podría asumir con sinceridad la misma actitud. No sabía hasta qué punto podría creer uno a aquel hombre. Sí, es verdad que estaba pidiendo perdón; pero él se inclinaba a creer que esos gritos se debían a una emoción pasajera.

Poco a poco los gritos de Kichijirô se fueron calmando hasta extinguirse. Miró por la rejilla y vio cómo los guardias, malhumorados, se lo llevaban a empellones al calabozo.

Llegó la noche y cesó la lluvia. De cena, un puñado de mijo y pescado salado. El pescado estaba ya podrido. Como siempre, llegaba el rumor de las plegarias de los cristianos. Cuando, con permiso de los guardias, fue al calabozo a visitarlos, se encontró con Kichijirô arrinconado en una esquina, totalmente separado del resto. Los cristianos se negaban a formar grupo con él:

—Tenga cuidado con ese hombre —le previnieron en voz baja—, porque ¿sabe?, a lo mejor los alguaciles han echado mano de ese renegado para ponernos una trampa.

A veces el gobierno plantaba de incógnito un apóstata entre los cristianos y le obligaba a sonsacarles sus reacciones y a animarlos a la apostasía. No sabía si habrían

comprado a Kichijirô para encargarle ese cometido, pero para el padre iba a ser todavía poco menos que imposible volver a fiarse de ese hombre...

—¡Padre! —Kichijirô sabía que estaba allí y lo volvió a llamar desde la oscuridad—. Padre, confiésemme, por favor, déme la «reconciliación», por favor...

La «reconciliación» significaba la vuelta a la fe para el que había apostatado una vez. Los cristianos le escuchaban y hacían burla de él.

—Tú lo único que cuentas es lo que te interesa... Anda, di, ¿qué has venido a hacer aquí?, ¡so imbécil...!

Sin embargo, el padre no tenía derecho alguno a negar el sacramento. Si le pedían confesión no podía decir que sí o que no a su capricho. A regañadientes se fue acercando hasta el sitio donde se encontraba Kichijirô. Alzó la mano y le dio la bendición; recitó las preces como quien cumple un deber y acercó el oído. Cuando le dio en la cara aquel aliento fétido, sintió revivir en su interior, en medio de la oscuridad, los dientes amarillentos, los ojos ladinos de aquel hombre...

—Escúcheme, padre... —gimió Kichijirô en voz que los cristianos pudieran oír—. Yo soy un renegado, lo reconozco. Pero mire, si me hubiera tocado nacer años atrás, a lo mejor me hubiera presentado en el paraíso como un cristiano decente. Y hubiera vivido sin que los demás me despreciaran por ser un renegado. Y sólo porque me han hecho nacer en días de persecución... No hay justicia. Para mí no hay justicia...

—Todavía me resulta imposible creerte —susurró el padre mientras soportaba aquel aliento repugnante—. Te daré la absolución, pero eso no significa que crea lo que me dices. Tampoco acabo de explicarme por qué has vuelto a aparecer por aquí.

Kichijirô suspiró profundamente y se movió un poco mientras trataba de dar con una explicación. Llegaba en ráfagas aquel vaho que olía a mugre y sudor. Le cruzó de repente la idea de si habría ido Cristo detrás de un hombre como éste, mugriento entre los mugrientos. En un canalla hay fuerza todavía y hasta belleza. Pero este Kichijirô no llega ni a la categoría de canalla. No es nada más que mugre, como sus harapos. Reprimiendo su antipatía, recitó el padre las oraciones de después de la absolución, y añadió en voz baja como de costumbre, «Vete en paz». Y después, para escapar de aquel aliento y del mal olor de aquel cuerpo, se volvió a donde estaban los demás cristianos.

* * *

No, no era así. La verdad es que Cristo sólo había ido en pos de los que están mugrientos como harapos. Tendido en el suelo, el padre lo veía claro. Entre las personas que aparecen en la Escritura, Cristo fue detrás de la mujer de Cafarnaún que padecía flujo de sangre, de seres cuya vida no tenía encanto ni belleza, como las

raderas que la gente apedreaba por la calle. Dejarse ganar el corazón por el encanto, por la belleza, eso lo puede hacer cualquiera. Eso no tiene nada de amor. Amor es no rechazar una vida humana, un ser humano ajado, convertido en harapo. El padre lo tenía muy claro en su cabeza, pero todavía le resultaba imposible perdonar a Kichijirô. Cuando el rostro de Cristo se le acercó otra vez y se le quedó mirando fijamente con aquellos ojos apacibles, húmedos de lágrimas, el padre se avergonzó de su conducta de hoy.

* * *

El «fumie» había comenzado. Hicieron ponerse en fila a los cristianos como una recua de burros que se lleva en hilera al mercado. Esta vez no eran los alguaciles sino unos suboficiales jóvenes los que, cruzados de brazos, ocupaban los escaños. Los guardias vigilaban garrote en mano. También hoy cantaba la cigarra con una voz nueva; el cielo era azul, perfectamente limpio; el aire, todavía refrescante. Muy pronto, se echaría encima el calor enervante de siempre. El padre fue el único a quien no sacaron al patio. Apretó su rostro descarnado contra la rejilla y quedó inmóvil clavados los ojos en la escena del «fumie» que iba a comenzar en seguida.

—Cuanto antes os decidáis, antes saldréis de aquí. No se os dice que piséis de todo corazón. Como esto es pura fórmula, porque pongáis el pie encima, a vuestra fe nada le va a pasar...

Los alguaciles insistían una y otra vez en que lo del «fumie» era solamente una formalidad. Poner el pie encima, y todo estaba listo. Solamente pisar, y a ellos les tenía sin cuidado la fe que les quedase dentro. No tenían ni interés en investigarlo. Las órdenes de palacio eran que en cuanto uno rozara con el pie ligeramente el «fumie», se le pusiera inmediatamente en libertad. Cuatro cristianos —hombres y mujeres—, escuchaban la arenga con un gesto totalmente apático. El padre mismo, de bruces contra la rejilla, no sabía qué pensaría aquel grupo. Aquellos cuatro rostros, de pómulos afilados como el suyo, tímidos y azulosos de no darles en todo el día una luz que fuera realmente luz, parecían exactamente cuatro muñecos sin alma.

Comprendió el padre que por fin había llegado lo que tenía que llegar, pero no tenía en su interior la impresión de que con esto fuera a quedar sellada su suerte y la de los cristianos. Algo les estaban diciendo los alguaciles, con el gesto del que pide un favor. Si los campesinos se negaban en redondo, se retirarían con la cara larga lo mismo que el grupo de oficiales.

Los guardias, agachándose, colocaron entre los taburetes y el grupo de campesinos el «fumie» envuelto en lienzos, y regresaron de nuevo a sus puestos.

—*Iitsujima Kubonoura Tóbei.*

Un alguacil iba pasando las páginas del registro y leyendo los nombres. Los

cuatro cristianos seguían sentados como si la cosa no fuera con ellos. Uno de los guardias, impacientándose, golpeó en un hombro al que estaba más a la izquierda, pero éste dijo con las manos que no se movía. Lo empujaron dos o tres veces por la espalda con los garrotes, pero seguía inmóvil, tirado en el suelo, sin apartarse del sitio en que le habían hecho arrodillarse.

—*Kubonoura, Kókichi.*

El tuerto dijo que no con la cabeza dos y tres veces, igual que si fuera un niño.

—*Kubonoura, Haru.*

La mujer que le dio el meloncillo, estaba encorvada, con la cabeza hundida. Y así continuó, pese a todos los empujones, sin levantar siquiera el rostro. Y también Mataichi, el viejo que llamaron al final, siguió sin moverse, cosido a tierra.

Los alguaciles no exteriorizaron reacción especial: ni estallidos de cólera, ni insultos. Siguieron sentados en sus taburetes, comentando algo en voz baja, como si desde el comienzo hubieran contado con esta situación. Después se pusieron en pie de repente y se retiraron al cuartelillo de guardia. El sol, vertical sobre la prisión, clavaba sus rayos en los cuatros hombres del patio. La silueta de los cuatro, arrodillados, se proyectaba oscura en el suelo. Se oyó de nuevo el canto de la cigarra como si estuviera desgarrando aquel aire incandescente.

Guardias y cristianos empezaron a charlar y reír comentando algo. Ni un solo detalle dejaba ver que, momentos antes, unos estaban con los interrogadores y otros eran los interrogados. Del cuartelillo llegó un oficial con la orden de que podían volver a la celda todos menos Kókichi, el tuerto.

El padre soltó sus manos de la reja y se sentó en la tarima. No sabía qué vendría a continuación. No lo sabía, pero le embargaba una sensación de seguridad, de que hoy por lo menos el día había transcurrido tranquilo. Si hoy terminaba en paz ya era bastante. Lo que mañana sea, mañana sonará...

—Perderla así..., ¡qué cosa más inútil!

—Bien que me duele a mí, no lo crea...

No sabía de qué hablaban, pero en alas del viento le llegaba la charla despreocupada del guardia y del tuerto. Se había colado una mosca por la reja y daba vueltas a su alrededor con un aleteo que invitaba a la modorra. De repente alguien echó a correr por el patio. Resonó un chasquido pesado, sordo. Cuando el padre se abalanzó a la rejilla, el oficial, terminada la ejecución, envainaba ya su espada centelleante de sol. De bruces, sobre el suelo, yacía el cadáver del tuerto. Los guardias fueron tirando de él despacio, con los pies a rastras, hasta la fosa que habían hecho cavar a los cristianos. Y del cadáver seguía fluyendo sin fin una franja de sangre negra que parecía un ceñidor.

De la celda se alzó de repente un grito agudo de mujer, un chillido que se prolongó, como si fuese un canto. Después se apagó y todo quedó envuelto en un

silencio opresor. Sólo las manos del padre, abrazado a la reja, seguían temblando convulsas.

—Pensadlo bien —gritaba otro oficial de espaldas al padre y vuelto hacia la celda—. Así se acaba cuando se juega con la vida. Perdonad la machaconería: cuanto antes terminéis con esto, antes saldréis de aquí. Y repito lo de antes, no os decimos que piséis de todo corazón. El puro rito de poner un pie encima no tiene por qué destruir la fe.

Un guardia trajo a Kichijirô que gritaba. El hombre, vestido con sólo un taparrabos, temblaba de pies a cabeza al verse delante del oficial. Deshaciéndose en venias, alzó aquel pie huesudo y pisó el «fumie».

—¡Largo de aquí!

El oficial, con gesto malhumorado, señalaba al portón, y la prisa de Kichijirô al escapar casi le hizo caer. Ni una sola vez volvió la mirada a la celda donde estaba el padre. Pero al padre, lo de Kichijirô, le daba ya todo lo mismo.

* * *

La blanca luz del sol pesaba implacable sobre el patio desnudo. Y en el suelo, en la blanca luz del mediodía, había quedado tatuada una mancha negra: la sangre del cadáver del tuerto.

Lo mismo que antes, seguía la cigarra con el mismo ruido reseco. No había brisa. Lo mismo que antes, el sordo aleteo de la mosca dando vueltas por su cara. El mundo de fuera no se diferencia en nada. Había muerto un hombre, pero nada había cambiado. «Que pasen estas cosas... —el padre seguía agarrado a la reja, aterrado—, que puedan pasar estas cosas...». Lo que le desconcertaba, no era la escena repentina que acababa de presenciar. Lo que no le cabía en la cabeza era esa paz del patio, el canto de la cigarra, el aleteo de la mosca. Moría un hombre y el mundo exterior seguía su rutina lo mismo que antes, como si nada hubiera pasado. Cosa más absurda... ¿Y a esto lo llaman martirio? «¿Por qué sigues tú en silencio? Tú tienes que saberlo. Tú sabes que ese campesino tuerto ha muerto, y que ha muerto por ti. Y entonces, ¿por qué consientes que continúe la calma? Esta calma absoluta del mediodía... Y el aleteo de la mosca. Cosas de las que apartas la mirada, como si te tuvieran sin cuidado las cosas estúpidas y crueles. Eso, eso es lo que no puedo soportar».

«*Kyrie, eleison...* Señor, ten piedad...». Movía lentos los labios tratanto de musitar una plegaria, pero la plegaria se desvanecía al salir de su boca. «Señor, no me dejes más tiempo abandonado. No me dejes seguir en esta situación imposible... ¿Y eso es oración? Tanto tiempo creyendo que la oración es para alabarte a ti, y ahora que me pongo a hablar contigo... Si hasta parece que lo hago para maldecirte. Si

hasta siento que me va a dar un ataque de risa... ¿O sea, que el día que terminen matándome, el mundo de fuera va a seguir su curso como si tal cosa, exactamente lo mismo que ahora? ¿Que después de matarme, cantará la cigarra y seguirá volando la mosca con el mismo aleteo soñoliento? ¿Te resignas a ser ese héroe anónimo, Sebastián?... ¿No será que buscas la muerte, no como un verdadero martirio oculto, sino para satisfacer tu vanidad? ¿Para que los cristianos te alaben, para que vengan a rezarte, para que digan: “aquel padre era un santo”?».

Quedó así un rato, abrazado a sus rodillas, inmóvil sobre la tarima. A la hora en que aquel hombre moría en la cruz, «cuando eran casi las doce del mediodía y la tierra entera se enfundó en tinieblas hasta las tres», llegaron del templo —largo, corto, más corto...—, tres toques de trompeta. Comenzaba el rito de preparación de la pascua. El sumo sacerdote, tocado de larga dalmática azul, subió por la escalinata del templo. Frente al altar de los sacrificios tañeron las flautas. Y en ese momento el cielo se oscureció, el sol desapareció tras un toldo de nubes. «La luz se apagó y el velo del templo se rasgó por la mitad». Ése era el escenario de martirio que tanto tiempo había tenido en la cabeza. Y sin embargo, el martirio de ese campesino, el martirio real que acababa de ver, era algo escuálido y lastimoso, como las chozas en que esos pobres vivían, como los harapos con que se cubrían.

CAPÍTULO 7

CINCO días después, al atardecer, tuvo su segunda entrevista con Inoue, el señor de Chikugo.

El aire empezaba a sacudirse la modorra de todo un día de sol, y la brisa de la tarde arrancaba al follaje un fresco susurro. Entonces se lo llevaron al cuartelillo y le hicieron sentarse a la japonesa frente a él. El gobernador solamente había traído consigo al intérprete. Al entrar el padre con el guardia I en el cuartelillo, allí estaba él, con su tazón de agua en las manos, bebiendo a sorbos lentos.

—Mucho tiempo sin vernos, ¿eh?

Sin soltar el tazón de las manos, miraba fijo al padre con aquellos ojos grandes, llenos de curiosidad...

—Se metieron unos asuntos de por medio y tuve que llegarme hasta Hirado...

El gobernador hizo que el intérprete trajera al padre agua caliente y sin perder su sonrisa se puso a hablar con toda calma de su viaje a aquella ciudad.

—Usted también, padre, si tiene ocasión de ir a Hirado, no se la pierda...

Era el tono exacto de quien da por supuesto que el padre contaba con plena libertad de movimientos.

—Es una plaza fuerte, feudo de los Matsuura, con unos montes que dan a una bahía muy tranquila.

—Oí decir a los padres de Macao, que es una ciudad preciosa...

El señor de Chikugo meneó la cabeza:

—Preciosa no diría yo... «interesante» es la palabra. Siempre que visito esa ciudad me viene a la cabeza una historieta que escuché tiempo atrás. Takanobu Matsuura, señor de Hirado, tenía cuatro concubinas, y los celos y peleas entre las cuatro eran continuos. No las aguantó más y a las cuatro las echó del castillo. En fin, dejémoslo. Esto es terreno prohibido para un padre que ha de ser célibe de por vida...

—El señor de Hirado procedió con muy buen sentido...

Aquella familiaridad de Inoue al hablar animó al padre a desahogar la tensión reprimida.

—¿Lo dice usted de veras? Pues me quita un peso de encima. Porque mire usted, a Hirado, perdón, a este Japón nuestro le pasa lo mismo qué a Matsuura...

Lo decía entre risas, revolviendo la taza entre ambas manos.

—Las mujeres se llaman aquí España, Portugal, Holanda e Inglaterra, y cuando les llega su turno de noche, le cargan el oído de chismes a su marido el Japón.

Paso a paso, mientras escuchaba al intérprete, iba el padre comprendiendo adónde apuntaba el gobernador. Bien sabía él que Inoue no decía ninguna mentira. En la misma Goa y en Macao sabían desde hacía tiempo lo que a Inglaterra y Holanda, países protestantes a la espera de abrirse paso en el Japón, les molestaba la ventaja que les habían tomado las naciones católicas España y Portugal, y que con frecuencia las calumniaban ante el *shogunado* y los japoneses. Los misioneros les pagaban en la misma moneda: hubo época en que prohibieron severamente a sus cristianos todo contacto con ingleses y holandeses.

—Si el padre considera inteligente el proceder de Matsuura, tendrá que admitir que los motivos del Japón para prohibir el cristianismo tienen su punto de razón...

Tenía el gobernador clavada la mirada en el rostro del padre, sin apagar la sonrisa en el suyo, sonrosado y lleno. Sus ojos eran castaños y claros, cosa rara en un japonés, y quizá tuviera teñidas las patillas, porque no se le veía una sola cana.

—Como nuestra iglesia enseña que a cada varón le corresponde sólo una mujer —el padre prefirió dejar correr la broma—, tiene usted mucha razón al decir que se despida a las concubinas. ¿Qué tal si escogiera el Japón entre esas cuatro a su legítima mujer?

—Y su legítima mujer, ¿quién es para usted? Portugal, ¿verdad?

—Nada de Portugal. La iglesia católica.

Cuando el intérprete, con su expresión estereotipada de siempre, le pasó la respuesta a Inoue, su semblante se descompuso estallando en sonoras carcajadas. Demasiado chillonas las carcajadas para ser de un viejo. No había expresión en aquellos ojos que miraban dominantes. Aquellos ojos no reían...

—Pero padre, ¿no le parece mejor que el Japón se niegue a elegir a forasteras y una su vida a una mujer del país, a alguien de su plena confianza?

Naturalmente, el padre entendió en seguida adónde apuntaba Inoue con la palabra «forastera»; pero ahora que su rival buscaba el debate, disfrazándolo de charla banal, se vio obligado a seguirle el gusto.

—En la iglesia, más que la nacionalidad de la mujer, nos fijamos lo primero en el amor que tiene a su marido...

—Claro, por supuesto... Pero si el amor lo arreglara todo en el matrimonio, se acabarían los problemas en este pícaro mundo. Entre otros el problema de las «feas empalagosas» como vulgarmente se dice.

El gobernador parecía satisfecho con su ocurrencia y asentía con grandes gestos de cabeza.

—En este mundo hay hombres que lo pasan fatal cuando se empeña en quererles

una fea empalagosa. Ya lo creo que sí...

—Para vucencia la predicación del Evangelio es meterle a uno por los ojos un cariño que uno no quiere...

—Eso es para nosotros. Y si lo de «fea empalagosa» le molesta, mírelo de este otro modo. Aquí llamamos estéril a la mujer que no puede tener ni criar hijos y todo el mundo dice que es la que menos vale para esposa...

—Pues si el cristianismo no da fruto en el Japón, no será la iglesia la culpable. La culpa la tienen, creo yo, los que se han empeñado en arrancar a la mujer de su marido, a la iglesia de sus fieles...

El intérprete enmudeció un momento, tratando de dar con la traducción. Otros días a esta hora solía llegar del calabozo de los cristianos el eco de la oración vespertina, pero hoy no se oía nada. De repente sintió el padre revivir en su alma el silencio de cinco días antes. Sí, a primera vista parecía el mismo silencio, pero en realidad era totalmente distinto... El cadáver del tuerto de bruces en el suelo, un suelo que cegaba la luz. Y el guardia arrastrándolo hasta el foso como la cosa más natural. Hasta el foso fue alargándose por el suelo aquel hilo de sangre, fino como una pincelada.

Y el que había ordenado la ejecución era este hombre con cara de bueno... El padre no podía creerlo.

—Usted, padre, y si quiere, todos ustedes hasta ahora —continuó el señor de Chikugo recalcando las palabras una a una—, por lo visto no entienden lo que es el Japón. Esa impresión da.

—Y vucencia no sabe lo que es el cristianismo...

Padre y gobernador soltaron a la vez la carcajada.

—Pues no lo creerá, pero hace ya treinta y cinco años, cuando era vasallo de la casa de Gamo, importuné muchísimo a los padres para que me instruyeran...

—¿Y qué ha pasado entonces?

—Si me he propuesto ahora acabar con el cristianismo, no es porque piense como el vulgo corriente. Jamás se me ha ocurrido que el cristianismo sea una secta perversa. En absoluto.

El intérprete le escuchaba con gesto de asombro y hasta que a duras penas y tras mucho trabucarse, salió adelante con su traducción, estuvo Inoue con los ojos fijos en la taza, casi sin agua ya, sin dejar un instante de sonreír.

—Padre, siga usted meditando en las dos cosas que le ha dicho este viejo. Para un marido, la mujer fea y empalagosa es una carga insoportable. Y esto otro: la estéril no vale para esposa...

Al levantarse el gobernador, el intérprete plegó ambas manos sobre el suelo e inclinó la cabeza en gesto reverente. Los guardias, azorados, le pusieron delante las sandalias. Se las calzó con toda calma el señor de Chikugo y sin volver la cabeza, se

perdió en la noche del patio. A la puerta del cobertizo giraba una nube de mosquitos. Se escuchaba fuera el relinchar de un caballo.

Por la noche comenzó a llover pausadamente. Tamborileaba la lluvia en el bosque detrás del calabozo, con un rumor de arena. El padre apretó su cabeza contra el duro suelo. Escuchaba el rumor de la lluvia y pensaba a la vez en aquel hombre, el día que a él también lo sentenciaron. Era la mañana del 7 de abril. Y allá iba aquel hombre, colina abajo por Jerusalén, escuálido, con una expresión de dureza en su rostro amoratado. Allá iba hostigado por el populacho. La luz del amanecer teñía de blanco las montañas de Moab al otro lado del mar Muerto y corrían las aguas del Cedrón con un murmullo refrescante. Pero a él nadie le echaba una mano. Dejó atrás la colina de David. Al cruzar la plaza, bañada de luz del amanecer el palacio del Sanedrín al otro lado del Cedrón, y el palacio era un ascua de oro.

Los ancianos y letrados dictaron pronto sentencia de muerte. Sólo quedaba esperar a que el gobernador enviado por Roma ratificase la sentencia. Seguro que en su cuartel extramuros, pared por medio con el templo, Pilato había recibido ya el recado y estaba esperándolos. La escena de esa mañana del 7 de abril, esa mañana decisiva, se la sabía el padre de memoria desde pequeño. Aquel hombre demacrado era su modelo perfecto. Y le parecía que él también, como todas las víctimas, se quedaba mirando fijamente a la multitud que lo zahería, que lo cubría de salivazos, con un gesto de reproche en sus ojos, transidos de melancolía y resignación. Y sin embargo, entre aquella multitud, confundido con ella estaba todavía Judas...

¿Por qué le habría ido siguiendo Judas hasta ese momento? ¿Para saborear vengativo con sus propios ojos el estertor del hombre al que había vendido? En todo caso, su situación estaba calcada en la de aquel hombre. Casi hasta parecía mentira. Lo mismo que Judas vendió a Cristo, a él también le había vendido Kichijirô. Como a Cristo, a él también lo iban a juzgar los poderosos de la tierra. En la noche lluviosa le embargaba el pecho, como un gozo punzante, la vivencia de que estaba compartiendo un mismo destino con aquel hombre. Era el gozo de sentirse unido al hijo de Dios, el gozo que sólo los discípulos de Cristo pueden saborear. Y sin embargo, pensaba que aún no sabía lo que era el tormento físico, el tormento que Cristo había saboreado, y eso le quitaba la paz. A aquel hombre lo habían atado en el pretorio de Pilato al poste del suplicio, un poste de más de dos pies, los látigos con que lo azotaron tenían plomo en las puntas, le clavaron las manos a martillazos. A él, cosa extraña, desde que llegó detenido al calabozo, no había habido alguacil ni guardia que le tocara siquiera el pelo de la ropa. ¿Serían quizá instrucciones de Inoue? No lo sabía. Pensaba a veces que en adelante seguiría siendo lo mismo, que pasarían los días sin recibir un solo golpe. ¿Por qué sería? El mismo había oído varias veces qué torturas y tormentos tan espantosos habían sufrido tantísimos misioneros presos en este país. El padre Navarro asado vivo en Shimabara, los padres Carvalho y Gabriel sumergidos

una y otra vez en las aguas hirvientes de Unzen, tantos misioneros abandonados a su suerte en la cárcel de Omura, hasta morir de hambre... Sin embargo, a él, por lo menos dentro del calabozo, le dejaban rezar y hablar con los cristianos. La comida era miserable, pero comía tres veces al día. Los interrogatorios de los oficiales y el gobernador tampoco eran rigurosos. Prácticamente se limitaban a cuatro formalidades y se iban. Eso era todo. ¿Qué se traerían aquellos hombres entre manos?

Volvió a recordar lo que a veces comentaba con su compañero Garpe en su escondite de Tomogi: si los sometían a tormento, ¿lo podrían aguantar? Claro que no hay más solución que pedirle a Dios su gracia sin desfallecer, pero entonces algo en su interior le aseguraba que él también tendría fuerzas para resistir hasta la muerte. En sus días de vagabundo por los montes pensaba que si lo cogían le darían tormento. Quizá fuera la tensión emocional del momento, pero estaba decidido a morderse los labios y hacer frente a todo.

Pero ahora... Algo en su resolución se había venido debilitando; no sabía qué. Se alzó del suelo y gesticulando con la cabeza se puso a pensar: «¿Cuándo he empezado a perder la moral? ¿Será la vida que llevo aquí?». De repente una voz se lo descubrió en un rincón del alma: «Es que esta vida de ahora es la que más te llena...». Era verdad. Desde que llegó al Japón, fuera del calabozo apenas si había podido actuar como sacerdote. Primero, escondido en Tomogi por miedo a los alguaciles. Después el único campesino con quien trató fue Kichijirô. Sólo al venir aquí pudo por vez primera hacer vida con los campesinos, pasar más de medio día en rezos y oraciones sin miedo al hombre. Días tranquilos, días que se van deslizando con el silencio de la arena. Y el espíritu tenso antes como el acero, se va poco a poco dejando minar... Medio se imaginaba ya que aquellas torturas, aquel tormento físico para el que estaba tan dispuesto, porque lo veía como algo inevitable, ya no se los darían a él. Los oficiales y guardias, todos tan amables... Y el gobernador, con aquella cara rellena, hablando tan satisfecho de Hirado...

Ahora que había saboreado la placidez del agua tibia, haría falta doble energía para ir como antes vagando por los montes, para enterrarse en un refugio de montaña. Esto era lo que el gobernador y los oficiales aguardaban casi cruzados de brazos, sin hacer un solo movimiento, para que la mosca quedase atrapada en la tela, esa distensión de espíritu que ahora tenía. El padre lo vio entonces por vez primera. Instintivamente volvió a recordar aquella risita forzada del señor de Chikugo, aquel refregarse las manos como un buen viejo cualquiera. Ahora por fin veía bien claro qué pretendía Inoue con aquella pose. Para confirmarle en sus sospechas, a partir del día siguiente, las dos comidas diarias que le habían servido hasta el día anterior, se convirtieron en tres. El guardia no estaba en el secreto y se reía bonachonamente enseñando las encías:

—Ande, coma..., que son órdenes de arriba. A pocos presos los tratan así.

Al padre se le fueron los ojos al arroz con judías y al pescado ahumado que le servían, pero dijo que no con la cabeza y pidió al guardia que se lo diera a los cristianos. Las moscas revoloteaban ya sobre el arroz. Al anoecer el guardia le trajo dos esterillas para dormir. Poco a poco iba intuyendo el padre lo que seguiría a esta mejora de trato. Veía que suavizarle el régimen carcelario era decirle con otras palabras que se acercaba el día del tormento. Un cuerpo hecho a la vida muelle resiste menos el dolor, y lo que los oficiales esperaban con todas sus sutilezas era que se fuera enervando poco a poco de cuerpo y alma. Entonces de repente vendrían sobre él a atormentarle. Seguro. El tormento de la fosa...

Tenía incrustadas en la memoria esas palabras desde que las oyó al intérprete el día que lo cogieron preso en la isla. Si es cierto que Ferreira había apostatado, eso fue lo que le pasó. Lo trataron al principio con toda deferencia, como a él ahora, y en cuanto le hicieron bajar la guardia lo bastante, física y espiritualmente, de pronto le dieron ese tormento. De otro modo no hay quien se explique cómo un padre de tanta virtud pudo apostatar tan de repente. ¡Qué diabólica tenía que ser esa tortura...!

«De los hombres que conocemos, los más inteligentes son los japoneses»... Recordando estas palabras de san Francisco Javier, no pudo reprimir una mueca de ironía.

Con toda seguridad los oficiales y el gobernador sabían por los guardias que se negaba a aceptar una tercera comida y que no usaba las esterillas, pero no recibió por ello censura especial. Y él, como es natural, no sabía si los otros se habían apercebido de que había calado en sus planes.

Fue una mañana, diez días después de la llegada del señor de Chikugo. El alboroto del patio lo despertó. Se acercó a la rejilla de la ventana y en ese momento se llevaban escoltados del calabozo a tres cristianos a los gritos de mando de un samuray. Se los llevaron los guardias en la neblina de la mañana, con las muñecas atadas. La mujer que le había dado el meloncillo iba última de todos.

—Padre —gritaron a una al pasar por delante del calabozo donde el padre estaba encerrado—, vamos a un batallón de trabajo...

Sacando la mano por la reja, el padre los bendijo uno a uno con la señal de la cruz. Sus dedos llegaron a tocar ligeramente la frente de Mónica, cuando con gesto de niña adelantó hacia él su rostro. Había un dejo de tristeza en su sonrisa.

Fue un día tranquilo. Desde el mediodía la temperatura fue aumentando y se colaba por la rejilla un sol implacable. Le preguntó al guardia que le traía la comida cuándo volverían los tres cristianos y la respuesta fue que si terminaban su cupo de trabajo estarían de vuelta por la noche a más tardar. Ahora en Nagasaki estaban levantado templos en muchos sitios por orden de Inoue y, hubiera los peones que hubiera, jamás daban abasto.

—Esta noche es el *obón*. El padre no sabrá lo que es eso...

Le explicó el guardia que en esta fiesta budista del *obón* cuelgan en las casas de Nagasaki farolas encendidas de los aleros y el padre le contestó que en Europa también tenían el día de ánimas y que hacían algo parecido.

A lo lejos se oía el canto de los niños. Aguzando el oído lograba distinguir sus palabras:

*Farola, farolita,
el que tire una piedra
se quedará sin mano...
Farola, farolita,
el que tire una piedra
se quedará sin mano...*

La canción de los niños le llegaba a ráfagas, y su tono tenían un no sé qué de lastimero.

Atardecer. En el mirtal había arrancado de nuevo a cantar la cigarra. Al anochecer murió la brisa. La cigarra también enmudeció, pero los tres cristianos no acababan de volver. Cuando terminó la cena a la luz de un candil, aún se escuchaba a lo lejos el canto de los niños. Era más de medianoche. La luna se filtraba por el ventanuco y su luz le desveló. Parecía que la fiesta había terminado; era noche cerrada. Aún no sabía si los cristianos habían vuelto ya.

A la mañana siguiente estaba todavía oscuro cuando le despertó el guardia. Le mandó que se pusiera la ropa y saliera afuera enseguida.

—Vamos, aprisa...

Preguntó dónde lo llevaban, pero el guardia se encogió de hombros. Tampoco él lo sabía. Lo temprano de la hora debía ser para evitar que se apelotonase la gente, siempre curiosa de ver a un misionero extranjero por los caminos.

Tres samuráis le estaban esperando. También ellos le dijeron, por toda explicación, que eran órdenes del gobernador. Después formaron dejándole en el medio y echaron a andar por el camino mañanero. Las tiendecillas, techadas de caña y paja, seguían con las puertas cerradas, en hilera, en silencio obstinado, como si fueran viejos amargados. Había campos de arroz en ambos lados del camino y montones de tablas. Les llegaba el olor a madera de andamio, envuelto en el aroma de la niebla. Las calles de Nagasaki todavía estaban a medio construir. En los cobertizos recién levantados dormían en sus petates mendigos y gente del hampa.

—¿La primera vez que viene a Nagasaki? —le dijo un samuray echándose a reír—. Tiene muchas colinas...

Era verdad, tenía muchas colinas. En algunas se arracimaban las casitas techadas de caña. Los gallos pregonaban la aurora y bajo los aleros, tiradas por la calle yacían

desvaídas y flácidas las farolas de anoche, las del *obón*. Al pie mismo de la colina se extendía el mar erizado de cañaverales, con la larga península haciéndole de tenaza, un lago lechoso que se perdía en la lejanía. Se había disipado la neblina y al fondo aparecía una hilera de colinas no demasiado altas. Había un pinar junto al mar. Con sus cestas en el suelo delante del pinar, cuatro o cinco samuráis, descalzos y en cuclillas, estaban comiendo algo. Se quedaron mirando al padre sin dejar de masticar, con ojos llenos de curiosidad. En el bosque tenían ya un trozo acotado con un cortinón blanco y unos cuantos banquillos en hilera. Uno de los samuráis apuntó a los banquillos y dijo al padre que se sentara. El padre pensaba que se trataba de un interrogatorio y quedó un poco sorprendido ante el tratamiento.

La arena color ceniza se extendía plácida a lo largo de la bahía. El cielo estaba encapotado y eso le daba al mar un color pardo plomizo. El rumor monocorde de las olas mordisqueando la playa le hizo al padre recordar la muerte de Mokichi y de Ichizô. Aquel día una lluvia menuda como niebla caía sin pausa sobre el mar, y las gaviotas iban volando entre la lluvia hasta las estacas. El mar reposaba en silencio, como extenuado, y Dios, Dios también se cerraba más y más en su silencio. Varias veces, de repente, le había cruzado por el alma esa sospecha y aún no sabía qué decirse.

—¡Padre...!

Oyó una voz a la espalda y se volvió: era un hombre cuadrado, con una larga melena colgándole por debajo del cuello. Se reía dándose palmetazos en la mano con su abanico.

—¡Ah...!

Más por la voz que por la cara recordó el padre que este hombre era el intérprete que lo interrogó en la choza de la isla.

—Qué, ¿todavía me recuerda? ¡Cuidado que habrán pasado días...! Ahora el calabozo del padre está recién hecho, así que no se sentirá incómodo... Pero hasta que lo hicieron, a casi todos los padres los metían en la cárcel de Suzuda en Omura. Allí, los días de lluvia había goteras, y los de aire, se colaba el viento a placer. Sí, allí los presos lo pasaban muy mal...

—¿Vendrá en seguida el gobernador?

Fue un cambio brusco de tema para frenar la palabrería de su interlocutor. Éste continuó con el ruido de los palmetazos en la mano.

—No, no... El señor de Chikugo no vendrá hoy. Por cierto, padre, ¿qué piensa usted del magistrado?

—Me ha estado tratando con mucho miramiento. Me da tres comidas al día y hasta ropa de cama. No sé si con esa vida no me irá a traicionar el cuerpo. Claro que eso es lo que vosotros queréis...

El intérprete se dio por no enterado y apartó la mirada.

—La verdad es que hoy..., por orden del gobierno, ¿sabe?, va a llegar en seguida una persona con quien quieren que el padre se entreviste. Como es también de Portugal, tendrán muchas cosas de que hablar...

El padre le miró fijo a los ojos, de un amarillo turbio, y le dejó helada la risa en la cara. Del corazón le brotó un nombre: Ferreira. ¿Sería verdad? ¿Vendrían por fin estos hombres con Ferreira y le obligarían a convencerle de que apostatase? Ya desde hacía mucho tiempo no sentía prácticamente aversión por Ferreira, sino más bien y muy fuerte, la compasión que siente el fuera de serie por el pobre diablo. Pero ahora, cuando parecía que llegaba el momento de vérselas con él cara a cara, sentía el padre enorme desasosiego y desazón. Por qué, ni él mismo lo sabía.

—Esa persona, ¿sabe usted quién es?

—Sí.

—Ya...

El intérprete, su risita de nuevo en los labios, volvió los ojos a la arena gris de la playa mientras hacía sonar su abanico. Perdido en la lejanía, se veía diminuto un grupo en hilera. Se acercaba.

—Allí viene con ellos.

El padre no quería denunciar su excitación, pero instintivamente se levantó del banquillo. Más allá de los troncos de los pinos, sucios de arena blanca, podía distinguir poco a poco la fisonomía de los que se acercaban lentamente. Caminaban en vanguardia dos samuráis de escolta. Después seguían los tres cristianos con las muñecas atadas. Llegaba a ver la silueta de Mónica tambaleándose, como si la pudiera coger con la mano. Y por fin, detrás de los tres, vio el padre a su compañero Garpe.

—Vamos, ¿qué me dice? ¿No es eso lo que el padre esperaba?

El padre seguía la silueta de Garpe como si quisiera comérsela con los ojos. Garpe no sabía que él estaba aquí en el pinar. Tenía encima un blusón de trabajo lo mismo que él. Como a él, de la rodilla para abajo le quedaban también al aire las piernas blancas y delgadas. Venía andando el último de todos, dilatando el pecho al máximo, respirando profundamente.

La captura de su compañero no le sorprendió al padre. Desde el día en que habían puesto pie en la playa de Tomogi entraba en sus cálculos que alguna vez los cogerían. Pero quería saber dónde habían arrestado a Garpe, qué había estado pensando desde el día que lo cogieron.

—Quisiera hablar con Garpe...

—Me lo imagino. Pero el día es largo y estamos todavía en la mañana. Para qué tanta prisa...

Y en plan de mortificarle se puso a bostezar a propósito y a abanicarse la cara.

—Por cierto, padre, es algo que me olvidé de preguntarle cuando charlábamos en

la isla. Dígame, ¿qué es eso de la misericordia que enseñan los cristianos?

—Eres lo mismo que el gato cuando juega con el ratón... —murmuró el padre fijando en el intérprete sus ojos hundidos y tristes—. Ahora es cuando saboreas tu satisfacción más sucia. Dime cómo y dónde capturasteis a Garpe.

—Si no hay motivo especial, no solemos comunicar a los presos los asuntos oficiales...

La caravana se había detenido de repente en la playa gris y los oficiales empezaron a descargar un fardo de esterillas del último caballo.

—Por cierto —le dijo el intérprete mirándole con fruición a la cara—, el padre ya sabrá para qué son esas esterillas, ¿verdad?

Los oficiales dejaron a Garpe a un lado y se pusieron a enrollar a los cristianos a las esteras. De la funda sólo les salía el cuello; parecían gusanos.

—En seguida los harán embarcar, ¿sabe? Y a golpe de remo saldrán a mar abierto. La bahía tiene más calado del que parece...

Las olas grisáceas, monótonas, seguían mordisqueando la playa. Las nubes entoldaban el sol y se apelmazaban bajas y plumizas.

—Fíjese... Ahora un oficial se ha puesto a hablar con el padre Garpe —dijo el intérprete como salmodiando— ¿qué le andará diciendo? Seguro que será algo así: «Si el padre tuviera verdadera compasión cristiana, le daría pena de esos tres hombres enfundados en esteras. No abandonaría a su suerte a esos pobres diablos...».

El padre vio ahora con claridad adónde apuntaba el intérprete. Sintió que le sacudía el cuerpo un ramalazo de ira. Si no hubiera sido sacerdote, estrangularía a ese hombre. Lo estrangularía de todo corazón.

—Dice el gobernador que si el padre Garpe pronuncia una sola palabra «apostato», les perdonará la vida a los tres. Esos tres pobres diablos pisaron ya ayer el «fumie» en la oficina del gobernador...

—Pisaron el «fumie» y ahora esta crueldad... Ahora, encima...

Lo decía jadeando y no pudo continuar.

—Los que interesa que apostaten no son la gente menuda. Perdidos por esas islas del Japón hay todavía cantidad de campesinos que creen en Cristo. Si queremos hacerles cambiar la cabeza, los primeros que han de apostatar son los padres.

Vitam praesta puram, iter para tutum... (Danos una vida pura, prepáranos un camino seguro). El padre trató de rezar el *Ave Maris Stella*, pero no le salían las palabras. En su lugar resucitaba nítida en su alma la escena del patio, con la cigarra cantando en el mirtal y el reguero de sangre renegrada en la tierra incendiada de sol. Había venido a morir por los hombres y en realidad eran los cristianos japoneses los que estaban muriendo uno tras otro por él. ¿Qué hacer? No lo sabía. En la conducta humana no cabía una distinción tan clara como en los textos de moral: esto es virtud, esto es pecado, esto es bueno, esto es malo. Si Garpe decía que no, con un gesto de

cabeza, aquellos tres cristianos serían precipitados al fondo de la bahía, como se tira un pedrusco. Si cedía a la tentación, su propia vida quedaba deshecha. ¿Qué sería lo mejor? El padre no lo sabía.

—En fin, vamos a ver lo que responde Garpe. He oído que en el cristianismo, lo primero es la misericordia, y si Dios es la misma misericordia... ¡Ah, mira el bote...!

De pronto dos de los cristianos, enfundados en sus esteras se lanzaron a correr medio a trompicones. Un empujón de los oficiales por la espalda y los presos cayeron de bruces en la arena. Solo Mónica seguía mirando absorta el azul plomizo del mar, enfundada en la estera como un gusanillo. El padre sintió resucitar en su interior la risa de aquella mujer, el sabor del meloncillo que ella le dio sacándoselo del seno.

«Apostata, no importa que apostates...» —gritaba en su interior vuelto hacia Garpe mientras éste, alejado y de espaldas, escuchaba a los oficiales—. «Apostata... ¡Dios mío, no puedes apostatar...!». Sentía correr el sudor por su frente y cerró los ojos. Se sintió cobarde, trató de apartar la mirada de la escena que se avecinaba. «Dios mío, ¿por qué estás callado? ¿También ahora vas a seguir en silencio?». Cuando abrió los ojos, los tres gusanos humanos se dirigían ya al bote azuzados por los oficiales. «¡Pues yo sí apostato. Dejadlos en paz...!». Las palabras le asomaban ya a la garganta. Apretó fuerte los dientes y no las dejó convertirse en voz.

Detrás de los presos, lanza en mano y arremangados hasta los muslos, los dos oficiales se encaramaron al bote por la borda. El bote comenzó a despegarse de la playa, mecido por el oleaje.

«¡Dios mío...! Todavía estás a tiempo. No nos eches la culpa a Garpe y a mí de la muerte de estos hombres, tú serás el único responsable». Garpe corría ya adonde rompían las olas, alzó los brazos y se zambulló en el mar. Ahora se iba acercando al bote levantando rociadas de agua.

Nadaba y gritaba a la vez:

—*Audi nos* (Escúchanos, Señor...).

Era una voz sin angustia y sin ira, que se apagaba al perderse la negra cabellera entre las olas.

—*Audi nos...*

Los oficiales sacaban el cuerpo por la borda, se les veía la blanca dentadura al reír. Uno de ellos, jugando con la lanza, le hostigaba cada vez que quería llegarse al bote. La cabeza se hundió en el mar, la voz se apagó. Después saltó otra vez la cabeza a la superficie, un bloque negro de basura zarandeada por las olas. La misma voz apagada, mucho más apagada, seguía gritando algo a ráfagas...

Pusieron de pie en el borde del bote a uno de los cristianos y con el canto de la lanza le dieron un empujón brutal. El cuerpo, un muñeco enfundado en esteras, se hundió vertical en el mar. En seguida, en menos que se tarda en decirlo, bajó al fondo del mar el segundo. La última en ser tragada por el mar fue Mónica. Todavía siguió

flotando un rato a la deriva la cabeza de Garpe como resto de naufragio, pero pronto la enterró el oleaje que alzaba el bote.

—Estas cosas, por mucho que se vean, siempre le sublevan a uno la sangre...

El intérprete se había levantado del banquillo y volvió de repente al padre unos ojos cargados de odio:

—Y usted, padre, ¿qué? ¿No se ha puesto a pensar en la tragedia de esos pobres campesinos? Y es por culpa de ustedes, de esos sueños triunfalistas que quieren hacer tragar al Japón, ¿entiende? Por culpa de esos sueños. Abra bien los ojos. Ahí tiene otra vez la sangre corriendo. La sangre de esos pobres diablos que no saben nada de nada...

Y después escupiéndoselo a la cara:

—Y todavía Garpe era un hombre decente. Pero tú..., tú eres un cobarde entre los cobardes. Tú no mereces ni el nombre de padre.

* * *

*Farola, farolita,
el que tire una piedra
se quedará sin mano...
Farola, farolita,
el que tire una piedra
se quedará sin mano...*

El *obón* había terminado, pero los niños seguían todavía cantando el estribillo. Se les oía a lo lejos. Estos días en las casas de Nagasaki había una comida de hermandad con los mendigos y pordioseros y se ofrecía a los difuntos soja, retoños de patata y berenjenas. En el mirtal, como siempre, cantaba la cigarra día tras día, pero su voz iba languideciendo.

—¿Cómo sigue el preso? —preguntaba el oficial en su visita diaria de inspección...

—Sin novedad. Se pasa el día entero cara a la pared —replicaba el guardia en voz baja apuntando a la celda en que estaba el padre encerrado.

El oficial le observaba sigilosamente desde la reja del ventanuco: allí estaba, vuelto de espaldas, sentado en la tarima, con el sol de plano. Pasaba el día entero contemplando en la pared el azul marino de las olas, la cabeza de Garpe, pequeña y oscura, flotando a la deriva... Ahora arrojaban al mar como pedruscos a los tres cristianos enfundados en esteras... Sacudía la cabeza y el fantasma se desvanecía; cerraba los ojos y volvía a aferrarse a sus párpados.

—Eres un cobarde —le había dicho el intérprete al levantarse del banquillo—. Ni

siquiera mereces el nombre de padre.

No fue capaz de salvar a los cristianos apostatando y tampoco les siguió como Garpe hasta perderse entre las olas. Se sentía arrastrado hacia ellos por una compasión irresistible; pero la compasión no son obras. Ni siquiera es amor. La compasión es como el sexo, un instinto nada más. Eso lo había aprendido tiempo atrás en los duros bancos del seminario, pero nunca pasó de pura teoría.

—Mírala, empápate bien. Y es por culpa vuestra, ¿me oyes? Ahí tienes la sangre corriendo. La sangre de los campesinos corriendo otra vez por el suelo...

Y entonces, revivía en su imaginación aquel hilo de sangre rojinegra en el patio de la cárcel calcinado de sol. Para el intérprete era el triunfalismo egoísta de los misioneros el que derramaba esa sangre. Inoue, el señor de Chikugo, comparaba ese triunfalismo a los empalagos de una mujer fea. La mujer fea y empalagosa es para el varón una carga difícil de soportar, decía...

«Además, ¿sabe?», ahora la cara burlona del intérprete se fundía con la de Inoue, fresca y rellena. «Usted dice que vino aquí a morir por ellos. Y resulta que ¡son ellos los que mueren por usted...!». Aquella carcajada de desprecio le seguía abriendo la herida, se le clavaba dentro como una aguja. Con gestos desmayados de cabeza contestaba que no era por él por quien los campesinos llevaban tanto tiempo muriendo. Si preferían morir a denunciar al misionero, la raíz estaba en su fe. Así se contestaba, pero ya esas palabras no tenían fuerza para curar su herida.

* * *

Así fueron pasando los días. En el mirtal, como siempre, seguía cantando la cigarra una canción lánguida.

—¿Cómo sigue el preso? —preguntaba el oficial que venía de inspección una vez al día.

—Sin novedad. Se pasa el día entero de cara a la pared —contestaba el guardia en voz baja señalando la celda del padre.

—Me dijeron en palacio que me informase con detalle... Vaya, veo que todo marcha como lo planeó el gobernador.

Cuando retiró el rostro de la reja, le rezumaba una sonrisa de satisfacción, como el médico que comprueba, sin perderse detalle, el curso de una enfermedad.

Terminado el *obón*, reina durante unos días la tranquilidad en las calles de Nagasaki. A finales de mes tiene lugar la acción de gracias y los alcaldes de Nagasaki, Oyamaura y Urakami cumplimentan al magistrado con las primicias de la cosecha de arroz. El primero de agosto —lo suelen llamar «hassaku»—, los funcionarios y la antigua nobleza, representando a sus ciudades, pagan una visita de cortesía al magistrado.

Poco a poco llegó la luna llena. En el bosque, detrás del calabozo, palomas torcazes y lechuzas se turnaban noche tras noche en sus arrullos sin cambiar de voz. Sobre el bosque presidía una luna perfectamente redonda, teñida de un rojo estremecedor, que aparecía y desaparecía en la negrura de las nubes. Los viejos se decían al oído que este año iba a pasar algo nada bueno...

Trece de agosto. En las casas de Nagasaki se prepara el «nomasu», una ensalada de pescado, y se cuecen patatas de «ryükyü» y vainas de soja. Ese día el gobernador recibe de sus funcionarios un presente de pescado y golosinas, y él corresponde, por su parte, con sake, sopa y pastelitos de arroz.

La noche la pasaron los guardianes bebiendo sake hasta las tantas con acompañamiento de habas y patatas asadas. Las voces desacompañadas y el tableteo de los platos seguían sin nunca acabar... El padre estaba sentado, erguido el tronco, y la luz plateada de la luna, filtrándose por la rejilla, le bañaba los hombros descarnados. Sobre la pared de tabla se proyectaba su enjuta silueta. De vez en cuando en los matorrales, una cigarra —¿asustada quizá?—, iniciaba un chicheo y rompía a volar. Y allí estaba él, con los ojos entornados y hundidos, encarándose con la densa oscuridad. Esta noche en que sus amigos, todos sus amigos estaban durmiendo, le atravesaba hasta el fondo del alma como un taladro, el recuerdo de aquella noche idéntica... Rumiaba ahora ante sí el rostro de aquel hombre: solo, apartado de sus discípulos que dormían acurrucados contra el suelo, aquel suelo pardo de Getsemaní recalentado por el sol del día, «angustiado hasta la muerte, goteando sudor y sangre»... Los cientos de veces que había él evocado en su imaginación el rostro de aquel hombre... Pero sin saber por qué, ese rostro sufriente regado de sudor, le había parecido siempre algo perdido en la lejanía. Sólo esta noche, esta noche por vez primera, había logrado centrar su mirada en aquel rostro hundido.

Aquel hombre, aquella noche, ¿temblaría también de terror intuyendo el silencio de Dios? Le aterraba pensarlo. Dos veces, tres veces seguidas sacudió violentamente la cabeza porque sentía la voz rasgándole el pecho y él no quería escucharla. El mar cegado de lluvia en el que fueron hundiéndose Mokichi e Ichizô, atados a la estaca... El mar con la negra cabeza de Garpe detrás del bote, rendida por fin al esfuerzo, a la deriva, como un pequeño tarugo de madera. El mar en que uno a uno iban cayendo a plomo desde el bote aquellos pobres diablos enfundados en esteras. La anchura, la tristeza sin fin del mar. Y Dios, erguido entonces también sobre el mar, obstinado en su silencio. «*Eloi, Eloi, lamma sabachtani...*». Era la hora sexta de un viernes. Desde lo alto de la cruz salió la voz resonando hacia un cielo que era todo tinieblas. Durante mucho tiempo había visto en esas palabras la oración de un hombre, pero jamás pudo pensar que nacieran del terror al silencio de Dios.

¿Existiría Dios de verdad? Si no existiera, la mitad de su vida sería algo grotesco;

media vida cruzando mares y mares para traer a esta pequeña isla estéril un grano de semilla... Grotesca también la vida del tuerto decapitado mientras cantaban las cigarras a plena luz. Grotesca la vida de Garpe siguiendo a nado el bote de los cristianos. El padre vuelto hacia la pared, rompió a reír a carcajadas.

—Padre, ¿de qué se ríe?

No se oían ya las voces de los guardias bebiendo y uno de ellos, que había ido al retrete, se lo preguntó cuando pasaba por delante, de la puerta.

Volvió, sin embargo, la mañana; entró de nuevo en tromba la luz por la rejilla. El padre recobró en parte sus fuerzas y pudo superar aquella sensación de soledad que le embargaba la noche anterior. Estiró las piernas y, apoyada la cabeza en la pared de tabla, se puso a recitar con una voz hueca versículos de los salmos. «Los cantos de David, sus alabanzas... Los llevo en el corazón. Te cantaré, Señor, te alabaré. Despertad, arpa y cítara y llamaré a la aurora. Cantemos y alabemos a Yavé». Cuando era niño, cada vez que sentía cruzar el viento por entre los frutales y el cielo azul, le revivían esos versos santos en el alma. Entonces no era Dios como ahora un ser terrible, algo envuelto en la oscuridad de la duda, era más cercano, el compañero que te hace sentir el gozo de la vida en paz y armonía con el universo.

De vez en cuando guardias y oficiales le miraban por la rejilla con ojos llenos de curiosidad, pero él ni se molestaba ya en volver la cabeza. Muchas veces ni tocaba la comida que le presentaban tres veces al día.

Llegó septiembre. Una tarde en que notaba algo de frescor en el aire, recibió sin previo aviso la visita del intérprete.

—Oiga, alguien quiere verle hoy.

Hablaba con el mismo tono burlón de siempre, haciendo sonar su abanico.

—No, no... Nada del gobernador. Ni los oficiales tampoco. Alguien que le va a dar un alegrón cuando lo vea...

El padre se le quedó mirando en silencio. Era una mirada sin vida. Todavía recordaba con toda claridad lo que el intérprete le había escupido a la cara aquel día, pero, cosa extraña, ya no era capaz de odiarle ni irritarse. Más que incapacidad, era una relajación total del organismo que le embotaba toda emoción.

—Me dicen que el padre no se alimenta lo suficiente... —siguió el intérprete con su risita de siempre—. No conviene que dé muchas vueltas a las cosas...

Habla que te habla, salía y entraba continuamente en la habitación, volviendo la cabeza hacia la puerta.

—El palanquín nos está haciendo esperar. A estas horas debería estar ya aquí.

A estas alturas, al padre le daba casi lo mismo viniera quien viniera. Se quedaba mirando ensimismado la espalda del intérprete que iba y venía nervioso de la celda de los guardianes a la suya. Lo miraba como quien mira un puro objeto.

En el portalón del patio se oyó la voz de los palanqueros. Cambiaron algunas

palabras con el intérprete fuera del calabozo.

—Padre, en marcha.

Se levantó sin decir palabra y salió fuera tambaleándose. Para sus ojos, amarillos ya de agotamiento nervioso, la luz del exterior era especialmente dolorosa. Los dos palanquineros, clavados de codos en la silla, se le quedaron mirando fijamente sin cambiar de postura. Sólo llevaban un taparrabos.

—Vaya peso... Éste no está a racionamiento...

Los palanquineros lo decían gruñendo al subirlo al palanquín. Para sustraerlo a las miradas del público, habían bajado los visillos, así que no se veía nada del exterior. Lo único que le llegaba eran rumores: gritos y voces de niños, la esquila de los bonzos, ruidos de andamios. El sol de la tarde se filtraba por los visillos y le moteaba el rostro. Además no eran sólo ruidos; también le llegaban olores diversos: olor a árboles y a barro. A gallinas y a establo. Cerró los ojos y trató de inhalar a pleno pulmón la vida de aquellos hombres, otra vez al alcance de su mano, aunque fuera por breves instantes. De repente le nació en el peso el ansia de ponerse él también a hablar con los demás como un hombre cualquiera, de escuchar sus palabras, de fundirse totalmente con sus vidas. Ya estaba harto de esconderse en chozas de carboneras, de vagar por los montes siempre bajo el pánico a sus perseguidores, de ver día tras día cómo eran asesinados los cristianos... Sintió que ya no le quedaban fuerzas para soportarlo. Y, sin embargo, desde el día en que se había hecho sacerdote, su obligación era atender a una sola «con todo su corazón, con toda su alma, con toda su mente, con todas sus fuerzas...».

Por los ruidos supo que estaban ya en la ciudad. Un momento antes todo eran cacareos y mugidos, pero ahora sólo se filtraban por los visillos ruidos de pasos nerviosos, voces afalsetadas de vendedores ambulantes, retumbar de ruedas, griterío que sonaba a riña.

¿Dónde le llevarían? ¿Con quién querían enfrentarle? Al padre le daba ya todo lo mismo. Le enfrentasen con quien le enfrentasen sería todo como hasta ahora; repetirían las mismas preguntas, seguirían el mismo tipo de interrogatorio. Lo mismo que Herodes cuando interrogó a Cristo, no tenían el menor interés en escucharle, todo era un puro formalismo. Tampoco entendía por qué Inoue, el señor de Chikugo, le conservaba vivo a él precisamente, sin ejecutarle, pero sin intención de ponerle en libertad. Sin embargo, ese mismo indagar si la razón era ésa o la de más allá, no pasaba de ser algo lánguido y enervado.

—Parad aquí.

El intérprete, limpiándose el sudor con la palma de la mano, detuvo el palanquín y alzó los visillos. Cuando salió el padre, la luz amarillenta del crepúsculo se había teñido de un rojo mate. Allí estaban los guardias que se ocupaban de él en el calabozo. Seguro que le habían venido siguiendo por miedo a que se fugase en el

camino.

Se hallaban junto a una escalinata de piedra coronada por el portalón de entrada a un templo. Al fondo del portalón, bañado en el sol de la tarde, se veía una pagoda no muy grande. Como telón, cadenas de montañas pardas, con riscos cortados a pico. La casa aneja al templo estaba sombreada y fresca y dos o tres gallinas paseaban como si tal cosa por la sala entarimada. Salió un bonzo joven. Clavó en el padre una mirada en la que relampagueaba el odio y sin saludar ni al intérprete siquiera, desapareció.

—Me parece que a los bonzos no les caen ustedes simpáticos...

El intérprete se sentó en la tarima. Con la mirada vuelta hacia el patio seguía bromeando:

—Eso de estar siempre solo, cara a la pared, es puro veneno, créame... En fin, siento decírselo, pero crear problemas sin necesidad no sirve de nada.

Era la burla de siempre y el padre apenas si se fijaba en las palabras del intérprete. Más bien, sin saber por qué, le llamó la atención un tufillo extraño mezclado con el olor a incienso, a humedad y a comida japonesa, esos olores típicos del añejo de un templo. Hacía mucho tiempo que no probaba la carne y bastaba un olor ligero para despertar su sensibilidad.

A lo lejos se oyó un rumor de pasos. Alguien se acercaba a pasos lentos desde el otro extremo del corredor.

—¿A quién va a ver? ¿No lo adivina todavía?

Ahora el rostro del padre se contrajo y por primera vez asintió con la cabeza. Notaba él mismo cómo instintivamente le temblaban las piernas. Siempre pensó que alguna vez se vería con este hombre, pero jamás imaginó el encuentro en un sitio así.

—Ya va siendo hora de que usted lo vea... —el intérprete disfrutaba viendo temblar al padre—, y conste que son palabras del gobernador.

—¿De Inoue?

—Del mismo. Su amigo también tiene unas ganas locas de verle a usted.

Se acercaba caminando detrás de un bonzo, con un quimono negro desleído, la mirada clavada en el suelo: era Ferreira. El bonzo, anciano y menudo, caminaba sacando el pecho, muy decidido, y eso hacía enormemente abyecta la figura corpulenta de Ferreira, sus ojos fijos en el suelo. Parecía exactamente un animalote al que echan una soga al cuello y van tirando de él a viva fuerza.

El viejo bonzo se detuvo, echó una mirada al padre sin decir palabra y se sentó cruzado de piernas en una esquina de la sala, iluminada por el sol poniente. Todos guardaron silencio un largo rato.

—Padre... —Rodrigo rompió a hablar con voz trémula—. Padre...

Ferreira levantó un poco un rostro vuelto al suelo y alzó los ojos en una mirada furtiva. Al principio vio cruzar por aquellos ojos una sonrisa abyecta y un destello de embarazo a la vez. Después le miraban altaneros, agrandándose en un gesto de

desafío. El padre no sabía qué decir como sacerdote. Sentía el pecho oprimido y le parecía que todo lo que dijera ahora iba a ser mentira. Además no quería seguir alimentando la curiosidad en las ínfulas del bonzo y del intérprete que no les quitaban ojo de encima. Nostalgia, ira, tristeza, despecho: todas esas emociones se le enmarañaban y las sentía borbotear en el fondo del pecho. «¿Por qué me pones esa cara?» —gritaba en su interior—. «Yo no he venido a censurarte, no estoy aquí para juzgarte. Yo no soy ningún héroe...». Quiso hacer un esfuerzo y sonreír, pero en vez de la sonrisa y muy a su pesar, se le desbordaron las lágrimas, un reguero blanco de lágrimas deslizándose lentamente por sus mejillas.

—Cuánto tiempo sin verle... —dijo por fin con voz trémula.

En estas circunstancias, él era el primero en admitir lo grotesco y absurdo de la frase, pero no le salía otra cosa. Y con todo, Ferreira seguía callado, su leve sonrisa de reto estereotipada en el rostro. Captaba como si palpase con la mano el corazón de Ferreira, aquel pasar de la débil sonrisa embarazada al gesto de desafío. Lo entendió en seguida muy bien y hubiera querido caer desplomado como un tronco muerto.

—Por favor, diga algo..., una palabra.

El padre se lo imploró con voz jadeante.

—Si de veras le importo algo, hábleme, dígame algo...

«Se ha afeitado la barba, ¿eh?». Le subían en tropel a la garganta frases así de absurdas. ¿Por qué se le ocurrirían esas ideas así, tan de improviso? Ni él mismo la sabía. La verdad es que años atrás, cuando Garpe y él le conocieron, el padre Ferreira lucía una barba vistosa y bien cuidada. Y eso daba gravedad a su rostro y un sello especial de simpatía. Pero ahora la parte del bigote y la barbilla estaban lisas. El padre sentía que se le iban los ojos sin remedio al rostro afeitado de Ferreira. Era como la atracción de lo obsceno.

—¿Qué va a decir uno en situaciones como ésta...?

—Está usted mintiéndose a sí mismo...

—Mintiéndome a mí mismo..., ¿qué trozo de mi yo puede mentir al otro? No sabría distinguirlo.

El intérprete se alzó sobre sus rodillas para no perder sílaba del portugués. Dos o tres gallinas más, saltaron del patio a la tarima aleteando.

—¿Lleva mucho tiempo vivienda aquí?

—Va a hacer un año.

—¿Y qué sitio es éste?

—Lo llaman Saishóji. Una pagoda.

Al sonar en labios de Ferreira la palabra Saishóji, el viejo bonzo, siempre en postura frontal como un buda de piedra, volvió hacia ellos la cabeza.

—Yo también estoy en Nagasaki, en un calabozo. El sitio ni yo mismo lo sé.

—Lo conozco. Lo llaman Sotomachi, queda en uno de los suburbios.

—¿Y qué hace usted aquí?

El rostro de Ferreira se contrajo. Se pasó la mano por la barbilla afeitada...

—El honorable Sawano dedica su tiempo a escribir libros —interrumpió el intérprete adelantándose a Ferreira.

—Pues sí, por orden del gobernador traduzco libros de astronomía.

Ferreira rompió a hablar atropelladamente, tratando de hacer callar al intérprete.

—Lo que usted oye. Estoy haciendo algo de provecho. Algo útil para la gente de este país. Los japoneses destacan en todas las ramas del saber, pero en astronomía y medicina todavía les puede echar una mano un occidental como yo, ¿sabe? Claro que aquí conocen la medicina china, que es excelente, pero nunca estará de más completarla con nuestra cirugía... Con la astronomía pasa lo mismo. Por eso he pedido a los capitanes holandeses que me consigan lentes y telescopios. No soy una carga inútil para el país. Como le digo, hago un buen servicio. Ya lo creo que sí.

El padre se quedó mirando fijamente aquellos labios que querían ahogarlo todo en palabras. No se explicaba aquella locuacidad tan repentina, aunque creía comprender la excitación nerviosa de Ferreira insistiendo machaconamente en que seguía siendo un hombre de provecho. Ferreira no hablaba sólo para él. Aquel diluvio de palabras iba dirigido al bonzo y al intérprete y a convencerse a sí mismo de que seguía existiendo.

—Soy un hombre útil a este país...

Todo ese tiempo el padre lo miraba con tristeza, parpadeando continuamente. Era verdad. Ayudar a los demás, ser útil a los demás, ése era el único deseo, el único sueño de un sacerdote. La soledad del sacerdote comienza cuando deja de ser útil a los demás. Y pensó que Ferreira, ahora que había apostatado, seguía sin poder liberarse de aquel clima psicológico de antaño. Lo mismo que una mujer que pierde el juicio sigue forzando a su niño a tomar el pecho, Ferreira se agarraba como una lapa a su antiguo ideal de querer ser útil a los demás. Esa impresión daba.

—¿Es usted feliz? —le dijo el padre en voz baja.

—Feliz... ¿quién?

—Usted.

—Feliz, feliz... —por los ojos de Ferreira cruzó de nuevo un relámpago de desafío—. Eso depende de lo que cada uno entienda por felicidad.

«Hace años no hablabas así...». Iba a decírselo, pero su mismo enervamiento le cerró los labios. Él no estaba aquí para echarle en cara que había apostatado, que había traicionado a los suyos. No tenía la menor intención de hurgar con el dedo una llaga profunda que el otro escondía para que nadie la viera.

—Lo que Sawano le ha dicho es verdad. Nos está haciendo un gran servicio a los japoneses, ya lo creo. Fíjese que se ha cambiado hasta de nombre. Ahora se llama Sawano Chuan.

El intérprete estaba entre Ferreira y el padre y a los dos les sonrió.

—Ahora está trabajando en un nuevo libro. Un libro que descubre los errores y vicios de la doctrina de Deus y del cristianismo, ¿no es así? Lo ha titulado *Gengiroku*.

Esta vez le fue imposible a Ferreira meter baza. Por unos instantes su mirada huyó hacia las gallinas que seguían aleteando y adoptó la pose del que no se ha enterado de nada.

—Hasta el gobernador ha leído el manuscrito. Y le felicitó por lo bien que está.

Después se dirigió al padre:

—A usted también, cuando tenga un rato libre en el calabozo, le vendría bien echarle una ojeada...

Ahora ya pudo explicarse el padre el nerviosismo de Ferreira momentos antes, aquel hablar y hablar sobre sus traducciones de astronomía. Ferreira, sentado a la fuerza ante la escribanía día tras día por orden de Inoue, el señor de Chikugo... Ferreira, escribiendo que la iglesia de Cristo en la que antes había creído hasta entregarle su vida, era una impostura. Le parecía tener ante los ojos la espalda encorvada de Ferreira haciendo correr la pluma.

—¡Qué crueldad...!

—¿Crueldad? Crueldad, ¿qué...?

—Todo eso. Tratar a un hombre así, es la más cruel de las torturas.

Ferreira apartó el rostro y el padre vio de pronto brillar en sus ojos las lágrimas. Lágrimas sinceras... Le obligaban a ponerse un negro kimono japonés, a recogerse el pelo castaño a la usanza del país, hasta el nombre le habían cambiado, le llamaban Sawano Chuan... y aún continuaba con vida. «Dios mío..., ¿todavía sigues en silencio? Ves una vida así y sigues obstinado en tu silencio...».

—Honorable Sawano. Si hemos venido hoy aquí con este padre, no es para estos largos discreteos...

El intérprete se volvió hacia el viejo bonzo, sentado en la tarima, bañada del sol poniente, con el tronco erguido como un buda de piedra:

—Aquí, el maestro, tiene también mucho que hacer... ¿Le parece bien empezar cuanto antes?

Ferreira daba ahora la impresión de haber perdido su fogosidad de momentos antes. La pareció al padre como si este hombre, todavía con el brillo de las lágrimas en sus ojos, quedase de repente apagado.

—Me han estado repitiendo que le aconseje a usted que apostase.

Hablaba en su susurro, con voz como agotada. Y en seguida:

—Fíjese en esto.

Sin añadir palabra se llevó el dedo a la parte posterior de la oreja. Era una cicatriz cárdena, rugosa como una quemadura.

—El tormento de la fosa, ¿sabe? Seguro que habrá oído hablar de él... Lo

enrollan a uno en esteras para que no mueva ni pies ni manos, y lo dejan colgado cabeza abajo sobre una fosa... —el intérprete se lo describía extendiendo las manos en un gesto estudiado de terror—. Y como en esa postura moriría en seguida, le abren un orificio detrás de la oreja, ¿sabe? Sí, para que se desangre gota a gota. Es un tormento ideado por nuestro señor Inoue...

Vuelve a la imaginación del padre el rostro del gobernador: orejas grandes, fresco y relleno. El rostro que bebía agua caliente a sorbos lentos, con el tazón entre las manos. El que cuando le argüían, como si quedase de veras convencido, asentía plácidamente, sonreía plácidamente... También Herodes, cuando daban tormento a aquel hombre, se sentaba a una mesa engalanada con flores.

—Piénselo bien. Es usted el único misionero que queda en el país. Ahora que está preso ya no puede enseñar la doctrina a los aldeanos. ¿No se siente un ser sin provecho?

El intérprete arqueó los ojos. De repente su voz se suavizó:

—Sin embargo, como le ha dicho hace un momento el honorable Chuan, él con sus traducciones de astronomía y medicina ayuda a los enfermos, se dedica a servir a los demás. Usted dirá qué es mejor, su pudrirse toda una vida en el calabozo sin hacer nada o apostatar por pura fórmula y dedicarse a ayudar a los demás... Es para pensarlo, y mucho. En nuestros viejos maestros ya es doctrina consagrada; pero creo entender que el honorable Chuan también lo enseñaba así: amar sinceramente a los demás supone un último término renunciar al «yo». Y es el «yo», ¿sabe?, es el «yo» el que se agarra absurdamente a esas diferencias de sectas. En lo de la entrega a los demás, budismo y cristianismo vienen a ser semejantes. Lo realmente importante es si los practicamos o no los practicamos. El honorable Sawano dice esto mismo en su Gengiroku, estoy seguro.

Al terminar el párrafo el intérprete volvió la cabeza hacia Ferreira, como para animarle a hablar.

El sol poniente daba de lleno en la espalda enjuta de aquel hombre, anciano ya, forzado a vestir a la japonesa. Clavados los ojos en aquella espalda descarnada, en vano trató el padre de evocar la silueta del Ferreira que años atrás, en el teologado de Lisboa, era el ídolo de sus estudiantes.

Pero, cosa extraña, ahora no sentía desprecio por él. Sólo una gran compasión que le oprimía el pecho, la compasión del que contempla un cadáver.

—Veinte años... —la voz de Ferreira era un débil susurro. Seguía mirando al suelo...—. Veinte años estuve yo misionando en este país. Conozco al Japón mejor que usted.

—En esos veinte años hizo usted una labor magnífica como superior de los jesuitas... —el padre levantó la voz para animarle—. Las cartas que usted mandaba a la curia de la compañía, las leíamos todos con verdadera unción...

—Pues ya ve, aquí tiene usted a un viejo misionero que fracasó en su empresa.

—En esta empresa no hay fracasos. Moriremos usted y yo, pero un nuevo misionero subirá a un junco en Macao y atracará de incógnito en una costa desconocida...

—... y lo cogemos, no lo dude usted —le atajó rápido el intérprete—. Y cada vez que haya un arresto volverá a correr sangre japonesa. ¿Cuántas veces habrá que repetirles que los que acaban muriendo por culpa de sus sueños triunfalistas somos nosotros? Va siendo hora de que nos dejen en paz.

—Veinte años misionando... —Ferreira seguía repitiendo las mismas palabras con el mismo tono aséptico de voz—, para aprender una sola cosa: que a la hora de la verdad, la fe de usted, nuestra fe, no echa raíces en este país.

—Mentira, no es eso —gritó el padre, negando con la cabeza—. Las echa, pero se las cortan.

Pese al grito, Ferreira ni levantó la mirada. Seguía con sus ojos en el suelo, un muñeco abúlico, sin pasión...

—Este país es una ciénaga. Al final usted mismo se convencerá. Verá que es una ciénaga mucho más espantosa de lo que había imaginado. Plantas cualquier arbolillo. Las raíces comienzan a pudrirse, amarillean las hojas y se seca. Nosotros plantamos en esta ciénaga el cristianismo...

—Y hubo días mejores en que el arbolillo creció y echó hojas...

—¿Cuándo?

Por primera vez le miraba Ferreira a la cara, y en su rostro hundido se dibujaba una sonrisa, la sonrisa compasiva con el adolescente que nada sabe de la vida.

—¿Cuándo...? Cuando usted llegó al Japón, cuando la iglesia llegaba a los últimos rincones del país y la fe tenía el aroma que tiene una flor fresca en la mañana, cuando multitud de japoneses se empujaban por recibir el bautismo como los judíos en el Jordán...

—Sí, muy bien... Pero supongamos que el Dios en que esos hombres creían entonces, no era el Dios de los cristianos...

Sin saber por qué, sintió el padre subirle por el pecho un ramalazo de ira. Instintivamente apretó los puños... «No pierdas los estribos... —se dijo desesperadamente—. Al que fracasa no le importa engañarse a sí mismo como sea, con tal de justificar su fracaso».

—Usted está tratando de negar lo innegable.

—En absoluto. El ser en que entonces creían los japoneses no es nuestro Dios. Eran sus dioses. Estuvimos mucho, muchísimo tiempo sin saberlo, y quisimos creer que los japoneses se habían hecho cristianos...

Ferreira se sentó en el suelo con gesto cansado. Tenía abierto el kimono y se le veían las piernas mugrientas, delgadas como palos.

—Y si le digo esto, no es para disculparme o para convencerle. Es probable que nadie me haga caso. No sólo usted, los misioneros de Goa y Macao tampoco; nadie del clero europeo me va a hacer caso. Pero mire, me ha costado veinte años de misión el conocer a los japoneses. Y he visto que poco a poco, imperceptiblemente, las raíces de nuestro arbolito se habían ido pudriendo...

—San Francisco Javier —el padre no aguantaba más—, san Francisco Javier, cuando estuvo aquí, no pensaba lo mismo ni mucho menos.

Ferreira asintió:

—El santo tampoco cayó nunca en la cuenta. Y sin embargo, la misma palabra «Deus» que les enseñó Javier, la cambiaron a su gusto en Dainichi (gran sol). Para los japoneses, que adoraban al sol, Deus y Dainichi casi sonaban lo mismo. ¿No ha leído la carta de Javier en que cuenta el malentendido?

—Si Javier hubiera tenido al lado un buen intérprete, no habría habido error. Un detalle insignificante, después de todo...

—¿Insignificante? De ninguna manera. Usted no entiende nada de lo que le digo.

Por primera vez delataban sus sienes una irritación nerviosa. Volvió a repetir:

—Usted no entiende nada. Esa turba que viene de los conventos de Macao y Goa y hacen turismo en vez de misionar, éstos no pueden entender. Los japoneses que confundieron a Deus con Dainichi, desde ese mismo instante empezaron a distorsionar y alterar a su manera a nuestro Dios, y, por tanto, a crear algo distinto. Cuando el error verbal se aclaró, la distorsión y los retoques prosiguieron en secreto. Y en esa misma época a la que usted aludía, cuando la misión estaba en su apogeo, los japoneses no creían en el Dios de los cristianos, creían en su propia distorsión...

—... distorsionar y alterar a nuestro Dios, crear algo distinto... —el padre masticaba las palabras de Ferreira—. Pero bueno, aun con eso sigue siendo nuestro Dios, ¿no es así?

—No. En el corazón de los japoneses, hubo un momento en que el Dios de los cristianos perdió su divinidad.

—¿Qué está diciendo usted?

El padre dio un grito y las gallinas que picoteaban pacíficamente en el patio, escaparon a un rincón aleteando.

—Lo que yo digo es muy sencillo. Ustedes, ¿sabe?, ven sólo lo externo de la labor misionera, no calan hondo en ella. Lo que se cuenta es verdad, claro que sí. En los veinte años que pasé misionando se levantaron iglesias en Kyóto, en Kyüshü, en Chügoku, en Sendai. Construimos seminarios en Arima y Azuchi; los japoneses rivalizaban en hacerse cristianos. Usted hablaba hace un momento de 200.000 cristianos en el Japón. Todavía se queda corto. Llegamos a tener 400.000...

—Buen motivo para estar orgulloso...

—¿Orgulloso? Quizá sí, si hubieran creído en el Dios que yo les prediqué. Pero

en las iglesias que aquí levantamos, los japoneses no estaban rezando al Dios de los cristianos. Era un dios distorsionado, hecho a su estilo, algo incomprensible para nosotros. Si a eso lo quiere llamar Dios...

Ferreira volvió la vista al suelo. Movía los labios como recordando algo...

—... pero no, no es Dios. Es lo mismo que la mosca atrapada en la tela de araña. Al principio la mosca sigue siendo mosca, no hay duda; pero al día siguiente, aunque por fuera tenga alas y tronco de mosca, son sólo restos vacíos. En este Japón le pasa a nuestro Dios lo mismo que a la mosca en la tela de araña; el aspecto y la forma siguen pareciendo de Dios, pero han pasado a ser restos vacíos.

—Eso lo dice usted, y ya estoy harto de escuchar sandeces. No habré vivido en el Japón tanto como usted, pero he visto a los mártires de cerca, con estos ojos míos... —se tapaba la cara con las manos y la voz salía filtrada de sus dedos—. Con estos ojos míos los vi ir a la muerte mientras ardían en fe...

El mar lluvioso, las dos estacas negras asomando en el mar... El recuerdo le revivió en el alma hasta hacerle daño. No podía olvidar cómo asesinaron al tuerto a plena luz. Seguía incrustada en su memoria la escena de la mujer que le regaló el meloncillo, cuando la enfundaron en la estera y la echaron al mar. Si no fue la fe lo que llevó a la muerte a aquellos pobres diablos, ¡a qué piltrafa quedaba reducido el hombre...! Ferreira tenía que estar mintiendo.

—El dios en que ellos creían no era el de los cristianos. Los japoneses hasta el día de hoy... —Ferreira hablaba con toda claridad, seguro de sí, remachando las sílabas una a una como quien dice la última palabra—, ni han tenido la idea de Dios ni la podrán tener jamás.

Esas palabras las sintió el padre en el pecho como el peso de un peñasco imposible de mover, el mismo peso que sintió de niño cuando le dijeron por primera vez que había un Dios.

—Los japoneses son incapaces de pensar en un Dios totalmente independiente del hombre, no pueden concebir una existencia que trascienda la humana.

—El cristianismo y la iglesia son realidades que trascienden todo país y lugar. De no ser así, ¿qué sentido tendría nuestra labor misionera?

—Los japoneses idealizan al hombre, lo amplifican y al resultado lo llaman dios. Llamen dios a un ser que tiene la misma existencia que el hombre. Pero ése no es el Dios de la iglesia.

—¿Esto es todo lo que ha sacado usted de sus veinte años en ese país?

—Eso es todo —asintió Ferreira melancólico—. Por eso la misión fue perdiendo todo sentido para mí. Porque de repente, a los arbolitos que yo había traído se les iban pudriendo las raíces en esta ciénaga que llaman Japón. Durante mucho tiempo, ni me había fijado ni lo sabía.

Pesaba en las últimas palabras de Ferreira una resignación amarga de cuya

sinceridad ni el padre mismo podría dudar. La luz del atardecer perdía intensidad y poco a poco las sombras del crepúsculo empezaban a irrumpir furtivas en los rincones del patio. Oía el padre a lo lejos el monótono tañer de campanas en las pagodas y la cantilena tristona de los bonzos recitando sutras.

—Usted —el padre se volvió hacia Ferreira en voz baja—, usted ya no es el padre Ferreira que yo conocí.

—Así es. Yo no soy Ferreira. Mi nombre, Sawano Chuan, me lo dio el gobernador —respondió Ferreira bajando la mirada—. Y no sólo me dio el nombre, me dio también la mujer y los hijos de un injusticiado...

La hora del jabalí^[13]. Hicieron subir al padre al palanquín y emprendió el camino de vuelta escoltado por oficiales y guardias. Por las calles no pasaba un alma, cosa muy natural dado lo avanzado de la hora, y no había peligro de que alguien descubriera al padre en el palanquín. Los oficiales le permitieron alzar los visillos. Si hubiera querido escapar, quizá hubiera podido, pero no tenía ni energía para proponérselo. El camino, en zigzag, era terriblemente angosto. En el sector que los guardias llamaban el casco de la ciudad, se agolpaban todavía viviendas retejadas de tablas que parecían chozas y al salir de él surgían ya a trechos las largas tapias de los templos y zonas de bosque. Con eso pudo ver el padre que Nagasaki no era todavía una ciudad hecha. La luna se asomaba a la negrura del ramaje y daba la impresión de moverse al poniente, siempre al poniente, acompañando al palanquín.

—Se habrá distraído usted un poco... —le dijo amablemente un oficial que le seguía a pie.

Al llegar al calabozo, el padre dio cortésmente las gracias a guardias y oficiales y entró en la celda entarimada. Oyó a su espalda el ruido sordo del cerrojo que el guardia volvió a correr como de costumbre. Hasta tenía la sensación de encontrarse al fin en casa después de una larga ausencia. Le parecía que hacía siglos que no escuchaba a la tórtola cantar a ratos en el bosque. Hoy había sido tan prolongado el dolor que bien podía compararse con diez días de cárcel.

Al padre no le afectaba gran cosa haberse podido entrevistar por fin con Ferreira. Puesto a pensarlo, desde que llegó al Japón, no sabía por qué, pero se había imaginado al anciano con aquel aspecto tan cambiado. Cuando apareció medio tambaleándose al otro extremo del corredor aquel Ferreira vestido a la japonesa, demacrado, no sintió conmoción ni sorpresa especial. Ya daba todo lo mismo. Ya daba lo mismo.

De todos modos, ¿qué habría de verdad en las palabras de Ferreira?

La luna se filtraba por la reja dándole de lleno en las espaldas descarnadas. El padre estaba sentado, rígido el tronco, cara a la pared de tabla. ¿No habría tratado Ferreira con sus palabras de justificar su propia debilidad, sus propias faltas? Eso era. Algo le decía en su interior que sin duda era eso; pero al mismo tiempo le inquietaba

que por un imposible aquellas palabras pudieran ser verdad. Ferreira había dicho que este Japón era una ciénaga sin fondo. Pudre las raíces del retoño y lo seca. Y el retoño de la fe cristiana se había ido secando sin que nadie lo notara.

—El que la fe católica haya muerto, no es por lo que usted cree, porque la hayan prohibido o porque la persigan. Es que hay algo en este país que se niega a aceptar el cristianismo, pase lo que pase.

Las palabras de Ferreira venían a clavársele una a una como si fueran espinas. «Al Dios de nuestra fe le pasa en este país lo que al cadáver del insecto atrapado en la tela de araña, que conserva la forma, pero se queda sin sangre y sin sustancia...». Fue la única ocasión en que a Ferreira le brillaban de fiebre los ojos mientras seguía hablando. Se palpaba en aquella expresión un no sé qué de verdad; no era el gesto de un derrotado mintiéndose a sí mismo...

El centinela venía de orinar y se escuchaban sus pasos apagados en el patio. Cuando se extinguieron, sólo se percibía en las tinieblas el chirrido prolongado de los insectos.

(No lo creo. No puede ser verdad...).

Claro que él no contaba con ninguna experiencia personal en la misión que desautorizase las palabras de Ferreira, pero si no las negaba, su venida a este país perdía todo su sentido y él con ella. Pon, poon, poon... Daba cabezazos contra la pared mientras seguía murmurando en el mismo tono de voz: «No lo creo, no puede ser...».

Eso no podía ser. No es posible que un hombre se inmole a sí mismo por una fe falsa. Los campesinos que él vio con sus propios ojos, aquellos mártires tan miserables... Y el otro grupo también, si no creían en la salvación, ¿por qué se hundieron como pedruscos en el mar, aquel mar tizado de lluvia y neblina...? Aquellos hombres, míreselos por donde se los mire, eran hombres de fe firme, eran cristianos. Aunque fuera una fe simple, aquella convicción no se le había inspirado ni el budismo ni los funcionarios del gobierno; se la debían a la iglesia.

El padre se fijó entonces en la amargura de Ferreira. Ni una sola vez trató Ferreira de tocar en su conversación el tema de los mártires japoneses, todos tan miserables... Más bien procuró soslayarlo. Quiso ignorar a hombres distintos de él, hombres más fuertes que él, hombres que habían sabido hacer frente a las torturas y a la fosa. Su mismo intento de aumentar, aunque fuera en uno solo, el número de los débiles como él, no era sino el deseo de compartir con otro su soledad y su cobardía.

Pensaba en la oscuridad, que esta noche, en este mismo momento, Ferreira estaría durmiendo. Imposible, no podría dormir. En algún lugar de Nagasaki estaría el anciano lo mismo que él, tensos los ojos en la oscuridad de la noche, royendo aquella soledad sin fondo... Aquella soledad era más fría, más horrible que la que él tenía que aguantar ahora en la prisión. No sólo se había traicionado a sí mismo; para cubrir

su propia cobardía con otra cobardía más, trataba ahora de arrastrar a su situación a otro hombre. «Señor, ¿no le vas a salvar? Tú te volviste hacia Judas diciéndole: “Sal, vete y haz lo que tienes que hacer”. ¿Dejarás también a este hombre entre las ovejas abandonadas a su suerte?».

Comparando el desamparo de Ferreira con su propio desamparo, se sintió por vez primera satisfecho de sí mismo y llegó a esbozar una sonrisa. Y así, tendido a lo largo sobre el duro suelo de tabla, aguardó inmóvil la visita del sueño.

AL día siguiente volvió a visitarle el intérprete.

—¿Qué tal? ¿Lo ha pensado bien?

Esta vez su manera de hablar no era la suya de siempre, la del gato que se divierte con su presa. Tenía la expresión endurecida.

—Le repito lo que le dijo Sawano: no se empeñe en ser terco. Nosotros no le pedimos que apostate en su interior. Es sólo de labios afuera, ¿sabe? ¿Es que no va a decir «apostato» ni siquiera de labios afuera? Porque después puede hacer como le plazca...

El padre seguía en silencio, con la mirada fija en un punto de la pared. La locuacidad del intérprete, más que molestarle, le resbalaba por los oídos como algo sin sentido.

—Vamos..., no siga dándonos problemas. Se lo suplico sinceramente. Yo también paso un mal rato, palabra.

—¿Por qué no me llevan a la fosa de una vez?

—El gobernador dice siempre que, si se puede convencer a uno con razones, se le instruya y ayude todo el tiempo que haga falta.

El padre, sin cambiar de postura, con las manos sobre las rodillas, dijo que no con la cabeza, como el niño que se emperrea en su rabieta. El intérprete dejó escapar un profundo suspiro y quedó un largo rato en silencio. Se oía el zumbido de una mosca volando en círculo.

—En fin..., qué le vamos a hacer.

Otra vez llegó a oídos del padre, que seguía sentado, el ruido sordo del cerrojo al correrse. Y aquel ruido sordo le hizo entender con toda claridad que en aquel instante habían concluido todos los diálogos.

No sabía hasta dónde podría aguantar el tormento; pero, cosa extraña, de puro agotamiento, ya no sentía ahora el terror que sintió cuando iba huyendo por los montes. Sólo una sensación general de languidez. Ahora, hasta le parecía que el único modo de escapar a la espantosa tensión en que vivía era la visita de la muerte, que viniera a verle cuanto antes. Se sentía ya sin fuerzas para vivir, para seguir penando por Dios y por la fe. Soñaba en secreto con que el cansancio de cuerpo y alma que

tenía le trajera en seguida la muerte. Surgía detrás de sus párpados como un fantasma la cabeza de Garpe hundiéndose en el mar. Cuánto le envidiaba... Cuánto envidiaba a Garpe, libre ya de tanto sufrimiento...

Al día siguiente no le trajeron el desayuno. Hacia el mediodía se descorrió el cerrojo:

—¡Afuera...!

Era un gigante, con el torso desnudo, al que no había visto nunca y que le puso cara de pocos amigos.

En cuanto salió de la celda, aquel tipo le ató las manos a la espalda. La cuerda le mordía tan fuerte en las muñecas que en cuanto se movía un poco se le escapaba de los dientes apretados un gemido de dolor. Mientras lo ataba, el hombrón se despachaba en insultos que el padre no podía entender. «Por fin hemos llegado al final de todo...». Sintió esa emoción correr por su ser y, cosa extraña, era una sensación limpia y fresca, algo que no había sentido hasta el momento.

Lo sacaron fuera arrastrando. En el patio caía el sol de plano. Formando hilera había tres oficiales, cuatro guardias y el intérprete. Todos se le quedaron mirando. El padre se volvió hacia ellos —hacia el intérprete sobre todo— y exhibió su mejor sonrisa de triunfo. Mientras lo hacía, se le ocurrió de repente que el hombre, aun en las peores circunstancias, nunca escapa por completo a la vanidad. Y le alegró ver que todavía le quedaban energías para fijarse en cosas así.

El hombrón lo alzó en volandas y lo sentó a horcajadas sobre un caballo sin ensillar. Más que caballo parecía un borrico astroso y escuálido. El caballo rompió a andar vacilante. Seguían detrás los oficiales, los guardias y el intérprete. En el camino se apretaba ya la gente esperando el paso de la comitiva. El padre los dominaba desde el caballo sin dejar de sonreír. Ancianos boquiabiertos, como asustados. Niños mordisqueando pepinillos. Mujeres que le miraban desde abajo riendo como locas y que al encontrarse con su mirada quedaban como aleladas y se echaban para atrás. A cada rostro de aquellos japoneses la luz le daba una silueta distinta. Algo le dio en la oreja, un trozo de algo, color azul negruzco. Le habían tirado un cagajón de caballo.

El padre hizo el firme propósito de no dejar de sonreír. Subido al jamelgo atravesaba las calles de Nagasaki. También aquel hombre, entró en las calles de Jerusalén subido en un borrico. Y aquel hombre le había enseñado que el gesto más noble en un hombre es el rostro que soporta la humillación y el desprecio. Ahora más que nunca, quería mantener ese gesto hasta el final. Pensó que era el rostro que caía bien a un seguidor de Cristo rodeado de paganos. Un grupo de bonzos se había concentrado a la sombra de un enorme alcanforero y le demostraba abiertamente su hostilidad. Cuando el jamelgo en que iba el padre se les iba acercando, agitaron sus varas levantándolas en un gesto de amenaza. El padre trató de encontrar en aquella doble hilera de caras el gesto revelador de un cristiano oculto, pero fue inútil.

Antipatía, odio, curiosidad en el mejor de los casos, eso es lo único que reflejaban. Por eso cuando tropezó con unos ojos que pedían piedad como los de un perro, sintió de repente como un calambre en el cuerpo. Era Kichijirô.

Allí estaba Kichijirô, vestido de harapos, esperando a la comitiva en primera fila. Al cruzarse su mirada con la del padre bajó los ojos azorado y se escabulló entre la masa. Pero el padre, caballero en un jamelgo vacilante, sabía que aquel hombre le vendría siguiendo hasta el fin. Era el único ser conocido entre todos aquellos paganos. (No te preocupes ya, no te preocupes... Yo ya no estoy enfadado y el Señor seguro que tampoco...). El padre se lo indicaba asintiendo con la cabeza como se conforta al penitente después de la confesión.

Según cuentan las crónicas, ese día la comitiva que llevaba al padre, partió del barrio de Hakata y continuó por Katsuyama y Goto. Era costumbre del gobernador, cuando se arrestaba a un misionero, pasearlo por las calles de Nagasaki para público escarmiento el día anterior a la ejecución. El recorrido era siempre por el viejo Nagasaki, lo que llamaban el casco, donde las casas estaban más arracimadas y el tráfico era más intenso. De ordinario la ejecución tenía lugar al día siguiente.

En el barrio de Goto se habían concentrado los inmigrantes de la isla de Goto cuando se abrió al tráfico el puerto de Nagasaki en tiempos de Sumitada Omura. Desde allí se abarcaba de una mirada la bahía entera de Nagasaki centelleando al resplandor de la tarde. Cuando la comitiva entraba en este barrio, la muchedumbre que la seguía se disputaba a empujones, como en las ferias, una ración de vista de aquel extranjero estrafalario, caballero a lomo desnudo, esposado con cuerdas. Con cada contorsión de aquel cuerpo baldado crecían las carcajadas de burla.

Aunque se esforzase por sonreír, su sonrisa no llegaba a flor de labios. Ahora, su única salida era cerrar los ojos, tratar de no ver aquellos rostros de befa, aquellas dentaduras que se encaraban con él. Tiempo atrás, cuando aquel hombre escuchaba los gritos, los rugidos de rabia de la multitud que cercaba el palacio de Pilato, ¿sería capaz de sonreír con dulzura? Eso, ni siquiera él pudo hacerlo, pensó. «*Hoc passionis tempore*». (En esta hora de pasión)... Las palabras le salían quebradas como guijos. El verso siguiente se hizo esperar un momento. «*Reisque dele crimina*». (Perdona a los culpables), masculló al fin con un penoso esfuerzo. Se había acostumbrado al dolor de la soga comiéndole en las muñecas cada vez que se movía, pero le torturaba otro dolor: él no era capaz de amar como aquel hombre a aquella multitud que se le encaraba vociferante...

—¿Cómo sigue la cosa, padre? Nadie viene a ayudarlo, ¿eh?

Sin que lo notara, el intérprete se le había pegado al caballo y le hablaba a gritos mirándole a la cara:

—Sólo insultos a derecha e izquierda. Por lo visto usted vino aquí para ayudarles y ya ve, ni uno solo le echa de menos.

—Si hay hombres inútiles, uno de ellos es usted.

—Quizá haya alguno rezando en silencio.

Por primera vez el padre le contestó a gritos, clavando en el intérprete unos ojos inyectados en sangre.

—Y a esto otro ¿qué va a responder? ¿Se lo digo? Aquí en Nagasaki había años atrás once iglesias y 200.000 fieles. Qué, ¿se los ha tragado ahora la tierra? Seguro que entre esos que tiene delante habrá gente que fueron cristianos, y ahora insultándole quieren demostrar a los demás que ya no lo son.

—Cuanto más me insulten más valor me dan.

—Esta noche, ¿me oye? —lo decía el intérprete riendo entre un chapoteo de palmadas a la panza del animal— ¿me oye? Esta noche usted va a apostatar. Inoue lo ha dicho y bien claro. Y cuando Inoue hace apostatar a un padre, primero lo dice y después lo hace. No ha fallado jamás. Pasó cuando Sawano y pasará también con usted.

Se frotó las manos una y otra vez como quien está bien seguro de sí, y lentamente se fue apartando del padre. «Pasó cuando Sawano...». Estas últimas palabras le quedaron al padre marcadas en los oídos. Se revolvió nervioso en el caballo y trató de desecharlas.

Al otro lado de la bahía, encendida por el sol del atardecer, se alzaban cúmulos enormes ribeteados de oro. Eran blancos, gigantescos como palacios erguidos en el cielo. La cantidad de veces que habría visto esos cúmulos hasta ahora, y, sin embargo, nunca sintió emoción parecida. Por vez primera saboreó la belleza del himno japonés que entonaban los cristianos tiempo atrás: «Vamos, vámonos ya —al templo del paraíso...— El paraíso está lejos—». En estos momentos su único consuelo era saber que aquel hombre también había mascado su mismo terror de ahora, este terror que hacía estremecer. La alegría de no estar solo... En este mismo mar, atados a estacas, aquellos dos campesinos japoneses se había ido acercando «al lejano templo del paraíso» paladeando todo un día de sufrimientos. De repente el gozo de estar unido a Garpe y a ellos con las mismas ataduras, más todavía, de estar atado con aquel hombre a una misma cruz, le sacudió violentamente el pecho como el palpitar de una herida. Tenía ante sí el rostro de aquel hombre, una imagen nítida y viva como nunca en su vida. Un Cristo sufriente, un Cristo agobiado. Y pidió en su corazón que su rostro se fuera acercando de verdad al rostro de aquel hombre.

Los oficiales, levantando el látigo, iban apartando a la gente a uno y otro lado. Y los que se habían juntado como moscas para verle, despedían ahora a la comitiva, ya de vuelta, con un silencio compasivo y hondo, con desasosiego en la mirada.

Moría por fin la tarde y a la izquierda de un repecho del camino centelleaba, fundido en la luz del atardecer, el tejadillo rojo de una pagoda inmensa. Los montes que dan fondo a la ciudad, alzaban su perfil nítido y limpio. Entonces otra vez

volvieron a llover cagajones y piedras que le acertaban al padre en la cara.

Caminando junto al caballo, el intérprete le iba repitiendo una y otra vez, como para hacerle entrar en razón:

—Mire, no hay nada malo en lo que le digo. Diga una sola palabra: «apostato». Ande, dígala. Y otra cosa, sepa que el caballo ya no vuelve a la cárcel.

—¿Adónde me llevan entonces?

—Al palacio del gobernador. Mire, yo no tengo interés en hacerle sufrir. Por favor, nada hay de malo en lo que le digo. ¿No querrá usted decir esa única palabra, «apostato»?

El padre siguió en silencio a lomos del jumento, mordiéndose los labios. La sangre que le manaba de los pómulos le iba resbalando por la barbilla. El intérprete continuaba caminando con la vista en el suelo, con ademán ensombrecido, apoyando una mano en el lomo del animal...

* * *

Le dieron un empujón por la espalda y se encontró dentro de una celda en total oscuridad. De repente le llegó a la nariz un olor nauseabundo. Olor a orina. Todo el suelo estaba empapado en orina. Se quedó quieto un momento hasta que se le pasaron las náuseas. Por fin, pese a la oscuridad, logró distinguir de algún modo la pared y el suelo. Quiso dar unos pasos apoyando la mano en una pared y se dio de bruces con la otra. Extendió ambas manos y vio que tocaba las dos paredes con la punta de los dedos. Así pudo saber lo que medía su celda.

Aguzaba el oído, pero no se oía una palabra. Imposible adivinar a qué parte del palacio del magistrado daba esa celda. De todos modos, al no oírse un solo ruido, era casi seguro que no había nadie cerca. La pared era de tabla. La palpó por la parte de arriba y sus dedos tantearon algo que parecía una hendidura profunda. Al principio pensó que sería la juntura entre tabla y tabla pero no, parecía una figura. Volvió a palpar una y otra vez y fue cayendo en la cuenta de que la figura era una L. A continuación una A. LAUDATE EUM (Alabad al Señor). Pasó la mano por todo el contorno, pero sus dedos no tropezaron con otra cosa que esas palabras. Probablemente algún misionero, en esta misma mazmorra, quiso dejarlas talladas en la pared, en latín para ayuda de los que le siguieran. Un cosa era cierta: aquel misionero mientras estuvo aquí, no pudo apostatar, imposible. Su corazón estaba ardiendo en fe. Se sintió tan conmovido con esto que, solo y entre tinieblas como estaba, le entraron de repente ganas de llorar. Sintió en su interior que, misteriosamente, alguien lo estaba protegiendo hasta el final.

Ahora era ya noche cerrada, pero no sabía la hora. Después de pasearlo por las calles y de traerlo al palacio del gobernador, el intérprete y otros funcionarios

desconocidos le estuvieron repitiendo el interrogatorio de siempre: que de dónde había venido; a qué organización pertenecía; cuántos misioneros había en Macao. Sin embargo, ya no trataron de hacerle apostatar. El intérprete mismo era un ser distinto del de momentos antes; se limitaba a traducir con un gesto aséptico y protocolario lo que decían los oficiales. Otros funcionarios tomaban acta en grandes pliegos de papel. Terminado este absurdo interrogatorio le habían traído a esta celda.

LAUDATE EUM... Apretaba el rostro contra la pared y como de costumbre se dibujaba en su interior el rostro de aquel hombre. Desde hacía tiempo tenía la costumbre de imaginar en sus momentos de soledad el rostro de Cristo, como el joven que viaja por rutas lejanas recrea en su imaginación el rostro de su mejor amigo. Pero desde que lo capturaron... Sobre todo en aquella mazmorra, aquella noche en que se oía rumor de follaje en los matorrales, sintió en el pecho una pasión nueva que le tatuó a fuego en los párpados, por dentro, el rostro de aquel hombre. Aun ahora, en las tinieblas, seguía teniendo ese rostro junto a sí. Es verdad que guardaba silencio, pero se le quedaba mirando con una mirada transida de ternura. Parecía querer decir: «Cuando tú sufres, yo sufro a tu lado. Estaré a tu lado hasta el final...».

Junto con aquel rostro le venía a la memoria Garpe. Pronto se volvería a encontrar con Garpe otra vez... De noche, más de una vez, había visto en sueños aquella cabeza negra que se hundía en el mar mientras iba persiguiendo al bote. Y cada vez que la veía sentía una vergüenza irreprimible por haber abandonado a los cristianos. A veces la vergüenza se le hacía insoportable y trataba de no pensar en ello.

Se oía lejano algo que parecía una voz. Algo como el gruñido de dos perros que se pelean. Aguzando el oído, la voz se desvaneció en seguida. Poco después volvió a oírse un rato largo. Instintivamente el padre se echó a reír en voz baja: había caído en la cuenta de que alguien estaba roncando. «El centinela se ha cargado de sake y ahora duerme como una cuba...». El ronquido se oía un rato, se cortaba de repente, ahora era alto, ahora bajo, sonaba como un pitido desafinado. Sin saber por qué, se le hacía insoportablemente grotesco que otro hombre estuviera roncando como si tal cosa, cuando en este antro de tinieblas, con sólo la muerte por delante, estaba él paladeando una angustia que le agarrotaba el pecho. ¿Por qué tendría la vida estas bromas pesadas? Se lo decía a sí mismo riendo otra vez por lo bajo.

«El intérprete pontificó que esta noche apostataría... Si supiera lo sobrado que ando de ánimos...». Al pensarlo, el padre separó un poco la cabeza de la pared e instintivamente se dibujó en su rostro una sonrisa. Le parecía tener ante los ojos la cara del guardia roncante, la imagen viva de la despreocupación. «Con ese ronquido, seguro que ni en sueños se le ocurre que me vaya a escapar...».

En realidad, a estas alturas no tenía la menor intención de huir. Empujó la puerta con las dos manos sólo por distraerse, pero por fuera habían apretado fuerte el cerrojo y la puerta no cedió lo más mínimo. En pura lógica era probable que la muerte

estuviera ya encima, pero, cosa extraña, no le causaba ninguna impresión.

Así era, la muerte se avecinaba. Cuando cesaba el ronquido le asediaba el silencio de la noche, un silencio al que tampoco faltaban sus pequeños rumores. Las tinieblas le llegaban al alma inesperadamente, cargadas del terror a la muerte, como pasa la brisa sobre el soto. Retorcía las manos y se ponía a gritar: «¡Eh...!, ¡eh...!». La angustia se replegaba como la marea en bajamar. Pero en seguida volvía a la carga. Hizo un esfuerzo heroico y trató de rezar. Sentía a ráfagas sobre el alma el rostro contorsionado de aquel hombre. Corría por él un sudor de sangre. Que aquel hombre, lo mismo que él, hubiera saboreado el terror a la muerte, ya no le daba ningún consuelo. Enjugándose la frente con la mano daba vueltas y más vueltas a aquel recinto estrecho tratando sólo de distraerse. Y no podía estar sin moverse.

Por fin oyó una voz de hombre a lo lejos. Aunque fuera el carcelero que viniera a darle tormento, todo era preferible a esta oscuridad fría como hoja de cuchillo. A toda prisa acercó su oído a la puerta tratando de captar algo.

La voz sonaba como si hostigasen a alguien. A los ultrajes se sumaba otra voz de súplica lastimera. La discusión se distanciaba; después volvía de nuevo a acercarse. Escuchando aquellas voces, se encontró pensando sin saber por qué en algo completamente distinto. Las tinieblas nos asustan —pensaba—, porque seguimos llevando dentro el terror instintivo del hombre primitivo, cuando aún no había antorchas. En esas extravagancias se ponía a pensar.

—¿Me oyes? Largo de aquí —uno de los guardias increpaba al intruso—. Vamos, no te pongas tonto...

El aludido gritaba lloriqueando:

—Soy cristiano. Dejadme ver al padre...

La voz le sonaba a conocida. Era la voz del Kichijirô.

—Dejadme ver al padre...

—Qué pelma de tipo. Oye, o te callas o te ganas un golpe.

—Pégueme, sí, pégueme...

Se trensaban las voces como cuerdas. Se les sumó otro hombre.

—¿Qué diablos pasa?

—Pues nada, ese tipo chalado... Ese pordiosero que lleva aquí desde ayer. Venga decir que es cristiano...

La voz de Kichijirô se creció de repente.

—Padre, la absolución. He venido detrás de usted a pedirle confesión. Déme la absolución, padre...

—Pero ¿qué dice este tipo? Te he dicho que no te pongas tonto...

El carcelero le dio un golpe y sonó como el chasquido de un árbol al quebrarse.

—Padre, la absolución...

El padre cerró fuerte los ojos y musitó entre dientes la fórmula de la absolución. Le

dejó mal sabor de boca en la lengua.

—Yo nací cobarde. Y los cobardes ni para morir valen. Y yo, ¿qué hago, qué hago?... Dios..., ¡para qué me habrá tocado a mí venir a este maldito mundo...!

Se cortaba la voz, como se corta a ráfagas el viento; después se alejó. De repente revivió en sus párpados la figura de Kichijirô al regresar a Goto, la popularidad que tenía entre los cristianos. De no haber persecución, seguro que la vida de ese hombre habría sido la de un cristiano simpático y divertido... «¡Para qué me habrá tocado venir a este maldito mundo...!» El padre se llevó los dedos a los oídos. Quería ahogar aquella voz que le sonaba como aullido de perro.

Hacía sólo un momento había mascullado entre dientes la fórmula de la absolución a Kichijirô, pero sentía que el perdón no le había salido del fondo del alma. Dijo la fórmula por pura obligación como sacerdote que era; por eso le quedaba todavía en la boca un regusto de cosas amargas. Aunque no conservase ya ningún resentimiento contra Kichijirô, guardaba profundamente cincelado en la memoria el olor del pescado seco que le había dado a comer para venderlo, el recuerdo de aquella sed abrasadora. Ya no sentía ira ni odio, pero hiciera lo que hiciera, no podía borrar de su corazón un sentimiento de desprecio. Y otra vez volvió a rumiar en su interior aquellas palabras de Cristo a Judas, palabras de desprecio también...

La verdad es que desde antiguo, siempre que leía la Biblia quedaba enzarzado en esas palabras sin llegar a convencerme en su interior. Y no eran sólo esas palabras, era todo el papel de Judas en la vida de aquel hombre. Nunca pudo saber en qué consistía exactamente. ¿Por qué aquel hombre incluiría entre sus discípulos al que finalmente le iba a entregar? Conociendo al detalle las verdaderas intenciones de Judas, ¿por qué puso tanto tiempo cara de no enterado? ¿Qué sería entonces Judas? Un puro robot para llevar a aquel hombre a la cruz, ¿no es así?

Además... Además, si aquel hombre era la esencia misma del amor, ¿cómo iba a deshacerse al final de Judas? ¿Lo iba a dejar abandonado en esa situación, colgando de un árbol «en el campo de sangre», hundiéndose para siempre en las tinieblas?

Ya en sus años de teología y también después de ordenarse, le venían esas dudas a la conciencia como afloran en la ciénaga las burbujas de agua corrompida. Entonces no vio en esas burbujas nada que empañase el brillo de su fe, pero ahora le acuciaban con una insistencia que no podía soslayar. Sacudió la cabeza y suspiró. Tenía que estar cerca el juicio final. No le era dado al hombre comprender los misterios de la Escritura, y aquí estaba él tratando de penetrarlos, queriendo penetrarlos hasta lo último. «Esta noche usted apostatará. No lo dude», le había dicho el intérprete con plena seguridad. Exactamente lo que aquel hombre dijo a Pedro: «Esta noche, antes de que el gallo cante, me negarás tres veces». Quedaba mucho para el amanecer, no era todavía hora de que cantase el gallo.

Vaya, vuelta otra vez el ronquido. El mismo ruido de una rueda de molino

accionada por el viento. Sentado en el suelo empapado en orina, el padre se reía como un idiota. ¡Qué cosa más extraña es el hombre...! Ahí tienes ese ronquido estúpido que cambia de chillón a grave. Un pobre diablo ignorante que no siente el terror de la muerte. Ahí lo tienes, capaz de dormir como un cerdo, roncando con la boca bien abierta. Era como si estuviera viendo la cara del guardia profundamente dormido: repleto de sake, gordo y bien comido, la personificación de la buena salud... Y sin embargo, para los reos, sería un rostro terriblemente cruel. Nada de una crueldad aristocrática. La crueldad del guardia era la que tiene el plebeyo con el ganado y con los animales inferiores a él. Esa crueldad la conocía muy bien porque ese tipo de gente pudo verlo muchas veces por los pueblos de Portugal. Lo mismo que ellos, este guardia ni por asomo piensa en el sufrimiento que va a causar a los demás. También a aquel hombre... —el hombre en que cristaliza lo que hay de mejor y más bello en los sueños de los hombres—, también a él lo degollaron tipos de esa estofa.

Se le estaba haciendo irritante la presencia de ese ruido grosero, desafinado, en esta noche, la más crucial de su vida. Llegaba hasta a parecerle que tomaban a chacota su propia vida. Cuando cesó la befa empezó a aporrear la pared con el puño. Los guardias no se levantaban. Lo mismo que los discípulos en el huerto de Getsemaní, que estaban profundamente dormidos, ajenos a la agonía de aquel hombre. Volvió otra vez a aporrear violentamente en la pared.

Esta vez se oyó el ruido del cerrojo al descorrerse. Alguien se acercaba desde lejos a paso rápido.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa, padre?

Era el intérprete. La voz del gato que juega con su presa...

—Asustado, ¿verdad? Vamos, vamos... No tiene usted por qué seguir emperrándose. Diga usted una palabra: «apostato» y todo se suavizará. Esa tensión acumulada que usted tiene, ¡hala...!, se relaja, y todo se vuelve suave..., suave..., suave...

—A mí, lo único..., ese ronquido... —respondió el padre desde la oscuridad.

Enmudeció de pronto el intérprete como si la sorpresa le hubiera dejado sin palabra.

—A eso lo llama ronquido... ¿Lo oye, honorable Sawano? El padre dice que eso es un ronquido...

El padre no sabía que Ferreira estaba detrás del intérprete.

—Honorable Sawano, ande, explíquesele al padre.

Aquella voz que años atrás escuchara el padre día tras día, sonó por fin débil y triste.

—No es un ronquido. Es el estertor de los cristianos que cuelgan de la fosa...

Ferreira seguía acurrucado como una fiera decrepita, sin hacer el menor movimiento. El intérprete, intérprete al fin, pegó el oído a la puerta cerrada a cal y

canto con cerrojo y estuvo largo rato a la escucha de lo que pasaba dentro. Tras mucho esperar seguía sin oírse nada.

—Caramba, no creo que se haya muerto... —comentó.

Se le veía intranquilo y la voz le salía ronca. Después chasqueando la lengua:

—No, no... A los cristianos les está prohibido quitarse con sus manos la vida que les da Deus. Honorable Sawano, lo que queda es cosa de usted.

Se dio media vuelta y desapareció en las tinieblas entre un ruido de pisadas. El eco de las pisadas se había extinguido por completo y Ferreira seguía en silencio, acurrucado e inmóvil. Sentía alzarse el cuerpo de Ferreira como si fuera un fantasma. Delgado como una hoja de papel, pequeño como el cuerpo de un niño. Le parecía que hasta podría atenazarlo en la palma de la mano...

—Oiga... —Ferreira acercó sus labios a la puerta—. Oiga, ¿me escucha?

Al no obtener respuesta volvió a repetir las mismas palabras.

—Mire, en alguna parte de la pared, tienen que estar las palabras que yo grabé: «*Laúdate Eum*». Si no han desaparecido estarán en la pared de la derecha... Sí, eso es, hacia la mitad. ¿Quiere tantear a ver?

Del interior, sin embargo, no salió un atisbo de respuesta. Como si en la celda en que estaba encerrado el padre, se condensase la oscuridad y no hubiera modo de horadarla.

—Yo también estuve ahí como usted —siguió Ferreira recalcando cada palabra—. Yo también estuve ahí encerrado como usted. La noche más fría y oscura de mi vida...

El padre, sacerdote al fin, oía entre sueños la confesión del anciano, sin cambiar de postura, la cabeza fuertemente apretada contra la pared. Sin que el viejo se lo dijera, sabía él más que de sobra lo negra que había sido aquella noche. Por eso mismo estaba alerta a la tentación de Ferreira... Ferreira quería ganarse su simpatía, subrayando que a él también lo habían encerrado en las mismas tinieblas. No podía dejarse vencer por esa tentación...

—Yo también oí esa voz, el gemido de esos hombres colgados de la fosa...

No había terminado Ferreira de hablar y otra vez llegó a sus oídos, ahora agudo, ahora grave, aquello que parecía un ronquido. Pero no, aquello nada tenía de ronquido. El padre lo vio ahora con toda claridad. Era el gemido, el estertor agotado, de unos hombres colgados cabeza abajo sobre la fosa. Mientras él se acurrucaba en las tinieblas, había alguien que gemía, que echaba sangre por la nariz y por la boca. Y él se había estado riendo sin notarlo siquiera, sin rezar siquiera...

La cabeza del padre dejó de regir. Le había parecido una voz grotesca y hasta se había reído a carcajadas... Había creído hasta con orgullo que esta noche quien sufría como había sufrido aquel hombre era él. Y sin embargo, allí a dos pasos había seres padeciendo por aquel hombre mucho más que él. ¿Cómo es posible semejante

absurdo? Sentía en la cabeza el susurro continuo de una voz que no era la suya: «Y, ¿tú eres el padre? ¿Tú el que tienes que cargar con el dolor de los demás?». Le entraban ganas de gritar: «Señor, ¿por qué?, ¿por qué hasta este instante te has estado burlando de mí?».

—«Laúdате Eum»... Estoy seguro de que lo grabé en la pared —volvió a repetir Ferreira—. ¿No encuentra las letras? Mire a ver...

—Ya las he visto —gritó por vez primera arrebatado por la cólera—. Cállese usted de una vez. Usted no tiene ningún derecho a mentar esas palabras.

—Ningún derecho. Así es, ningún derecho. Después de toda una noche escuchando esos gemidos, ya no puede seguir alabando al Señor... Si yo apostaté no fue porque me colgasen de la fosa. Tres días, aquí donde me ve, tres días colgando cabeza abajo de una fosa repleta de excrementos... y no se me escapó una sola palabra que traicionase a Dios. —Ferreira alzaba la voz como un aullido—. Si yo apostaté..., ¿se lo digo? Óigalo bien claro. Apostaté porque después del tormento me trajeron aquí y escuché los gemidos de esa pobre gente y Dios no hizo nada por ellos. Le recé a Dios como un desesperado, pero Dios no hizo nada por ellos.

—Cállese de una vez.

—Sí, usted rece, rece... Esos cristianos saborean ahora una agonía insoportable que personas como usted ni siquiera sospechan. Desde ayer. Todo este rato. Ahora, en este mismo momento. ¿Por qué van a tener ellos que sufrir así? Y sin embargo, usted no hace nada por ellos, ¿no es así?

El padre sacudía la cabeza como enloquecido, tapándose los oídos con los dedos. Pero sin darle un respiro esos oídos le seguían filtrando la voz de Ferreira, el estertor de los cristianos... «¡Dejadme...! ¡Dejadme...! Señor, ahora es el momento de romper tu silencio. Ya no puedes seguir callado. Demuestra que eres justo, que eres bueno, el mismo amor personificado; tienes que decir algo, algo que haga ver a los hombres de este mundo que existes, sin asomo de duda».

Le cruzó el corazón una sombra gigantesca como la del pájaro que pasa rozando el mástil. Y esa ala era portadora de muchos recuerdos, de tantas muertes de cristianos... También entonces Dios guardó silencio. Lo mismo que guardó silencio en el mar empañado de llovizna. Lo mismo que no dijo palabra cuando asesinaron al tuerto en aquel patio en que caía el sol a plomo. Sin embargo entonces, aún podía seguir él aguantando. Aguantar no era la palabra, mantener a raya lo más lejos posible estas dudas espantosas, tratar de no encararse con ellas. Pero ahora era ya algo distinto. Ahora, ese estertor era una acusación a Dios: «¿Por qué tú no dices nunca nada?».

—Sobre una fosa cuelgan ahora en el patio cabeza abajo tres pobres campesinos —masculló Ferreira con un dejo de tristeza—. Todo el tiempo colgados desde que usted llegó...

El viejo no estaba mintiendo. Aguzando el oído, aquel gemido, que sonaba como si fuera uno solo, aparecía de repente diferenciado. No era una sola voz, primero aguda, después grave. Se entrecruzaban dos voces, una aguda y una grave, pero venían de direcciones distintas.

—La noche que me trajeron aquí, había cinco hombres colgando de la fosa. Cinco gemidos que se trenzaban en el viento y llegaban a mis oídos. El oficial me dijo: «Si usted apostata, los retiramos inmediatamente de la fosa, les quitamos las ataduras y les aplicamos medicamentos». Yo le respondí: «¿Por qué no apostatan ellos?». Me explicó riendo: «¿Apostatar? Han dicho que apostatan cientos de veces, pero mientras no apostate usted no se puede hacer nada por esos campesinos».

—Usted —el padre lo dijo a punto de llorar—, usted lo que tenía que haber hecho era rezar...

—Y recé, vaya si recé. Estuve largo rato rezando. Pero mi oración tampoco aliviaba la tortura de aquellos pobres. Tenían abierto un pequeño orificio detrás de la oreja. De allí y de la nariz y de la boca les iba manando la sangre gota a gota. Conocía muy bien ese sufrimiento. Lo había saboreado en mi propio cuerpo. Y la oración no era capaz de aliviar esa tortura.

El padre lo recordó muy bien. Recordó con toda claridad aquella cicatriz en el parietal, justo detrás de la oreja, rugosa como una quemadura, la primera vez que habló con Ferreira en Saishójo. Sintió resucitar en sus párpados el color cárdeno de aquella cicatriz. Daba cabezazos contra la pared tratando de ahuyentar el fantasma.

—Esos hombres tendrán un cielo eterno por lo que han sufrido en este mundo...

—Deje de engañarse a sí mismo —contestó Ferreira todo suavidad—. No trate de disimular su cobardía con palabras bonitas...

—¿Mi cobardía? —el padre negó con la cabeza, pero era un gesto vacío, sin fe en sí mismo—. No he actuado así por cobardía. Fue porque creía en la salvación de esos hombres.

—Usted mira más por sí mismo que por ellos. Por lo menos, le importa más su propia salvación que la de ellos.

Si usted dice una palabra: «apostato», a esos hombres los retiran de la fosa, se termina su agonía. Sin embargo, no apostata. Es que tiene miedo, miedo a traicionar a la iglesia para ayudarles a ellos, miedo a ser la deshonra de la iglesia lo mismo que yo...

Lo dijo de una vez, como con ira. Después poco a poco su voz se fue debilitando:

—A mí me pasaba lo mismo. Aquella noche negra y fría me pasaba lo mismo que a usted ahora. Pero, ¿es eso practicar el amor? El sacerdote dice que quiere vivir imitando a Cristo. Pues si Cristo estuviera aquí...

Ferreira guardó silencio un instante. En seguida, con voz clara e intensa:

—Estoy totalmente seguro. Cristo apostataría por amor a ellos.

Poco a poco la noche había empezado a clarear. Una débil luz blanquecina comenzaba a filtrarse en la celda hasta ahora petrificada en tinieblas.

—Eso no puede ser verdad. —El padre se había tapado la cara con las manos y la voz se le filtraba entre los dedos, distorsionada—. No puede ser verdad.

—Cristo apostataría. Lo haría por amor. Anulándose totalmente a sí mismo.

—No me siga martirizando más. Váyase, se lo suplico. Lejos, váyase lejos.

Lo dijo a gritos, llorando. El cerrojo se descorrió con un ruido sordo. Se abrió la puerta. Por la puerta abierta entró en tromba la blanca luz de la mañana.

—Vámonos... —Ferreira puso cariñosamente la mano en el hombro del padre—. Vas a dar la prueba de amor más dolorosa que nadie haya dado jamás...

El padre arrastraba las piernas, tambaleándose. Caminaba paso a paso como si llevara grilletes de plomo en los pies, y Ferreira le iba llevando por detrás. En la pálida luz del amanecer la galería seguía rectilínea, sin fin... Y al otro extremo guardaban en pie dos oficiales y el intérprete, los tres como tres monigotes negros.

—¿Honorable Sawano? Todo terminado, ¿verdad? ¿Ponemos a punto el «fumie»? Sí, sí... al gobernador se lo podemos decir después.

El intérprete llevaba una arqueta, abrazándose a ella para no dejarla caer. La colocó en el suelo y alzó la tapa. Del interior sacó una placa grande de madera.

Ferreira susurró dulcemente al oído del padre las mismas palabras que le había dicho momentos antes:

—Vas a dar la mayor prueba de amor que nadie haya dado jamás... Los jefes de la iglesia te condenarán. Lo mismo que me han condenado a mí, a ti también te perseguirán. Pero hay cosas mayores que la iglesia, mayores que la misión, lo que tú vas a hacer ahora...

El «fumie» estaba ya a sus pies: un tosco medallón de cobre incrustado en una tabla grisácea, sucia, de vetas ligeramente onduladas. Un Cristo de rostro repelente, demacrados los brazos en cruz, coronado de espinas. Amarillenta y turbia, la mirada del padre se posó en silencio sobre el rostro de aquel hombre, la primera vez que se veían desde que había llegado a este país.

—Vamos —le animó Ferreira—. Tienes que ser valiente...

«Señor..., tanto y tanto tiempo soñando con tu rostro. Tanto que no puedo contarlo. Sobre todo desde que llegué al Japón lo habré hecho decenas de veces: cuando estaba escondido en las montañas de Tomogi, cuando crucé en bote el mar, vagabundo después por los montes, aquella noche en el calabozo... Cada vez que oraba, soñaba en tu rostro orante, cuando me sentía solo, en tu rostro bendiciéndome, el día en que me arrestaron, resucitó en mí tu rostro con la cruz a cuestas... Este rostro tuyo que llevo tallado a cincel en el alma, que ha vivido en mi corazón como lo más bello, como el mayor tesoro que tengo en el mundo... Y ese rostro, yo, ahora, con estos pies míos, voy a pisotearlo...».

La pálida luz del alba. La luz que daba en aquel cuello desnudo como el cuello de un gallo, en los huesudos hombros. El padre levantó el «fumie» con las dos manos, se lo llevó a la cara. Quería apretar contra su rostro aquel rostro pisoteado por tantos hombres... Y el hombre que estaba en el «fumie», así como estaba, gastado, horadado por tanto pisotones, se le quedó mirando con unos ojos transidos de tristeza, unos ojos en los que iba a saltar una lágrima...

—Dios mío... —el padre se estremeció— ¡cómo me duele...!

El intérprete le acuciaba excitado:

—Vamos, si es sólo una pequeña formalidad..., ¿qué más da una cosa que otra? Pise por pura fórmula y ya está.

Levantó el pie. Le dolía con un dolor sordo, pesado... Esto era más que una fórmula. Él, en este momento, estaba a punto de pisotear lo que había soñado de más bello en su vida, lo que había creído más puro, lo que llenaba el ideal y los sueños de los hombres...

—Písame... Yo he venido al mundo para que vosotros me piséis, he cargado con la cruz para compartir vuestro dolor...

Cuando el padre puso el pie sobre el «fumie» estaba naciendo la mañana. A lo lejos se oía cantar al gallo.

CAPÍTULO 9

ESE año llovió muy poco en el verano. En la calma absoluta de la tarde, la ciudad entera parecía un baño turco. Al atardecer la luz se reflejaba en la bahía y daba una sensación agobiante de sofoco. Iban ciudad adentro por las calles las carretas cargadas de sacos, destellándoles las ruedas, levantando una polvoreda blanca. El olor a boñiga lo apestaba todo.

A mediados de mes colgaron las linternas del alero de las casas. Los grandes almacenes lucían el mismo tipo de linternas y además faroles cúbicos con dibujos de flores pájaros e insectos. El sol no se había puesto todavía y los niños, impacientes, cantaban en procesión:

*Farola, farolita,
el que tire una piedra
se quedará sin mano...
Farola, farolita,
el que tire una piedra
se quedará sin mano...*

Apoyado en la ventana se puso a tararear la canción. Sin entender la letra, sentía un dejo de melancolía. Quizá fuera la canción misma, quizá su reacción personal al escucharla, ¿cómo saberlo?...

En la casa de enfrente una mujer, suelta la cabellera, extendía, en baldas cubiertas de jara seca, melocotones, azufaixas y vainas de soja. Las llamaban «baldas de los espíritus» y era una de las ceremonias acostumbradas en el país para agasajar a los espíritus de los antepasados cuando la noche del trece regresaban a sus hogares. Para él había perdido ya la novedad. En un diccionario japonés-holandés que le había dejado Ferreira, creía recordar que al festival del *obón* lo llamaban allí «hetsterffest».

Los niños que jugaban a hacer procesiones le vieron asomado a la rejilla y se pusieron a insultarle a coro: «Pablo el renegao, Pablo el renegao...». Hasta hubo alguno que hizo ademán de tirarle piedras.

—Pero, ¡qué niños tan malos...!

La mujer del pelo suelto se volvió hacia ellos riñéndoles y los niños escaparon a la carrera. Él los despidió con la mirada, sonriendo melancólicamente.

El padre pensó de repente en las noches de ánimas de los cristianos. La noche de ánimas en la iglesia católica venía a ser como el *obón*. Hasta el detalle de que en Lisboa encendían candelas en las ventanas de las casas se parecía mucho al *obón* de este país.

Su casa estaba en Sotouramachi. Una calleja estrecha y escarpada como tantas en Nagasaki, con las casas alineadas a ambos lados, como a horcajadas una sobre otra. En seguida, al fondo, estaba el barrio de caldereros, así llamado por vivir los caldereros en esa calle; y al terminar el día se oía el seco repiqueteo de los martillos. En dirección opuesta quedaba el barrio de los tintoreros y los días despejados flameaban al viento como banderas las piezas de tela teñidas. Todas las casas estaban techadas de tabla o paja, sólo algún comercio estaba recubierto de teja como en las lujosas avenidas que daban a Maruyama.

No le permitían salir a la calle a su antojo y sin permiso del gobernador. Su única distracción en los ratos libres era quedarse mirando a los peatones apoyado en la ventana. Por la mañana cruzaban camino de la ciudad las mujeres de Omura y de Isahaya con sus cestas de hortalizas a la cabeza. Al mediodía veía pasar a los arrieros —con taparrabos y cantando a todo pulmón—, tras las escuálidas cabalgaduras bien cargadas. Al anochecer iban los bonzos colina abajo haciendo sonar sus esquilas. Y él se comía con los ojos una a una todas estas escenas del Japón como si pensase en contárselas después a alguno de sus amigos de Portugal. Caía entonces de repente en la cuenta de que ya no volvería jamás a su tierra natal, y muy poco a poco se iba dibujando en su rostro una sonrisa amarga y resignada.

En tales ocasiones le hervía en el pecho la desesperación: «¿Por qué esto a mí?». No sabía si los misioneros de Macao y Goa se habrían enterado ya de su apostasía. Pero muy probablemente los comerciantes holandeses, a quienes se permitía residir en Dejima, junto a Nagasaki, habrían llevado ya la noticia hasta el mismo Macao y a estas horas habría sido expulsado de su orden misionera. Y no sólo eso, quizá había sido despojado de sus derechos como sacerdote y lo miraría el clero como una lacra de la que había que avergonzarse. «Pero, ¿a qué viene eso? ¿Qué significa eso? El único que me puede juzgar por dentro es el Señor, no son mis compañeros...». Se lo decía a sí mismo, mordiéndose los labios, sacudiendo la cabeza.

Y sin embargo, a veces a media noche, el fantasma de sus compañeros le desvelaba de repente y sentía sus uñas afiladas arándole el pecho por dentro. Entonces se le escapaba un alarido y saltaba de la cama. Tenía ante sus ojos un cuadro de la inquisición, la escena del juicio final que describe la Apocalipsis.

«¿Lo podréis entender? Sí, vosotros, los superiores de Europa y de Macao...» —y en las tinieblas se volvía a sus compañeros abogando por su propia causa—.

«Vosotros vivís tan felices misionando en sitios tranquilos y seguros, en sitios en que no azota asoladora la tormenta de la persecución, de las torturas... Os quedáis en la otra orilla y la gente os venera como a ministros de Dios fuera de serie... Generales que mandan a la tropa a un frente de combate y se quedan en la tienda de campaña al amor de la lumbre, eso sois vosotros. Y, ¿cómo pueden esos generales censurar a un soldado que ha caído prisionero? Pero no. Todo esto son excusas tontas. Me estoy engañando a mí mismo» —se repetía negando lánguidamente con la cabeza—. «¿Por qué estas disculpas degradantes? He apostatado, de acuerdo. Y sin embargo, Señor, tú sabes muy bien, tú lo sabes, que yo no he renunciado a mi fe. El clero se estará preguntando por qué he apostatado. ¿Porque me aterraba el tormento de la fosa? Pues sí, eso es. ¿Porque no pude soportar los gemidos de los campesinos colgados de la fosa? Eso es. ¿Porque cedí a la tentación de Ferreira y pensé que si yo apostataba, aquellos pobres campesinos se salvarían? Exacto, eso es. Claro que a lo mejor ese ceder por amor era sólo una excusa para justificar mi propia debilidad...».

«Lo anterior lo reconozco todo. Renuncio ya a encubrir mis muchas debilidades. Después de todo sería cosa de ver qué diferencia hay entre Kichijirô y yo. Y sin embargo hay algo más definitivo todavía, y es que me he convencido de que el Dios que predica el clero en las iglesias y mi propio Dios son dos seres distintos».

Le había quedado tatuado a fuego en sus párpados el recuerdo de aquel «fumie», aquella placa de madera que el intérprete le había puesto a los pies. Incrustado en ella un medallón de cobre y cincelado el rostro de aquel hombre, reproducción del artista japonés. Era totalmente distinto del rostro de Cristo que estaba acostumbrado a ver cientos de veces en Portugal y en Roma, en Goa y en Macao. No era un rostro que irradiase majestad y altivez, ni tampoco un rostro bello, agobiado de sufrimientos. Tampoco era el rostro rebosante de energía, inaccesible a toda la tentación. El rostro que tenía a sus pies era un rostro demacrado, hundido, agotado de cansancio. Eran muchos los japoneses que le habían puesto el pie encima y en la tabla alrededor del medallón quedaba la huella ennegrecida de los pulgares. De pisada que estaba, la misma cara había quedado desgastada y comida. Y esa cara comida se le había quedado mirando con unos ojos doloridos, unos ojos que eran una súplica: «Písame, písame... Si yo estoy en el mundo, es para que vosotros me piséis...».

Recibía todos los días visita de inspección del «otoña» y concejales del barrio. El «otoña» era el representante del distrito. De ordinario una vez al mes le mudaban la ropa y lo acompañaban al palacio del gobernador.

A veces también, por medio del «otoña», recibía una citación de los funcionarios. En una cámara de palacio le ponían delante un objeto imposible de catalogar para ellos y su misión consistía en aclararles si ese objeto tenía algo que ver con los cristianos. Entre los artículos que traían los extranjeros de Macao había infinidad de cosas raras y era él o Ferreira, uno de los dos, el que podía dictaminar en seguida si

estaban entre los objetos cristianos prohibidos. Cuando terminaba su trabajo le daban en palacio dulces y dinero en pago de sus servicios.

Siempre que iba a Motohakata, el palacio del gobernador, el intérprete y los oficiales le recibían con toda la cortesía. Jamás recibió una humillación ni un maltrato como si fuera un malhechor. El intérprete adoptaba la pose perfecta del que se ha olvidado por completo de su pasado. Y el padre, muy en su papel, le obsequiaba con una sonrisa como si nada hubiera sucedido. Pero esos recuerdos que ambos evitaban tocar, desde el preciso instante en que ponía el pie en palacio, eran para él una tortura interior, algo así como si le aplicasen un hierro candente en el corazón. Lo que más le mortificaba era que le hicieran atravesar la antecámara. Porque desde allí se veía a cierta distancia del patio una galería oscura, y allí fue donde una pálida mañana caminó él tambaleándose, dejándose llevar en brazos de Ferreira. Por eso torcía la vista azorado.

A Ferreira tampoco le podía ver a discreción. Lo tenía prohibido. Sabía que vivía en Teremachi, cerca de Saishóji, pero no le permitían ni visitarle ni recibir visitas. La única ocasión en que se veían la cara era cuando acudían al palacio del gobierno escoltados por el «otoña». Los dos, Ferreira y él, tenían que ponerse el quimono que recibían de palacio y sólo intercambiaban un breve saludo en un japonés mal hablado para que el «otoña» pudiera también enterarse. En palacio hacía un esfuerzo por mostrarse extremadamente abierto con él, pero le era imposible formular en palabras los sentimientos que Ferreira le suscitaba. Se mezclaba en ellos todo lo que siente un hombre por otro hombre. Ferreira y el padre se odiaban, se despreciaban mutuamente. Y él por lo menos, si odiaba a Ferreira no era porque le hubiera inducido a apostar — eso ya no le causaba ni rencor ni indignación—, era porque en Ferreira podía ver en carne viva la deformidad de sus propias heridas. Allí estaba Ferreira sentado ante sus ojos, un suplicio para la vista, el suplicio de una persona deforme que ve su propio rostro en el espejo. Ferreira lo mismo que él, forzado a vestir a la japonesa, forzado a hablar en japonés. Ferreira lo mismo que él expulsado de la iglesia.

—Jajajajaaa... —Ferreira tenía siempre a punto aquella sonrisa servil cuando se trataba con los funcionarios—. ¿Con que Lucock, el de la firma holandesa, se ha presentado ya en Edo? El mes pasado cuando estuve en Dejima, eso me dijeron...

Se quedaba contemplando en silencio a Ferreira, sus ojos hundidos, su voz aguardentosa, sus hombros huesudos. El sol le estaba dando en los hombros. La primera vez que le encontró en Saishóji, también daba el sol en esos hombros. Pero no era sólo odio y desprecio lo que sentía por Ferreira. Sentía además compasión, una compasión mezcla de solidaridad con el compañero de destino y de piedad consigo mismo. «Parecemos dos gemelos siameses...», pensó de repente mientras clavaba sus ojos en la espalda de Ferreira, «dos gemelos que se odian por su deformidad, que se desprecian, pero que no pueden separarse. Eso somos él y yo...».

Los asuntos de palacio solían terminar al atardecer. Los murciélagos pasaban entre el portalón y los árboles en vuelo rasante y revoloteaban en el cielo de púrpura apagada.

Sus respectivos «otoñas» les hacían un gesto con los ojos y salían cada uno por su lado, uno por la derecha y otro por la izquierda, acompañando a estos extranjeros que tenían a su cargo. Mientras caminaba, el padre volvió la cabeza en silencio hacia Ferreira. También Ferreira se volvió hacia él. Hasta el mes siguiente ya no volverían a verse y cuando se vieran, ninguna de los dos podría tampoco calar la hondura de la soledad del otro.

Del diario de Jonassen, agente de una firma holandesa en Dejima, Nagasaki.

Julio 1644 (1^{er} año de Shohó, sexto mes)^[14]

3 de julio. Salen tres juncos chinos del puerto. He conseguido permiso para que el Lillo leve anclas el 5; así que mañana cargaremos a bordo plata, material de guerra y carga general. Habrá que ultimar todos los preparativos.

8 de julio. Están cerrados los tratos con los comerciantes, cambistas, propietarios y Shiroemon-dono. Por orden del director de la firma he hecho unos cuantos pedidos al objeto de que esté a punto para el próximo viaje la mercancía destinada a Holanda, la costa de Coromandel y Siam.

9 de julio. Se descubrió una imagen de la Virgen en la casa de un ciudadano de esta región y en consecuencia la familia entera fue inmediatamente encarcelada y sometida a interrogatorio. Como resultado se dio con el paradero del vendedor y se le sometió a un escrutinio minucioso. Al interrogatorio asistieron el apóstata padre Sawano Chuan y el portugués, también apóstata, padre Rodrigo.

Hace tres meses se descubrió en casa de un ciudadano la medalla de un apóstol cincelada en un penique. Se arrestó a toda la familia y se les sometió a tortura para que apostataran, pero por lo visto se negaron en absoluto a apostatar. El apóstata portugués padre Rodrigo que asistía al interrogatorio, intercedió insistentemente ante el magistrado para salvarles la vida, pero no atendieron a sus ruegos y fueron sentenciados a pena capital. Al matrimonio y a los dos hijos les afeitaron media cabeza y por lo visto los estuvieron paseando cuatro días por la ciudad montados en jamelgos. Al padre y a la madre los ajusticiaron el otro día colgándolos cabeza abajo. A los hijos los hicieron presenciar la ejecución y después los devolvieron a la cárcel.

Al atardecer tomó puerto un junco chino. Trae una carga de azúcar, porcelana y algunos tejidos de seda.

1 de agosto. Llega un junco chino de Fuchow con carga general. Hacia las diez, el vigía de turno avistó un velero a unas seis millas de la rada de Nagasaki.

2 de agosto. Por la mañana, manos a la obra y descargamos el barco que llegó ayer. Hemos adelantado mucho trabajo. Al mediodía se presentó en mi oficina el primer secretario del magistrado con unos ayudantes y un intérprete en el grupo. Me interrogaron durante dos horas. El motivo era que el apóstata Sawano Chuan, que vive en Nagasaki, y el portugués apóstata padre Rodrigo les habían hablado de la decisión tomada en Macao de enviar al Japón padres de la India en barcos holandeses. En opinión de Ferreira, los padres van a seguir este sistema: entrarán al servicio de los holandeses, se encargarán en los barcos de los oficios más humildes y así entrarán de incógnito en el país. El secretario nos avisó que si el plan se llevaba a cabo, la firma se vería en una situación muy comprometida y nos urgió suma vigilancia. Otra cosa además. Si cogían a uno de esos padres venidos al Japón en un barco holandés, tratando de volver en otro barco nuestro, porque la estricta vigilancia que había no le dejaba entrar de incógnito, eso también sería catastrófico para los holandeses. De hecho los holandeses se confesaban siervos y vasallos del emperador y del Japón y, por tanto, tendrían que recibir el mismo castigo que los japoneses. Eso me comunicó el secretario y me entregó de parte del gobernador un memorial en japonés que transcribo a continuación.

Traducción del memorial

El padre Sawano, arrestado el año pasado por el rey de Hakata, ha declarado ante el gobierno central en Edo, que también entre los holandeses y en Holanda misma existen muchos católicos romanos. Que en Cambodia los holandeses acuden a casa de los padres y confiesan ser de su misma religión. Que los padres han decidido entrar en Europa al servicio de la compañía naviera como empleados o marinos y desplazarse hasta Nagasaki en el Japón en los barcos de la compañía. El gobierno no lo podía creer y respondió que, como los portugueses y españoles eran enemigos a muerte de los holandeses, lo que Sawano probablemente pretendía con sus declaraciones era hacerlos caer en desgracia. Sawano Chuan replicó categóricamente que lo que él decía no eran puras palabras, que eran hechos. Por las susodichas razones el gobernador conmina enérgicamente al capitán para que se cerciore de que en su dotación no hay católicos romanos. Caso de haberlos deberá comunicarlo a las autoridades. Si en el futuro arribara al Japón en barcos holandeses algún católico romano y se viera que no había sido delatado, el capitán se vería en una situación muy comprometida.

3 de agosto. Al atardecer terminamos de cargar el barco antes citado. Hoy preguntó el gobernador si había algún artillero en ese barco que pudiera manejar morteros y envié al auxiliar administrativo Paulus Ver a que se informase, pero quedó claro que no había nadie. Informé en este sentido. El magistrado volvió a preguntar si no vendría alguien en los próximos barcos y ordenó que se le tuviera al tanto caso de

venir.

4 de agosto. Por la mañana vino al barco Honjo-dono, caballero de alto rango en el gobierno e inspeccionó escrupulosamente hasta las cajas que había en los rincones. Pesquisas tan severas son consecuencia de haber delatado los ex padres que hay en Nagasaki al gobierno central que entre los holandeses hay católicos romanos y que los traen aquí barcos holandeses. Explicaron a los oficiales del barco que, de no haber sido por estas nuevas sospechas, la inspección habría sido más benigna que el año pasado. Cediendo a sus instancias me fui al barco y en su presencia hice ver a la tripulación que si tenían algún objeto de culto católico que lo debían entregar, que no serían castigados. Todos a una respondieron que no tenían nada, y entonces di lectura al decreto que obligaba a todo miembro de la dotación. Honjo-dono quiso saber el contenido de mi arenga, se lo dije con todo detalle y regresaron a tierra asegurándome que en su informe tratarían de tranquilizar al gobernador.

Al atardecer llegó un junco chino de Nanking. Su carga principal: gloria, raso, crespón de seda y otros tejidos tasados en 80 *kan*. Además traía azúcar y carga general.

7 de agosto. A los dos hijos del matrimonio cuya ejecución mencioné anteriormente, los ataron hoy a un tercer reo y montados en jamelgos los llevaron al lugar de la ejecución donde los decapitaron.

1645 (noviembre y diciembre del segundo año de Shójo).

Llega de Nanking un junco chino con seda en bruto, gloria, raso, brocado de oro, damasco y otros géneros, una carga de 800 a 900 *kan*. Comunica que dentro de mes y medio o dos meses vendrán tres o cuatro juncos más con mucha carga. Que si pagan al administrador de la región de 100 a 600 taeles, según la carga, tienen plena libertad para viajar a Japón.

16 de noviembre. Llega un pequeño de Changchew con tela de lino, alumbre y cerámica con otros productos. Algo más de dos cofres de carga.

29 de noviembre. Por la mañana vienen a la firma dos intérpretes, mandados por el magistrado y me enseñan una estampa de María con la siguiente inscripción en holandés: «Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú entre las mujeres». (Le 1,25). La habían recibido de un bonzo de cerca de Shimonoseki y querían saber, primero qué idioma era, y además qué significaba la inscripción. Los apóstatas portugueses Rodrigo y Sawano Chuan decían que, como no era latín, portugués ni italiano, ellos no sabían lo que decía. Se trataba del avemaría en holandés y la había imprimido un flamenco. Los flamencos hablan nuestro mismo idioma. No cabe duda de que la estampa vino en uno de nuestros barcos; pero hasta que no me lo pregunten pienso callarlo. En lo del idioma me temí que el padre Rodrigo y Sawano Chuan se lo habrían indicado ya, y preferí dejar en

claro toda la verdad.

30 de noviembre. Tiempo despejado. Muy de mañana llevo a bordo el pinzote del timón y la pólvora y termino con lo que quedaba por cargar. Al mediodía fui al barco, pasé lista a la tripulación y les entregué sus papeles. Después volví a la firma y di un banquete a Bonjoy y su grupo. Antes de anochecer cambió el viento a noroeste y el Overschie no izó velas.

5 de diciembre. Al mediodía vino un intérprete preguntando por nuestras fuentes de abastecimiento y le respondí que nos abastecíamos casi exclusivamente de China y Holanda. Quería saber si crearía problemas cortar el acceso a los chinos.

Yo, desde que vine al Japón, he estado tratando de informarme sobre casos de padres apóstatas. Hubo un japonés, Tomás Araki, que residió en Roma largo tiempo y hasta sirvió en la corte papal. Ya en anteriores ocasiones había confesado que era cristiano, pero el magistrado lo había dejado en paz, pensando que eran chocheches de viejo. Tiempo después lo colgaron día y noche de la fosa y apostató, pero murió sin renunciar a la fe en su corazón. Actualmente sólo hay vivos dos apóstatas, uno es el portugués Chuan, provincial que fue de los jesuitas del Japón, personaje siniestro. El otro es el padre Rodrigo, portugués nacido en Lisboa. También este pisó el «fumie» en el palacio del magistrado. En la actualidad los dos viven en Nagasaki.

9 de diciembre. Presenté a Saburózaemon-dono un estuche con diversos ungüentos y medicinas, igual a los ofrecidos al emperador y a Chikugo-dono, y lo aceptó de muy buen grado. Por lo que me dicen, el magistrado quedó muy satisfecho de que incluyera un catálogo con las propiedades de cada uno de los específicos escrito en japonés. Al anochecer entra en puerto un barco de Fuchow.

15 de diciembre. Zarpan 5 juncos chinos.

18 de diciembre. Zarpan 4 juncos chinos. Cuatro o cinco marineros de un junto de Nanking pidieron permiso para ir a Tonkín o Cochín en otro junco chino, pero el magistrado no otorgó el permiso.

Un cabeza de familia de esta isla ha oído que el apóstata Chuan ha redactado un documento con diversos puntos que afectan a portugueses y holandeses y que pronto va a mandarlo a la corte imperial. Con tal de que no nos cree problemas a la firma, hasta me alegraría que muriera ese canalla que ya ni se acuerda de Dios. En fin, Dios nos defenderá de sus embustes. Por la tarde atracaron ante las oficinas de la firma dos barcos japoneses. Nosotros saldremos en uno y en el otro cargarán unos camellos. Al anochecer llegan a la oficina los intérpretes con los criados que nos van a acompañar en nuestro viaje a Kamigata. Uno de los criados es un lavandera que habla un poco de holandés, y yo había expuesto mi deseo de que por el momento hiciera el viaje con nosotros con categoría de cocinero, pero Dembe y Kichibe insistieron en que el gobernador había prohibido que nos acompañara en el viaje nadie que supiera holandés. Yo no los creí y supuse que me hacían la contra porque querían llevar los

negocios a su capricho. Les dije que a nosotros nos sobraba y bastaba con japonés y holandés, que de tener prevención contra algún idioma, ése sería el portugués y no el holandés. Católicos que hablaran holandés no había uno; que hablaran portugués, en cualquier momento se podrían contar con decenas.

23 de diciembre. Zarpa un junco pequeño de Fuchow. Al anochecer llegó a la rada un junco chino de gran tonelaje. Hacía viento contrario y durante la noche lo tuvieron que remolcar hasta Nagasaki con una flotilla de barcos a remo. Traía mucho personal a bordo, con mucha algarabía de tambores y flautines y un despliegue de gallardetes de seda. (Final del diario).

Primero de año. Grupos de paisanos recorren casa por casa las calles de Nagasaki. Van tocando entre golpes de gong y repiqueteo de tambor. Mujeres y niños salen a la puerta a darles sus ochavos. Es también el día en que los mendigos de Funatsu y Kakuibara se juntan en grupos de dos o tres, oculta la cabeza bajo el sombrero cónico y recorren las puertas cantando el «yaara».

2 de enero. En los comercios es el primer día de ventas y desde antes del amanecer están las tiendas engalanadas y con cortinas nuevas a la entrada. Los «tooragos», viajantes que venden babosas de mar, visitan las tiendas una por una.

3 de enero. El consejo de ancianos de cada ciudad va hoy a palacio a que se les entregue la placa del «fumie».

El rito del «fumie» empieza para el pueblo a partir del 4. Ese día los «otoña» y jefes de barrio de Edo, Imazakana, Funatsu, Fukuro, etc., reciben de palacio la placa del «fumie» y van casa por casa contrastando cada una con los datos del registro de «fumies» rituales. Casas y calles están limpias y barridas esperando en silencio que lleguen los «otoña» y los jefes de barrio. Por fin a lo lejos se oye la cantinela del pregonero: «Vayan saliendo...», y los miembros de la familia aguardan inmóviles, formando hilera, en la habitación inmediata a aquella en que tiene lugar un rito.

La longitud de la placa del «fumie» viene a ser de siete a ocho pulgadas, su anchura de cuatro a seis pulgadas, y en la placa está incrustada una imagen de la Virgen y el niño Jesús. Primero ha de pisar el padre de familia, después la madre y después los niños. A los bebés los hacen pisar su madre teniéndolos en brazos. Si hay enfermos, en presencia de los oficiales, acostados como están, se les aplica a los pies el «fumie».

El 4, recibió el padre una llamada repentina de palacio. Se presentó el intérprete con un palanquín. No hacía viento, pero el cielo estaba nuboso y plomizo, y el frío era bastante intenso. Quizá fuera por la ceremonia del «fumie», pero la calle estaba muerta, totalmente distinta de lo que había sido hasta ayer. En el palacio del gobernador, en Motohakata, le aguardaba en la sala de entrada transida de frío, un oficial vestido de gala.

—El señor gobernador le está esperando...

En la sala había un braserito de hierro y el señor de Chikugo esperaba sentado a la japonesa. Al oír rumor de pasos volvió la cabeza —aquellas orejas tan grandes...— y se quedó mirando al padre fijamente. Había en su rostro y sus labios un esbozo de sonrisa, pero sus ojos no reían.

—Se le saluda —dijo el señor de Chikugo en tono sosegado.

Desde su apostasía era la primera vez que se veía frente a frente con el magistrado. Sin embargo, ya no sentía ante este hombre la menor afrenta. Cuando luchaba, no era contra los japoneses representados en Inoue, luchaba contra su propia fe. Poco a poco lo había ido comprendiendo. Pero el señor de Chikugo jamás lo entendería...

—Cuánto tiempo sin vernos, ¿eh? —asintió el señor de Chikugo acercando ambas manos al brasero—. Supongo que estará usted completamente hecho a Nagasaki...

El gobernador le preguntó si tenía alguna queja. Le dijo también que si algo le incomodaba, no tenía más que decirlo en palacio sin ningún reparo. Se veía claro que el gobernador se esforzaba para no tocar el tema de su apostasía. ¿Sería por compasión? ¿O quizá la autosuficiencia que da el haber vencido? El padre de vez en cuando levantaba furtivamente la mirada y la fijaba en su rostro. Pero aquel rostro inexpresivo de anciano nada revelaba.

—Dentro de un mes se irá usted a Edo y se quedará a vivir allí. Ya está preparada la casa para el padre. Una casa en el barrio de Obinatachoo, donde vivía yo antes...

¿Lo había hecho a ciencia y conciencia? El señor de Chikugo había dicho «padre» y sintió que la palabra se le clavaba aguda en la piel.

—Además, ¿sabe? Como estará toda su vida en el Japón, será mejor que tome un nombre japonés. Por suerte acaba de morir un tal Okada San'emon. Cuando vaya a Edo puede tomar ese nombre sin más.

Todo esto lo decía el gobernador de un tirón, frotándose las manos sobre el brasero.

—El difunto deja mujer. Al padre, eso de vivir siempre solo toda la vida no le viene bien..., ¿qué tal le parece quedarse con su mujer?

El padre había estado escuchando con los ojos en tierra. Detrás de sus párpados, se perfilaba una pendiente. Y él iba resbalando ahora pendiente abajo... Inútil pretender resistir o detenerse. Que le dieran el nombre de un japonés le tenía sin cuidado, pero jamás pensó que le obligasen a casarse con su mujer.

—¿Qué le parece?

—Estoy de acuerdo.

El padre asintió encogiéndose de hombros. Se sintió de repente dominado por una mención mezcla del agotamiento y resignación al mismo tiempo. «Me basta que me comprendas tú, tú que sufriste todas las humillaciones... Aunque los fieles y el clero me miren como una lacra en la historia misionera, ya me da todo lo mismo».

—Seguro que se lo habré dicho ya alguna vez, ¿verdad? El cristianismo no se adapta al Japón. No hay modo de que el cristianismo eche raíces...

El padre recordó que Ferreira había usado las mismas palabras en Saishóji.

—No he sido yo el que ha vencido al padre, qué voy a ser yo... —el señor de Chikugo se quedó contemplando *fijamente* la ceniza del brasero—, lo ha vencido esta ciénaga que llaman Japón...

—Nada de eso —instintivamente el padre elevó la voz—. Toda mi lucha ha sido contra el cristianismo que me dictaba mi propio corazón.

—¿De veras? —El señor de Chikugo esbozó una sonrisa irónica—. Sí, ya me enteré que después de apostatar le contó usted a Ferreira que el Cristo del «fumie» le mandó que lo hiciera. Y eso, ¿qué quiere decir? Puras palabras para encubrir su flaqueza, ¿verdad? Yo, Inoue, sé muy bien que ésas no son palabras de un cristiano.

—El señor gobernador puede pensar lo que bien le parezca.

El padre puso las manos sobre sus rodillas y volvió la vista al suelo.

—A los demás los engañará usted, pero a mí no me engaña —prosiguió el señor de Chikugo fríamente—. Se lo pregunté a otro que era tan padre como usted: «¿Qué diferencia hay entre la misericordia de Buda y la misericordia de Deus? La criatura nada puede contra su propia debilidad y se abandona a la misericordia de Buda. En ese abandono está la salvación. Eso es lo que en este país predica». Y entonces el padre me contestó con toda la claridad: «Pues sí, la salvación no se gana con sólo abandonarse a Dios; el creyente además tiene que ser fuerte de espíritu». Ahora que lo pienso, veo que en esta ciénaga del Japón, usted, sin sentirlo, ha terminado deformando el cristianismo...

«El cristianismo no es lo que tú dices...», quiso gritar el padre. Pero sintió que dijera lo que dijera nadie, ni Inoue, ni el intérprete iban a comprenderle, y ese sentimiento le forzó a tragarse sus palabras. Escuchaba en silencio al gobernador con las manos en las rodillas, pestañeando sin cesar...

—El padre quizá no lo sepa pero en Goto e Ikitsuki quedan todavía muchos campesinos que creen en Cristo. Sin embargo, el gobierno no tiene interés en capturarlos.

—¿Por qué no? —preguntó el intérprete.

—Porque ya tienen cortadas las raíces. Si siguieran viniendo de occidente otros padres como el que está aquí presente, no nos quedaría más remedio que arrestar a los cristianos... —continuó el magistrado riéndose—, pero no hay cuidado. Y la razón de no arrestarlos es que al cortar las raíces, los brotes y las hojas decaen. Y la prueba está al canto: el Dios que adoran en secreto los campesinos de Goto e Ikitsuki y el Deus de los cristianos no se parecen en nada.

El padre levantó la cabeza y miró al rostro del señor de Chikugo. Había un esbozo de sonrisa en su cara y en su boca, pero sus ojos no reían.

—El cristianismo que trajeron los padres, aislado de sus fuentes, se irá convirtiendo en un cuerpo extraño...

El señor de Chikugo dejó escapar un suspiro. Un suspiro hondo, como si lo arrancase del fondo del alma.

—Así es el Japón. No hay nada que hacer, ¿verdad, padre?

Había sinceridad en aquel suspiro, toda una resignación dolorida.

El gobernador le regaló unos dulces, el padre dio cortésmente las gracias y se retiró junto con el intérprete. El cielo seguía como siempre, plomizo y nuboso. Hacía frío en la calle. Bajo aquel cielo plomizo y con el tranqueteo del palanquín se le iba la mirada absorta hacia el mar, un mar inmenso, del mismo color plomizo. Pronto lo enviarían a Edo. El señor de Chikugo le había dicho que tendría casa puesta, pero la verdad es que lo iban a internar en una cárcel para cristianos. Ya había oído hablar de ella. Y en esa cárcel pasaría toda su vida. Ya nunca volvería a cruzar aquel mar plomizo para volver a su tierra natal. Cuando estaba en Portugal solía pensar en ser misionero era hacerse por completo a este país. Quería venir al Japón, hacer la misma vida que un cristiano japonés. ¿Sí...? Pues eso sería, tenía ya el nombre de un japonés, Okada San'emon, se había hecho japonés... ¿Okada San'emon? Se echó a reír en voz baja. Así, a primera vista, el destino le había dado todo lo que había apetecido. Se lo había dado con regodeo, con ironía. Él, sacerdote, célibe de por vida, iba a tener esposa. «No es que me queje contra ti, Señor, no. Me río sólo del destino del hombre... Mi fe en ti es distinta de la que tenía antes, pero de veras que te sigo queriendo...».

* * *

Hasta el atardecer siguió apoyado en la ventana, contemplando a los niños. Los niños correteaban por la cuesta tirando del hilo de una cometa, pero no hacía viento y la cometa se arrastraba por el suelo. Al atardecer se hendieron un poco las nubes y se filtro un sol lánguido. Los niños cansados de jugar con la cometa se pasaban de mano en mano un pino de año nuevo atado a una caña de bambú y cantaban repicando en las cancelas de las casas:

*No le pegues al topo
que no hace daño, que no hace daño...
Palitroque, palitroque
tres bendiciones...
Pinito uno, pinito dos,
pinito tres, pinito cuatro...*

Quiso imitar en voz baja el canto de los niños, pero no le salía y eso lo dejó triste. «No le pegues al topo, que no hace daño...». A eso se parecía él, al topo, un bichejo estúpido que se arrastra bajo tierra aunque nadie se fije en él. La vieja de la casa de enfrente se estaba metiendo con los niños. La misma vieja que le traía dos veces al día de comer.

Era de noche y soplaban el viento. Aguzando el oído evocaba el rumor de la brisa tiempo atrás, cuando estuvo encerrado en el calabozo, el rumor de la brisa meciendo el follaje. Esa noche, como todas las noches, evocaba en su alma el rostro de aquel hombre. El rostro del hombre que había pisoteado.

—Padre, padre...

Se quedó mirando con ojos hundidos hacia la puerta, de donde venía aquella voz conocida.

—Padre, soy yo, Kichijirô...

—Yo ya no soy un padre —respondió en voz baja, abrazado a sus rodillas—. Márchate inmediatamente. Si te descubre el «otoña» vas a meterte en un lío...

—Pero usted puede oír todavía mi confesión...

—Qué sé yo... —el padre dobló la cabeza—. Soy un apóstata, un sacerdote apóstata.

—En Nagasaki lo llaman usted el apóstata Pablo. No hay quien no sepa el nombre.

Abrazado como estaba a sus rodillas, el padre rió tristemente. Sin que nadie viniera a contárselo, sabía de tiempo atrás que le habían puesto ese mote. A Ferreira le llamaban el apóstata Pedro y a él, el apóstata Pablo. A veces venían los niños a la puerta y le daban la cencerrada gritándose.

—Por favor, escúcheme. Si puede oír confesiones, aunque sea el apóstata Pablo, déme la absolución de mis pecados. Por favor...

«¿Quién es el hombre para juzgar? ¿Quién mejor que el Señor conoce nuestra debilidad?», pensaba el padre en silencio.

—Yo vendí al padre. Y pisé también el «fumie»... —la voz llorona de Kichijirô seguía sonando en sus oídos—. ¿Sabe, padre? En este mundo hay débiles y hay fuertes. Los fuertes no se rinden al tormento y podrán ir al paraíso, pero los cobardes de nacimiento como yo, cuando los llevan al sitio del «fumie» y les dicen los guardias: «¡Pisa!», y les empiezan a dar tormento...

«Yo también puse mi pie sobre el «fumie». Este pie mío pesó sobre el rostro hundido de aquel hombre... El rostro en que soñé cientos de veces. El rostro en que no dejé de soñar errante por los montes y después en el calabozo. Sobre el rostro del hombre al que quise amar toda mi vida. El rostro estaba vuelto hacia mí desde la tabla. Un rostro gastado, hundido, con aquellos ojos tristes. Y aquellos ojos tristes me dijeron: “Písame... Sí, písame. Tienes los pies doloridos como tantos otros que me

han estado pisando hasta el día de hoy... A mí me basta que los pies os duelan. Yo participo de vuestro dolor, vivo vuestro sufrimiento. Para eso estoy en el mundo...».

—Señor, me dolía que estuvieras siempre en silencio...

—No estaba en silencio. Estaba sufriendo contigo.

—Pero tú le dijiste a Judas: «Vete...». Le dijiste: «Vete y haz lo que tienes que hacer». ¿Qué fue de Judas, Señor?

—Yo no le dije eso. Le dije a Judas «hazlo» como te he dicho a ti «pisa». Porque Judas tenía dolorido el corazón como tú tienes los pies...

Fue entonces cuando puso él su pie sobre el «fumie», sucio de sangre y de polvo. Los cinco dedos de su pie cubriendo el rostro del hombre que amaba. Aquel gozo violento, aquella emoción, no la podría él explicar a Kichijirô...

—No existen fuertes y débiles... ¿Quién asegura que los débiles no han sufrido menos que los fuertes? —Se puso a hablar atropelladamente, vuelto hacia la puerta—. Si no quedan padres en este país que puedan oír tu confesión, tendré que hacerlo yo. Di al final las oraciones de después de confesar... Vete en paz.

En Kichijirô la tensión había desaparecido. Lloraba ahora ahogando sus sollozos. Por fin se arrancó de la puerta. Él, Sebastián Rodrigo, había tenido la arrogancia de conferir a aquel hombre un sacramento que sólo los sacerdotes en activo podían dar. Sus compañeros le atacarían violentamente, le dirían que era un sacrílego; pero aunque a ellos los traicionase, sabía muy bien que a aquel hombre no le traicionaba. Le seguía queriendo de manera muy distinta que hasta ahora. Para llegar a ese amor todo lo sucedido hasta ahora había sido necesario.

«En estos momentos soy el último sacerdote católico en este país. Aquel hombre no ha quedado en silencio. Aun suponiendo que él hubiera callado, toda mi vida hasta hoy estaría hablando de él...».

DIARIO DE UN OFICIAL DE LA RESIDENCIA CRISTIANA

*A*ño 12 de Kambun^[15]; Mizunoe-ne (hermano mayor del agua-rata)

[16]

Esta temporada se le entregan a Osaka San'emon raciones para 9 personas y a Bokui, Juan, Nampo y Jikan raciones para 7 personas cada uno.

Memorial presentado al señor de Tootomi el 17 de junio de este año bisiesto:

1. Seibé: edad, 50 años. Primo de la mujer de San'emon, carpintero de barco en Fukagawa.
2. Gen'emon: edad 55 años. Primo de la misma, recadista de Doi, señor de Oi.
3. Sannojó: sobrino de la misma. Mismo oficio que Seibé.
4. Shokuró: edad 35 años. Sobrino de la misma. Empleado en Esashichó.
5. Adachi Gonzaburó. Fue aprendiz de carpintero con Bokui en la época en que gobernaba Inoue, señor de Chikugo.
6. Kamiya Jimbé, yerno de Juan, apellido anterior Yoshihara. Radica aquí con una hija suya.
7. Jin'emon: tío de la hija de Juan. Reside en Kawagoe. Vino una vez durante la era de Hójó. Otra vez el 26 de abril de este año de la rata a ver a Juan.

*A*ño primero de Empo^[17]: Mizunoto-ushi (hermano menor del agua-buey).

El 9 de noviembre a las 6 de la mañana, muere de enfermedad Bokui. Vienen a examinarlo los inspectores Kumura Yoemon y Ushida Jingobé con dos subinspectores acompañándolos. Oficiales: Shózaemon, Den'emon, Sóbee, Gensuke. Personal a sus órdenes presente: Asakura Saburóemon, Arakawa Kyüzaemon, Kaimuna Kan'emon, Fukuda Hachiróbe, Hitotsubashi Matabé.

Lo incineraron en el templo Muryóin. Nombre póstumo: Kógan Shóten Zenjomon. Endó Hikobe y el sargento Kidaka Junzaemon revisaron los enseres de Tokuzaeon, criado de Bokui, le hicieron pisar el «fumie» y le ordenaron regresar a su alojamiento.

*S*egundo año de Empó: Kinoe-tora (hermano mayor del árbol-tigre).

Desde el 20 de enero al 8 de febrero, Okada San'emon, por orden del señor de Tótomi se dedicará a escribir una refutación de su religión. Por esa razón Ogai Shózaemon, Kayó Den'emon y Hoshino Kensuke quedarán exentos de turno y estarán a disposición del citado Okada San'emon.

16 de febrero. Okada San'emon va a escribir un libro y se han dado las órdenes a Kayó Den'emon y a Kawara Jingobé de que dejen las guardias y acudan a la resistencia de San'emon desde el 28 al 5 de marzo.

Okada San'emon va a escribir una refutación de su fe en el despacho de la residencia de montaña, desde el 14 de junio al 24 de julio. Kayó Den'emon y Kawara Jingobé quedan libres de guardia y a su servicio.

15 de septiembre. Juan es consignado a prisión y por ahora seguirá encarcelado por su mala conducta. Presentes al veredicto: Rokuemon, Shózaemon, Sobe, Den'emon, Gensuke. Servicio de guardia de este mes: Tsukamoto Rokuemon, Kayó Den'emon.

Cuarto año de Empo: Hinoe-tatzu (hermano mayor del fuego-dragón).

También Kichijirô, criado de la familia de Okada San'emon, ha sido encarcelado por su conducta sospechosa y rara. Le registraron en el cuartelillo lo que tenía en los bolsos, y en una bolsita-amuleto que solía llevar colgada al cuello, descubrieron una medalla de las que veneran los cristianos, con san Pablo y san Pedro en el anverso y en el reverso san Francisco Javier y un ángel. Llamaron a Kichijirô de la cárcel, le preguntaron por su tierra de origen, parientes y situación. Su país natal es Goto en Kyūshū y este año del dragón cumple 54 años.

Mientras se tengan dudas sobre el budismo de Hitotsu Matabé, que es íntimo amigo de Kichijirô, se le tendrá también en la cárcel hasta que la situación de Kichijirô se aclare (se omite lo que sigue).

Se ha procedido así porque se cree que la fe budista de Matabé, por su estrecha relación con Kichijirô, da que sospechar. Cuando se sometió a interrogatorio a Kurózaemon y a Shimbé por sus conexiones con Matabé, se registró en el despacho sin dejar nada por mirar, toda su ropa, ceñidores, ropa interior, pañuelos de papel, hasta los amuletos. (Se omite lo que sigue).

Vino hasta el mismo señor de Tótomi. Llamó a Kichijirô, al despacho y le preguntó de quién había recibido la medalla. «Hace más de tres años apareció por aquí un tal Saizaburó, un mozo de servicio. Se le cayó cuando llegó, y después volvió a marchar. Yo la cogí y me la guardé. Tokueemon, el portero, es testigo de todo», replicó Kichijirô. Entonces se llamó a Tokuenon y se le interrogó. Respondió que había estado presente a la escena un día de verano, cuando ponían la ropa a orear. Preguntado Kichijirô si no había recibido la medalla de Okada San'emon, replicó: «Con San'emon no hay modo», queriendo decir por lo que indicó, que no había modo

de que San'emon le entregase nada, porque había dos guardas de escolta vigilando, siempre que estaba con él.

17 de septiembre. Su excelencia el señor de Tótóm vino a la residencia de montaña y llamó a tres criados al despacho para indagar si eran cristianos. Después hizo llamar a Kichijirô y Tokuemón y los sometió a interrogatorio. Dio orden de que se registrasen las casas de sus compañeros, sin dejar utensilio por mirar y ante todo las tres residencias oficiales y la garita de entrada. Hasta a las mujeres y niños les hicieron quitarse ceñidores y ropa interior y se examinó, como es natural, todo objeto de culto budista. Al registrar la casa de Sugiyama Shichirôbe, Kogure Junzaemon descubrió un documento sobre cristianos entre unos papeles viejos. En seguida se hizo cargo de él Kayó Den'emon y lo entregó al que dirigía las pesquisas. Decía: padre, arzobispo, papa.

18 de septiembre. Su excelencia el señor de Tótómi viene a la residencia de montaña y oye en el despacho las deposiciones de los tres criados. Llama a Hitotsu Matabé y lo somete a interrogatorio; a continuación interroga a Kichijirô y a Tokuemón. A renglón seguido llama juntos a la mujer de Okada San'emon, a su sirviente y criado y los somete a interrogatorio. Llama a Okada San'emon. A la pregunta de si ha tratado de influir a Kichijirô, responde que de ninguna manera. Le ordena certificar con la huella de su mano un documento afirmando que no ha influido en él. A continuación llama a Sugiyama Sichiroobe y le pregunta por qué había conservado aquel billete con nombres cristianos descubierto ayer. Sichiroobe respondió: «Durante el gobierno de Hójó señor de Awa, estaba yo al cargo de esos asuntos, y el mayordomo de palacio me mandó que memorizase esos nombres. La nota la recibí del policía Hattori Sahé». Su explicación era consistente y fue enviado a su casa. Se llama a Tahé, que está al servicio de Kasahara Góemon, vasallo del ministro Tatebayashi y a Simbé, un cargador que trabaja con el grupo de Saitó Tanomo y se les enfrenta con Kichijirô sobre el punto concreto de quién cogió la imagen encontrada en el registro. Queda en claro que la recogió Simbé. El mismo Tahé asegura que vio a Shimbé cogerla. Se hace volver a Thaé y a Shimbé a sus sitios respectivos.

Este mismo día se suspende del potro en la prisión a Hitotsubashi Matabé. Oficiales a cargo: Hisaki Gen'emon, Okuda Tokubé, Kawase Soobé y Kawara Jingobé. A Matabé le someten a tormento varias veces.

Día 19 de septiembre. Viene a la residencia de montaña su excelencia el señor de Tótómi. Se le notifica lo anteriormente escrito.

28 de octubre. Buen tiempo. Viene su excelencia a la residencia de montaña. Vienen con él los inspectores Sayama Shózaemon y Tanegusa Taroemon. Hacen subir al potro a Hitotsubashi Matabé y a su mujer, y los someten a tortura. Llaman al despacho a Naito Shimbé y lo interrogan. Sometido a interrogatorio Matsui

Kuróemon, prácticamente confiesa.

24 de noviembre. Hago clavar en la puerta exterior de la residencia de montaña el bando sobre delatores de cristianos. Presentes al acto: Kawara Jingobé, Ukai Gengoemon y Yamada Jurobé. El bando se ajusta a lo prescrito por los dos magistrados. Su texto es el que sigue:

BANDO

Habiendo estado prohibida muchos años la religión cristiana, hay obligación de denunciar a toda persona que sea claramente sospechosa de pertenecer a ella. Se gratificará conforme a lo que sigue:

Al que denuncie a un padre, 300 monedas de plata.

Al que denuncie a un hermano, 200 monedas de plata.

A uno que ha vuelto a abrazar el cristianismo, la misma cantidad.

A un catequista, 100 monedas de plata.

Y se le entregarán las susodichas 300 monedas de planta según la clase de sujeto denunciado, aunque el denunciante mismo sea catequista. Caso de ocultar a tales sujetos y descubrirse por información de terceros, los jefes de vivienda, incluidas las cinco más próximas y sus familiares, serán severamente castigados. Así lo hacemos constar.

10 de diciembre. En representación de los dos gobernadores se personaron los secretarios Takahashi Naoemon y Hattori Kin'emon y en presencia de un grupo de policía de ambos marginados, el secretario Takahashi Naoemón intimó a Juan la siguiente sentencia:

«Juan, además de su mala conducta habitual, ha afrentado gravemente en una ocasión a Kayó Genzaemon y tiene reputación de ser extremadamente insolente. Se le consigna por ende a prisión y se le conmina a que acate la sentencia».

Replicó Juan que ése era su deseo desde hacía mucho tiempo y que les quedaba muy obligado. Al llevarlo a la cárcel sacó su bolsa y la entregó a los guardias. Pasó al cuartelillo e ingresó en seguida en prisión. Inspeccionaron su bolsa en presencia de los secretarios y policía de los magistrados y encontraron 17 *ryó* y 1 *bu* en calderilla. Inspeccionaron y levantaron acta de los demás efectos personales de Juan, los metieron los policías en sobres lacrados y los guardaron en la habitación de Juan. Había entre sus efectos personales: un cilicio, dos disciplinas, dos rosarios de cuentas y un mapa astronómico.

Año noveno de Empó: Kanoto-tori (hermano menor del metal-gallina).

25 de julio. Hoy ha muerto de enfermedad Okada San'emon, pasada la hora del mono. Visito al gobernador para darle cuenta del suceso junto con Ukai Gengoemon y Naruse Jirózaemon. En seguida se presentaron de parte del gobernador sus secretarios Takahara Sekinojo y Emagari Jüróemon. El cadáver de San'emon estuvo continuamente vigilado por tres policías.

Okada San'emon tenía al morir 13 *ryó* y 3 *bu* en calderilla y 15 *ryó* en monedas de oro. Sumaba en total 28 *ryó* y 3 *bu*. Sus efectos personales fueron todos sellados por los presentes y los secretarios, y el 28 serán depositados en el almacén.

El día 26 de presentaron en la residencia de montaña, en visita de inspección, Omura Yoemon, Murayama Kakudayü. Los inspectores auxiliares Shimoyama Söhachiró, Nomura Rihé, Ichida Kanjüró, Furakawa Kyüzaemon. En presencia de los secretarios del gobernador entregué a los inspectores el atestado siguiente:

Copia del atestado

El padre Okada San'emon, huésped de esta Residencia Cristiana, extranjero nacido en Portugal, estuvo primero confiado a Inoue, señor de Chikugo, en el año del carnero, hace más de treinta años, y ha vivido en esta residencia treinta años hasta este año de la gallina. Cayó enfermo a principios de mes con pérdida de apetito y, pese al tratamiento dado por Ishio Dóteki, médico de la prisión, poco a poco los síntomas empeoraron y finalmente falleció el 25 pasado poco después de las siete y media de la tarde. El dicho San'emon era de 64 años de edad. Aparte de lo dicho no ha habido cosa especial.

26 de julio. Firman como testigos: La escolta de Hayashi, señor de Shinano.

Okuda Jiróemon
Ukai Gengoemon
Kawara Jingobé
Kawase Soobé
Kayó Den'emon

Previo reconocimiento, el cadáver de San'emon recibió enterramiento en el templo Muryóin de Koishikawa. De Muryóin vino un bonzo llamado Genshü. Llevaron el cadáver en una carreta y allí lo incineraron. Nombre póstumo de San'emon: Myüsen Jóshin Shinshi. Se pagaron 1 *ryó* y 2 *bu* por el funeral y 100 *hiki* por la incineración. Los gastos del funeral se cubrieron con el dinero que San'emon había dejado de morir.

Notas

[1] *Shogun*: Generalísimo que controlaba realmente el Japón, siendo el emperador una figura puramente nominal. Los Tokugawa gobernaron el país desde 1603 a 1867. <<

[2] *Bakufu*: El Shogun, el gobierno central. <<

[3] De suyo estas cartas no existen, según declaración que nos hizo el propio autor. (*N. del t.*) <<

[4] *Daimio*: Señor feudal japonés. <<

[5] *Sake*: Bebida alcohólica obtenida por fermentación del arroz. <<

[6] *Fumie*: Representación con alguna imagen o con algún símbolo católicos. <<

[7] *Haori*: Manto corto de cuello plegado. <<

[8] «En este tiempo de pasión, aumenta tu gracia a los fieles piadosos...». <<

[9] *Hotoke*: Término que puede designar a Buda, a los dioses menores del panteón budista, las almas de los muertos, las imágenes budistas, etc. <<

[10] «Escúchanos, Padre omnipotente, y dízgnate enviarnos tu santo ángel que guarde, anime, proteja y defienda a todos los que habitan...». <<

[11] *Kosode*: Túnica de manga corta sobre la que se vestía la túnica larga de ceremonial. <<

[12] «Guerras hostiles me acosan. Dame fuerza, ayúdame...». <<

[13] De 9 a 11 de la noche. <<

[14] *Shóhoe*: Era (1644-1648) bajo el reinado del emperador Gokómyó (1643-1654).

<<

[15] *Kambum*: Era (1661-1673) bajo el remado de los emperadores Gosai y Reigen.

<<

[16] Para designar el año se empleaba el sistema chino: un ciclo de 10 'troncos' y a la par otro ciclo de 12 'ramas'. Los 10 'troncos' los forman el hermano mayor y el hermano menor árbol, el fuego, la tierra, el metal y el agua. Las doce ramas eran 12 animales comenzando por la rata y terminando con el jabalí. Se ve fácilmente que cada 60 años se repite el nombre del año. <<

[17] *Empo*: Era (1673-1681) bajo el emperador Reigen (1663-1687). <<